

# EFFECTO COTARD



Carter Damon

Lectulandia

Cada día desaparecen miles de personas en el mundo.

Muchas son encontradas en pocas horas.

Algunas reaparecen con el paso del tiempo.

Otras...

La brillante agente de la NSA, Katherine Riddle, ha establecido una inquietante relación entre un proceso conocido como parálisis del sueño y personas que han desaparecido sin dejar rastro. Richard Jasper es un veterano agente cuya vida sentimental truncada ha marcado por completo su carácter y hundido su carrera. Entre ambos descubrirán que tras la desconcertante coincidencia se esconde una conjura secreta vinculada a una extraña enfermedad.

Lectulandia

Carter Damon

# Efecto Cotard

ePub r1.0

Titivillus 03.04.17

Título original: *Efecto Cotard*  
Carter Damon, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Que a partir de ahora no volveréis al cielo.  
Y por todas las épocas.  
No subiréis.

LIBRO DE ENOC

# Capítulo 1

El cielo desapacible y plomizo, cargado de nubes cenicientas empujadas por un recio viento, venido de poniente, se cernía sobre Georgios y el extranjero con aspecto amenazador. El ánimo de Georgios se ensombrecía por momentos. Parecía que la promesa de la paga se hacía lejana y el ímpetu con el que había aceptado el trabajo días atrás se diluía como un azucarillo en una enorme jarra de agua.

Georgios se preguntaba qué había sido de su temple y de su buena disposición, de su espíritu aventurero por el que apenas había logrado conciliar el sueño en las noches previas, ése que le incitaba a revolverse entre las sábanas haciéndole imposible dormir. Intentaba pensar en Korina para animarse, en el regalo secreto con el que esperaba impresionar a la joven reina de sus pensamientos una vez cobrara su estipendio, pero ahora la simple remuneración le parecía poca cosa. El aire frío que barría el valle no sólo parecía herirle la piel, sino que también helaba sus ilusiones.

Georgios trepaba por un angosto acantilado y el vértigo se arremolinaba en su estómago como si las mismas ráfagas de viento que alborotaban su pelo rizado también revolvieran sus entrañas.

Más de cincuenta metros en caída libre. Georgios tragó saliva.

Un paso en falso en la estrecha y empinada escalera de piedra por la que ascendían y sería el final. Georgios se agarraba, escalón a escalón, clavando los dedos, incluso las uñas, en el granito, que con su aspereza, parecía rechazar y repeler ariscamente la visita de aquellos intrusos.

Contaba la leyenda que antaño, el Ser Supremo, deseando establecer un lugar privilegiado para aquellos que querían dedicar la vida a la oración, arrojó del cielo estas impresionantes moles rocosas, que sobresalían del valle de Tesalia, en el norte de Grecia, como algo venido de fuera de este mundo, de ahí su nombre, Meteora. Esta idea resultaba incluso romántica cuando se observaban las prominencias de piedra en la bruma de la mañana, en tanto se habían encaminado a ellas horas antes, a través de una vertiente apenas conocida, traqueteando con un jeep alquilado por un camino de grava y barro. En ese momento del día aquellas impresionantes siluetas se desdibujaban ante Georgios como una portentosa osamenta de una criatura antediluviana. Muy distintas resultaban ahora, a mitad de camino de una de las cimas, en una aventura de pesadilla de la cual quería despertar cuanto antes. Y así, aferrado a la roca de granito que era a la vez sendero y asidero, recordaba las horas de los últimos días como el náufrago que asido a un madero ve pasar ante sus ojos las alegrías y pesares de su vida, intuyendo que su fin está próximo.

\* \* \*

Aquel hombre que le acompañaba le inquietaba. Su conversación días atrás,

cuando se habían conocido, había resultado muy especial y de alguna manera... habían conectado. Georgios había sentido que la propuesta que recibía no era una oferta laboral cualquiera. El extranjero parecía introducir, tal vez con su acento inglés particular, un deje de reto, un cómplice guiño a participar en la búsqueda de un tesoro que no estaba escondido en una isla, sino en una especie de guarida milenaria custodiada por una rara estirpe de guardianes. La historia que dejaba entrever en su monólogo lento, interesadamente lento, de eso estaba convencido Georgios, era como el anzuelo, que atractivo, por su brillo y por el succulento cebo que en él permanece clavado, aguarda paciente al pez incauto. Él, inexperto doctorado de filología de griego antiguo, había picado como un gazzápiro. Tal vez el hombre había estado buscando desesperadamente un intérprete en una materia muy particular y seguramente no le extrañaba que bajo aquellas condiciones sospechosas la mayoría de los requeridos hubieran rehusado tal honor. Sin embargo Georgios intuía que el hombre, avisado, había detectado su punto flaco, y hábilmente había movido los hilos de la conversación para pulsar los resortes debidos. Un tanto de dinero, otro tanto de aventura, y sobre todo, el reto de descubrir una traza de la historia universal, regado todo ello con un buen *raki*, un aguardiente griego, servido a altas horas de la noche, confería al proyecto un aura irreal de gran epopeya griega, de hazaña proscrita, de conspiración truculenta. Pero el calor y la luz de misterio que tan magníficamente se había delineado en esa conversación tardía de figón de estibadores ateniense, había quedado completamente distorsionado y hasta olvidado, dado el cariz que tomaba la misión en aquel ascenso a las alturas de Tesalia, y aquel recuerdo romántico que tanto había contribuido a ilusionarse en un principio, le parecía ahora a Georgios un artificio, una mala pasada que le había gastado su imaginación del cómo debía ser una aventura en el mundo real.

Meteora era famosa por sus monasterios colgantes, y cuando aquel hombre misterioso le propuso que le sirviera como intérprete porque pretendía mantener una entrevista con un monje ortodoxo que aún habitaba uno de aquellos lugares emblemáticos de la Grecia septentrional, pensó que sin duda se trataba poco más que visitar alguno de los monasterios habituales inscritos en las multitudinarias excursiones de turistas. El mérito de su contratación estribaba más bien en su disposición a emprender aventuras de índole académica y a sus particulares aptitudes eruditas. Sin embargo ante algo tan prosaico y tan escasamente arriesgado el contratista sabía aderezar elementos, bien sea una mirada, un ademán, un echarse hacia atrás en el respaldo de la silla después de haber dicho algo a medias, como el jugador de póker que muestra su mano y espera a que los demás hagan lo propio, que confería a su propuesta no el ánimo de quien ofrece un vulgar empleo, sino más bien, un reto, la oportunidad de una vida. No era un monasterio convencional. No era un monje acostumbrado a recibir visitas.

Y así se había iniciado la jornada en una mañana brumosa y fría de otoño. El hombre, moreno, de barba compacta y de semblante magro, mantenía ahora una

conversación escasa y una actitud tan gélida como el viento que soplaba. Una tensión interior desconocida había eliminado toda sombra de cortesía y amabilidad en su trato. No quedaba en él ni rastro de la confraternización de días atrás, ni trazas de las miradas cómplices ni de las insinuaciones de misterio que había deslizado en su conversación... hasta el punto que Georgios no sabía ya si era imaginación suya, como un espejismo que se desvanece, el magnetismo y atracción que el extranjero habían despertado en él. Por su parte, y debido a su desconcierto, atribuía al exceso de *raki* la evanescencia y el romanticismo de sus recuerdos. El reencuentro le había deparado un trato frío y taciturno, casi brutal por el contraste, como el que dispensa el terrateniente que espera impaciente al operario que se dispone a cavar una fosa y que no quiere ser entretenido en conversaciones intrascendentes. De pronto Georgios comprendía, como un mal jugador de póker, que había mostrado atolondradamente todas sus cartas como un burdo aprendiz, mientras que su acompañante mantenía su mano inescrutable... Nada sabía de él ni de lo que pretendía verdaderamente. Sentía que sin saber cómo, ahora que su vida estaba en el aire, la apuesta había subido.

Llegado un punto, se había salido abruptamente de la pista y se había encaminado a la base de un impresionante grupo de rocas verticales que conformaban un paisaje acantilado que parecía de otro mundo. Allí estaban, al pie de los meteoros, enormes bloques de piedra, de traza vertical, sobresalientes y majestuosos, labrados por el más paciente de los escultores, el tiempo. A veces comunicados unos de otros y en otras ocasiones enlazados en caprichosas formaciones. Su color y textura diferían por completo de las tierras del valle, llanuras arcillosas salpicadas de matorral y árboles achaparrados, o los bosquecillos espesos de un verde intenso que se aglutinaban a los pies de los gigantes de roca.

Para su sorpresa encaminaron sus pasos hacia lo que parecía una pared vertical, tan impracticable que parecía que ni en escalada libre pudiera avanzarse lo más mínimo. Pero el extranjero sabía muy bien lo que buscaba y rápidamente encontró, disimulada, una escarpadura que permitía trepar por la roca a aquel que tuviera un mínimo de pericia. Así, en la cara más sombría del cerro, el sendero se iniciaba abrupto, y sugería en la mente del joven griego que el ascenso iba a resultar memorable.

En esos primeros momentos Georgios se sintió aturdido y opuso cierta resistencia a embarcarse en semejante excursión. Él no era persona dada a ese tipo de ejercicios, aunque intuía que la palabra «ejercicio» se quedaba corta para lo que prometía el riesgo que pretendían escalar. Ya a los pocos minutos de apoyar manos y piernas y avanzar dificultosamente hacia los cielos, la distancia que los separaba del suelo era notable. El ánimo de desdecirse de lo pactado fue medrando en el corazón de Georgios como una pleamar, que con cada nueva acometida alcanzaba un punto de la costa más elevado. Giorgios se armaba en silencio de nuevos argumentos dispuesto a encararse con su acompañante y abandonar la empresa. Y como las olas que vienen y van acariciando la arena tersa de una playa así se debatían en el interior de Georgios,



entre suspiros y sudores, los pros y contras de dar por finalizada su contratación. Su respiración parecía más agitada por cada nuevo peldaño que ascendían, y su pulso se aceleraba con el simple elevar la mirada y valorar cuanto quedaba aún por escalar. Georgios recordaba preocupado que en el colegio él era el último en clase de deportes.

Pero estaban en un lugar tan aislado que contradecir a aquel hombre de aspecto belicoso le parecía a Georgios otra temeridad. Para salir de ese callejón sin salida intentaba pensar en algo agradable. Korina.

¡Qué suerte había tenido de conocer a Korina y enamorarse! Aquel chispazo de emoción ayudó a serenar su temple. La imagen de Korina no era un simple rostro que aparecía fugazmente en su mente. Era la idea de una vida placentera y serena junto a la persona que parecía reunir una disposición de carácter tan simétrica a la suya que a veces asustaba que semejante conjunción de personalidad pudiera algún día desbaratarse, como el pintor que ya vislumbra su obra maestra casi completada, pero que teme que un nuevo brochazo le aleje de la promesa de lograr un algo sublime que ya se intuye. En poco tiempo terminaría el doctorado y probablemente podría dar clases en la universidad. Junto a esa perspectiva Korina era su billete de embarque rumbo a la felicidad... y estaba tan alcance de la mano... Sin embargo la debilidad de su prometida por caprichos de toda índole a menudo disolvía su autocomplacencia ya que su amante se dejaba engatusar con alhajas, prendas y todo género de caprichos, y Georgios orbitaba de tal manera en derredor de sus deseos que en ocasiones estos le desbordaban y caía en una melancolía derivada de desconocer si había interpretado adecuadamente sus anhelos. Esta dificultad ensombrecía sus ensoñaciones y le llevaba a preguntarse si esa felicidad que se prometía no sería una quimera infantil. En cualquier caso, ante las dudas surgidas sobre las complacencias de Korina, siempre acababa echando mano de su paupérrima tarjeta de crédito y satisfacía así una vez más el capricho que tocara. Sí, no cabía duda que el miedo a defraudar a Korina también había obrado como un importante acicate a la hora de asociarse con el extranjero... Georgios se maldecía por ello.

\* \* \*

—Aquí hay que saltar. —La voz del extranjero, el inglés inflexible con el que había pronunciado la frase, resultaba del todo engañosa. Cuando Georgios la oyó pensó que se trataba de una advertencia sin más, de un comentario inocuo, que más bien sirve para romper el hielo y que en cierto sentido agradecía, pues el carácter tan severo que el extranjero mostraba aquella mañana le intimidaba, y eran muy escasos los comentarios que había realizado.

Pero enseguida comprobó que no se trataba de un intento de contemporizar ni nada parecido. Era una advertencia en toda regla y Georgios se dijo que ni un experto alpinista sería capaz de dar aquel salto. Georgios se atenazaba a la piedra hasta el

punto de sentir sus dedos agarrotados, sus manos pobladas de arañazos y con casi todas las articulaciones del cuerpo sufriendo algún género de magulladura, víctimas de su torpeza, acrecentada con su vértigo. Su respiración no dejaba lugar a dudas, desacompasada e irregular reflejaba su penoso estado de humor. El miedo ganaba su ánimo.

Al ver con sus propios ojos el abismo que se abría entre él mismo y la continuidad de la travesía y a que era necesario saltar sobre ese inacabable vacío, sintió que su corazón golpeaba su pecho con la fuerza de un martillo, hasta el punto de sentir que su respiración se detenía y una sensación de desmayo se apoderaba del filólogo.

Parte del sendero había desaparecido por completo, imposible saber desde hacía cuanto tiempo, tan solo la marca en la roca, de un tono distinto, indicaba donde otrora una parte de la misma se hubiera desgajado, eliminando por completo tres o tal vez cuatro de aquellos estrechos escalones. Ante él se abría un vacío que juzgaba como absolutamente insuperable. Tan sólo era un salto de un metro, pero el abismo que se abría ante él resultaba aterrador. Una muerte segura. Imaginó el vértigo de la caída... unos segundos en los que las ropas aletearían, el pelo se enredaría en su cara... tal vez golpeará algunos salientes en aquellos segundos voraces y quedara inconsciente, antes del definitivo y seguro final, sin estertor ni otro sufrimiento último que no fuera la agonía del vuelo.

El hombre que le acompañaba, aún siendo joven, le parecía a Georgios mucho mayor que él mismo. Debía superar holgadamente la cuarentena pero su fisonomía flaca y atlética contribuía a crear una duda razonable en torno a cuanto más joven que lo que esa primera estimación pudiera incitar. Sus ojos indescifrables le miraron fijamente unos segundos, como sopesando el valor del griego. Después se volvió hacia delante, encarando el abismo, y saltó sobre el vacío... Aterrizó con agilidad felina, pero por un momento pareció desequilibrarse y Georgios gimió de miedo.

El hombre se volvió de nuevo hacia él desde el otro lado del precipicio y le tendió la mano, aguardando que el propio Georgios saltara, para agarrarlo. Tal vez su rostro sin afeitar y la expresión severa y malencarada que mostraba aquella mañana contribuían a desorientar al griego. Sin embargo lo que atenazaba su espíritu hasta desconcertarlo por completo era esa voz autoritaria, inflexible y una mirada que no admitía vacilaciones de ninguna clase. Georgios diría que mirando fijamente esas pupilas encendidas sería capaz de atravesar los nueve círculos del infierno. A saber qué intenciones ardían tras ese brillo, pensó asustado. Pero en cuanto su mirada se desclavó del otro y se perdió en la caída libre que se abría a sus pies, su voluntad flaqueó definitivamente. Sintió que se mareaba, palideció y un sudor frío empapó su frente. Su expresión de cordero degollado era harto elocuente, pero al ver que el extranjero ignoraba su temor y que le esperaba al otro lado con una mano tendida, la otra férreamente sujeta a una hendidura y el cuerpo tenso, invitándole a dar el salto y dispuesto a atraparlo si por casualidad daba un mal paso, decidió que había llegado el

momento de poner fin a semejante disparate.

—Por supuesto que no voy... —La voz de Georgios sonó vacilante pero inequívoca. Había hablado en griego presa de la agitación, olvidando que su interlocutor no entendería nada, aunque la entonación y su mirada acobardada lo decía todo. Sin embargo, a tenor del nuevo ademán apremiante que le hizo para animarle a dar el paso, el extranjero ignoraba notoriamente su voluntad.

Un halcón lejano emitió un agudo chillido que resonó entre las masas de piedra creando un efecto tétrico que a Georgios la parecía ya de por sí premonitorio, como un aviso de pesadilla que invitaba a huir, a que escapara de aquella aventura infernal cuanto antes. La situación resultaba asfixiante, como una invisible partida de ajedrez de dos voluntades enfrentadas en la que Georgios sentía que había de ganar inexorablemente pues de otra manera era segura su muerte. En lo más recóndito de su subconsciente ya articulaba palabras de excusa ante una imaginaria Korina que hacía mohines de desencanto al no ver satisfecho la sorpresa que él, incauto, ya había prometido. Son curiosas las cosas que pueden cruzarse por la mente en una situación dramática.

—Georgios... —La voz del extranjero sonaba segura a la vez que terriblemente decidida—. Si no vienes conmigo éste será un camino sólo de ida para ti.

Al no comprender exactamente qué decía, Georgios consideró en su primera interpretación trataba de un simple error gramatical y que no había oído lo que creía haber entendido. Él por su parte siguió articulando frases inconexas y entrecortadas, alternativamente en inglés y griego, explicando que tal hazaña estaba muy por encima de sus habilidades, que regresaría sin cobrarle un céntimo por la excursión y que semejante nivel de riesgo debía haberse expuesto más claramente cuando se detallaban las condiciones del trabajo. Su nerviosismo le impedía concluir las frases correctamente porque en su mente se agolpaban los argumentos sin orden alguno. Sin embargo la mirada renuente del hombre y su insistencia contumaz, firme, autoritaria, al repetir una segunda vez la misma frase, remachando cada palabra con atisbo de violencia en el rostro, le hicieron ver la luz, como un breve y deslumbrante chispazo del entendimiento, y en un instante, como el relámpago que ilumina una estancia oscura, comprendió Georgios de pronto que aquel hombre lo estaba amenazando de muerte.

Maldijo para sí una y otra vez mientras miraba alternativamente adelante y atrás, evaluando al tamiz de la amenaza, que era menos imprudente, si seguir o regresar.

—A la de tres salta a donde estoy...

Imposible decir no. Si de Georgios hubiera dependido se habría despertado en la cama de su desaliñado apartamento de Atenas deseando que todo aquello no fuera sino una breve y desgraciada ensoñación. Pero ni siquiera la huida era una opción. No le cabía duda que su descenso por aquel camino impracticable sería lento y torpe. Si la amenaza de aquel hombre era cierta nunca concluiría ese descenso por su propio pie.

El extranjero contó hasta tres, y efectivamente, Georgios saltó, tal vez con demasiado ímpetu, con lo que casi embistió al hombre que le aguardaba con la mano tendida. Perdió completamente el equilibrio y gritó, temiendo que fuera a precipitarse al vacío, ...creyó sentir su pelo alborotado por el viento en la caída y su cuerpo ingrávido... pero un abrazo formidable lo mantenía asido y bien sujeto. De momento estaba a salvo.

Abrió los ojos y temblando se pegó a la pared de la cual se había separado en exceso, tanto que si no hubiera sido por su compañero de ascenso habría perdido el equilibrio con toda seguridad. En su interior la mezcla de sentimientos se acumulaba en una marea de sensaciones en las que era difícil poner orden. Deseaba volver cuanto antes a los brazos de Korina, pero a la vez sentía por ella un sordo resentimiento por haberle obligado, en cierto sentido, a embarcarse en tamaña insensatez. Sabía bien que ella no le había obligado a nada, pero como cautivo del deseo de satisfacer sus caprichos, no había sabido negarse a una aventura de apariencia insensata. Tan sólo la esperanza de que todo aquel dislate tuviera una recompensa de índole académica era tal vez la única motivación a la cual no había puesto aún demasiados reparos.

—Vamos —dijo el hombre.

La cima se antojó a Georgios como el paraíso. Toda la tensión y el pavor que había sentido durante la caminata se liberó en un segundo, y casi sin fuerzas, sintiéndose desfallecido, se dejó caer sobre el suelo rocoso de lo alto del cerro. Extendió brazos y piernas, bocarriba, y a pesar de lo inclemente de la intemperie, del viento que parecía rugir allí arriba con más ímpetu y mala gana que en ningún otro punto del recorrido, bramando e insultando a aquellos que lo desafiaban, sintió recobrar hasta cierto punto el ánimo. Se daba cuenta de que aquel hombre le había arrastrado mucho más allá de lo que él consideraba razonable. Había superado barreras infranqueables y se veía a sí mismo más capaz que nunca antes, más fuerte y seguro... como si sus temores y vacilaciones de minutos atrás jamás hubieran existido, como si hubiera llegado a un nivel de hombría que lo hiciera a él mismo más varonil, más maduro. Tal es la variabilidad del espíritu humano, que tan pronto supera la prueba olvida los miedos que lo habían atenazado unos segundos antes, y el que estaba a punto de retratarse como cobarde se ve así mismo ahora, presa de una impredecible euforia, como un héroe mítico. Casi parecía ya que las amenazas del extranjero estaban por demás y que todo había sido mérito de su fortaleza y habilidad. No había duda a qué versión de los hechos se iba a referir cuando se los relatara a Korina.

Habitualmente desde esa altura era factible una visión espectacular del valle que tenían a sus pies, pero una densa bruma que viajaba rápida a lomos del vendaval que arreciaba, hacía imposible ver nada más que unos pocos metros en cualquier dirección. Ocasionalmente el viento matutino levantaba el velo que los cubría, y así, a

duras penas, mirando hacia el este, por entre los peñascos y la cresta montañosa, se intuía más que veía, en lontananza, el monasterio más cercano, el Variaan, según creía recordar Georgios. La luz del sol aún era demasiado oblicua para rasgar el velo caliginoso y todo aquel paraje estaba imbuido de un aire fantasmal de jirones de nubes y silbidos del viento.

Y precisamente como un fantasma, el extranjero había desaparecido. Georgios no supo si sentir alivio o preocupación. También la euforia había diluido el arrepentimiento por la vanidad que le había conducido a vivir semejante pesadilla, y a medida que su ánimo se recuperaba, las promesas de misterio y descubrimiento que el hombre había dejado caer en su conversación de días atrás adquirirían en su memoria la misma relevancia y protagonismo que el primer momento en el que le fueron expuestas, incluso más. Las emociones liberadas cuando alcanzó la cima estaban actuando como un poderoso elixir que ensalzaba ahora en su interior, inesperadamente, el ansia del aventurero que está a punto de descubrir algo importante. La curiosidad renacía.

Quiso llamar al hombre de la barba... pero se dio cuenta de que ignoraba su nombre. Nada sabía de él, no sólo el nombre ni procedencia, siquiera oficio o nacionalidad. Si tuviera que denunciarlo a la policía por maltrato o amenazas, poco o nada tendría que decir sobre su agresor. Había conjeturado mil posibilidades en su mente en los días transcurridos entre la noche del «pacto» —palabra con la que Georgios inconscientemente designaba el acuerdo adoptado por ambos y al enérgico apretón de manos que lo acompañó— y la aventura que estaba viviendo, en relación a quién era aquel hombre misterioso y cuáles eran sus inicuas motivaciones. Lo había catalogado inicialmente como un investigador de lo esotérico, dado el aire de misterio que acompañaba a sus palabras, y que tal vez obrando a tenor de una cabalística fe personal ansiaba lo que él consideraba un objeto de poder o de incalculable valor según su particular creencia. Visto su carácter reservado y su expresión inescrutable era la opción que más acertada le parecía al griego y también la que más le intimidaba. Georgios había conocido muchos lunáticos... y ninguno de ellos le agradaba. También había barajado la posibilidad de clasificarlo como una especie de erudito universitario disfrazado de cazador de tesoros para algún prestigioso museo internacional, pero era raro que no hubiera dejado traslucir de ninguna manera para quién o qué empresa trabajaba. No conocía a compañero o profesor universitario que no dejara que la vanidad supurase cual pus infecto y dejase caer inagotable, en cada conversación, una y otra vez como la gota de agua del tormento chino, que se estaba trabajando en colaboración de tal o cual prestigioso instituto de renombre. Sí, esa opción la descartaba por completo, no aparentaba ese perfil. También descartaba la del interés lucrativo... tal vez en un principio pudiera haber pensado que se trataba de un aventurero solitario en busca de tesoros por los que cobrar una buena suma, pero... algo había en esa teoría que no concordaba con la realidad. Tal vez porque el mismo carácter de un buscavidas así implica cierto alborozo vital y alegría, elementos

de los cuales su acompañante carecía por completo, y ni mucho menos entraba en aquel paradigma la amenaza mortal de minutos atrás. Sin duda, Georgios concluyó, estaba en compañía de un fanático.

Alguien le sacudió el hombro por su espalda, pues Georgios se había sentado en el suelo mientras repasaba todas estas elucubraciones, sustrayéndole de golpe de sus pensamientos y trayéndolo bruscamente a la realidad. Allí estaba el sujeto de sus cábalas, el hombre de los misterios, haciéndole señas para que lo siguiera. Casi sin esperarle, echó a andar con largas zancadas hasta desaparecer de nuevo, pero en esta ocasión Georgios se apresuró a seguir sus pasos sin esperar nuevas amenazas.

Era impensable que nadie en su sano juicio pudiera vivir en tan inhóspito lugar. Ya no era sólo cuestión de monasterios como el de la Santísima Trinidad donde apenas quedaban un par de monjes que vivían de enseñar el sitio a los turistas, pero que a fin de cuentas tenían todo un edificio acondicionado para vivir con una relativa comodidad. En la cumbre en la que se hallaban no se adivinaba edificación alguna, de hecho era obvio que aquel era un lugar en absoluto frecuentado, vista la dificultad del acceso, tal vez conocido por menos de una docena de personas. Georgios hacía todas estas reflexiones entre conturbado y escandalizado y recordando que si sus servicios eran necesarios era porque forzosamente debían hablar con alguien, pues eso era algo que había quedado meridianamente claro en la conversación de Atenas. Ahora bien... ¿a quién podría encontrarse en semejante lugar? No tardaría mucho en averiguarlo.

Pasaron bajo un par de cables, y Georgios asombrado comprendió que se trataba de una tirolina cuyo mecanismo oxidado y de aspecto antediluviano pero que sin duda aún en vigor, prestaba un servicio precario pero imprescindible para avituallar a quien fuera que morase habitual o esporádicamente en aquellos lares. Era evidente que el sendero de escalada que habían utilizado no era transitado frecuentemente. ¿Cómo habría averiguado aquel hombre que tal lugar existía y que en él moraba un anacoreta olvidado por el mundo? Y lo que le resultaba más inquietante... ¿qué tendrían que hablar entre ellos?

Más de una vez el hombre desaparecía en la niebla y Georgios se quedaba quieto, esperando su regreso, y efectivamente, como un fantasma iba y venía, apareciendo y desapareciendo de la brumosa realidad, confiriendo a la escena una apariencia onírica y dramática, y con gestos bruscos apenas perceptibles, le indicaban constantemente por donde debía caminar. Se acercaron de nuevo al borde del precipicio, pues entre los jirones de nubes se atisbaba los rasgos desdibujados de la llanura, lejana, que pertenecía a otra realidad que Georgios echaba tanto de menos. Era evidente que estaban siguiendo las huellas de un sendero que debía recorrerse con más o menos frecuencia. Descendieron por él, flanqueados a un lado por una roca de aspecto granítico y por el otro de un precipicio vertical que hacía temblar a Georgios.

Llegaron así a la entrada de una gruta, amplia y profunda en la que todo indicaba, alguien habitaba. Se trataba de un lugar en penumbras, de aspecto seco y austero.

Escasas pertenencias, aquí y allá, un par de baúles desvencijados, una mesa de tablones descuadrados, una vieja silla de mimbre, y aunque todo tenía un aspecto pobre, al menos parecía recogido y limpio. Presidía aquel lugar una enorme cruz negra de madera que confería al lugar un aire místico y riguroso. Una fogata de escasas ascuas, en el umbral de la caverna, era el único recordatorio de que, hasta hacía poco tiempo, un misterioso anacoreta rondaba por allí.

Georgios observó el panorama. Una vista formidable para alguien que llevaría allí... ¿quién sabría decir?, ¿cuánto tiempo viendo la vida del valle en lontananza mientras se marchitaba en semejante cueva?, ¿cuánto tiempo dejando transcurrir la propia vida como granos de arena entre las manos mientras veía el mundo avanzar a sus pies?, ¿con qué meta, con qué propósito? A Georgios aquel misterio desbordaba por completo su capacidad de entender. Mucho menos aún si tenía en cuenta quien era su extraño Caronte.

No pasó mucho rato para que sus dudas quedaran despejadas. Un hombre de aspecto macilento y enjuto descendió ágilmente por el sendero que Georgios había recorrido con suma precaución. El hombre era bajo, un metro sesenta, de calva prominente, limitada por un pequeño cerco de pelo canoso. Vestía una especie de hábito desharrapado y calzaba unas sandalias desgastadas. Tenía una mirada extraordinariamente viva que surgía de unos ojos grises que bailaban sin parar, mirando alternativamente a cada uno de sus inesperados visitantes, y que junto con la vitalidad de sus movimientos le otorgaban una jovialidad que parecía desdejar su edad, porque su cuerpo magro y ligeramente encorvado y su rostro especialmente ajado incitaban a pensar que era realmente anciano. Georgios se sintió desconcertado por esa aparente contradicción pero seguía incapaz de extraer conclusión alguna.

Musitó unas palabras incomprensibles, «¿era griego?», se preguntó Georgios, que sentía una creciente inseguridad respecto al papel que se esperaba de él en tal lugar, pero la mirada del anacoreta chispeaba de emoción, mostrando enfado y sorpresa a un mismo tiempo. Parecía que les estaba echando de allí y Georgios no alcanzaba a entender palabra, tenía un marcado acento que le resultaba difícil de comprender.

El extranjero clavaba sus ojos en él esperando que iniciase su trabajo.

—Disculpe que le hallamos interrumpido su... aislamiento... Este señor ha venido de muy lejos porque tenía interés en hablar con usted. —Georgios apenas sabía qué decir. Toda aquella jornada adquiriría una dimensión de pesadilla, de irrealidad, en la que el miedo y absurdo se fundían en una misma emoción, un puro estupor que impedía a Georgios obrar con un mínimo de brillantez.

El monje cesó en sus increpaciones abruptamente, tal vez agotado de tanto hablar cuando aquel era un ejercicio que debía practicar esporádicamente. Finalmente le parecía a Georgios que había sido capaz de reconocer palabras aisladamente, pues el monje no había interrumpido su diatriba mientras él le dirigía la palabra. Al parecer se quejaba de las visitas de aficionados al parapente que eventualmente elegían aquel punto como lugar de salto, e incluso también creyó entender que hablaba de

periodistas irreverentes y de meros curiosos aficionados a la escalada, y seguramente los estaba encasillando en alguno de esos grupos. Pero decidió concentrarse en lo que les había llevado hasta él, y recordó las instrucciones que le había dado el extranjero.

—Este señor viene porque desde su congregación le han remitido a usted. — Georgios repitió esta idea varias veces pues recordaba que el extranjero le había insistido que ese era el primer mensaje que debía transmitir a quien encontrasen allí arriba.

El monje cesó por completo en su monólogo, e incluso Georgios diría que sonrió al escuchar aquellas palabras. Habían obrado en él como las palabras de Ali Baba cuando pronunciaba el famoso *ábrete sésamo*, pues progresivamente su rostro se fue dulcificando y el enfado dio pie a una expresión afable y a una sonrisa cargada de intención. ¿Era alivio lo que Georgios creyó percibir en ella?

Pero su silencio no duró demasiado. Rápidamente inició un nuevo y rápido parloteo que a Georgios le costó seguir. Tradujo escuetamente para su jefe:

—Quiere que nos sentemos con él para hablar. Nos invita a una infusión.

Las pertenencias del monje eran rudimentarias y viejas. Disponía de varios utensilios de cocina de latón, así como vasos de ese mismo material. Georgios observó con asombro como el hombre iba y venía y rápidamente, ponía sobre el hogar una especie de tetera en el que vertió algún género de planta que él desconocía. El extranjero observaba aquellos ires y venires pacientemente, sin decir palabra. Georgios había identificado por fin la clase de emoción que le embargaba y decidió que debía ser muy similar a la que experimentaría la Alicia de Lewis Carroll según se adentraba en el mágico país de las maravillas más allá de la madriguera. Ahora, en compañía del aventurero sin escrúpulos y del extraño anacoreta que les preparaba una infusión, parecía que después de las grandes emociones y sorpresas se disponía a tomar el té con el señor sombrerero de Carroll y tener así un verdadero y singular momento de descanso.

Finalmente el monje les acercó un humeante vaso a cada uno de ellos y Georgios al olisquearlo comprendió que se trataba de manzanilla.

—Este hombre no habla nuestro idioma —explicó Georgios al monje refiriéndose a su jefe—. Al parecer viene a preguntarle algo. —Y retomó el diálogo esta vez mirando al extranjero al cual se dirigió en inglés—. Bien, ya estamos aquí. Puede usted decirme lo que quiera que le pregunte...

El monje miraba ávidamente al hombre de barba, cuya pose hierática, absolutamente solemne, confería a la escena de una dignidad inesperada que ensalzaba su humilde morada y todo cuanto allí estaba sucediendo.

—Me han informado que usted tiene el manuscrito original, tal y como fue redactado hace más de dos mil años... y que este guarda una diferencia respecto a las copias posteriores...

Tan pronto el extranjero terminó de hablar e indicó a Georgios que iniciara la traducción volvió a clavar su mirada impertérrita en el monje, completamente atento



a la reacción del hombre ante aquellas enigmáticas palabras. Y efectivamente no debió quedar defraudado.

Tras la traducción de Georgios, el monje trasmutó su expresión por completo. Desapareció cualquier atisbo de alegría o curiosidad y su expresión se tornó extremadamente seria y severa, sus ojos se entrecerraron y pareció someterlos a un nuevo escrutinio, hasta el punto de que Georgios estaba completamente convencido de que los iba a expulsar de mala manera de allí. Tensó el cuerpo pues se temía que pudiera ser agredido vista la severidad que mostró el hombrecillo ante sus palabras.

Sin embargo finalmente se levantó ágilmente del suelo, donde había permanecido sentado de cuclillas, y se dirigió a un baúl oculto al fondo de la cueva. A los pocos minutos regresó portando un portarrollos de cuero de extraordinaria apariencia. Era de color rojo, bruñido, en el que se había repujado una serie de dibujos, arabescos, como Georgios nunca había visto. Intuía que se trataba de un objeto antiguo, muy antiguo.

El monje habló con solemnidad, despacio, de tal manera que la traducción resultó fácil a Georgios, que hablaba casi a la par que la voz del hombre menudo.

—Este es el libro del que sin duda te hablaron... fue escrito hace más de trescientos años antes de nuestra era... No es la copia original, pero es la primera que existe en griego, y ésta que mantengo en mis manos es el primer manuscrito en nuestro idioma a partir del cual se hicieron el resto de las copias que han llegado a nuestros días. Sin embargo —el hombre remarcó el cambio en la entonación a la vez que enarcaba una ceja a modo de advertencia— las copias adolecieron sistemáticamente de un error y por ello la custodia de este texto que mantengo en mis manos es sagrada. Muchos han intentado destruirla a lo largo de los siglos.

El extranjero le interrumpió y Georgios desarrolló correctamente su papel de traductor en ambos sentidos.

—¿Y ese error en qué consistió?

—Una frase omitida, un versículo que desapareció en todas las traducciones que se hicieron...

—¿Y esa frase es...?

Georgios traducía tan rápidamente como podía en una y otra dirección, sin embargo al terminar la última frase observó que el monje frenaba en su habitual hablar nervioso. Con parsimonia abrió el portarrollos y extrajo un manuscrito, un fajo de papeles que entregó al extranjero pero que a su vez inmediatamente puso en manos de Georgios. Por fin éste comprendió que había llegado el momento que justificaba para qué había sido contratado.

Sus manos temblaron al tomar los pergaminos, presa de diversas emociones. Se imaginó las imprecaciones que proferiría su profesor de paleografía al obrar tan sacrílegamente y tocar directamente con sus dedos cargados de mil sustancias contaminantes aquel papel a todas luces milenario. También el temor de defraudar al extranjero sacudió su espina dorsal como un acto reflejo imposible de dominar. El

monje manoseaba los pergaminos y no cesaba de parlotear a la vez que él los sostenía torpemente entre sus manos, buscando al parecer la cita en cuestión. Finalmente señaló un versículo. Griego antiguo... Georgios suspiró aliviado, sí... podía traducirlo. Los ojos del extranjero parecían en trance, y le conferían un aire de locura expectante, casi de epiléptico, que hizo que el joven griego se sintiera electrizado cuando cruzó su mirada con él. Para su sorpresa su propia voz resultó solemne, grave y solemne, como si no fuera él, sino una cohorte de ángeles primordiales los que recitaron aquellas palabras:

—«Y los ángeles del cielo sujetaron a los vigilantes caídos y vi como se exterminaban a sus descendientes, mas no todos perecieron».

## Capítulo 2

Tokyo se despereza temprano.

La megalópolis de treinta y seis millones de habitantes, la gran Tokyo que vive mirando al mar, con su city de rascacielos, innumerables barrios, jungla de asfalto y edificios, de alcantarillas ocultas y redes eléctricas interminables, de calles y avenidas, argamasa de tradición y modernidad, antediluviano e informe monstruo mítico que con cada amanecer, acariciado por la húmeda niebla que se disipa en el puerto al calor del sol naciente, alentado por la brisa fresca y límpida que desciende desde las montañas Nishitama, impelido por la imponente presencia del monte Fuji que como una deidad ancestral lo observa, e invocándolo a través de un silencioso e inapelable conjuro, resucita, exhalando la bestia urbana un nuevo aliento sulfuroso de vapores expelidos por fábricas y vehículos, retomando el pulso con el latido febril del tráfico, de la zigzagueante multitud, que en el ordenado caos riega las arterias que son sus calles, dotando al organismo de actividad, de movimiento, ...de vida.

Treinta y seis millones de almas.

Pero sólo nos importa ahora... una.

El agente de la NSA, Richard Jasper prefería comer el sushi directamente con las manos. Era un tanto pringoso el tomar el nigirizushi y empaparlo en soja antes de llevárselo a la boca y zampárselo de un bocado, pero el uso de los palillos le desesperaba. Sin embargo, aunque cómodo, ese método ofrecía algunos inconvenientes, como por ejemplo una desapercibida gota de soja que pudiera resbalar por el dorso de la mano y, caso de no estar atento para evitarlo, salpicara su flamante camisa blanca Hugo Boss, o incluso peor aún, alcanzara su impecable traje azul marino. Un riesgo que debía asumir. Así, pese a su primorosa presencia, no conseguía que la operación de alimentarse se hiciera con un mínimo de elegancia. Por más que su agente enlace, Tsubasa, insistiera pacientemente, cargado de buenas intenciones y con exquisita educación, para que aprendiera a realizar correctamente la ingesta usando palillos y siguiendo de la manera más sencilla y correcta posible la ceremoniosa degustación de la comida tradicional nipona, Richard daba por zanjada la cuestión mientras engullía sin pausa una tras otra las sabrosas piezas expuestas en la bandeja con su prosaico proceder. Tsubasa se debatía entre el escándalo de lo incorrecto y la abandonada resignación del tutor que ve que su alumno carece de las más elementales dotes para el aprendizaje.

—Agente Richard Jasper... después de ingerir cada pieza debería tomar un tanto de *gari*, sirve para limpiar el sabor del bocado recién ingerido y degustar más correctamente el próximo cuando vas a comer un alimento distinto —instruía el oriental con voz dulce y correcta.

Los rasgos ingenuos de Tsubasa y la entonación parsimoniosa del joven agente provocaban la risa de Richard, que se sentía como un padre siendo amonestado por su

inexperto hijo adolescente. No en vano casi le doblaba en edad.

—Tsubasa... vamos a ver... lo que no entiendo aún es lo que me explicabas el otro día, ¿es posible que no queráis utilizar cuchillo y tenedor para comer esto porque se altera el sabor del sushi? ¡Por favor! Llevo comiendo chuletones de buey toda la vida, ¡poco hechos!, como debe servirse la buena carne de res, y jamás he notado que el sabor de un cuchillo o un tenedor «alterara» en lo más mínimo el succulento e insuperable sabor de esa carne.

Richard le apuntó con su índice, aún manchado de soja mientras Tsubasa se echaba un tanto para atrás, temiendo que alguna inoportuna gota fuera a posarse sobre él.

—Agente Jasper, ya se lo expliqué. La tradición japonesa no incluye cuchillos ni tenedores. Aquí se come con palillos de bambú. La cubertería metálica afecta al sabor del sushi...

Richard hizo un aspaviento y se rió con ganas... y murmuró algo acerca de lo ridículo que resultaba ese criterio. Cómo iba a ser que media humanidad estuviera comiendo alimentos «devaluados» por utilizar un simple tenedor o un cuchillo y que en los Estados Unidos de América no crecía bambú ni se iban a poner ahora a plantarlo y mucho menos para comer con esos ridículos utensilios.

Tsubasa aguantó el chaparrón con expresión sonriente mientras disfrutaba de la sarta de divertidos improperios de Richard en torno a las costumbres gastronómicas tokiotas.

—Siempre pensé que los agentes americanos desayunaban donuts y cafés con leche —expresó sardónicamente cuando la retahíla de su compañero cesó.

—Allá donde fueres haz lo que vieres —repuso socarrón Richard.

El walki del vehículo donde se encontraban carraspeó. «La voz de la infatigable Katherine Riddle —pensó Richard mientras se aprestaba a contestar—. Juraría que Katherine había supervisado el turno de seguimiento de noche. ¿Qué hacía tan temprano en pie? ¿Esa mujer no descansaba? ¿No era acaso humana?» se preguntó exasperado Richard que no le gustaba ser interrumpido cuando estaba atareado en quehaceres gastronómicos.

—Aquí los agentes Nigirizushi y Jasper, en posición, cambio.

Tsubasa miró para otro lado mientras susurraba, «Funabashi... mi apellido es Funabashi» con una paciente entonación que delataba que esa era la enésima ocasión en la que efectuaba la misma corrección. Su mirada de resignación se dirigió hacia lo alto, a través del cristal de la puerta del vehículo, que perlada de gotas de lluvia, dejaba ver un cielo gris y lluvioso por entre los edificios residenciales del barrio de Kiyose, donde se encontraban.

—Atentos. Nuestro objetivo se pone en movimiento. Ahora mismo abandona el apartamento.

—Correcto. Vamos tras él —respondió Richard con eficiencia. Con un par de gestos impertinentes indicó a Tsubasa que abandonara el vehículo y que se asegurara

que los auriculares y micrófonos inalámbricos de comunicación interna debían estar operativos.

Una gélida brisa invernal recibió a los agentes en cuanto abandonaron el vehículo. Richard lamentó que su actual indumentaria hiciera poco apropiada cualquier prenda que le permitiera cubrir su cabeza rapada. Oteó en varias direcciones.

El sujeto al que vigilaban tenía nombre; Ryu Hiraga. ¿Por qué lo seguían? Richard lo desconocía por completo. Una red de proxenetas o pederastas internacional... operaciones en el mercado de valores de dudosa honorabilidad —Ryu era empleado de una prestigiosa firma de inversión nipona— o cualquier otro delito por el que la NSA hubiera fichado a ese individuo ¡a saber! Richard tenía la corazonada de que se trataba de una red internacional de blanqueo de dinero. Le daba en la nariz que el tal Ryu era un experto en trucos contables y financieros, seguramente en camuflar operaciones internacionales de blanqueo, y en suma, como a él gustaba de catalogar a todo aquel que tuviera un mínimo conocimiento de ofimática superior al suyo, «un ratón informático con aires de filibustero».

Richard era un agente de campo, al igual de Tsubasa, y ambos desconocían la calaña del sujeto al que perseguían porque la información que recibían de sus superiores era escasa. Era ésta una situación absolutamente inusual, pero también lo era para Richard trabajar en Tokyo, así que de momento no había sido demasiado pesado solicitando información del sujeto y de sus causas pendientes con la justicia. «Todo llegará», se decía socarrón, conocedor de que rara vez dejaba de obtener lo que se proponía, aún en contra de los deseos de la propia Agencia. En cualquier caso a Richard le ayudaba mucho pensar que sus perseguidos eran cabrones sin escrúpulos. Esas consideraciones le servían de prevención ante estúpidas relajaciones que permitieran olvidar que tal vez estuviera tras alguien peligroso que pudiera, llegado el momento, pillarle desprevenido.

Tsubasa se alejó de él para cubrir el otro extremo de la calle. Su figura delgada y desgarrada, su andar juvenil desenfadado, su pantalones vaqueros y su gabardina negra ofrecían un contraste notable con el porte fornido y atlético de Richard, que lucía su traje ajustado a su talle con la presencia y seguridad de un alto ejecutivo de una gran multinacional.

El edificio en el que vivía Ryu era moderno y de aspecto lujoso. El portal mostraba cierta apariencia de reserva y sofisticación. Unas puertas acristaladas ligeramente ahumadas permitían adivinar un buen cuidado jardín interior. De improviso apareció la figura de Ryu, andando cabizbajo y rápido, siguiendo el patrón de los días anteriores en los que se había hecho el seguimiento.

Richard reconocía que a pesar de lo rutinario del trabajo, siempre sentía una inyección de adrenalina en cuanto empezaba un seguimiento. Era la tensión propia de realizar un trabajo arriesgado de consecuencias imprevisibles. En este caso además las incógnitas que representaba el objetivo contribuían a acelerar el pulso. ¿Hasta qué punto era peligroso el sujeto al que perseguían? ¿Qué clase de crímenes tendría a sus

espaldas? ¿Iría tal vez armado?

Katherine no era especialmente explícita en relación al tipo de personaje que seguían. Su consigna era un permanente «mantengan los ojos bien abiertos» que podía interpretarse de las maneras más dispares, casi en función del estado de ánimo del agente que escuchaba, pero que en general servía para ponerse de los nervios.

En cualquier caso los días previos habían sido más bien anodinos, haciendo un repaso de las actividades realizadas por Ryu fuera de su hogar, lo habitual era el recorrido de su casa al trabajo, y del trabajo a casa. Alguna escapada ocasional para comprar «comida para llevar» y poco más. Si Ryu mantenía una vida social activa sería a través de las redes sociales o vía telefónica... pero ese seguimiento ya no le incumbía ni a él ni a Tsubasa. Ellos estaban para ver con quien se relacionaba físicamente, para ver qué hacía, descubrir pautas sospechosas, o incluso, la más rara de las hipótesis que Katherine les había dado, descubrir si alguien perseguía a su sospechoso, una labor de contraespionaje particularmente dificultosa. Pero para ello contaba Richard con la inestimable ayuda de su agente de enlace local.

Richard se puso el abrigo de paño de color oscuro y se lo ciñó a la cintura. El tiempo otoñal y la temperatura no superior a los diez grados hacía que se agradeciese sentir cierto confort. Lloviznaba ligeramente. Se iniciaba la persecución.

Llovizna, plática  
de la capa de paja  
y la sombrilla.

Richard se había aficionado a los haikus cuando preparaba su viaje a Tokyo, y desde entonces, ocasionalmente, le venían a la cabeza aquellas estrofas simples que definían una situación con pasmosa sencillez. En su afán por averiguar aspectos de la vida tukiota, sin proponérselo, quedó atrapado por la lectura de unos versos de Basho. No era particularmente aficionado a la poesía, pero ante la irrepetible mezcla de brevedad y hermosura que abría una puerta abierta a un mundo de reflexiones y sabiduría, se rindió sin condiciones. Cuando se dio cuenta había pasado varias horas leyendo y saboreando haikus, disfrutando de un placer sencillo, tanto más intenso por cuanto inesperado le resultaba. Ahora, cuando caminaba mientras la vaporosa lluvia acariciaba su rostro acudía ese poema a su memoria y le hacía sonreír. Maravillosa sorpresa para él propio interfecto, descubrir un corazón sensible tras la aguerrida presencia de veterano espía. Se preguntaba qué diría su ex al respecto.

Ryu, como las mañanas en las que Richard había efectuado el seguimiento, tomó el camino de la estación ferroviaria. Hacía el mismo recorrido casi mecánicamente, con precisión de reloj suizo, cada día laboral. El hecho de no introducir pautas diferentes relajaba un tanto a Richard. Pese a que se consideraba hombre de acción, no le gustaban las sorpresas, y seguir una rutina siempre era bueno, muy bueno.

Ryu tenía treinta y tres años. Según su historial se veía que era una persona

activa, tanto en lo social como en su tiempo libre. Al parecer era un adicto a los videojuegos y formaba parte de una comunidad, integrado en un equipo, con quien compartía a través de internet gran parte de su tiempo libre. Fuera de eso su otra actividad destacada era la natación. Fuera de su casa Ryu no parecía hacer gran cosa y tenía más bien el perfil de una persona sedentaria y hogareña pese a su edad. Richard se imaginaba que los agentes que hacían la vigilancia domiciliaria tal vez pudieran verificar más fácilmente el perfil del sujeto al que vigilaban.

Había seguido a Ryu durante trescientos metros. El joven llevaba un abrigo polar de cuello alto que le llegaba hasta las orejas. Su pelo negro azabache, ligeramente largo, peinado a la moda, ondeaba con cada paso. Manos en los bolsillos, mirada baja al suelo, sin prestar atención a escaparates ni transeúntes. Su pantalón de vestir permitía adivinar que bajo el abrigo seguramente vestía traje y corbata. Una persona anónima entre la multitud de transeúntes.

Estimó que ya había realizado la cobertura convenida. Habló desapercibidamente por el micro y pasó la pelota a otra pareja de agentes. Se detuvo, oyó la confirmación de que «recogían el paquete» pronunciado con el simpático acento japonés que tanta gracia le hacía, y se giró en dirección a Tsubasa para esperarle. Éste se acercó menando la cabeza. No había ninguna novedad en su contravigilancia. Nadie a parte de ellos mismos seguía a Ryu.

Permanecieron a la escucha. El actual equipo de seguimiento comunicaba que el sujeto tomaba el metro rumbo al trabajo, a pleno distrito de Shinjuku. «Sin novedad» crepitó en su auricular. Richard se felicitó por no formar parte de la pareja que se embarcaba en la multitudinaria y masiva red pública de metro tokiota. Apretujados como sardinas en lata, millones de personas utilizan ese medio de transporte a diario. De hecho Shinjuku tiene fama de ser la estación del mundo con mayor número de pasajeros. Aquellas apreturas agobiaban a Richard hasta el punto de haber experimentado lo que nunca antes; síntomas de claustrofobia, una experiencia para él infernal. Sólo de recordarlo se despertaba en él la perentoria necesidad de echar un trago.

Tomaron el coche para cubrir el trayecto en paralelo al que realizaba Ryu.

—Otro día de lo más normal —susurró entre dientes Richard fastidiado. Tsubasa miraba tranquilamente hacia delante mientras conducía. Rápidamente tomaron una de las autopistas elevadas interurbanas y se dirigieron veloces hacia el distrito de Shinjuku, dónde tiene su sede la Tokyo International Insurances, la empresa donde Ryu prestaba sus servicios.

—Cuánto más tiempo dedicamos a seguir a este hombre menos capaz me siento de encuadrarlo en el casillero de criminal. No entiendo porqué hacemos un seguimiento tan exhaustivo con tanto personal... hacía tiempo que no veía la movilización de tantos agentes. Tampoco entiendo por qué Katherine nos da tan escasas pistas. Es la primera vez que la veo tan opaca y hermética con un asunto... Y lo de no utilizar el seguimiento electrónico es simplemente demencial,

incomprensible... —Richard se explayaba para dar tregua a su impaciencia. Esperaba que el misterio que rodeaba a Ryu acabara desvelándose pero un día más parecía iba a resultar tan anodino como los precedentes. Aguardaba como buen jugador a que le llegara una buena mano, pero parecía que las fichas se agotaban y su montón menguaba.

—Tú sabrás agente Jasper. Yo no conozco a la tal Katherine como tú. Hasta hace unas pocas semanas que me asignaron junto con algunos compañeros de la Agencia sin decirnos lo más mínimo... —Tsubasa se explicó pero para luego bromear— bueno ya sabes, las instrucciones típicas de «colaboración absoluta» y «tolerancia total con los desmanes gastronómicos».

Richard rió la broma de buen humor. La conducción de Tsubasa era más que correcta y respetuosa. Mantenía la velocidad constante, no cambiaba de carril salvo en rarísima ocasión, y Richard se sentía continuamente desorientado con el hecho de que en Japón se conduce por la izquierda. Si fuera por él habría ido sorteando el tráfico lo más hábilmente que sabía, y eso sí, yendo mucho, mucho más rápido que su compañero.

—Tal vez se trate de un testigo protegido y no sea ningún criminal —dijo conciliador Tsubasa, intentando hallar una explicación que satisficiera las objeciones de su compañero.

«Sí», rumió Richard para sí, «pero nosotros nunca desempeñamos esa función, no estamos para eso, yo sólo persigo a los malos».

Recibieron aviso por radio de que el siguiente equipo se hacía cargo del «paquete». Todo iba según el guión habitual. Mientras ellos aparcaban en un parking del distrito financiero les informaban que Ryu entraba por la puerta de su corporación.

La NSA había alquilado una oficina en un edificio desde el cual se observaba claramente los despachos acristalados de la Tokyo International Insurances. Camufladas entre sus cortinas varios prismáticos potentes enfocaban aquellas salas por los cuáles Ryu se movía con más frecuencia. La oficina desde la que se instalaban los observadores contaba con varios despachos, algunos sillones más o menos cómodos, y mobiliario convencional. Tanto mesas como armarios estaban impecables. Ni un solo papel lucía sobre los mismos.

—¡Vamos allá Tsubasa! —exclamó animado Richard mientras se deshacía de su abrigo—. Pongámonos cómodos, que aquí tenemos para un buen rato y es temprano. Me ocupo yo del primer turno.

Ryu tenía un pequeño cubículo de una gran sala de oficina salpicada de separadores, archivadores, grandes monitores de televisión orientados en múltiples direcciones, y desde la perspectiva de Richard, un nivel por encima, podía apreciarse perfectamente que debía reinar un gran barullo, a juzgar por el movimiento de personas, oficinistas gesticulando, operarios con teléfonos inalámbricos que no



cesaban de hablar y mover papeles en el aire, repartidores de paquetería que entraban y salían, secretarías estresadas corriendo de aquí para allá, ...en suma, un tumulto de personas en un trabajo de lo más ajetreado. Richard se sentía como el naturalista que observa fascinado la disección de un hormiguero y, a través del cristal, ve a infinidad de hormigas especializadas atendiendo cada cual su función en un ejercicio social orquestado y perfectamente sincronizado. Aunque no podía oírla, Richard se imaginaba perfectamente la algarabía donde las agudas voces niponas, junto con los servicios informativos económicos de la televisión, los timbres telefónicos y los omnipresentes móviles con sus tonos de mensajes, correos y avisos melódicos de toda índole, debían formar una cacofonía insoportable. Sólo una persona parecía al margen e impávida, callada y ajena, en medio del océano estrepitoso e hirviente. Ryu.

Estaba pasando las horas en blanco. Richard veía como, como cada cierto tiempo, amodorrado tal vez por el sol de la mañana, se le cerraban los ojos, y poco después el cuello se inclinaba lentamente hacia delante, los brazos inertes sobre la mesa... hasta que llegaba a un punto en el que parecía que su cuerpo iba a desplomarse hacia donde la gravedad lo arrastrara, como un tronco podrido. Pero de improviso recuperaba la consciencia, se sacudía un poco, se frotaba los ojos y volviendo a fijar la vista en su monitor, se iniciaba el proceso otra vez desde el principio. «Este hombre se ha vuelto a pasar la noche en vela» dedujo Richard. Soltó un taco. «¿Qué demonios hace para no dormir?».

Más de una vez había pedido los informes de otros servicios a Katherine, pero tropezaba en ella con un muro insalvable de opacidad y desinformación. Era absolutamente férrea en cuanto a eso. Nunca había visto semejante actitud tan... impermeable. Ningún equipo informaba al resto. No había intercambio de datos de ninguna clase. Sólo ella lo sabía todo. Le gustaría saber cuál era la trasgresión en la que incurría su vigilado «¿tal vez bajo rendimiento en su empresa?» se preguntó irónico.

Si Ryu era un «blanqueador» de capitales, la última «gran teoría» de Richard, no se le veía muy activo últimamente. Ni siquiera había posado apenas los dedos sobre el teclado, ni hecho una llamada. ¿Sospecharía que estaba siendo vigilado? En ese caso su comportamiento era diametralmente el opuesto al que cabría esperarse. La experiencia le había enseñado a Richard que cuando tal situación acontecía el sujeto de la vigilancia tendía a sobreactuar. Era presa de nervios, de un comportamiento casi compulsivo por aparentar normalidad, generalmente sin conseguirlo... Pero ¿esa apatía inane? En los días que había efectuado el seguimiento, el señor Hiraga parecía cada vez más aislado, menos conectado con el resto del *bureau*, en una actitud de manifiesta desidia. ¿Sabría que le estaban siguiendo y sentía que todo estaba acabado para él?

En un momento determinado el joven nipón miró por la ventana y Richard sintió que sus miradas se cruzaban. Sin pretenderlo, y a pesar que la distancia a salvar era considerable, sus pupilas quedaron clavadas entre ambos y sintió una sacudida

interior, como un violento e imposible choque de almas. Sabía que era absurdo suponer que pudiera darse el caso que Ryu lo observara a sabiendas de quién era, pero aún así sintió por su columna un calambre eléctrico, una descarga de adrenalina, que de alguna manera le produjo un extraordinario desasosiego que no pudo explicar en ese momento.

Él infalible y eficiente Richard Jasper se sintió confundido.

—Tsubasa, sustitúyeme ahora, por favor —ordenó asqueado.

Pasaron las horas. Richard hacía tiempo que se había dado por vencido respecto al agente Tsubasa. Era metódico y era eficiente. Así lo atestiguaba su bloc de notas en el que puntualmente, cada quince minutos, realizaba anotaciones. Un auténtico «bot» de última generación. Así como Richard traducía toda observación en un análisis, en una pregunta, en un «por qué», Tsubasa era la personificación del granito; al igual que la roca, Tsubasa tenía su misma incapacidad de mostrarse curioso, se decía Richard un tanto desilusionado por su compañero. Richard por su parte llevaba su librito de haikus para esas largas esperas, tiempo muerto mientras el compañero hacía su turno. Buscaba uno en particular que de alguna manera enlazase con el particular sentimiento que lo había embargado minutos atrás. Lo encontró.

Un relámpago.

Y el grito de la garza.

Hondo en lo oscuro.

No podía quitarse de encima la turbación que había sentido al sentirse observado por Ryu y sobre ello reflexionaba. Así había sido la sorprendente sensación que lo había sacudido, un relámpago. Y tras él, el rápido atisbo de algo fugaz, tanto que no era algo visto, sino oído, ese grito de la garza, una garza invisible, oculta en la oscuridad, evidente pero no obvio, era la intuición de lo que no se percibe a simple vista pero se sabe.

La mirada de Ryu... y la percepción de que tras aquellos ojos oscuros e inexpresivos había un intenso sufrimiento. Una sensación de *deja vu* le sobrecogió de nuevo. No sabría decir a qué ni a cuándo se correspondía, pero en ese mismo momento, mientras sus manos se posaban sobre los prismáticos y permanecía cómodamente sentado sobre el taburete de observación, sintió que toda su vida, que todo cuanto había hecho en su carrera profesional, estaba destinado a ser testigo, en ese mismo instante, de aquella mirada vacía, muerta, desesperada, de aquel hombre inexpresivo. De pronto comprendía que esa pista invisible, ese grito de la garza que lo decía todo sin mostrar nada, era una idea simple pero brutal. Ryu no era el criminal, sino la víctima, y una mezcla de sensaciones y pensamientos contrapuestos le invadieron.

## Capítulo 3

En los primeros días de convivencia laboral, Richard, como era habitual en él, no dejaba de preguntarse el porqué del interés despertado por Ryu a la NSA. ¿Sería éste comportamiento... sería aquel otro? Todo estaba sujeto a su análisis y a sus preguntas. Él mismo se inquiría y él mismo se respondía. Mientras tanto Tsubasa callaba... y no sabía Richard si su silencio obedecía al hecho de ser mucho más listo que él... o mucho más tonto. Tal vez comprendía que su cometido no abarcaba aquellas preguntas, y con humilde resignación y sabia disciplina, aceptaba su rol en una extraña combinación de eficacia y pulcritud. La personalidad de Richard no estaba hecha de esa pasta.

Y nunca lo habían mantenido al margen de tal manera. Si se trataba de seguir a un traidor que vendía secretos, a un pederasta o un capo, siempre se le había notificado previamente en qué consistía el trabajo, qué se esperaba de él, cuál era el objetivo, a qué se debía prestar atención. Richard se sentía como el bulldog al que le mostraban una prenda que le permitiera identificar la presa y atacar.

En el actual caso nada de eso había sucedido. Katherine era una pantalla en blanco, un rictus antipático en una boca cerrada que quitaba las ganas de seguir haciendo preguntas. Daba las órdenes con semblante impertérrito. En las escasísimas ocasiones en las que había abordado el caso de Ryu sus explicaciones eran tan contundentemente elusivas que, si no fuera por la gran familiaridad que tenía con ella, podría haber calificado su comportamiento de grosero y desagradable, y Richard se despedía ante esas salidas maleducadas de su jefa con un «yo también te quiero» que al menos dejaba la partida dialéctica en una eventual situación de tablas. De hecho bien sabía Richard que, puestos a ser maleducados, pocos podían vencerle. Solía mostrar una carencia absoluta de cortesía, sobre todo si en su cabeza aún se percibían los desmanes de una resaca.

La mañana transcurrió sin mayores novedades. Tsubasa y Richard fueron sustituidos conforme a la rutina habitual por el siguiente turno de vigilancia. Tenían varias horas libres antes de volver a la operación. Richard llamó a Katherine para invitarla a almorzar, pero ésta se lamentó por lo ocupada que estaba, le agradeció con voz formal la cortesía, y colgó. Tsubasa, que había seguido los continuos «ajas» que pronunciaba Richard conforme su jefa se explicaba, decidió invitarle a comer junto con su novia, Kaori. No era la primera vez que lo hacía y los tres se llevaban bien... relativamente.

Kaori era profesora titular de la universidad de Tokyo, ejercía en el Instituto para la Física de Estado Sólido. Cuando Kaori intentaba explicar a Richard cuál era su campo de investigación topaba con el rudo entender del agente, que no daba crédito a las explicaciones y paradojas del mundo de la mecánica cuántica y se establecía así una curiosa química de conversación entre los dos jóvenes y el veterano agente,

similar a la que podría darse entre un científico del siglo XXI que intenta hacer comprender los rudimentos de la relatividad cuántica a un primitivo cromañón. De resultas de estos contrastes todos reían a destajo. Quedaron para comer cerca de los jardines imperiales, en un pintoresco barrio atravesado por canales y flanqueado por jardines.

En esta ocasión la conversación no derivó hacia los temas de física en los que tanto se enredaba Richard, sino que, con ocasión de la cercanía del Palacio Imperial, Kaori y Tsubasa explicaron aspectos del papel del Emperador en la vida japonesa.

—Siempre he entendido que el Emperador era una figura divina para el pueblo japonés. Y eso resulta algo chocante al ser Japón un país tan intensamente industrializado... y sobre todo, tecnológico.

Kaori bufó. Era mucho más expresiva que Tsubasa, que parecía asumir todos los exabruptos y disparates de Richard con una cortés indiferencia, aunque su novia distinguía a veces un rictus un tanto rígido en sus labios que denotaba que de alguna manera sí que le afectaban las meteduras de pata y desconocimiento de las costumbres orientales de su compañero.

—Que no Richard. La figura del Emperador en absoluto esta divinizada. Tenemos una monarquía constitucional, al igual que muchos otros países del mundo, mira Europa por ejemplo.

—Si no digo ahora, pero hasta el mismo siglo XX el Emperador era vuestra máxima figura de gobierno, ¿no es así?

—No exactamente... —Respondió Kaori mientras Richard ponía cara de póker—. Verás *gaijin*, el Emperador siempre ha sido una gran autoridad, pero teniendo más bien carácter religioso, de la misma manera que los papas para los católicos, es decir, una autoridad moral. Quienes eran los verdaderos monarcas de Honshu eran los shogun.

—Así es compañero Richard —sentenció Tsubasa, que siempre, en los enredos dialécticos entre Kaori y Richard se mantenía en un discreto segundo plano, dispuesto a realizar labores diplomáticas de acercamiento entre posturas habitualmente contrapuestas.

—Bien, pero la palabra japonesa que designa al emperador es *tenno*, que yo mismo sé que significa «soberano celestial» así que... —La afición por los haikus le había llevado a descubrir esa palabra original que venía a su mente acompañada de una sonrisa triunfal.

—Tal vez lo fuera en un pasado remoto. Pero en el siglo XX era más el símbolo de una nación que otra cosa. De hecho aún hoy, debido a ese respeto, se le rinde pleitesía por esa causa.

Richard vació el vaso de sake de un trago. No debía perder la cuenta porque en un par de horas retornaban al servicio. Después tendría dos días libres para hacer algo de turismo y relacionarse con las féminas niponas, pasarlo bien y toda la larga retahíla de cosas que se había prometido para engatusarse y convencerse que su estancia de

duración indeterminada en el país oriental no resultara amarga.

—Claro que se le rinde respeto... ¡si pensáis que es Dios o algo así! —Richard concluyó sentenciando casi con las mismas palabras del inicio del debate y dando por estériles las arduas explicaciones de sus amigos.

Kaori refunfuñó, y estaba dispuesta a retomar la conversación desde el principio, pero Tsubasa, que empezaba a conocer el carácter de Richard, la contuvo tomándola del antebrazo. Se daba cuenta de que su persona, llena de contradicciones, disfrutaba haciendo salirse de las casillas a quien tuviera en frente. Daba igual cuál era el tema de conversación, él era capaz de generar una controversia y enfadar al interlocutor por el mero placer de lograr incomodar. El peculiar carácter de Tsubasa le hacía inmune a tal tipo de provocaciones, pero no sucedía así con Kaori, mucho más enérgica y poco dada a hacer concesiones, como bien sabía Tsubasa. A menudo se preguntaba qué sería de ella si él mismo no fuera tan conciliador y pacífico.

—Richard disfruta llevándote la contraria... ¿no te das cuenta? Bien sea este tema o las curiosidades de la física subatómica, siempre lo logra. No deberías dejarte enredar. Es un gaijín liante —dijo sonriente Tsubasa.

Richard rió abiertamente reconociendo que Tsubasa había descubierto su mano. Demasiados días seguidos de convivencia con él sin lograr que entrara en su juego había servido para que acabara neutralizándolo. «Pero ¿es que no había forma de sacar de quicio a aquel mequetrefe?».

El sake le sentaba bien. Aprovechó la oportunidad de cambiar de tercio. Sabía que Kaori era mucho más vulnerable en su área profesional.

—Por supuesto Kaori... eso de que una misma partícula puede estar en dos sitios simultáneamente... o en ninguno, sinceramente, creo que me has tomado por paleta... y después eso sobre la paradoja de Einstein... Polotoskyrosen —Richard acudía a una conversación inacabada de días atrás que se interrumpió cuando Tsubasa quiso poner a un debate que le aburría y en el que se daba cuenta de que Richard disfrutaba viendo la vehemencia con la que Kaori asumía sus argumentos.

—Einstein-Podolsky-Rosen, —la joven doctora aceptó el duelo sobre la marcha sin ser consciente del ardid que le presentaba el americano—, y consiste en la propiedad de que dos partículas entrelazadas se afectan mutuamente por muy lejos que estén la una de la otra... instantáneamente.

—Pero ¿cómo es posible que te paguen para estudiar algo así? —Richard se mofó con cara risueña—. La verdad, si eso te lo puedo decir hasta yo... ¡es imposible! Lo que me faltaba por ver, alguien que se toma en serio las triquiñuelas de Star Trek. Sabía que los japoneses erais un poco frikis pero hasta ese punto me sorprende.

—No es nada friki. Es pura mecánica cuántica, matemática aplicada, y además los resultados concuerdan perfectamente con la realidad. Cuando enciendes un televisor o activas un interruptor estás poniendo en marcha esos mismos principios.

—Caramba Kaori, ahora no me dirás que puedo meter la cabeza y el cuerpo a través de la pantalla y pasar al estudio de televisión desde el que se emite...

—Estás mezclando dos cosas que nada tienen que ver...

—Sólo te he tomado la palabra... Y también te estaba tomando un poco el pelo... a ver si tu novio salía en tu defensa, pero ya veo que Tsubasa tiene hielo en las venas.

—Demasiado sake en la cabeza, gaijin, se nota que no estás acostumbrado.

Richard seguía luciendo su sonrisa que abarcaba su ancha mandíbula. «¡Qué bueno era el sake!».

El turno de tarde era sencillo. Comenzaba con el seguimiento de Ryu en su oficina y terminaba con el sujeto llegando a su casa, donde la ronda de noche se hacía cargo. Richard ignoraba donde se escondía el piso franco desde el cual se hacía el seguimiento. A menudo, cuando llegaban temprano a la calle donde Ruy residía, oteaba las ventanas de edificios colindantes con la esperanza de detectar algún indicio de tal actividad, pero inútilmente. El inmueble en el que se encajonaba el apartamento de Ryu era bastante grande, y desconocía cuál de las celdas de esa inmensa colmena era su vivienda. Esa información entraba dentro del rango de secretos que Katherine no había desvelado. Tenía orden de no entrar en el inmueble. En cualquier caso su curiosidad había resultado tan frustrante como infructuosa.

—Atención Richard, Ryu se mueve. —La voz de Tsubasa sacó a Richard del mundo de pensamientos en el que estaba abstraído—. Está despejando su mesa de trabajo. Hoy se va más temprano a casa. Parece que no le va a echar horas extras a la jornada.

—No me extraña. Yo diría que incluso está saliendo algo más temprano que de costumbre. —Richard se incorporó pesadamente del sillón en el que estaba recostado con gestos de anquilosamiento—. Mejor así, me apetece dar un paseo.

Ryu según salió a la concurrida calle en la que la luz mortecina del atardecer ejercía un débil contraste con la iluminación artificial del alumbrado público y los luminosos de los establecimientos comerciales. El distrito de Shinjuku poblado de rascacielos y amplias avenidas proporcionaba margen para hacer un seguimiento cómodo. Tsubasa y Richard se desplegaron y mantuvieron contacto entre sí por radio.

Ryu avanzó a paso ligero por una amplia avenida embutido en su abrigo. Árboles de ramas desnudas flanqueaban el paseo y ráfagas de aire frío y húmedo avisaban de que con la noche la temperatura aún sería más baja.

Richard seguía aquella sombra llena de misterio que era el joven nipón, mientras, fruto de un extraño desdoblamiento tal vez ocasionado por el sopor, el sake del mediodía que aún no había llegado a disiparse totalmente, o propiciado por el hartazgo y el aburrimiento que en ocasiones su trabajo le provocaba, se veía a sí mismo con los ojos de un espía invisible en una labor que no entendía, que tal vez nunca había llegado a comprender. Un peón en un tablero, que vive bajo la ilusión de una fuerza y libertad que no son tales. Prescindible y sacrificable. Muy rara vez el peón se convertía en reina. Katherine sin embargo...

¿Qué hacía en aquel país lejano tan diferente del suyo, tan lejos de su propia

gente, persiguiendo a un desconocido sin siquiera saber por qué?... «Su propia gente». Se río interiormente ante esa frase que se quedó grabada en su pensamiento como un destello luminoso que no acaba de borrarse de la retina. Él, que había fracasado en todos los aspectos personales de la existencia, ¿qué sabía él de «su gente»? Matrimonio, parejas, incluso amigos, todo el que se acercaba a él acababa rebotando, como un balón impulsado con fuerza sobre una cancha de deportes. ¿Por qué su manera de mostrar afecto e interés por alguien era hiriendo? Cuántas veces había hecho el propósito de cambiar su forma de ser, su arrogante entender que siempre tiene la razón, que ve con preclara seguridad lo que corresponde hacer o decir. Cuántos le conocían íntimamente acababan dirigiéndole el eterno reproche «¿cuándo admitirás que estabas equivocado, Richard?». Pero ¿puede una roca aceptar que está equivocada? Y Richard se sentía pétreo en muchos aspectos. Hacía tiempo que había perdido el sentido de la compasión. Estaba tan acostumbrado a descubrir las podredumbres humanas que nada le extrañaba, desconocía lo que era la inocencia, no creía en la bondad y siempre creía percibir un oscuro interés egoísta hasta en la más noble de las palabras pronunciada por quien pudiera parecer libre de culpa. Es más, cuanto más buena intención oía expresar, más desconfianza nacía en su corazón. Ni siquiera los niños. Antes no era así... pero había cambiado. Richard lo atribuía a su forma de ser, a que no sabía negociar, no sabía explicarse, no sabía imponer un orden sin romper la baraja... y su matrimonio estalló por los aires. Quizás no tenía un modelo porque ni él mismo se veía ya como modelo. Y algo había sucedido, porque con los años su forma de ser había empeorado. Pero prefería no pensar mucho en ello. Le deprimía.

Sí, su trabajo no ayudaba nada. Y no sólo era cuestión de horarios, viajes, actividades sin justificación, reuniones a deshoras... Era el constante tropezar con la miseria humana, con la asqueante vida privada de tantos individuos, que camuflados bajo una apariencia de honorabilidad, cometían todo tipo de delitos, aberraciones y descabelladas fechorías que imaginarse pudiera. Y el veneno pútrido de cuanto observaba había acabado infiltrándose en su propio corazón, en las delicadas hebras que constituían cada uno de sus pensamientos, desde que con el primer rayo del alba, antes incluso de separar los párpados, atravesaban su mente con la primera luz de la consciencia, un rayo, una certeza, que le otorgaba un poder sobrehumano y una coherencia que al menos a él le permitía recoger a diario los pedazos de su existencia y recomponer su persona, y esa fuerza no era otra cosa sino su propio cinismo. Y, sin apercibirse, con el tiempo, su agradable y abierto espíritu de camarería universitario fue mutando en un nuevo individuo. El graduado Richard era otro, que destilaba frases con doble intención, murmuraba para sí palabras de desconfianza, descubría suspicacias donde tal vez sólo había buena intención, y sobre todo, el aire de saber más que nadie, de estar de vuelta de todo, de adornar cada discurso con una mirada cargada de ironía, de no hacer broma que no tuviera su aditamento de sorna... ese era la nueva apariencia de Richard, el que la NSA había acabado de pulir y enviar a los

cuatro puntos cardinales del planeta. El Richard irónico, cargante, duro y bruto como el mejor granito de Vermont de dónde procedía.

Siempre que se daba cuenta de su actitud irritante acababa sumiéndose en esos negros derroteros que le llevaban a ver su vida como un relato simple y fácil de comprender, pero imposible de cambiar. Allí, en las frías avenidas de Tokio, siguiendo a un desconocido, la melancolía propia que seguía a su arrepentimiento lo sumía en un estado de ánimo en el que diríase que se recreaba. Muchas veces se había planteado pedir disculpas cuando se daba cuenta que había logrado sacar de sus casillas a alguien, pero dentro de él, cuando simplemente pensaba en qué palabras podría utilizar, en cómo podía abordar una conversación de disculpa, una pared de cristal le imposibilitaba tan siquiera emprender un paso. Era un muro invisible, insonorizado, que apagaba toda voz, que impedía cualquier gesto. Con Johanna había habido algo de eso...

—Agente Richard. ¿Dónde cree que se dirige? ¿Nunca había hecho este recorrido?

Tsubasa estaba empezándose a poner nervioso y se dirigía a él a través del micro inalámbrico del walki. Richard sentía que la melancolía y el efecto del sake le habían sumido en un triste sopor existencial. Iba con la guardia baja, y si bien seguía a Ryu, estaba absorto en sus cuitas. Sonrió perplejo.

—No te preocupes, tal vez esté dando un paseo. ¡Carajo! Es la primera vez que parece que es una persona normal... ¡a lo mejor va de compras o algo así!

Pero ni Richard creía en sus propias palabras. Andando hacia el norte, Ryu había dejado las avenidas principales y tomaba ahora un camino serpenteante entre callejuelas apelmazadas, estrechas y saturadas de comercios y gente. Desembocaron finalmente en una gran calle comercial, llena de transeúntes, animación, neones, música que emergía de locales diversos intentando seducir a posibles clientes...

De pronto Richard sintió despertar dentro de sí, como si hubiera estado más bien viviendo un sueño de siesta de media tarde de un placentero domingo. La adrenalina circulaba por sus venas. Los pensamientos existenciales se disiparon cual niebla matutina en un día de verano. Los músculos se tensaron y la mirada de Richard se volvió felina. Intuía que tal vez estuviera a las puertas de la tan ansiada oportunidad que había aguardado.

Ryu no parecía mostrar ningún síntoma de sentirse seguido pero Richard no quería confiarse. En alguna ocasión se había encontrado en una situación incómoda temiendo que el objetivo se percatase de su seguimiento y un sólo agente «quemado» ponía en peligro toda la operación. Tenía que saber desaparecer de la vista del objetivo sin que volviera a saberse más de él. Era un poco como el bateador que regresa del *home* sin haber encajado un solo punto. Hacía tiempo que no le pasaba, y así debía seguir siendo.

Y aún así algo en la actitud de Ryu incomodaba a Richard... y no sabía qué era.

Parecía que Ryu buscaba una dirección. Pero había una actitud diferente en él.



Envió un mensaje a Katherine a través del móvil para indicarle dónde estaban. Al cabo de un rato un mensaje de respuesta de Katherine le aseguraba que todo estaba controlado, que siguieran al sujeto.

Pero Ryu desapareció tras el portal de un edificio anodino salpicado de diferentes placas de servicios profesionales junto al portero automático. Al estar en japonés enteramente resultaba ininteligible para Richard. Pasó de largo y dejó que Tsubasa se acercara más. Su compañero caminó discretamente junto al portal, oteó el interior, repaso rápidamente el conjunto de placas... y siguió en dirección de su compañero americano.

—Nada Richard, ni idea.

—Katherine sabe a dónde iba... —explicó Richard—, debía haberse cabreado de lo lindo cuando le informé que Ryu no hacía lo normal, pero sin embargo me suelta un «todo está controlado». Eso significa que tienen intervenidas su líneas y sabían por anticipado que Ryu tenía una cita con alguien. Pero deja, me voy a enterar rápido.

Mientras no perdía de vista el portal tomó el móvil y marcó el número de Katherine.

—Hola jefa... ¿qué tal el día?

—Déjate de tonterías Richard. ¿Qué pasa? —«Katherine como siempre tan amable» se dijo sardónico Richard.

—¿Estás segura de que todo está controlado? ¿Estamos dando vueltas sin parar? No sé si nos quiere dar esquinazo... ¿me oyes? Esto me pinta muy raro, joder.

Katherine respiraba lenta y profundamente, sin responder. No era normal tanta reserva en ella, que siempre mantenía las conversaciones con una agilidad felina. Finalmente disolvió el incómodo silencio de la línea.

—¿Qué quieres decir? Ryu tenía una cita en una dirección muy próxima a la que os ubicáis.

—Pues si tiene una cita parece que se lo está pensando —mintió Richard—. Ahora mismo diría que está indeciso. Parece como si estuviera a punto de cambiar de opinión... Tal vez iba a quedar con un enlace, pasar información, o lo que sea... pero está pensándoselo bien...

—¡Mierda!

—Bueno... tal vez estábamos cerca de algo y Ryu se está arrepintiendo, tal vez no quiera cometer un delito o lo que fuera que estaba preparando...

—No digas idioteces Richard. Iba a ver al psicólogo...

Richard colgó.

—Tsubasa, ¿había algún cartel de psicólogo en el portal?

—Sí... una doctora, seguro.

—Allí está Ryu. Debe ser que los remordimientos por los delitos que ha cometido, que yo no sé cuáles serán, le comen el alma. ¡Cada vez entiendo menos esta patraña! Es la primera vez que veo a un delincuente ir al psicólogo.

Se metieron en un bar de copas desde el cual observaban con claridad el portal, en

el otro lado de la calle. Oscurecía y el ambiente parecía animarse aún más. Silje Negard cantaba, desgarrada, una melancólica canción y Richard se pidió un refresco para hacer tiempo mientras que Tsubasa, como siempre en ese tipo de situaciones, acudía a una sana botella de agua mineral embotellada. Siempre tan pulcro y comedido.

Y mientras tanto la cabeza de Richard bullía frenética de ideas y de planes... pero necesitaría la colaboración de Tsubasa. Le miró de reojo. No sabía valorar cuán intrépido sería su compañero. No podía obrar sin él en ese país de idioma tan difícil y escritura aún más compleja. Cuando había intentado aproximarse al kanji comprendió perfectamente aquella leyenda que decía que era el diablo el inventor de aquella lengua imposible, pues no deseaba que los extranjeros pudieran aprenderla. Se sentía vulnerable, inválido. Pero contar con Tsubasa era participar a todo el ministerio del interior japonés de su actividad y caso de que todo saliera a la luz el cabreo de Katherine sería monumental. Su próxima misión caso de pifiarla sería de agente infiltrado en Al Qaeda o algo de similar dificultad e idéntica esperanza de salir con vida para contarlo.

Cuando Richard expuso a Tsubasa lo que se proponía hacer y que además contaba con su colaboración y su máxima discreción, el japonés se horrorizó de tal manera que sus facciones no dejaban lugar a dudas cuál era el grado de repulsa que su plan le generaba, ...tal cual Richard imaginaba. El americano hubo de utilizar cada uno de los resortes que había considerado para presionar a Tsubasa, aunque al final tan sólo funcionó el más habitual. Tsubasa sintiéndose amigo de Richard, no quería defraudarlo. Ni el espíritu de investigación, ni el de espía freelance, ni ninguna otra consideración hicieron mella en él, siquiera el espíritu patriótico que le moviera a conseguir alguna información sobre lo que estaba investigando la NSA parecía que fuera capaz de demoler su granítica idea de lo que era su obligación y lo que era correcto. Sin embargo un «no me dejes colgado en esto» con cierto acento de lastimera desesperación sirvió para que toda la estructura de lealtad que se había establecido entre ellos a lo largo de las últimas semanas de convivencia aplicara una fuerza más poderosa de lo previsto sobre la voluntad de Tsubasa. Al parecer, y a pesar de toda la insolencia e impertinencia que el agente había empleado en las semanas precedentes, Richard caía bien a Tsubasa.

Al cabo de un tiempo Ryu volvió a la calle y ambos perseguidores, grises personas entre la multitud que transitaba la atestada urbe, emprendieron su labor, el uno con renovados bríos, el otro lleno de incertidumbres.

Tal y como habían acordado se encontraron de nuevo ante el portal del gabinete psicológico a las cuatro de la mañana. Aunque la calle estaba muy iluminada no se veía un alma a lo largo de la misma. Forzar la cerradura fue pan comido para Richard. Tsubasa entretanto se mostraba considerablemente nervioso. Por un lado Richard intuía que estaba disfrutando de su pequeña dosis de adrenalina estilo James Bond.

En las semanas previas Richard no había escatimado ni un ápice en vanagloriarse ante su compañero de su amplio repertorio de aventuras y misiones arriesgadas. Lo cierto es que los riesgos que había asumido estaban siempre calculados y las situaciones no eran tan peligrosas como las pintaba. Pero Richard disfrutaba narrando sus particulares epopeyas eliminando cualquier atisbo de cobertura o salvaguarda. Su veteranía le decía que un lío de tan poca monta, caso de que todo se fuera al garete, sería pan comido para que la NSA le sacara las castañas del fuego. ¿Qué harían? ¿Poner un nuevo punto negativo en un expediente personal que ya estaba plagado de ellos?

Richard era adicto al riesgo, cada cierto tiempo necesitaba infringir alguna regla. Se convertía así en el funambulista que era capaz de realizar las más arriesgadas travesías de vértigo sin red de protección. Y aquella aureola de agente de esmoquin que salva al mundo parecía que estaba allí mismo, en aquella fría madrugada, envolviéndolos por completo, y diríase que no estaban intentando allanar el despacho de una simple psicóloga, sino más bien forzando las cerraduras del Kremlin en pleno episodio de la Guerra Fría.

La puerta del despacho del gabinete fue más complicada de lo que Richard pensaba, sin embargo, el hecho de no tener nada de valor en su interior y ser básicamente una simple oficina, con una salita de espera de lo más impersonal, una antesala de tamaño reducido para un administrativo, y el despacho, amplio y confortable, con biblioteca de madera, escritorio de diseño y un diván y confortables sillones pero sin ningún tipo de accesorio de valor ni de lujo suntuoso, hacía que la titular de la oficina no hubiera pensado en cerraduras de seguridad ni puertas blindadas, lo cual resultó muy de agradecer para Richard.

Rápidamente identificaron sobre el escritorio un portátil. Richard se precipitó sobre él para encenderlo. Pacientemente esperó a que Tsubasa, con semblante serio y pálido, manejara el ratón en busca de lo que le había pedido. Después de unos minutos interminables se detuvo como rindiéndose.

—Esto es lo único que he encontrado. Aquí está el registro de visitas, aquí el expediente de Ryu. Parece que no ofrece lugar a dudas.

—Bueno, ¿y qué es lo que dice?

—Se ve que la señora Ishiguro toma notas muy crípticas.

—No te enrolles y dime ahora mismo que lees ahí.

—Mmm... describe a Ryu como un tipo nervioso, desasosegado. Su única inquietud parece deberse a un trastorno psicológico que le afecta al sueño... Aquí habla de hipocondría.

—Insomnio —sentenció Richard.

—Habla algo del estrés laboral... de cierta desmotivación... no parece importante, ni mucho menos delictiva. También pone un nombre propio. Ignoro qué significa. La verdad es que es bastante escueto, no sé si es alguien que le está causando problemas. Es la última línea.

—¿Quién es ese que nombra?

—Ni idea Richard, aquí no dice nada, es un nombre suelto. Te lo escribo en este *postit*. Aquí tienes, un tal Cotard.

## Capítulo 4

Richard vestía un traje oscuro que destacaba aún más su camisa blanca, desabotonada en su parte superior de manera informal. Su aspecto de *gentleman*, su sonrisa franca y buenos modos, todo acompañado de una desenvoltura elegante y un tanto jovial le hacían destacar en cuanto entraba en un restaurante de clase como era el caso. El «Mandarín Oriental» era un local espléndido. Mobiliario exquisito de boj bruñido y reluciente, vistas al inmenso mar urbano de Tokyo desde una posición inmejorable, un equipo de *mâîtres* y camareros pulcros y atentos con atuendos de corte oriental y de movimientos tan discretos como eficientes... Richard sólo lamentaba que la cita no hubiera podido darse en un horario más propicio, tal vez una velada nocturna, en la que las luminarias del local crearan una atmósfera más íntima, con los resplandores urbanitas de Tokyo fulgurando misteriosamente activos más allá de los amplios ventanales del restaurante, cual lejanos bajeles ondulantes con sus faroles de cubierta meciéndose al compás de las olas.

Más no sería así. Una multitud de comensales, en su mayor parte ejecutivos de americana y corbata oscura atestaban el local y conferían al salón una atmósfera prosaica y mercantil, la conversación general, una fluctuante marea de estridencia nasal, iba y venía, acumulando en la orilla, cuando se llegaban a los postres, millones y millones de yenes que iban y venían al compás de las risas, entre brindis jocosos y susurros confidenciales.

Su cita se hacía esperar y Richard se impacientaba. Demasiado tiempo esperando. Así era su trabajo... y también su vida. Esperando y esperando. A que un delincuente cometiera el crimen para poder atraparlo con las manos en la masa... casi deseando que se delinquiera para justificar tanto trabajo, tantas horas de seguimiento y espionaje. También así había sucedido en su vida doméstica. Aguantando mecha. La paciencia no era su principal virtud, ni tampoco sus dotes de comunicación. Había ido dejando pasar todo tipo de situaciones incómodas hasta que, inesperadamente, en un instante frenético de adrenalina, estallaba sin que hubiera límite ni contención. «Brindo por ello» se dijo sardónico al recordar sus cuitas domésticas del pasado y apuró el ochoko de sake que había pedido de aperitivo. Una breve oleada de calor producida por el alcohol aclaró su mente y ahuyentó las malas vibraciones de su ánimo. Sí, en un centelleante arranque podía liberar cuantos sentimientos se hubieran agolpado en su pecho desde no se sabe cuánto tiempo atrás, podía reflotar multitud de pensamientos que yacían en su mente sumergidos en las abisales profundidades de un oscuro mar, olvidados desde la última vez que emergieran tiempo atrás, desconocidos incluso para sí mismo. Así eran sus esporádicos capítulos de desagradables desahogos. Igual que en los instantes previos a la acción física propia de su profesión, en las que su cuerpo se tensaba y todo lo que hacía y obraba era un acto reflejo puro, donde el músculo y el instinto obraban y él se limitaba a dejarse llevar por lo que el entrenamiento y la práctica habían convertido ya en un comportamiento programado,

al igual sucedía cuando en sus días de pareja años atrás, ante un cúmulo de tensiones, mínimas, pero que de manera incesante, imperturbable, socavaban su carácter subterráneamente, cual magma acumulado presionando en su interior, hasta que un día llegado al límite, daba igual si el detonante era tema grave o menor, explotaba. Johanna... lo que tenía que haber aguantado.

Sí, Richard se reconocía a sí mismo como un hombre de estallidos. La adrenalina se liberaba y... en el trabajo era un portento de eficacia, fuerza, control, valentía, dominio... pero en su casa era un desastre de violencia dialéctica, conversaciones frenéticas, y sentencias lapidarias. El control era el talismán de su trabajo, pero la piedra filosofal inalcanzable en su vida privada. Y al igual que un volcán que ha estallado modifica la orografía de una montaña definitivamente, así sus erupciones, aunque distanciadas en el tiempo, alteraban y erosionaban definitivamente los perfiles y la orografía de su matrimonio... Hasta que se quebró.

Ahora ya daba igual quién tuviera la razón. Antes esa parecía una cuestión fundamental. Hacía tiempo, no sabía Richard cuánto exactamente, habían dejado de importarle. Todas aquellas causas que le exacerbaban y le sacaban de quicio las contemplaba ahora indolente, sin comprender exactamente cuáles eran los resortes interiores que como un mecanismo roto, habían dejado de funcionar. Lo que antes parecía importar tanto, ahora le daba igual... completamente igual.

Parecía mentira que cuanto más lejos estuviera de Johanna, tanto físicamente como en el tiempo, más pensara en ella. Era raro, al estar fuera de su entorno, sus amigos, su estilo de vida, y hallarse tan desconectado de su rutina, tan aislado de la gente, su mente le trajera el recuerdo de ella una y otra vez. Pensaba en cómo habría sido viajar con ella, y visitar ese mismo país. Compartir esa velada, no tener que salir de copas a locales de alterne. No preocuparse tanto de su aspecto y mandar el trabajo al cuerno... ¿de verdad que sería así si Johanna fuera la persona que iba a sentarse frente a él en su pequeña mesa para dos? Richard pensó que seguramente, en ese preciso momento, debía haber esbozado una sonrisa bobalicona. Una deliciosa melodía de jazz, con música de piano y voz clara de mujer blanca, seguramente Diana Krall, atenuaban los sonidos de voces y cuberterías de la sala mientras los pensamientos de Richard jugueteaban con los recuerdos pasados. Sí, se sentía como una ficha de un puzzle, manoseada, ajada, que una especie de dios jugueteón era incapaz de colocar en su sitio apropiado. Lo había intentado, forzando sus rebordes, instalándolo en ocasiones encajado de tal manera que pudiera aparentar que era el lugar certero, pero bastaban que llegaran nuevas piezas adjuntas para que se demostrase por completo lo erróneo de la situación. Esas piezas habían sido otras mujeres... pero ya ninguna encajaba. Tal vez, después de todo, si no había formado familia... por algo sería. ¿Qué hacer con esa pieza, tan deslucida como sobada, tantas veces forzada, y con tan pocos lugares ya sobre el tablero dispuesto a recibirla que era él mismo?

Y eso que tras Johanna se habían sucedido varias candidatas a sustituirla. Pero

bastaba repasar algunos rostros para emitir un suspiro de alivio. Alguna de ellas había pretendido constituir una familia de la cual él mismo formara parte como padre. «Válgame el cielo» se decía Richard al recordarlo entre divertido y asombrado. Y estas sensaciones no por otra causa sino porque consideraba a la mujer que se planteara semejante opción para con él como una verdadera incauta. ¿Es que acaso no lo conocían ya mínimamente? ¿Querían repetir con él, paso por paso, la pesada catenaria de errores con la que ya cargaba cual reo condenado?

Al fin apareció su invitada por la puerta del restaurante. Una mujer deslumbrante de por sí, que no obstante no reparaba en nada para hacerse aún más llamativa. Era de esas mujeres inteligentes en las que la belleza, bien conocida y domesticada por quien la ostentaba, era empleada indefectiblemente como un arma, de sometimiento, de seducción, de dialéctica, a veces para imponer una inalcanzable superioridad, en otras una felina y engañosa docilidad... Katherine avanzaba hacia él mientras ignoraba soberanamente la multitud de miradas que comensales de toda índole le dirigían, tan llenos de admiración como de deseo por parte de los hombres, de envidia las mujeres. Cuando se sentó frente a él Richard sintió que ante los ojos de sus rivales su *status* de macho alfa había alcanzado su cénit. Sintió que sonreía como un estúpido.

Katherine tenía una larga melena ligeramente rubia que ondeó graciosamente mientras tomaba asiento frente a Richard. Este le dirigió una cordial sonrisa de bienvenida mientras ella le respondió con un escueto saludo. Richard se imaginaba que su superiora veía en él un torpe agente de campo sin demasiadas luces. Se había quedado en el atolladero mientras ella ascendía vertiginosa hacia las cúspides del éxito. Era una recién llegada al cuerpo cuando ya él mismo era un veterano, y no había hecho sino trepar desde el primer día. Podría decirse que había sentido en sus carnes, metafísicamente, como había apoyado sus puntiagudos tacones de aguja sobre sus hombros para encaramarse a lo más alto. Era ambiciosa e inteligente, pero Richard había visto a demasiados como ella, tan deseosos de progresar a lo más alto que rápidamente se convertían en chivos expiatorios cuando un político o los mandamases de turno necesitaban que alguien pagara los platos rotos. Formaban parte de la colección de cromos que no por muy queridos y valorados, dejaban de intercambiarse con cierta pena cuando la situación lo requería. No se debía llegar tan arriba si no se tenía una buena caja fuerte llena de secretos con los que negociar, y eso requería tiempo, paciencia, tenacidad. Richard tenía la suya a buen recaudo. ¿Estaría la de Katherine bien surtida?

El sommelier tomó nota del vino mientras que un *maître* acudió presto un instante después a tomar la comanda. Katherine no había perdido ni un segundo en echar un vistazo a la carta y decantarse por un pescado local. Ni siquiera había esperado a confirmar si Richard había decidido ya.

—Bien caballero, aquí me tienes a tu disposición. Tengo todo aparcado para atenderte al cien por cien, tal y como me habías pedido. —Katherine clavó su mirada inquisidora en Richard mientras hacía un gesto de cierto fastidio ladeando la cabeza.

—Caramba Katherine, una de dos, o bien estás tensa a más no poder por un asunto que no parece tan importante, o se te están subiendo los galones a la cabeza. Cualquiera diría que no te he salvado el culo más de una vez. —Richard puso su cara de póker y cerró firme la boca. No le gustaba el tono condescendiente que había empleado Katherine.

Ésta bajo la vista y pareció relajarse. Cuando se encaró de nuevo, Richard reconoció la mirada despierta, una mezcla de coqueteo y complicidad, de aquella joven agente que años atrás había sido su compañera en lo que había sido su bautismo de fuego. De novata, Katherine era terrible y Richard como agente instructor había tenido que hacer de niñera más de lo habitual. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces! Él había madurado y se acercaba a la cincuentena, y en cambio Katherine, por esa rara habilidad que tienen algunas mujeres, se había conservado esbelta y grácil, y era capaz de combinar la seguridad letal del mando con la impresión, que al menos a él le suscitaba, de haber ascendido prematuramente. Creía intuir en ella una debilidad, un punto flaco, que el achacaba a su juventud, pero ese presentimiento, como la del obrero que tantea una pared con los nudillos buscando un punto inconsistente, no acababa de mostrarse, como si ella hábilmente fuera capaz de comprender sus intenciones y disfrazara su debilidad en una variedad de trucos de ilusionista.

—Este asunto es más grave de lo que parece Richard. Ojalá pudiera decirte algo más, pero el protocolo al respecto es tajante.

Pero Richard no quería abordar la cuestión que le había llevado a acudir a Katherine en su día libre tan abruptamente. Bien conocía los efectos de un par de copas de vino, no sólo alegraban el corazón, también soltaban la lengua, y aunque Katherine estaba muy por encima de algo tan burdo como dejarse llevar por la alegría que induce el alcohol, Richard estaba habituado a sonsacar y deducir más por lo que no se decía, por las muecas y gestos que pudieran mostrarse, que las palabras en sí mismas, como el jugador de sudokus que mira atentamente las casillas vacías intentando discernir cuáles son las más fáciles de rellenar. Y en esas cuestiones el alcohol podía ser un excelente aliado. Era mejor abordar los temas espinosos en las postrimerías de la cita, con la lengua suelta y la atención distraída.

Durante el almuerzo hablaron en su mayor parte de la vida en Japón, de las grandes diferencias respecto a occidente, tradiciones, costumbres, gajes... aspectos que ayudaron a que la tensión inicial se fuera relajando e incluso en más de un momento ambos llegaron a reír cordialmente al recordar viejas anécdotas ya casi olvidadas. Richard lamentaba en su corazón que aquella alegre chiquilla que había conocido una docena de años atrás se hubiera convertido en la mujer fría, inteligente y calculadora que manejaba los cubiertos frente a él con habilidad de cirujano. La política de la Casa, a la que ella se había adaptado camaleónicamente, la había cambiado. ¿Mejorado? Lo dudado. Pero... ¿acaso él mismo no había llegado a ser una caricatura deforme de otro Richard más jovial y franco?



La comida finalizaba. Pidieron un licor fuerte, el shochu, un descubrimiento que había hecho Richard al comprobar que éste tenía incluso una graduación más alta que el sake.

—Katherine... necesito que me digas de qué va todo esto. Nunca había hecho una labor de seguimiento a un tipo tan gris, discreto e insustancial como Ryu. Esto no tiene ningún sentido.

Katherine enarcó las cejas divertidas. Richard calibraba que el alcohol y el buen entendimiento de la larga sobremesa ayudaban a que no hubiera empleado al menos sus tácticas jerárquicas basadas en imponer su criterio e inaccesibilidad por pura cuestión de rango.

—No me sorprende en absoluto tu testarudez. Siempre has sido igual, y como te conozco bien... La verdad es que acepté esta invitación porque siento que te lo debo, como antiguos compañeros... pero me incordiaba la idea de que en el fondo, lo único que querías, era someterme a un tercer grado.

Richard rió.

—Señorita —es así como se dirigía ella tiempo atrás cuando ella estaba a sus órdenes—, cualquiera diría que te he traído a un sótano de Bagdad y he empleado tácticas disuasorias e intimidantes.

—Ah, Richard, has utilizado todas tus artes de cordialidad y seducción. Bien te conozco yo a ti. Me resultas completamente transparente —Katherine sonreía abiertamente.

El veterano agente no sabía si era el momento oportuno, pero se arriesgó. Ya no quedaba mucho tiempo, así que quemó sus naves.

—Sé lo de Cotard.

El rostro de Katherine se crispó. Todo el encanto se desvaneció en un rictus severo, su chispeante mirada se apagó como por ensalmo y en su lugar quedó la inexpresiva mirada de una mujer que no reconocía. Meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Ignoro cómo has averiguado eso... Pero... debo ser intransigente. Quedas fuera, Richard. Puedes volver para casa cuando quieras. No me has dejado otra opción... Ah. Y gracias por la invitación, por los viejos tiempos, —y vació el vaso de shochu de un trago. Se despidió fríamente mientras se incorporaba y dejaba a Richard con el semblante demudado y sin saber qué decir. No esperaba una reacción tan contundente.

Su desconcierto duró unos minutos. Se sentía como el colegial al que la novia le ha dejado plantado en la fiesta de graduación.

## Capítulo 5

Manacupuru es una pequeña ciudad del Amazonas. Rodeada de selva, de atmósfera húmeda y turbia, la jungla la empuja hacia el río, que más que un río parece una laguna de aguas terrosas y agitadas. Para el visitante ocasional un pequeño oasis de civilización a punto de ser engullida por la selva, pero lo cierto es que el hombre, a través de enclaves como éste, perpetúa y agranda la cicatriz de la agricultura y la industria maderera en estas selvas amazónicas que antaño, no demasiado, fueron vírgenes. La ciudad consiste en un aglomerado de viviendas familiares de escasa altura, algunos centros oficiales, y una pequeña y bulliciosa población que sabe adaptarse a la particular idiosincrasia de su dependencia del tráfico fluvial, que se desarrolla a través de un pequeño muelle de tablas mal alineadas y sencillas casetas que hacen de almacén, y a una única vía de comunicación terrestre, por la carretera principal, que como un precario cordón umbilical, mantiene vivo el contacto con la civilización gracias a la distante Manaos.

Doña Adelina es una mujer ya entrada en años, simpática y popular, cuyos paseos por la pequeña urbe se hacen largos pues a menudo le saludan las vecinas y tenderas, y ella se deja enredar con gusto en largas conversaciones donde los rumores, los comentarios y chismorreos del barrio se despachan en susurros, se exageran con voces estridentes, y finalmente, ríen a viva voz, y da igual luzca el sol húmedo o diluvien mil aguas tropicales, ella camina, bamboleando su cuerpo grueso y bajo, con una sonrisa en la boca y una palabra agradable para el que quiera recibirla. Como el hilo introducido en una aguja que perfora una tela una y otra vez y va urdiendo un dibujo así doña Adelina recorre la ciudad, uniendo sus gentes en el compartir del relato inacabado de sus vidas, puntada a puntada.

Siempre, salvo domingos y fiestas de guardar, haciendo el mismo camino al pequeño centro clínico en el que trabaja y que, situado en un desvencijado edificio de las afueras, después de que unas monjitas años atrás lo abandonaran y cedieran para fines sociales, el municipio lo había tomado bajo su protección y dedicado a atender a los más desfavorecidos del lugar. Apenas se repintó con una mano de azul añil en el día de inauguración, se pusieron unas banderas y se hicieron las oportunas fotos, aquel edificio empezó un largo proceso de deterioro que el clima selvático y la vegetación incontinente habían acelerado sin piedad.

Un viejo celador, un médico mulato, y ella misma, doña Adelina, como a todos les gustaba llamarla, eran cuantos atendían el lugar, con el tesón propio de unos naufragos abandonados a su suerte en una isla ignota en mitad del océano. Se realizaban analíticas, se ponían vacunas, y se atendían a los necesitados que no contaban con medios propios. «Siempre la misma gente, la verdad» se decía doña Adelina, con más sabiduría de la que ella misma se percataba; indígenas sin tierras venidos a la ciudad, borrachos profesionales y mendigos de color con mala suerte y mirada vidriosa que despertaban su compasión.

Aunque en ocasiones había sorpresas inesperadas, como el caso del *ianque* que tenían internado. El municipio apenas tenía para pagar sus propios sueldos así que todas las medicinas estaban supeditadas a las que el gobierno o alguna ONG extranjera les hacía llegar esporádicamente. En ese sentido el joven doctor Fabio, no sabía muy bien doña Adelina cómo lo hacía, se las apañaba para que de vez en vez, llegara algún fardo que proveniente de río abajo, lleno de medicamentos y remedios, y sirviera para hacer unos cuantos apaños durante un buen tiempo. Entonces, durante unos días, el dispensario era un tumulto de gente, de niños correteando por todos lados, de madres angustiadas con sus bebés llorones, y en ese hervidero de actividad, doña Adelina sonreía y en su ir y venir por las desvencijadas estancias de la casa, era más feliz que nunca pues su corazón se henchía por el saber que era una ayuda cierta a cuantos allí acudían y porque también, de alguna manera, se sentía como una reina del renacimiento alrededor de la cual pululaba una cohorte de cortesanos y damas de honor que agradecían y adulaban su deferencia y atención. Estos logros de aprovisionamientos eran celebrados por la buena Adelina con gran alegría y contribuían a que el aura de poder y respeto del doctor creciera a sus ojos y así, como un alegre buhonero medieval, ensalzara la figura del licenciado al nivel de héroe de leyenda a los oyentes de sus habituales corrillos.

Ahora que tenían a un invitado especial no sabían qué hacer con él. El doctor Fabio había llamado a varios centros públicos de Manaos, pero no parecían estar muy dispuestos a hacerse cargo del *ianque* loco que tenían a buen recaudo. El doctor se daba cuenta que gran parte del problema residía en la ausencia de diagnóstico. Ante esa laguna nadie quería asumir la incógnita de un paciente que podía ocupar cama de manera indefinida, suponer gastos sin contrapartida alguna, y entretener al personal en una tarea improductiva. Pero tampoco se veía con fuerzas para establecer una evaluación equivocada o siquiera precipitada. Para eso prefería esperar un poco.

Doña Adelina siempre confiaba en el joven doctor, pero no sabía si su afán de obrar correctamente le había llevado a meterse en un lío. «Uyuyuyuy» canturreaba ella cada vez que veía al doctor dejándose llevar por su ímpetu de hacer el bien y se metía en algún lío, y doña Adelina miraba para el suelo y agitaba las manos, proclamando que no quería saber nada de ese entuerto, y así estaba revoloteando alrededor del licenciado y agitando sus voluminosas caderas durante un buen rato, pero era su obrar muy contrario a su decir, pues su naturaleza curiosa e inquisidora contradecía por completo lo que expresaba de viva voz.

El caso era que el pálido y pecoso hombre de mediana edad que tenían internado, parecía borracho, unos días atrás, cuando unos obreros de una maderería local lo habían empezado a insultar y despreciar. La policía local lo arrestó, y viendo que no había manera de entenderse con él y que parecía alterado, drogado o ido, estuvieron a punto de enviarlo al correccional más cercano. Afortunadamente uno de los agentes era amigo del buen doctor, y tuvo la cautela de avisarlo. Al presentarse en la comisaría y reconocer al individuo comprobó que no se trataba en ningún caso de

ningún efecto psicotrópico, sino más bien un trastorno psíquico. Meter a un individuo así en un correccional de segunda categoría como era el plan, podía significar su fin.

Y esto había sucedido una semana atrás.

Desde entonces Fabio había hecho pesquisas en el consulado americano y británico, dado que parecía que esa era la procedencia de aquel hombre de mediana edad, de piel blanca y carácter esquizofrénico, que unas veces gritaba furibundo, otras parecía tranquilo y manso como un bebé recién alimentado. Curiosamente, parecía ser la voz alegre y melosa de doña Adelina la que obraba el prodigio de amansar a la fiera. El invitado permanecía en una de las habitaciones de la clínica, en la que se le dejaba encerrado la mayor parte del tiempo por temor a que escapara y que deambulando por la ciudad pudiera meterse en un problema serio, o incluso pudiera perderse y ahogarse en la jungla. El celador, Paulo, un hombre que ya debía haberse jubilado hacía tiempo y del que nadie sabía su edad exacta, incluido él mismo, pernoctaba en el edificio, así que caso de producirse algún incidente era capaz de avisar al doctor o a quien fuera necesario.

Adelina estaba encantada con la situación. Tenía alguien por quién preocuparse, con quién hablar, por quien mantenerse completamente entretenida y atareada gran parte de la mañana, excepción hecha a cuando se presentaba alguien y ella atendía las habituales incidencias de picaduras de insectos y animales, o ponía alguna venda o remediaba algún corte a base de dar puntos habilidosamente. Como a una niña con una muñeca nueva, el divertimento de la auxiliar no era otro sino el atender, cuidar y mimar a sus pacientes, especialmente a los que quedaban internos, pues rápidamente se convertían en su juguete particular. Si por ella fuera, nunca les daría el alta.

Lo primero que hacía al llegar a la clínica, temprano, era preparar el desayuno de su huésped. Pan tostado con manteca y algo de embutido y un gran tazón de leche, no podían permitirse más. De hecho ya tenían al concejal municipal que quería resolver la situación del nuevo residente cuanto antes. En un sitio tan pequeño una novedad como aquella era el centro del debate político y ya la población parecía haber tomado partido sobre qué hacer con el *ianque*, o recluirlo en un centro psiquiátrico insistían unos, o enviarlo directamente a Manaus en el siguiente barco de transporte y dejarlo ir a su suerte, proponían otros. A doña Adelina le encantaba que la clínica se hubiera convertido en el centro de todas las conversaciones porque se sentía importante y a menudo, rodeada de amigas, exprimía cada una de las noticias de las que era portadora con el arte narrativo de la más enrevesada de las telenovelas a las que era tan aficionada.

—Buenos días *senhor* —saludó con una amplia sonrisa mientras entraba en la habitación del invitado, una estancia pequeña, de paredes descoloridas, que antaño tuvieron algún papel pintado cubriéndolas, pero que la humedad y el tiempo habían logrado despegar y así, de la misma, tan sólo quedaban estropeados colgajos por doquier. Ventanas y puertas de madera reseca hablaba de largos años sin haber sido mínimamente atendidas, al igual que el somier metálico de la cama, uno antiguo de

hospital que clamaba ser retirado y que crujía estrepitosamente hasta por el más leve movimiento de su ocupante.

El *ianque* permanecía tumbado en el jergón, en posición fetal. Era un hombre escuálido que vestía unos vaqueros raídos y una camiseta negra con algún género de dibujo que el desgaste del tiempo hacía parecer indistinguible. Junto a la cama, sobre una pequeña mesita de noche, permanecía una pequeña mochila de lona, única pertenencia del viajero de origen desconocido, que parecía vigilar con gran celo pues no permitía que nadie salvo él la tocara.

En los primeros días cuando el paciente mostraba ataques de ira y resultaba intratable, el doctor no tuvo más remedio que sedarlo, y entonces habían aprovechado para inspeccionar la mochila y sus pertenencias en busca de algún género de identificación, y lo que encontraron les sorprendió a todos, especialmente al doctor. Tan sólo había un legajo, un manuscrito, redactado en una lengua absolutamente incomprensible, ya que tal y como decía el doctor, nunca había visto ni semejante caligrafía ni caracteres. Parecía un código inventado por un loco. Y doña Adelina, cuanto más conocía y miraba al *ianque*, más se convencía de que aquel hombre, estaba, ciertamente, loco de atar. Y cuantas consultas realizó Fabio en torno a la misteriosa lengua resultaron infructuosas, hasta que finalmente se rindió en sus pesquisas. Había considerado seriamente la posibilidad de que se tratara de georgiano, ya que el alfabeto mkhedruli, lleno de caracteres serpenteantes y sugerentes, tenía cierta similitud con los que exhibía el manuscrito, pero si bien era cierto que en un primer atisbo parecía una conclusión congruente, un análisis más riguroso acababa reconociendo que tan sólo se trataba de parecidos casuales y esporádicos, por lo que tras muchos esfuerzos infructuosos abandonó finalmente el intento de determinar en qué idioma estaba redactado aquel texto.

—¿Como voce se sente? —preguntó cariñosamente doña Adelina, a lo cual el *ianque* ladeó ligeramente la cabeza y entornando el único ojo que mostraba, pues mantenía la cabeza semioculta por la almohada, pareció saludar irónicamente a su enfermera, que le respondió con una sonrisa.

—Aquí tiene un espléndido desayuno, para que pueda reponer energías y ponerse sano. ¡Ya es hora de levantarse! —doña Adelina se dirigía al paciente como si este tuviera una larga lista de tareas por delante y hubiera de apremiarlo a emprender su jornada de agenda sobrecargada. Descorrió una raída cortina que apenas tamizaba la luz del exterior, permitiendo que entrara algo más de claridad en la habitación y que la sombra de unos barrotes oxidados se dibujara escueta en el suelo.

—Vamos, apresúrese *senhor*, debe portarse bien y atender al buen doctor. Llegará dentro de un rato y tiene ganas de poder conversar con usted de una vez. Ya es hora de que se comporte bien y responda a sus preguntas. Es buena persona el muchacho, seguro que quiere ayudarlo a usted. —Tal vez no fuera tanto el interés cierto del doctor por averiguar la respuesta a aquellas preguntas que efectivamente quería formular, como la enorme y glotona curiosidad de la auxiliar por oír en primera

persona un fascinante relato y que estaba que no dormía por estar en disposición de divulgar a los cuatro vientos la que sin duda debía tratarse singular historia del extraño.

Si aquella fuera una clínica normal y aquel fuera un paciente típico, lo que procedía era tomar el pulso, comprobar que el estado físico del hombre e informar al doctor de ello, pero ni el dispensario se regía por un estricto protocolo ni el sujeto de sus cuidados era susceptible de aplicar el más convencional de los procedimientos médicos, tan pronto se le intentaba tomar la presión o la temperatura se agitaba, gritaba y entraba en un estado de *shock*. Por otro lado a doña Adelina le intimidaban los extraños tatuajes que partían de la muñeca y subiendo por los brazos, se perdían inacabables, tras las mangas de la camiseta.

Doña Adelina iba y venía por la habitación, limpiando aquí y allá, recogiendo las toallas usadas y sustituyéndolas por otras limpias, mientras el paciente seguía impertérrito recogido sobre la cama sin apenas moverse aunque la gruesa asistenta intuía que no le quitaba el ojo de encima, más bien como una triste cría de felino que ha perdido los cuidados de su progenitora y desconfía de los cuidados que le brinda un ser extraño. Finalmente terminó sus labores, y viendo que no tenía más excusa para permanecer allí, salió camino del lavadero, entonando una alegre samba. Mientras se alejaba oyó como el paciente emitía un largo quejido. No sabía si era por el temor de quedarse sólo o porque quería solicitarle alguna cosa, pero es algo que ocurría constantemente, y cada cierto tiempo se dejaba oír por los vacíos pasillos del dispensario un largo y agónico lamento, como el de un perro entristecido por la muerte de su amo y que no sabe a quién dirigirse, que en las tardes grises de lluvia tropical hacía que el decrepito edificio lo pareciera aún más ensombreciendo el ánimo de sus ocupantes. Pero tan pronto doña Adelina se acercaba a él para consolarlo e interrogarlo acerca de ese extraño aullido, cesaba, y era incapaz de hacerle decir cualquier palabra, bien fuera en su idioma o en otro, así que su dolor y su pena permanecían en el ámbito del misterio, tanto como su propia persona.

A las nueve se presentó el doctor. Alto y delgado, de andar un tanto desgarbado, acostumbraba a seguir una escrupulosa rutina que comenzaba con su indumentaria, pues la bata blanca que doña Adelina se ocupaba de mantener siempre limpia y a punto era lo primero que se ponía encima. A continuación se acomodaba en su despacho y echaba mano de su agenda, en la que fielmente anotaba tanto las incidencias de cada día como las tareas pendientes que consultaba ineludiblemente a primera hora. Una vez repasaba su escrupuloso diario médico ordenaba su pulcro escritorio y paciente, esperaba a que doña Adelina hiciera su larga lista de peticiones, su no menos largo discurso de dimes y diretes en los que se informaba, con ciertas dosis de exageración y mucha mirada suspicaz o cómplice según fuera conveniente, de todo cuanto por cercano o lejano, pudiera incumbir al doctor, y así éste más o menos tenía una idea de lo que se decía de él en los pasillos municipales, o en la

comisaría de policía o en el mercado del pueblo, aunque tendía a no dar demasiado crédito a los exagerados comentarios de su señora ayudante pues intuía que esta disfrutaba más contando un chisme que manteniendo su boca cerrada. Una vez cumplida esta rutina ya estaba dispuesto a tomar el teléfono y empezar una larga lista de llamadas, que incluía pacientes lejanos, proveedores diversos, políticos y alguna ONG benéfica. doña Adelina sabía que el joven se levantaba temprano para iniciar una ronda de visitas por los enfermos más desatendidos de la ciudad antes de dirigirse a la clínica, menos un día o dos a la semana, en lo que salvo urgencias, no iba a la clínica, sino que hacía un recorrido por las aldeas más alejadas, selva adentro, para atender enfermos y administrar medicinas. Los caminos eran arduos de recorrer, a menudo requerían desplazamientos en canoa, y ocupaban al doctor buena parte del día. Y doña Adelina detestaba que el joven doctor abandonara el dispensario en busca de aquellos pacientes que no podían acudir allí, no porque los considerase unos vagos o unos aprovechados de la bondad del doctor, como pregonaba constantemente intentando persuadir al doctor de que cesara aquellas visitas, sino porque intuía acertadamente que era esa la excusa que se tomaba el licenciado para darse un paseo y descansar de su compañía parlanchina y entrometida.

Allí, en la vieja clínica, cuando no había a nadie a quien atender, el doctor Fabio se ocupaba principalmente de realizar gestiones telefónicas, bien para conseguir medicinas especiales... y no tan especiales, pues de todo era necesario. Y en los últimos días le preocupaba las escasas reservas de sedantes pues el *ianque* parecía necesitar que se le administrase este tipo de fármacos con cierta regularidad. Y mientras el doctor permanecía en el edificio a doña Adelina le gustaba entonces realizar sus tareas rondando su despacho porque así se mantenía entretenida escuchando sus conversaciones, que por su entusiasmo o vehemencia según el caso, tendía a subir el tono de su voz, bien por enfadarse o bien por mostrarse irónico, y eso a la buena mujer, le hacía reír secretamente de buena gana, además de que extraía de las conversaciones sus particulares conclusiones que después no dudaba en despachar a los cuatro vientos, no importara lo desacertadas de sus interpretaciones o lo confidencial de la conversación, que doña Adelina era capaz de fabricar con ellos succulentos culebrones capaces de mantener entretenida a la nutrida audiencia de su vecindario, que rodeándola a modo de pequeño escenario griego, animaba al calor de sus relatos y cuitas, vivas tertulias de patio hasta bien entrada la noche.

—¿Cómo está hoy el paciente, doña Adelina? —preguntó el doctor como saludo de buenos días, casi dando por sentado con su tono indiferente que no deseaba novedades, pues toda su atención parecía puesta en repasar unos impresos que había rellenado apresuradamente esa misma mañana y que le urgía enviar por correo cuanto antes.

A doña Adelina no le gustaba que el doctor diera por hecho que no había novedades, para ella ya era más que novedad tener a un *ianque* como aquel, internado en la clínica, y hasta el más nimio de los detalles de su comportamiento era objeto de

un meticuloso análisis del que extraía importantísimas conclusiones en relación a quién era realmente y qué enfermedades padecía. No comprendía como el doctor era tan poco dado a interesarse por la vida ajena, pues en lo que a ella tocaba, no hallaba mayor placer que el poder departir con amistades, conocidos... y hasta desconocidos si se terciaba, hasta las más insignificantes minucias que, de una manera u otra, retrataran la pasta de la que está fabricado el género humano.

—Mmmm, verá doctor, creo que esta mañana está cambiado —dijo doña Adelina intentando dar a su voz un toque de preocupación profesional.

El doctor Fabio levantó la vista lentamente de sus papeles y con gesto vago y taciturno se ajustó las gafas de montura metálica mientras miraba inquisidor a su veterana enfermera. La conocía de sobra y sabía que su afán por generar revuelo era uno de sus entretenimientos preferidos.

—Sí, hoy me pareció que me miraba diferente, como queriéndome decir algo... no me parecía tan... no sé...

—¿No sabe?

—Sí, quiero decir, no me parecía tan loco como ayer... o antes... usted me entiende, doctor, tan callado quiero decir. Creo que tiene ganas de hablar con usted. —Concluyó la veterana psicóloga, aunque más parecía que expresaba un deseo personal que una imagen fiel de la realidad.

A doña Adelina le encantaba mover al doctor de una manera u otra, aunque eso le llevara a exagerar las cosas, y por una misteriosa razón que ni ella misma entendía, disfrutaba enormemente cuando, dramatizando un tanto, lograba que el buen doctor se enfadara, preocupara, alterara o incluso sonriera. Aunque no sabía muy bien por qué, cuando la emoción que lograba transmitir era de índole más bien negativa su satisfacción era infinitamente mayor. Se sentía como el artillero que después de haber colocado la pólvora y la bala correspondiente en el cañón aplica el fuego a la mecha y aguarda, satisfecho, una violenta explosión. En este caso pensaba que era bueno que el doctor echara un vistazo al paciente de vez en cuando, así que a lo largo del día solía aprovechar para ir a este y espetarle, «parece que está muy enfermo», o «mire lo que está haciendo el *ianque*», o «debería ir a echarle un vistazo, yo lo veo mal», y así, a base de prueba y error iba descubriendo qué género de mensajes, entonaciones, mohines y carantoñas eran capaces de despertar el interés del doctor y las iba guardando celosamente en su repertorio para utilizarlas cuando más conveniente le pareciera a su peculiar criterio. Ciertamente, cualquier frase ambigua no servía para movilizar al doctor, pero también era verdad que no consentía que nadie cercano sufriera y por esta hipocrática razón caía inocentemente en las celadas que le tendía su enfermera. Después, cuando llegaban junto a él y se constataba que el aviso no tenía consistencia doña Adelina murmuraba alguna excusa del tipo «pues yo antes lo vi peorcito que ahora, doctor», o algo similar, pero ya había conseguido que el doctor se pasara por allí una vez más y en su fuero interno sentía que había obtenido un triunfo. Y en este entretenido juego del gato y el ratón transcurrían las horas y los



días.

Así que en esta ocasión el doctor se levantó con cierto aire de fastidio, porque si bien reconocía que doña Adelina tenía sus propias motivaciones, no podía dejar de verificar por sí mismo hasta que punto era falsa la conjetura, y con grandes zancadas que a la enfermera le costaban seguir, se presentó en la habitación del paciente.

Por lo que se veía había dado cuenta parcialmente del desayuno que había preparado doña Adelina. El hombre de tez pecosa permanecía acucillado en una esquina de la habitación, sobre la cama, los ojos bien abiertos, apostado como una pequeña fiera a punto de saltar sobre su presa. Parecía emitir un ronco susurro con los labios entreabiertos, como un ronroneo. Resultaba una imagen inquietante pues se intuía una agresividad latente en esa pose entre felina y simiesca.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—, pues yo lo veo exactamente igual que todos los demás días —dijo como si hablara consigo mismo en alta voz, aunque el reproche iba encaminado hacia su ayudante, y se volvió de nuevo hacia el extranjero antes de que ésta tuviera tiempo de articular la consabida excusa—. ¿Qué tal se encuentra esta mañana?... ¿Le gustó el desayuno?... Tenemos un espléndido día hoy, ¿no quiere salir a pasear? —El doctor hablaba con naturalidad, como si el comportamiento del paciente fuera el que cabía esperar y para nada consiguiera con su extraña actitud inquietar a sus visitantes.

Pero el hombre le miraba fijamente con sus ojos pardos como si nada entendiera. Poco a poco empezó a balbucir unas palabras, como una letanía, casi imperceptiblemente al principio, pero con cada repetición más y más alta.

—Oh, ya empieza de nuevo —se lamentó doña Adelina.

—Vayámonos de aquí... está como siempre y yo no tengo siquiera un Valium que darle... Dejémosle encerrado.

El doctor chasqueó y movió la cabeza en gesto de desesperanza. Mientras se alejaban por el pasillo oían la voz amortiguada que pronunciaba en portugués, con un deje extranjero inconfundible, unas palabras inquietantes, que repetía una y otra vez, con tonos distintos, como una lastimera queja infantil interminable; «eu estou morto... eu estou morto» y se balanceaba adelante y atrás su cuerpo magro y frágil, como si estuviera en trance, repitiendo una letanía que sólo él sabía qué terrible significado encerraba. Según decían, así mismo lo habían encontrado los obreros días atrás. Si no fueran por esas palabras todo en él podría ser una anécdota simpática que recordar meses más adelante, pero el cariz tan tétrico que entrañaba aquel mensaje agorero hacía que doña Adelina no hallara ningún placer secreto en referir su contenido al habitual corrillo de parroquianos, y siendo esto así, era curioso que por no querer hacerlo, hubiera despertado una gran expectación respecto al secreto de lo que el interno gritaba cada cierto tiempo. Y cuando la concurrencia le reclamara que desvelara su secreto, a doña Adelina le cambiaba la cara, cesaba abruptamente su narración y advertía seriamente con lenguaje soez y basto pero innegociable, caso de que se la siguiera presionando levantaría sus enormes posaderas de la destartalada

silla sobre la que se asentaba y acudiría en busca de audiencias más respetuosas. Y antes de proseguir su relato se santiguaba.

Sin embargo, en esta ocasión, no estaban sino llegando al final del largo pasillo de las habitaciones de los pacientes, todas cerradas a cal y canto, cuando los gritos finalizaron abruptamente. Como no era el comportamiento habitual, pues a menudo los episodios como aquel duraban horas, doña Adelina volvió sobre sus pasos a curiosear mientras el doctor se encaminaba a su despacho pues tenía muchas llamadas aún por hacer, entre ellas unas cuantas destinadas a resolver el enigma de aquel hombre.

No había llegado ni a sentarse en su silla giratoria cuando oyó el apresurado andar de la enfermera que poco después aparecía acalorada y casi sin aire en los pulmones para avisarle que el *senhor ianque* había desaparecido. De entre las advertencias absurdas y disparatadas que doña Adelina le había presentado en la última semana para captar su atención esta era la más ridícula de todas, pero la mirada aterrorizada de la mulata y su expresión desencajada indicaban que aquello distaba mucho de ser el habitual farol al que estaba acostumbrado.

Aún así el doctor no dio crédito a lo que le decía su auxiliar hasta que llegó a la habitación, y tras abrir apresuradamente la cerradura e introducirse dentro, comprobara con sus propios ojos lo que la auxiliar le había anunciado. Allí, efectivamente, no había nadie.

## Capítulo 6

Tres días después de la cena con Katherine que tan abruptamente había finalizado Richard yacía boca abajo, tumbado en la cama, semidesnudo, presa de una resaca terrible. El cerebro palpitaba de dolor, cada pensamiento resultaba insoportable y el más leve movimiento venía acompañado de una retahíla de terremotos de dolor con sus correspondientes réplicas.

Las últimas jornadas habían sido de completo abandono. Recordaba vagamente haber salido con Tsubasa para desahogarse tras la frustrante reunión con Katherine. Al principio él y su novia abrieron la puerta a nuevas amistades, que a su vez permitieron acceder a conocidos de conocidos. En una interminable vorágine de días mezclados con noches, de episodios de nocturnidad y sueños de mediodía, duermevelas insomnes, resacas calamitosas, poca comida y mucho alcohol, música nipona estridente a más no poder... todo se mezclaba en su memoria de forma caótica y desordenada.

Recordaba haberse reído a mandíbula batiente... y creía que también había llorado. Sabía que había intentado hablar en japonés. Conoció a un tipo, tan borracho como él. Vestía con traje y corbata... por lo menos inicialmente. Debieron caerse bien inmediatamente pues ambos se hablaban en sus respectivos idiomas sin comprender apenas lo que decía el otro. Afortunadamente el nipón daba síntomas de entender lo que Richard decía, sin embargo su inglés era ininteligible y Richard ponía en su imaginación lo que intuía decía el otro. Ignoraba si era amigo de Tsubasa o no, pero sintiéndose amigos de toda la vida acabó presentando a sus compañeros de juerga, que no eran sino sus compañeros de oficina. Una mujer madura de aspecto infantil se encaprichó con él. Richard no recordaba su nombre, tan sólo que se habían reído muchísimo, tanto que los expulsaron del karaoke. Intuía que había tenido una aventura con ella. También había hecho el payaso. Richard hizo amagos de defenderse con un kata de kárate lo que provocó la hilaridad de todo el grupo y en su delirio de borracho tenía la impresión de haber avanzado por la calle haciendo una pantomima de katas y kiais. ¿Había resbalado y caído en un charco en ese momento... o eso había sido otra noche?

Afortunadamente estaba en su habitación del hotel... y parecía que estaba solo. Eran las diez de la mañana... no tenía por qué estar despierto aún... ¿por qué estaba despierto? Ah... ese maldito sonido interminable era el teléfono... no, eran los dos teléfonos, el de la habitación y el del móvil. Creía que lo había dejado apagado. Su maldita responsabilidad de agente no le había concedido siquiera ese descuido. Era como la novia desechada, que después de haber despedido al novio y finiquitado la relación, aguardaba impaciente que el ex la llamara para pronunciar un último exabrupto de venganza. ¿No tenía edad ya para estar muy por encima de esos celos de adolescente desechado?

Richard descolgó y emitió un bufido bronco.

—Richard te necesito urgente. ¿Dónde diablos estabas? —La insufrible voz mandona de Katherine.

—Camino de Vermont cariño —mintió Richard.

—Mientes muy mal, cabrón. Te tenemos localizado perfectamente. Despéjate con una ducha helada y ven para el centro echando leches.

—Mmmm... creo que me habías cesado. —Richard sabía que no debía haber dicho eso. En el fondo estaba encantado con que volvieran a tener que tirar de él—. ¿Qué pasa que todo es tan grave? ¿Tan *importante*? —No pudo evitar dar a la última palabra un tono teatral melodramático acentuada por su voz de borracho aún afectada por el alcohol. Katherine ignoró su broma.

—Ryu... está quemando a todos los agentes. No hay manera de seguirlo... y lleva varios días muy raro.

Richard se rió a carcajadas. El sake que circulaba por sus venas aún era capaz de arrancar un humor sin sentido y hacerle reír como un adolescente por cualquier tontería.

—¿Qué te hace tanta gracia si puede saberse?, bueno, ...prefiero no saberlo, la verdad. Esto es importante. Te espero. ¡Ya!

Katherine colgó mientras Richard aún reía. No sabía exactamente por qué, pero había algo en todo aquello que le hacía gracia. Tal vez el hecho de que Katherine dijera que Ryu estaba haciendo algo raro. Para Richard todo aquel maldito caso había sido raro desde el primer día. Tal vez le hiciera gracia, que después de todo, era posible que aún se enterase de qué secreto escondía el misterioso Ryu.

Camisa blanca, por fuera de los vaqueros raídos, una sudadera holgada de los New York Yankees, calzado deportivo, barba corta tras varios días sin afeitarse, y una cara espantosa... Si Ryu se había fijado en él alguno de los días anteriores hoy no lo reconocería. Por supuesto era un rostro occidental en una ciudad cosmopolita, y según el barrio por el que se moviera tendría que tener mucho cuidado, a tenor de las advertencias de Katherine.

Las oficinas bullían de agentes, en medio de los cuales, como una hormiga reina que es el centro del nido, Katherine parecía dirigirlo todo, con leves gestos, con breves asentimientos, con miradas imperiosas. Estaba alterada. Bien, Richard reconocía los síntomas. Se estaba jugando el cuello. Una misión importante y todo se iba al carajo. Ignoraba cómo estaban las piezas sobre el tablero. Él, desde su miope posición de peón no alcanzaba a distinguir ni la estrategia ni la táctica. Pocas figuras en el escenario... tan pocas que apenas era capaz de comprender quién hacía jaque ni por qué. Pero que Katherine estaba en apuros no le cabía la menor duda. Su rostro crispado, de belleza tiránica, resultaba inflexible. Vestida de negro parecía anticipar el luto de su defenestración. No estaba acostumbrada al fracaso pero de alguna manera u otra lo intuía.

Mientras a Richard le incorporaban el equipo inalámbrico como una modelo antes

de salir a la pasarela que es asaltada por un inacabable elenco de maquilladores, modistas y el mismísimo diseñador retocando y aconsejando como ha de llevar el paso y lucir las prendas, Katherine le explicaba brevemente el estado de la misión sin dejar de referirse a él con un constante «agente Jasper» de lo más formal, que Richard, aún con algo de alcohol en la sangre, le hacía sonreír como un tonto. Katherine le refería como los agentes habían ido cayendo uno tras otro en los días anteriores. Ryu estaba desarrollando una capacidad anticipatoria que rayaba en la clarividencia... o tal vez fuera un comportamiento esquizofrénico que le llevaba a sospechar de cuánto le pareciera dudoso. Lo cierto es que había acabado huyendo de cada uno de los agentes ocupados de seguirle. Aún a pesar de ir tras él por calles atestadas de gente, por centros comerciales abarrotados, por restaurantes de comida rápida donde turistas y estudiantes ocupaban cada centímetro cuadrado de local, Ryu parecía descubrir las pautas de sus perseguidores... y huía... y por prudencia Katherine se limitaba a maldecir y soltar tacos incesantemente y finalmente farfullar la orden de sustituir al equipo. Había abandonado su domicilio y lo habían perdido de vista un par de veces ya. De milagro habían vuelto a dar con él.

Imposible saber lo que pensaba Tsubasa tras su mirada circunspecta mientras era equipado al igual que él y atendía como un colegial aplicado las explicaciones de la jefa.

«Contacto visual». Katherine insistía constantemente en esa premisa, con la insidiosa letanía de un maestro repitiendo la tabla de multiplicar a su alumno más lento. Ignoraba porqué era tan importante no perderle de vista. Un chip localizador, un micro, habría sido pan comido para la agencia ...pero la tecnología del siglo XXI estaba descartada. Además Ryu no llevaba encima ningún dispositivo electrónico empezando por su móvil. Era como en los viejos tiempos. No quería que bajo ningún pretexto le quitaran el ojo de encima.

Ryu se encontraba en una atestada franquicia de hamburguesas del Tokyo Mid Town, un centro comercial mastodóntico y sibarita, en donde, a criterio de Richard, las tiendas presentaban un aspecto que abarcaba desde la cursilería de consumo compulsivo a lo más selecto y refinado.

Ryu, entre la multitud, no destacaba. Sin embargo Richard se asombró.

¿Aquél era el joven que había seguido tan sólo una semana atrás? Su rostro le resultaba irreconocible. Había adelgazado horrores, sus ojeras delataban una fatiga acumulada, tal vez un largo periodo insomne. Su mirada extraviada era la de un animal asustado, su cuerpo encorvado, recogido sobre sí mismo parecía el de un cervatillo rodeado de fieras a punto de devorarlo. Escondido al fondo de la hamburguesería parecía buscar un escondite discreto en el local más atestado de gente del centro comercial. Richard se maldijo. ¿Cómo no lo había entendido desde un primer momento con claridad? Ryu no era el criminal, era la víctima. La intuición de días antes devenía en certeza.

Aún así, mientras tomaba asiento y le hincaba el diente a una hamburguesa su mente había retomado el hilo allá donde lo había dejado unos días atrás, y no dejaba de encontrar los puntos flacos al cómo se estaba desarrollando todo. Nunca habían seguido a una víctima de una manera tan agresiva. Además las contramedidas no habían arrojado luz. Tsubasa repasaba el perímetro una y otra vez, y tanto ahora como en su labor anterior días atrás, no se había rastreado ni un asomo de amenaza externa. No había otros perseguidores... Eso dejaba una incógnita absolutamente incomprensible. ¿De quién era víctima Ryu? ¿De la propia NSA? ¿Qué estaba pasando?

Richard miraba fijo al frente, con la mirada perdida entre los comensales y el gentío, pero con el rabillo del ojo no perdía detalle de la actitud del japonés en el extremo opuesto del local, visualizándolo intermitentemente entre el continuo ir y venir del público. Ryu parecía agotado. Sus ojos se cerraban lentamente mientras que su cuerpo se reclinaba sobre el asiento. Estaba a punto de caer rendido de sueño.

Richard recordó las escenas de la oficina y las palabras de Katherine respecto al insomnio de Ryu. Algo debía preocuparle sobremanera, una amenaza considerable se cernía sobre él hasta el punto de impedirle dormir. Al parecer llevaba varios días sin conciliar el sueño. Había alternado en diferentes hoteles en las últimas noches y ni siquiera se había preocupado de procurarse mudas limpias. Su ropa así lo atestiguaba.

Ryu parecía dormido... pero no plácidamente, sino más bien en un género de sueño intranquilo. A pesar del bullicio del local, de las voces de colegialas y sus risas estridentes, de los niños que correteaban de aquí para allá, de la algarabía de los grupos de jóvenes que alternaban tanto sus conversaciones convencionales como las escritas a través del móvil, parecía que su sopor lo aislaba por completo de cuanto lo rodeaba. Su cuerpo se estremecía ligeramente y su semblante mostraba señales de desasosiego. Era sin duda un duermevela nada envidiable.

Richard hizo bien en no mirarle directamente y mostrar su actitud de indiferencia general pues de pronto Ryu abrió los ojos de par en par, miró en todas direcciones, se levantó y salió disparado del local como si hubiera recibido una alerta por un peligro inminente. El norteamericano tuvo que contenerse para no levantarse de inmediato tras él. Activó el micro.

—El paquete es tuyo Tsubasa.

—Copiado.

Richard salió del local poco después y siguió las instrucciones de Tsubasa para realizar él la cobertura cuando fuera necesario. Entre el gentío era fácil perder la pista.

La voz entrecortada de Tsubasa parecía angustiada.

—Está corriendo. Va a ser difícil no perderlo.

Richard observaba la cabeza de Tsubasa una cincuentena de metros delante de él. Decidió desdoblarse. La galería comercial contaba con cuatro niveles, y los

superiores estaban divididos en dos pasillos separados por el vacío de un patio interior, de tal manera que, como balconadas, quedaba a la vista desde cada planta el resto del inmueble. El techo acristalado tamizaba la luz y en la galería más baja una arboleda confería al lugar un punto de verdor que relajaba un tanto el aspecto inhumano de tanto hormigón y cristal.

Yendo por la galería opuesta a la de Tsubasa podía tener una perspectiva tanto de su compañero como la de Ryu ocasionalmente. Pero iba a ser difícil no llamar la atención del nipón si de improviso ponía por obra cualquier cambio en su comportamiento, como detenerse en seco y mirar atrás, tal y como Katherine le había apercibido que había hecho recientemente en más de una ocasión.

Y efectivamente, Tsubasa tuvo que pasar de largo porque de improviso Ryu se había metido en una tienda y miraba escrupulosamente a todos cuanto transitaban por la galería.

—Creo que no me ha visto, pero tengo que seguir de largo. No puedo detenerme en seco ahora.

—No te preocupes, yo me quedo con la pesca. Quítate el abrigo y cambia de aspecto por si tienes que volver a la faena.

Ryu estaba en una tienda de relojes, pero no miraba ni los expositores ni la mercancía, se diría más bien que a través del escaparate, desde el interior de la tienda, oteaba a cuantos transitaban por la galería. Richard estaba lo suficientemente lejos y en lado opuesto la planta como para ser descubierto. Aún así fingió que se entretenía en una tienda de dulces artesanales.

El seguimiento de Ryu se hizo más sencillo en los minutos siguientes. Descendió a la planta de calle y atravesó los jardines del centro comercial. Una estructura de metal con sinuosos y futuristas arabescos confería a la plaza de entrada del centro un aura de artificiosa irrealidad. La resaca sin disipar pesaba sobre Richard y le hacía sentir que vivía una situación de pesadilla en escenarios imposibles. De vez en cuando le sobrevinía inesperada, una abrupta sensación de arcada que a duras penas dominaba.

—¿Tsubasa estás ahí?

—Te sigo Richard. ¿Te sustituyo?

—No... pero quiero que me cubras el flanco derecho, yo voy por el izquierdo. Creo que Ryu se dirige a aquel otro edificio del centro comercial.

Atravesaron jardines con cerezos en flor y canales artificiales que intentaban recrear el tradicional y exquisito jardín japonés y aún, a pesar de que el empeño era bueno, la modernidad del centro contribuía a añadir un punto artificial que impedía lograr el encanto que se pretendía. Richard intentaba andar con un aire desenvuelto, como el que va de un lado a otro sin tener un plan determinado. Ryu se introdujo en una de las torres y Richard aceleró el paso.

—No está... lo he perdido Tsubasa.

Una vez traspaso las puertas de cristal oteó la galería en todas direcciones, no

había rastro de Ryu. Aceleró el paso, mirando el interior de las tiendas de moda a ambos lados. Tsubasa desde el otro extremo le indicó que iba en la dirección opuesta.

—Dime que ya lo tenéis.

La voz de Katherine sonó casi histérica por el auricular. Richard prefirió no contestar.

Una puerta de servicio. Era una corazonada, Richard se introdujo de un empujón.

Escaleras... hacia arriba, hacia abajo... ¿qué hacer? Una puerta se cerró unos pisos por encima de él.

Subió las escaleras de dos en dos. Su cerebro parecía a punto de estallar. Katherine requería que le respondiera de nuevo... Richard soltó un taco. Ryu tenía que haber echado a correr según entró en el edificio. Era un comportamiento completamente paranoide... ¿o es que acaso recibía instrucciones para esquivar a sus seguidores?

Dos pisos, la puerta de servicio que comunicaba con la galería estaba cerrada con llave. Un tercer piso más arriba una nueva incógnita, una puerta lateral daba a un largo pasillo, y una mirilla de cristal permitía ver más allá. Al fondo la conocida figura de Ryu avanzaba casi a trompicones... parecía borracho, enfermo. Le había sacado ventaja... pero no mucha.

—Tsubasa, lo tengo. Puerta de servicio tercera planta, siguiendo un pasillo de mantenimiento.

—Copiado.

Richard maldijo. Meterse por aquel pasillo equivalía a delatarse automáticamente. Tenía que esperar a que Ryu desapareciera y correr tras él. Iba a quemarse, lo sabía. Tenía la petaca encima, se derramaría alcohol sobre la sudadera y echaría un largo trago a lo que fuera que aún quedaba dentro y fingiría que estaba borracho... no sería muy difícil... pero estaría quemado... nadie se olvida de un tipo con el que te topas en un cuarto de mantenimiento aislado de un centro comercial con una petaca en la mano, por muy insulso que uno pueda parecer.

Un extintor rojo. Ryu tomó la puerta del pasillo justo frente a dicho extintor, casi cien metros por delante. Era una referencia magnífica.

Richard corrió frenéticamente y se plantó junto a la puerta. Imposible saber que había más allá. ¿Estaría tras la puerta, escondido, esperando como un paranoico descubrir a su perseguidor? La puerta estaba mal cerrada, la empujó levemente y se acuclilló. Asomando levemente la cabeza podía ir descubriendo el cuarto que tenía ante sí. Un simple almacén para tareas de mantenimiento. Bancos de trabajo, cajas de herramientas, andamiajes apilados contra la pared. La luz de unos fluorescentes no ofrecía resquicio donde esconderse.

Y Ryu no estaba.

Era imposible.

Él había visto como entraba en aquel cuarto.

Pero ya no estaba.



—Katherine... Ryu ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir?, ¿qué ha pasado?... ¿lo has perdido maldito cabrón alcohólico?

—No... en absoluto... entró en un cuarto, sin ventanas, sin ventilación... es imposible. No hay salida... pero ya no está.

—Joder, otra vez no.

La voz de Katherine denotaba derrota.

## Capítulo 7

Casi dos años sin haber mantenido un encuentro personal y de nuevo una entrevista con él. Era una lluviosa tarde invernal, oscurecida prematuramente por un cielo plomizo que descargaba un intenso aguacero que no parecía tener fin. Boston era una mancha borrosa en el horizonte, en el que los puntos de luz de los rascacielos se desdibujaban bajo el chaparrón.

El padre Haggerty había aparcado su coche en el parking del seminario. Los relámpagos deformaban siniestramente la edificación de ladrillo y los torreones redondeados, rematados por tejados cónicos de pizarra, se erguían amenazadores sobre él. La lluvia intensa confería un aire fantasmal al edificio, situado en medio de un parque, frente a un lago cuyas aguas oscuras, en el fragor de la tormenta, parecían hervir.

El cardenal Brian le había citado en su despacho. El viejo palacio arzobispal se había vendido. Los turbios y penosos escándalos sexuales que habían azotado a la Iglesia y que habían sacudido al país y al mundo entero, habían tenido en Boston uno de sus epicentros. Había supuesto un duro castigo económico y moral. El nuevo cardenal había llegado a la diócesis imprimiendo un nuevo carácter, más evangélico, más espiritual y menos mundano. Se pasó de esconder los trapos sucios bajo la alfombra a afrontar el problema con honestidad. Y predicaba con el ejemplo. Nada de suntuosos despachos ni palacios. Se había abandonado las antiguas dependencias diocesanas y trasladado al seminario a las afueras, más humilde y prosaico.

Brian era un sacerdote franciscano cuya apariencia no delataba su avanzada edad. Su mirada jovial y buen carácter parecían infundir ánimo con quien conversara. Ignoraba el padre Haggerty por qué medios el mediático cardenal había reparado en él. Su vida en la parroquia y el colegio se desarrollaba de una manera anónima pero intensa. Sin embargo al poco de ser nombrado cardenal, Su Eminencia lo citó para una entrevista particular, que despertó gran revuelo dentro de la propia congregación de Haggerty, justo él, que era el más anónimo y menos sobresaliente de los padres de la orden.

Ahora el rostro del cardenal parecía irreconocible. Mostraba una profunda preocupación que alteraban los habituales rasgos joviales hasta el punto de parecer otra persona por completo. Sin embargo no olvidó las habituales normas de cortesía. Preguntó por su labor, por la parroquia, ofreció un café con leche y algo de comer, e intento sonreír a las explicaciones aparentemente torpes del padre Haggerty, pero aún así, éste comprendía que mantenía la cabeza en otra cuestión que le preocupaba más evidentemente.

Sentados en el estrecho despacho del cardenal los dos hombres, terminadas las cortesías de rigor, callaron. El sacerdote esperaba.

—He de felicitarle, padre Haggerty, lleva dos años ya al frente del ministerio que le encomendé... y las noticias que me han llegado son satisfactorias. Sabía que no me

iba a equivocarse con usted... Y no lo digo con ánimo de vanagloriarme —sonrió dulcemente.

El tintineo de las cucharillas agitando el café y revolviendo el azúcar no parecía incomodar a ninguno de los contertulios. El padre Haggerty era de naturaleza tímida, o sería más acertado decir callada, y el silencio no le incomodaba, más bien era como el tiempo de reflexión que disfrutaba el ajedrecista antes de mover una pieza, un paréntesis temporal que es aprovechado intensamente.

—He intentado desarrollar mi labor lo más eficazmente posible...

—Con suma eficacia, y discreción, padre Haggerty, le felicito. Algunas de sus intervenciones han sido muy comentadas en altas instancias.

El padre Haggerty asintió. El nunca habría deseado el cargo que desempeñaba ya hacía dos años, cuando aquel mismo hombre, le tomó del brazo, y dando un paseo por los jardines del seminario, le expresó sus intenciones respecto a la misión que quería encomendarle. Había sido un trabajo duro y abnegado, necesario, pero tan cercano a polémicas públicas, y sobre todo, tan propenso a afectarle personalmente, que viendo ahora el tiempo transcurrido no daba crédito a que su desempeño como exorcista de la diócesis fuera de tan sólo ese par de años. Sobre sus espaldas sentía el peso equivalente al de una década de dedicación.

—Hay sin embargo un asunto que... deseaba consultarle personalmente. En relación a un caso que todavía no ha asumido.

El padre Haggerty se incorporó sobre el asiento. Había aprendido a respetar a aquel hombre que siempre parecía conocer más las propias fuerzas que uno mismo. No sabía cómo ni por qué, él, un humilde párroco de un barrio sencillo que prestaba servicios en el colegio adscrito, había llamado la atención de Su Eminencia. No tenía méritos públicos, ni una oratoria que destacara, ni siquiera su labor religiosa, en cualquiera de sus facetas, podía hacerle sobresalir sobre nadie. Mucho menos podría decirse de sus antecedentes antes de ordenarse... Tan sólo tenía su fe inquebrantable... y su vida de oración. Era cuanto le quedaba... lo único que quería. Tal vez el obispo tenía el talento natural de percibir estas cualidades, y parecía que había acertado con él, aún a pesar de que el padre Haggerty había tardado tiempo en acostumbrarse a la misión.

—Se trata de la señora Connor... —El obispo dio pié a que el padre Haggerty se explicara.

El padre Haggerty murmuró una interjección de sorpresa. La señora Connor llevaba tiempo tras él. Era una parroquiana con un celo excesivo por la salud de su hija. Algo le había contado que despertaba un profundo desagrado hacia aquel asunto. ¿Podría sincerarse con el obispo? Realmente era un tema penoso, un asunto incómodo que preferiría haber descartado. Para su desgracia de una manera u otra la señora Connor se había movido por encima de él. Iban a obligarle a atender un caso que no quería ni tocar.

—La señora Connor... es una feligresa muy devota... no así su marido, ni su hija,

que hace tiempo que no veo, por cierto —comentó—. Creo que la señora Connor, está preocupada por ella precisamente, pero le aseguro Eminencia, que por los detalles que me ha trasladado para nada tiene ni parece un trabajo para mi ministerio...

El obispo alzó la mano, deteniendo el discurso y las excusas del padre Haggerty.

—Ante todo, en estas conversaciones particulares y lejos del protocolo, por favor, trátame al igual que hago yo, de hermano Brian, no olvide que soy ante todo, capuchino.

El padre Haggerty asintió con paciencia. Deseaba reanudar sus explicaciones, pero el obispo iba a tomar la palabra.

—Me preocupa este tema más que a usted, querido hermano, pues ha de saber, que inesperadamente, y por razones que desconozco, una alta instancia se ha puesto en contacto conmigo, interesados por la labor que usted pueda desempeñar en este caso. Es algo verdaderamente sorprendente, como digo, nunca había visto ni oído ningún caso similar a este.

El padre Haggerty se retrepó en su asiento y al hacerlo sintió que se hundía en él, como un incómodo presagio de que su vida se adentraba en los terrenos arenosos y traicioneros de un pantano. Era lo que siempre más había temido, que su labor saltará a los medios de comunicación; notoriedad, polémicas, periodistas acosándole a la puerta de su parroquia, haciendo preguntas malintencionadas donde se mezclaba lo esotérico con lo sobrenatural... su vida y su labor convertida en un circo público.

—No tema, padre Haggerty, me han asegurado que ellos son los primeros en no levantar publicidad sobre este asunto. Se mantendrán en un discreto segundo plano. Pero no me pregunte sobre ellos... a su debido momento.

El padre Haggerty suspiró hondamente.

—Y ahora, hermano mío, cuénteme porque, al parecer según me dice esa buena señora, usted ha estado dándole largas sin querer atender su caso.

El sacerdote miró con resignación a su superior. No sabía si sería capaz de contarle la verdad... algo que le incomodaba de aquel caso pero que, caso de tirar de la madeja, supondría tener que dar más y más explicaciones. Y ya no estarían hablando de la señora Connor, sino de sí mismo.

—Estoy convencido de que la hija de la señora Connor no necesita de un exorcismo... eso es todo.

Y el padre Haggerty sabía que estaba diciendo la verdad...

Aunque no toda la verdad.

## Capítulo 8

El padre Haggerty permanecía en silencio en una de las zonas más sombrías de la nave central de la iglesia del Santo Nombre, en Boston. Lunes mañana, de un día soleado. Las vidrieras tornasolaban la luz difusa de la parroquia y la hacían cálida, confortable. Lejos del bullicio del colegio, en esa temprana hora matutina, tenía tiempo para recogerse, para hallar el sosiego. Cada mañana la misma rutina. Bendita rutina.

Su vida era relativamente sencilla. Su labor en el colegio y en la parroquia le consumía gran parte de su tiempo, las labores de voluntariado que años atrás ocupaban su mente y agotaban los restos de su energía ahora le parecía una lejana bendición en comparación con sus actuales menesteres. Aún recordaba la frustración que supuso el constatar cuan imposible resultaba engarzar, dentro de ese esquema tan apretado que era su vida, un trastorno tan importante como las obligaciones derivadas de combatir al maligno. Y hubo de renunciar a muchas tareas menores, discretas, sencillas, por las que de pronto descubriría sentir un gran afecto.

Ya no le bastaba la celebración de la eucaristía, era necesario dedicarse un tiempo de asueto, de oración, para hallar de nuevo la paz, la cordura.

Hacía años, cuando sin nada en el mundo, decidió internarse en el seminario de Boston porque en aquel entonces carecía de otra manera de proporcionarse estudios y medios de subsistencia, quería cortar de raíz y de manera absoluta con su pasado, con todo lo que suponía dinero y poder... Quería partir de cero y aceptó su decisión hasta con cierto pesimismo y fatalidad. Había sido un hombre de mundo, sin encadenarse a nada ni a nadie por años y años, vagabundeo sin oficio conocido, ganándose el pan de la más variopinta de las maneras, tuvo poder, toda clase de poder, pero éste le desesperaba, le agotaba... y consumido, se apartaba de la vida y se encerraba en su particular infierno de alcohol y autocompasión. Era preciso romper ese círculo que tendía a repetirse como un nirvana maldito una y otra vez. No se sentía especialmente inclinado hacia lo religioso, parecía una broma de mal gusto, pero tal vez fuera esa la única vía de redención.

Esa idea había taladrado su mente, y como a partir de una pequeña fisura esa débil e insignificante inspiración había cobrado fuerza y espacio hasta que llegó un momento en el que parecía, que si no daba ese paso, su vida carecería de sentido. ¿Había experimentado alguna vez antes una urgencia semejante? Sin duda alguna, muchas veces. Y el padre Haggerty tenía miedo a sus contoneos con la inconstancia, con la incapacidad de mantener un propósito, con la naturaleza humana básicamente quebrada, tan falta de coherencia que es capaz de hacer lo contrario de lo que se piensa, tan rápidamente, tan fácilmente, casi... tan instantáneamente...

Sin embargo su fatalidad no había hecho sino comenzar. Todas sus amistadas daban por hecho de que no habría de ordenarse sacerdote, y no había en su cabeza

nada que estuviera más lejos de semejante posibilidad, porque si bien esa redención parecía que era la luz al final de un profundo túnel que había de atravesar, la oscuridad en la que se encontraba era total, y los días pasaban, los estudios proseguían, pero en su interior nacía la certeza de que una vez más acabaría dando tumbos por la vida y aquello no sería sino una torpe e ilusa etapa de su vida... como tantas otras anteriores. El padre siempre sonreía al recordar su férreo convencimiento de que abandonaría el seminario según concluyera sus estudios elementales. Se conocía demasiado bien para saber que su voluntad fallaría una vez más.

Y efectivamente, el propósito de abandonar tempranamente el seminario se truncó inesperadamente al conocer a una persona que cambiaría completamente su visión de la perspectiva religiosa, de la vida espiritual. El padre Munro habría de ser un destacado monje trapense autor de libros muy famosos, pero cuando él lo conoció era un hombre simple, sencillo, cargado eso sí, de una profunda vitalidad y energía. Una alegría y una fe tan sólida que parecía que podía sentirse con simplemente estrechar su mano. A pesar de la diferencia de edad rápidamente se estableció entre ellos una profunda amistad, una corriente de entendimiento y comprensión, que con el correr del tiempo el padre Haggerty apreciaría aún más el raro tesoro que suponía encontrar una persona así. Munro deslumbró al seminarista que era entonces el padre Haggerty, con su sabiduría, su energía, su confianza arrolladora, encarnaba una voluntad e inteligencia muy superior a todo cuanto el mundo podía ofrecer. Por su parte Haggerty se convirtió en uno de los principales pupilos de la incipiente figura pública en la que el padre Munro iba a convertirse. El hecho de haber establecido su amistad mucho antes de que las obras de éste se popularizaran y le hicieran convertirse en un autor místico de renombre, o como el mismo solía decir, un pobre afortunado, fortaleció los lazos que los unían, y a pesar de los años y de la distancia —Munro a menudo viajaba de un monasterio a otro para dirigir ejercicios espirituales y dar conferencias—, nunca se perdió la frescura ni la intimidad en su trato.

Y el principal descubrimiento que aportó el padre Munro al joven Haggerty fue la vida de oración. Él le explicó, le desentrañó, los invisibles senderos espirituales, sus trampas, los caminos que no llevan a ningún sitio, y aquellos otros, más disimulados y ocultos que conducían a la paz y a la felicidad personal. Y efectivamente Haggerty sintió, por primera vez en su vida, que su corazón bullía pleno de amor. Por primera vez se sentía extrañamente bien, curado, milagrosamente curado.

Y desde entonces no había mañana que no se retirase para su particular tiempo de meditación.

Y más especialmente en los últimos años.

Cada mañana debía hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener la cordura. Mil veces se quejaba a Dios diciendo ¿por qué a mí?... pero el silencio, que como una sentencia inapelable, obtenía a esa pregunta se le antojaba insoportable. Imposible saber qué había más allá y qué le depararía el futuro. Sólo el que asciende a lo alto

alcanza la altura suficiente para comprender el paisaje, los vericuetos del sendero, los abismos insorteables, los pasos ocultos... Imposible comprender por qué a él. Más de una vez se había planteado acudir a un psiquiatra, alguien por completo ajeno a su fe y visión religiosa de la existencia, y exponer sus dudas, sus vivencias, sus pensamientos..., pero también comprendía que, en gran medida, la solución formaba parte de él mismo. No podía revelar sus secretos, su verdad. Debían permanecer sepultados en él mismo como la fatídica maldición de la caja de Pandora, el cofre, el padre Haggerty, debía permanecer sellado hasta su último día, fuera cuando fuese. Con cada sesión en la que se recogía en la soledad de los muros de ladrillo rojo de la parroquia, su espíritu transitaba de la turbación a la paz. Acababa aceptándolo todo, por muy difícil que le pareciera. Sólo después de haber superado esa prueba diaria era capaz de seguir adelante.

Durante años un sentimiento de desdicha lo había embargado por completo. Era tan intenso y se soldaba en su alma tan férreamente que formaba parte ya de su propia personalidad. Todo cuanto veía, hacía, decía, venía tamizado por un inconsciente acento de melancolía y pesadumbre. Incluso su risa y su sentido del humor estaban saturados por el aguijón de un dolor que por ser tan monótono y permanente, formaba ya parte de la naturaleza de su carácter. El peso de la duda le lastraba cada mañana... ¿Y si eso no era un capítulo más de ingenua ilusión como tantos otros que había vivido ya? El miedo a su debilidad omnipresente lo atenazaba.

En ocasiones se recreaba en un sentimiento de desdicha, que como un dulce amargo a veces degustaba imaginando su vida anterior, muy atrás en el tiempo, que podía revivificar a través de recuerdos. Entonces la lejanía del tiempo no lograba borrar la incertidumbre de si acaso aquel hombre que había sido podría volver a conformarse en él. Ese regusto agrio del pasado que había dejado de experimentar a todas horas era su único consuelo y la única certeza de estar haciendo lo correcto. Rememorar su vida pasada era el mejor acicate para perseverar en la actual.

Terminó su sesión de meditación y se levantó pesadamente del reclinatorio. No hacía falta mirar la agenda. Desde hacía varios días la señora Connor insistía que pasara por su casa. Ya no podía darle más largas, menos después de la insistencia del obispo. Estaba muy preocupada por su hija, y esa era una visita que había eludido cuantas veces había podido, pero el cardenal Brian había finiquitado sus excusas y dilaciones. Desde el aciago nombramiento para el ministerio de exorcista diocesano, que el padre no había deseado en absoluto pero al que no había sabido decir que no, se había encontrado en medio de polémicas y debates de todo género, él que siempre había detestado cualquier tipo de protagonismo. Mucho se temía, y luego se vio con acierto, que sería requerido por todo tipo de personas supersticiosas e hipocondríacas, curiosos seguidores de lo esotérico y paranormal... y de hecho era rara la semana que no tenía cita con algún desequilibrado, y en el mejor de los casos, —el padre Haggerty los calificaba así en sus correos al padre Munro—, «de almas bienintencionadas con el cerebro como una regadera». Eludía como podía a

productores de radio que querían entrevistarle, alguna que otra televisión local había querido expresar su figura, buscando sensacionalismo y polémica, pero su carácter recio y sobrio enfriaban por completo cualquier posibilidad de enredo y debate.

Y temía que la señora Connor fuera una de esas personas, tal vez no una curiosa charlatana, ni una hipocondríaca espiritual, pero que probablemente esperase hallar soluciones a problemas que no entraban en su ámbito de acción, como sucedía en la inmensa mayoría de los casos. Sin embargo, algo le había dicho aquella primera tarde que acudió a verle a la vicaría, que le preocupó, casi le alarmó... Y tomó la determinación de hacer cuanto pudiera para desestimar la petición de la señora Connor y eludir por completo ese caso.

A menudo se había enfrentado a falsas posesiones, y cuando así ocurría y se determinaba que las dolencias que aquejaban al paciente nada tenían que ver con su capacidad, se veía obligado a realizar una penosa labor de consuelo pues a menudo se enfrentaba a enfermos con trastornos en los que se había recurrido a todo género de remedios y fármacos, una larga peregrinación de centros médicos, hospitales y psiquiátricos tras los cuales el padre Haggerty se convertía en una última tabla de salvación a la que los fieles se asían con terrible desesperación. Al padre Haggerty le parecía una ironía del destino que fuera él, un desheredado, un reo de culpa, el que tras las vueltas de la vida, acabara convirtiéndose en la última esperanza de los desahuciados.

La parroquia y colegio del Santo Nombre se hallaba en las afueras de Boston, al sur, en una agradable zona residencial de casas de madera y ladrillo de fachadas elegantes y sencillos parterres frontales de césped mullido y plantas que raleaban aquí y allá. Desde la avenida principal de Roxbury surgían infinidad de calles residenciales arboladas, de aceras amplias y paseos agradables en los que apenas había tráfico. El padre Haggerty emprendió el largo camino hasta la casa de los Connor. Ascendió una larga y sinuosa cuesta flanqueada por viviendas unifamiliares. La mayoría pertenecían a familias de clase media que el padre conocía bien. Aspectos descuidados de la fachada y el jardín mostraban, como la punta del iceberg, problemas económicos acuciantes que se escondían tras las blanqueadas maderas de las viviendas que necesitaban una mano de pintura, y a los que el padre había accedido a conocer confidencialmente bien por los propios feligreses, bien por los servicios de ayuda social de la parroquia. La bandera norteamericana ondeaba orgullosa en muchas de esas casas con el mismo espíritu de un buque que ha surcado infinidad de mares y que a pesar de su anciana decrepitud, al enfrentarse a dificultades en alta mar, aún era capaz de lucir el pabellón bien alto.

La señora Connor presentaba un aspecto agotado. Su sonrisa cortés y su invitación a pasar al interior de la vivienda no disimulaban su mirada preocupada. La casa presentaba un aspecto ordenado y limpio, con buen gusto, aunque en el desgaste de algunos muebles, alguna zona de los sillones y alfombras más descoloridas, dejaban entrever que quizás las épocas de abundancia habían quedado atrás.



Numerosas fotos familiares enmarcadas en portafotos cromados salpicaban la habitación donde quiera que se dirigiera la mirada. Estanterías con libros, una sala de estar amplia colindante con un comedor familiar y cocina, amueblados de forma comfortable, hablaban de una vida sencilla pero cómoda. Algo que él nunca había conocido... si acaso ahora.

El padre Haggerty se sentó pesadamente en el sillón, hundiéndose en los almohadillados cojines de la butaca mientras pensaba que quizás era demasiado informal para cuanto tendría que escuchar. Preferiría una buena silla de madera. La señora Connor se ofreció a traerle una limonada fresca casera que no pudo rechazar, más por las ganas de demorar cuanto tendrían que hablar que por el placer de tomar algo fresco.

—Padre, estoy muy preocupada por Jane. Hemos acudido al psicólogo pero no logra dar con una terapia... y bueno... yo creo que aquí hay algo más que una simple enfermedad psíquica...

—Hay que ser muy prudentes en el género de consideraciones que está planteando. —Al padre Haggerty le resultaba agotador tener que llevar a las personas a una postura objetiva desdiciéndose de todo tipo de prejuicios formulados de antemano que sólo servían para enredar los problemas y causar a menudo más sufrimiento.

—Lo sé, lo sé... mi marido... Douglas no quiere ni oír hablar de sacerdotes ni nada parecido. Ya sabe, es un ateo radical, por eso quería que viniera mientras él está ausente. No podríamos siquiera hablar de este tema con él delante.

El padre asintió. Intuía que aquella llamada de la señora Connor era un asunto de lo más espinoso, y ahora se daba cuenta de un aspecto más que podría hacerlo aún más complicado. Había elegido una profesión que era denostada por más de uno. Había que aprender a convivir con ese odio.

—No sé por dónde empezar. Hará cosa de varios meses atrás Jane empezó a sufrir un trastorno del sueño. Se despertaba al parecer, dentro de un sueño... tendría que hablar con ella, puesto que lo sabe explicar mejor... al parecer su mente era consciente de que estaba despierta, pero era incapaz siquiera de articular palabra o mover un dedo...

El sacerdote sentía como si se adentrara en un territorio que deseaba eludir a toda costa. Tantos años de huida para llegar al mismo lugar. «No puede estar sucediendo esto». Escuchaba atento las palabras de la señora Connor mientras su corazón se aceleraba. Creyó que era oportuno intervenir.

—Se denomina parálisis del sueño. Al parecer tiene que ver con una hormona que segrega el organismo para paralizar los músculos mientras dormimos —explicó el clérigo—. El problema sucede cuando, ocasionalmente, se sigue segregando esa sustancia aún cuando ya nos hemos despertado. El cuerpo no responde a nuestra voluntad. Es muy desagradable.

—Eso es, ¡eso es! Eso mismo nos explicaron todos los médicos. Ya sabía yo que

podría contar con usted. —El padre Haggerty le indicó con un gesto que prosiguiera—. Y sí, debe resultar muy desagradable puesto que Jane empezó a tener miedo... ¡de dormir!, imagínese. Pero de pronto, un día, nuestra Jane cambió por completo... ese trastorno del sueño se convirtió en algo mucho más serio... y terrible.

El padre Haggerty asentía mientras no podía dejar de sentir una creciente incomodidad. Aquel asunto le desagradaba cada vez más, se sentía desfallecer, un mareo como de preludio que precede al vómito le hacía dar vueltas la cabeza. Una gota de sudor resbaló por su sien.

—Después de eso empeoró. Hubo un día completo de delirio... parecía que tenía fiebre, pero sus constantes eran buenas, ni si quiera nos dejaron ingresarla...

La señora Connor estaba crispada y su voz se quebró.

—Tras ese día, semanas atrás, empezó a decir que estaba muerta. —La señora Connor lo dijo mientras miraba la alfombra del salón. Parecía que era una afirmación tan inverosímil que hacía necesario que la otra persona digiriera lo que el mensaje revelaba. Preocupaciones familiares, una enfermedad atípica, un trastorno psicológico, una patología tan rara como incurable... Un drama familiar. Mucho sufrimiento y más lágrimas, escondidas tras algo tan fácil de decir y tan difícil de entender.

—Querrá usted decir que ella decía que estaba muriéndose...

—No, no me ha entendido usted. Ella afirma que está muerta... que es una especie de zombi... apenas habla y come... y la verdad es que parece que su vida se le está yendo de las manos. Sus amigas ni la reconocen. Apenas interactúa con nadie... vive absolutamente ensimismada. Nos resulta imposible saber qué pasa por su cabeza.

El padre Haggerty resopló y abrió los ojos. Nunca habría esperado encontrarse con algo así... de nuevo, después de tanto tiempo. Intentó serenarse. Bien sabía que cada expresión facial sería interpretada intensamente por aquella mujer como un rastreador que distingue en cada rama quebrada, por minúscula que sea, el indicio que muestra el camino a su presa. No quería provocar euforias ni decepciones. De cualquier manera ese caso no debía entrar dentro de su esfera de actuación. No... no era un caso de influencia diabólica, sin duda. ¿Pero cómo evitarlo? Además... no estaba seguro del todo que no pudiera hacer algo por Jane. Y el cardenal le había insistido tanto...

—¿Y qué dice? —suspiró.

—Asegura que su corazón ha dejado de latir... que todo lo que vivimos aquí es irreal... que es como un sueño. Está completamente trastornada.

—¿Han acudido al hospital? Quiero decir, a un centro médico... psiquiatras...

—Estamos en ello... pero no me convencen nada lo que dicen... intuyo que aquí hay algo más padre... tiene que verla, tiene que rezar con ella. Yo tengo fe en Dios... y en usted.

El padre Haggerty asintió suavemente. Comprendía el peso de cuanto la señora

Connor quería dejar sobre sus hombros. Demasiada responsabilidad para... ¿qué resultados obtener? Tenía fe pero... ¿acaso eso no lo superaba?

Convinieron que Jane acudiría a verle a su despacho parroquial a la tarde del día siguiente, a eso de las cinco.

El paseo de regreso a la parroquia lo hizo más largo apostado. Necesitaba pensar.

Sí, tendría que hablar con Jane. Seguiría el protocolo habitual de un exorcismo... y eso le daría tiempo para lo otro. «Señor, Señor», suspiraba el padre, mientras avanzaba parsimonioso bajo los árboles. No tenía ganas de llegar a ningún sitio. El resto de sus ocupaciones diarias le parecían pueriles cuando se enfrentaba a algo así. Y en este caso experimentaba una turbación mucho mayor a la que precedía a un exorcismo.

La parroquia, un edificio de ladrillo rojo, solitario, su refugio desde hacía tantos años, se erigía en la avenida como un edificio sobrio y elegante. No era su apariencia lujosa, pero sí digna. Su frontispicio estaba presidido por una vidriera en forma de roseta, y las molduras de la puerta principal como de las vidrieras eran de piedra blanca, creando un llamativo contraste con el tono arcilloso de las paredes. La forma cruciforme de la nave, que aparentaba ser tan larga como ancha, y las altas paredes del edificio, le conferían una personalidad única. El padre Haggerty sentía que había llegado a su hogar.

Se detuvo frente a un semáforo. Por la calle por la que venía descendía una limusina de cristales ahumados, un coche nada frecuente en un barrio como ese. Hubo de esperar a que pasara. ¿No lo había visto antes?

\* \* \*

La figura alta y un tanto desgarbada de la adolescente ofrecía un contraste con la de su madre, más baja y regordeta. Sin embargo la palidez exangüe de la joven en conjunción con el rostro desencajado de la señora Connor contribuían a dotar a la estampa de la pareja un aura desapacible.

El padre Haggerty rogó a la señora Connor que aguardara en la salita fuera de su despacho y ésta intentó oponerse con una mirada de súplica, pero el sacerdote fue inflexible.

Desde luego aquella no era la niña que el padre Haggerty recordaba del colegio. Nunca le había impartido clases directamente, pero sí había tenido algún trato esporádico con su clase, seguramente con algún tipo de catequesis infantil, años atrás. Con los años, llegados a la adolescencia, muchos de aquellos niños tomaban la senda fácil de la vida moderna, del consumismo y la frivolidad, y aunque seguían acudiendo al mismo colegio, parecía al cura que sus almas y sus inquietudes estaban a millones de años luz de allí.

Jane se sentó, erguida, en su silla, casi sin tocar el respaldo, la mirada baja, en el

suelo. Su pelo lacio y moreno perfectamente peinado caía sobre sus hombros. Su quietud hierática la hacía parecer una estatua majestuosa, como esas figuras de vírgenes de aspecto humilde y digno a la vez. No parecía estar nerviosa ni considerar especialmente el lugar ni con quien se encontraba.

El padre Haggerty le habló. Le preguntó cómo se encontraba, lo que su madre le había contado, y que él esperaba poder echarle una mano. Sin embargo la adolescente no se inmutó. Apenas se le oyó decir un tímido sí o no a las preguntas directas del sacerdote.

Se recostó sobre el respaldo de su sillón. Su despacho, austero pero atestado de libros e imágenes religiosas, así como fotografías de él mismo en distintas partes del país y de Sudamérica, en compañía de otras personas o en grupos numerosos, donde había participado en misiones o seminarios, se le antojaban burlonas, incapaces de soportar la gravedad que requería aquella conversación. Hablaban de buenos tiempos, de viejos amigos... todo eso quedaba atrás... iba a quedar definitivamente atrás una vez más. Sentía que, una vez hecha la pregunta que sabía debía hacer, seguramente, toda su vida, todo lo que hacía, empezaría a cobrar un sentido muy diferente... empezando por aquel mismo lugar. Todo se desdibujaba. Tenía miedo.

—Dime Jane, dime qué es lo que viste cuando abriste la puerta.

Jane alzó la mirada y clavó sus ojos en los del padre Haggerty. Era una mirada intensa, parecía contener tanta rabia como temor.

## Capítulo 9

Demian dio un paso al frente, y saltó.

Quinientos metros de vacío bajo él, su cuerpo se precipitaba vertiginosamente, en su retina apenas se imprimían las rocas y peñascos junto a las que pasaba a toda velocidad mientras caía a plomo. Desplegó los brazos y piernas y poco a poco, gracias al abigarrado traje membrana de *wingsuit*, la velocidad de caída fue aminorando y transformándose en un acelerado desplazamiento horizontal. El valle alpino francés, salpicado de bosques verde oscuros, lagos y casas de alta montaña, se deslizaba ante sus ojos en una visión rauda que la adrenalina que recorría sus venas contribuía a aumentar. Su corazón palpitaba a mil por hora y no dejaba de gritar, una mezcla de alarido triunfal y risa alocada.

Desplazando ligeramente brazos y piernas podía controlar la dirección de la caída. Se había acercado al cantil vertical de una montaña y lo bordeaba a más de doscientos kilómetros por hora. A sus pies surgieron los relieves de una ladera, que sobrevoló a escasa altura, fugaz. Más allá de ella el valle se ahondaba y quedaba un largo recorrido de caída. Unos turistas que hacían senderismo saludaron con la mano, entre divertidos y sorprendidos por el bólido humano que los acaba de sobrepasar, apenas una mancha indistinguible contra un firmamento azul immaculado.

Un lago de aguas espejadas en el que se doblaba un horizonte azul orlado de las abruptas montañas alpinas de penachos blancos, se perfiló como el horizonte final hacia el que se precipitaba. El recorrido terminaba y Demian accionó el despliegue del parapente. Una sacudida brusca y la velocidad del descenso se frenó abruptamente. A continuación prosiguió el aterrizaje con una serie de maniobras de caracoleo que le llevó a posarse suavemente en una pradera verde, junto a la carretera, el punto de reunión escogido. Ya veía llegar a las chicas en el descapotable. Sonrió.

También aterrizaba junto a él Joa mientras emitía un largo aullido. Había seguido su estela en un salto de riesgo similar al que había realizado él mismo. Ambos amigos se abrazaron mientras reían felices. Todavía la química descontrolada de su metabolismo les hacía reír frenéticamente y hablar entre gritos y onomatopeyas.

Francine y Cintia, dos atractivas bellezas que lucían sendos top que dejaban a la vista unas cinturas esbeltas, aplaudían desde el coche y les indicaban que ya estaba bien de tanta celebración. Era hora de volver al apartamento de montaña que tenían alquilado.

Horas más tarde Demian descansaba tumbado en la cama de su habitación mientras Francine se duchaba en el baño. Medio dormido, oteando perezosamente el paisaje entre boscoso y pétreo que se presentaba desde el ventanal, repasaba los dos últimos años de su vida. Habían sido espléndidos... Aunque inexplicablemente no acababa de sentirse satisfecho.

En su trabajo, a pesar de la crisis que sacudía a medio mundo, su grupo de intermediación bursátil prosperaba más que nunca. Los estados europeos, especialmente los del sur, las pasaban canutas mientras ellos obtenían pingües y fáciles beneficios comprando y vendiendo deuda sin apenas asumir riesgos. Cuando se había iniciado la crisis financiera muchos como Demian temían que sus días como bróker estuvieran contados. Era imposible que el sistema no castigara a los que en gran medida habían bordeado y sobrepasado los límites legales y reglamentarios, burlando todo tipo de controles y garantías, para hacer negocio a costa de lo que no podía serlo. Y sin embargo una relajante sensación de impunidad se había ido apoderando de él, y de los que, como él, habían seguido haciendo cuentas aún a pesar de que todo parecía que se venía abajo. Habían puesto contra las cuerdas a los mismos estados que debían juzgarlos, y habían resultado ganadores en la liza. Tras ellos se agazapaba una bestia imposible de sujetar, indistinguible y amorfa, el mercado, el amo del capitalismo, la suma de millones de decisiones individuales que buscaban afanosamente su beneficio egoísta. Se movían como una manada impredecible, y él, y muchos otros como él, allí estaban para acariciar y domar a la fiera informe y sacar su tajada de sus movimientos caóticos e impredecibles. Sí, por ese lado un sentimiento de alegre impunidad le inundaba, como si tuviera un salvoconducto especial para vivir la vida a su antojo, hundir la mano en una saca siempre llena de dinero, que misteriosamente se regeneraba por más y más que de ella lo extrajese, y disfrutar de la vida, como ahora estaba haciendo.

Bien era cierto que su trabajo imponía un nivel de estrés a veces muy elevado. Más en los últimos tiempos, que debía enfrentarse a clientes de toda la vida que veían sus fortunas disminuidas, jubilados que habían visto sus ahorros menguados, y todo tipo de personajes cada cual con su desgracia particular, y tanto unos como otros exigían incómodas explicaciones. Acudían a su oficina en el centro financiero de Lisboa a presentar quejas, buscar consuelo y salir reconfortados con algo de esperanza. En eso Demian se había convertido en un hábil y ladino negociador. Años atrás un amigo le había iniciado en los secretos del póker, y desde entonces no había dejado de instruirse en un juego tan adictivo como psicológico. No podía ser de otro modo, su trabajo exigía ese tipo de arte. Por un lado la consultora le exigía que obtuviese ganancias, que vendiese tal o cual activo que se presumía «tóxico» — adjetivo que la prensa había puesto de moda para gran humor de los *brokers* como él — y en el argot de la oficina tendía a decirse que tal o cual fondo de inversión «volaba» y eso significaba que todos los operadores debían, como pudieran, endosarlos al incauto que más a mano tuvieran. Al cabo de unos meses esos mismos incautos venían furibundos pidiendo explicaciones, o con caras largas, buscando consuelo a su amargura.

Así era su trabajo. De una manera u otra justificaba cuanto hacía. Al igual que uno acude al mercado y regatea con la ventera el precio de un kilo de tomates, o con el del mercadillo el importe de una chaqueta de cuero, y era aquel un regateo

legítimo, Demian justificaba su particular código deontológico. Odiaba utilizar la palabra «engañar» para describir su trabajo... Clara sin embargo siempre se lo había reprochado. Aquella disensión fue la primera grieta en su relación después de muchos años de feliz avenencia.

Su novia de toda la vida, Clara, con la que se habría casado... Imposible hilvanar demasiados pensamientos sobre lo que era o hacía en la vida sin que su recuerdo emergiera turbador. Cuantas expectativas en la vida habían forjado en común desde la temprana adolescencia en la que se habían conocido y enamorado. Qué diferente su vida actual, a los treinta y largos años de cuando era un recién licenciado, listo para casarse y con ganas de fundar una familia. Su trabajo de bróker había ido modificando objetivos, pospuesto unos, cambiando otros... a mejor. Dejó de ser un idealista, joven e ilusionado, contempló, como un privilegiado, tras la tramoya de la realidad, el cómo funcionaban las cosas verdaderamente. Ese mundo donde todo era factible ejerció una poderosa atracción sobre él. Pero tuvo que pagar un precio, Clara. Ella no se había contagiado de su ambición. No le deslumbraban los vehículos deportivos, ni unas paradisíacas vacaciones en Bora Bora, la casa de sus sueños no era un espléndido chalet como el que Demian diseñaba, ni se dejaba seducir por cuantas joyas y regalos le hacía. Demian sentía que intentaba comprar su amor, rendir su idealismo y sencillo estilo de vida con una avalancha de lujo y regalos, pero Clara siempre le decía que ella le quería a él no por lo que tuviera o llevara encima... claro que eso se acabó.

—¿En qué piensas Demian?

Francine se dejó caer junto a él en la cama envuelta en una toalla de baño que tapaba lo justo. Rubia de ojos azules. Una preciosidad, pensó Demian. Apenas la había conocido unos días antes, cuando llegó con Joa a Chamonix dispuestos a disfrutar de un largo puente de vacaciones. Deportes de riesgo y diversión, ese era el plan.

Se besaron intensamente.

Se habían conocido en una discoteca local y no tardaron en congeniar. Ellas acudían con los mismos propósitos a aquel valle alpino, diversión y una aventura sentimental, corta o larga, no estaba descartada. Era el tipo de mujer que últimamente atraía a Demian. Sofisticada, bella, frívola. Nada que ver con Clara. Francine era hija de un acaudalado magnate parisino. Licenciada en empresariales, tenía un master en dirección de empresas. Se preparaba para ascender en el negocio familiar de fabricación de yates. Francine aunaba una fascinante combinación de inteligencia y superficialidad.

Las calles de Chamonix estaban animadas en verano. La ciudad, enclavada en estrecho valle hundido entre profundas montañas había crecido y configurado por los márgenes peculiares de la orografía circundante. Lenguas glaciares descendían desde la impresionante cima del Mont Blanc en distintas direcciones y las cumbres nevadas

favorecían que a pesar del calor de agosto una brisa fresca descendiera desde lo alto. Un río de montaña atravesaba la ciudad, y a pesar de su tamaño, mantenía un aire pintoresco y apartado que le dotaba de encanto. No era la temporada invernal, cuando los hoteles se atestaban de turistas ávidos por el esquí, pero la oferta de servicios se había ido diversificando para aprovechar al máximo la temporada estival. Las cafeterías y restaurantes atestados de gente lo atestiguaban.

Los cuatro habían decidido salir a cenar temprano en una crepería y después tomar algunas copas en algún pub cercano.

—A ver Joaquim, como hace tu amigo para tener tanto dinero... ¿es verdad eso de que os dedicáis a atracar bancos?

Ambos lisboetas rieron. Era la broma con la cual se habían conocido unas noches atrás. Lejos de desmentirla habían ido incorporando cada vez detalles más verosímiles de manera que conseguían dar a las reuniones de las dos parejas una conversación tan banal como hilarante. Su último acierto había consistido en incorporar la práctica del *wingfly* como un requisito imprescindible para su próximo atraco.

Llegaron tarde al apartamento. Demian se desvistió y se dejó caer sobre la cama. Sintió que Francine se arropaba con las sábanas en el otro extremo del somier.

Habían bebido más que suficiente. Se habían reído mucho. Había sido una buena noche, salvo porque al final había calculado mal la cantidad de alcohol a ingerir, tal vez demasiado. Un malestar se había asentado en la boca del estómago y presagiaba una mala noche. Así sería.

No sabía cuánto tiempo había permanecido dormido, pero de pronto Demian comprendió que estaba despierto. Su consciencia era clara... aunque presentía que no las tenía todas consigo. Abrió los ojos, pero la oscuridad era total. Pensó que debía ser muy de madrugada, pues ni una línea de luz se filtraba por los resquicios de los cortinajes del dormitorio. Ni siquiera la luz del pasillo era visible sobre en el contorno del umbral de la puerta. Algo lo inquietó pero se incorporó sobre la cama y se puso en pie. No veía nada, pero avanzó a tientas hacia la pared donde estaba el interruptor de luz, quería ver algo, cuanto antes. Una leve inquietud se estaba adueñando de él.

Palpó la pared, encontró el interruptor, pero no funcionaba... o más bien no lo podía accionar. Permanecía fijo en su posición, imposible de mover. La situación se estaba tornando en pesadilla... cuando de pronto comprendió Demian que, inopinadamente, casi atterradoramente, aún permanecía tumbado en la cama, con los ojos cerrados, pero incapaz de mover siquiera un dedo. Sentía un nerviosismo que crecía por momentos. Estaba absolutamente paralizado.

Nunca había vivido nada igual. Estaba acaso muerto y estaba experimentando algo diferente... ¿qué había sido eso de levantarse y andar por la habitación si su cuerpo yacía en la cama, inmóvil absolutamente, inerte por completo?



Lentamente recuperó el control.

Pudo articular el dedo meñique de su mano izquierda. Como una ciudad que se recupera de un apagón y barrio tras barrio recuperan el suministro eléctrico, y la luz, así, poco a poco, Demian recuperó el control de su antebrazo, del brazo, de piernas... y pudo incorporares lentamente... Sentía una emoción intensísima, más fuerte incluso que la que había experimentado esa misma tarde al lanzarse en wingfly por el acantilado del Chamonix, y esta era de un miedo intenso. Su respiración era anormal y el pulso lo sentía incluso en la sien.

El susto poco a poco fue disipándose, pero cuando se reclinó de nuevo sobre la almohada para proseguir el sueño, la inquietud de nuevo se apoderó de él.

¿Y si aquello volvía a repetirse?

## Capítulo 10

Demian se incorporó de la cama. Era de madrugada cerrada y estaba en su casa de Lisboa.

Últimamente le costaba conciliar el sueño. No dormía demasiado bien y se despertaba sobresaltado, sin recordar si había tenido algún sueño.

Junto a la mesita había dejado una jarra con agua y se sirvió un vaso a oscuras.

Dado que estaba desvelado decidió ir al baño.

Pero cuando caminaba a ciegas por la espaciosa habitación que tan bien conocía algo le llamó la atención. La puerta de la habitación, que permanecía cerrada, mostraba, a través de los intersticios, una claridad brutal, como si tras ella hubiera un potente foco, o la claridad del día más luminoso de agosto. Pero aquello era imposible. Volvió la mirada a los cortinajes para cerciorarse, y, efectivamente, tras ellos no se adivinaba el más mínimo clarear del alba. En el exterior era noche cerrada, así pues, ¿qué era aquella claridad sobrenatural que venía del interior de su casa?

Se aproximó a la puerta, y al hacerlo parecía que los haces de luz que provenían de ella se acentuaban, se hacían más intensos.

Demian se sobrecogió.

Aquello no podía ser real.

Entonces fue cuando se dio cuenta...

Aún permanecía tumbado en la cama... estaba allí su cuerpo, aunque el se sintiera en pie, junto a la puerta de su habitación... y tras ella oyó un rumor... no podía dar crédito a lo que creía escuchar... no podía ser...

Sintió deseos de gritar, y de pronto volvió a encontrarse tumbado en la cama, incapaz de moverse, como si su alma y su cuerpo, separados durante un instante, fueran incapaces de volverse a soldar en un mismo ser. Estaba sucediendo otra vez.

Lisboa, la ciudad antigua, con sus calles empinadas y sus fachadas grises de piedra vieja, tiene un regusto acogedor, como de hogar que nunca se ha de abandonar del todo, que recibe al viajero con un sabor conocido, añejo y cálido. La cercanía del mar modera el aire, lo humedece, lo vivifica, lo ennoblece. La ciudad que mira al poniente... La Baixa, el barrio céntrico activo y dinámico, cargado de luz, gente, comercio, vitalidad. El Chiado y el Barrio alto, bohemio, lóbrego, que invita a perderse y callejear, como la Afama... imposible pasear por sus calles sin rememorar a la vez la melodía triste de un fado.

La concurrida Plaza do Comercio es el corazón y el alma de Lisboa, además de que sirve de pintoresco pórtico a las cuadriculadas calles aledañas donde, tras edificios señoriales de impronta portuguesa, se halla el centro financiero de la urbe. Bancos oficiales y privados, empresas financieras de toda índole, pugnan por situarse en la emblemática Rua Augusta o la no menos importante Rua del Comercio. Demian tomaba su café de primera hora de la mañana en un discreto café no muy lejos de allí,

desde el que ojeaba parsimonioso la prensa, y miraba la gente pasar, ajetreada, por la populosa vía comercial.

Aunque su aspecto lucía tan impecable como siempre, con su traje claro y su corbata azul cobalto resaltando sobre su camisa blanca, su tez morena perfectamente afeitada con un peinado esculpido en gomina que liberaba algunos divertidos bucles de cabello sobre sus sienes, aún así, a pesar de su aspecto atractivo y seguro de sí, era incapaz de mantener la concentración en lo que hacía y su mirada se enturbiaba cuando se cruzaba con la de cualquier otro.

Por más que intentaba centrarse en la lectura de la prensa sepia, como todas las mañanas laborales, temprano, antes de las ocho, sufría una completa incapacidad de fijar la atención en los titulares. Y sabía que era importante. A primera hora, el jefe, el señor Lopes, iba a pedirle una serie de explicaciones sobre su conducta, pero ni siquiera eso parecía ser su principal prioridad. Bien sabía él qué otra cosa ocupaba la casi totalidad de sus pensamientos.

«Me estoy volviendo loco, ...no puedo seguir así».

Vació la taza de un café oscuro y amargo de un trago y emprendió el camino directo a la oficina.

Un día gris, como su ánimo.

Sentía un cansancio intenso, como un guerrero tras una batalla ardua... pero él no había peleado con nadie últimamente... salvo consigo mismo. ¿Por qué cuando todo parecía que iba a ir bien en su vida sucedía algo que la torcía irremisiblemente?... «¿Y todo me iba bien antes de esto?».

El edificio de pintura pastel y molduras de ventanas y puertas blancas que acogía la sede de Euronot Consulting tenía un amplio recibidor tras unas magníficas puertas de cristal que se abrieron al paso del bróker. Cristina, una de las recepcionistas le saludó mientras pasaba raudo camino de su despacho en la planta alta.

Se cruzó con varios compañeros a los que saludó imperceptiblemente. Dentro de la jerarquía de la organización de Lisboa, él era uno de los empleados estrella. El señor Lopes gustaba de llamarle cada dos por tres considerándolo su mano derecha. Contaba con él cuando venían los ingleses o los americanos, y últimamente los rusos. Jugaba magníficamente al golf y hablaba con fluidez el inglés, francés y español, lo cual venía muy bien a su jefe, que en más de una ocasión sustituía a alguno de los socios del *buffet* por su valorado empleado.

Y esta situación de confianza en Demian había fortalecido su forma de hacer las cosas. Y cuanto más seguro se obra por cuanto se hace y se dice, más magnetismo y confianza se genera, de tal manera que los principales clientes de la oficina acabaron pasando por su despacho, granjeándose de paso la enemistad nacida de la envidia de algunos compañeros veteranos de la consultora. En sus noches de insomnio más optimista Demian era consciente que en gran medida el tráfico de operaciones de la oficina pasaba por sus manos y que su persona acaparaba un gran poder de decisión e influencia.

Pero desde hacía unas semanas parecía que ese círculo virtuoso de confianza y seguridad, de alguna manera, se estaba desmoronando.

Al principio Demian no lo vio venir, simplemente estaba convencido de que era una mala racha.

No quería cambiar su estilo de vida. No sólo era el disponer de cuanto quisiera cuando quisiera. De saberse soltero atractivo y de dominar la cosmopolita noche lisboeta. De tener una libertad envidiable para acometer los más variados proyectos o las más descabelladas aventuras. La diversión sin freno y las juergas con amigos... porque lo que Demian odiaba era el detenerse, la inactividad, la ausencia de un plan.

Pero algo había trastornado en los últimos meses su ritmo, su vitalidad.

El dichoso viaje a Chamonix con Joaquim.

Cuando se aproximó al despacho de su jefe, no tuvo ni que preguntar a su secretaria, ésta tenía instrucciones para él para que aguardara. Se sentó a esperar mientras la eficiente administrativa mantenía una conversación telefónica. En el incómodo diván de la antesala del jefe, sin poder mantener una postura resuelta, sentía que su ánimo se abismaba. Nunca recordaba haber sufrido la humillación de esperar turno. Siempre era invitado cordialmente a entrar sobre la marcha por una secretaria cuyo rostro sonriente le había sido vedado esa mañana... ¿cómo una prematura señal de ostracismo? Tal vez era su imaginación que le jugaba una mala pasada.

Parecía que en el ambiente flotaba una consigna, un rumor, que hablaba de su pérdida de influencia, de que la desgracia le rondaba. La envidia que suscitaba su triunfo siempre se había contenido por el respeto de la autoridad que lo protegía. Pero terminado ese salvoconducto sería una pieza fácil de cobrar para muchos de los brókeres que ansiaban recuperar sus clientes. «La coyuntura para eso es ideal», se decía apesadumbrado Demian, que sabía lo fácil que es echar en las espaldas de un compañero caído en desgracia la mala situación de la cartera de un cliente. No hacía falta hacer acusaciones personales, pero un simple... «¿no le informaron de esto señor tal?» ...algo tan sutil como inofensivo, pero que servía para menoscabar definitivamente la confianza en una persona.

Si perdía la confianza de Lopes su cartera se reduciría en un 90% en un abrir y cerrar de ojos, sería pasto de los tiburones. Sonrió, pero sabía que no era la deslumbrante sonrisa del triunfador, sino la agónica del jugador que echa un vistazo somero a las cartas y confirma que tiene una mala mano. Nunca había sido consciente de lo importante que era descansar correctamente. Desde que había empezado a tener problemas con el sueño sus ideas se espesaban, su fluidez y confianza en el trato se lentificaba, sus reflejos se apagaban. Se veía como una caricatura de sí mismo. Tal vez el señor Lopes también lo percibiera...

\* \* \*

Demian no había ido esa mañana de un soleado día de septiembre al trabajo. Tenía una buena disculpa, una cita con el médico, y no con cualquiera. Le había costado conseguir cita, se trataba de un psicólogo de lo más selecto, con una reputación formidable, al que acudía la *creme de la creme* de todo el país, incluso de más allá, tal era su reputación.

El doctor Pinto vivía en un barrio residencial de las afueras donde despachaba a sus pacientes, en la veraniega Cascais, un pueblecito invadido y rodeado de lujosas urbanizaciones. A Demian le costó dar con la residencia del psicólogo en el laberinto de estrechas callejas flanqueadas por setos y altos muros. De vez en cuando una puerta señorial o una reja en forja negra de laboriosos arabescos permitía descubrir fugazmente jardines de ensueño y magníficas casas que alternaban con otras más humildes y tradicionales, de parterres estrechos atiborrados de hortensias y fachadas despintadas. Conducía un flamante Nissan 370Z de color bronce, despacio, bajo las sombras tachonadas de haces de luz que, a través de las hojas amarillentas de los plátanos, jugaban caprichosas.

Finalmente dio con la suntuosa mansión del doctor. Alisema era su nombre.

Un seto verde superaba, abundante, un muro de color pastel de enrejado blanco. Esa combinación de tonos era la misma que predominaba ya más allá de la verja de entrada. Un jardín amplio, piscina, parterres de flora exuberante, rodeados de un césped verde mullido salpicado de lajas que marcaban juguetones senderos, y una casa de estilo mediterráneo, de un color terroso diluido, claro, y teja naranja. Una gran rotonda con una estatua de una diosa griega vertiendo agua en un arroyo adornaba el porche de la entrada. Una secretaria le recibió según descendió del vehículo y le saludó sonriente.

El rostro de Demian permanecía igualmente sonriente, pero no era una sonrisa cordial ni distendida, sino forzada. El mismo se daba cuenta de que no se sentía a gusto en aquel lugar. Había retrasado la visita lo máximo posible. La primera de las medidas desesperadas, pero había sentido que ya no podía ni debía esperar más. No sabía por qué, pero aquella visita representaba para él una suerte de capitulación.

El Dr. Pinto era un hombre de aspecto pulcro, cauto en sus movimientos y muy correcto en el trato. Parecía poco dado a conversaciones intrascendentes, su mirada era un tanto severa, acentuado por una cabellera cana peinada con precisión milimétrica hacia atrás. Apenas saludó cortésmente y se estrecharon las manos, la de Demian firme y tensa, la del doctor fría y extrañamente mórbida. Le invitó a sentarse en una cómoda butaca mientras él hacía otro tanto. La secretaria les sirvió sendos vasos de agua fresca y los dejó solos.

Demian se sentía inesperadamente reconfortado en aquel lugar, un salón amplio, de estilo clásico, profusamente decorado con pinturas al óleo, vistas a un jardín sobrecargado de flor de mundo, rosales y geranios, y muebles de roble finamente tallados en una espléndida labor de ebanistería contribuían a crear un ambiente

acogedor a la vez que formal, una combinación que infundía respeto y confianza a partes iguales.

Paseó la vista por cada uno de los muebles, por cada cuadro, buscando en cada objeto un pretexto para dilatar el inicio de la conversación, y el doctor parecía intuir ese deseo, si bien no le brindó ocasión de entretenerse en minucias fuera de su interés, y mantenía la mirada fija en él, expectante y curioso.

—Estoy aquí por un suceso que está logrando alterarme por completo, doctor. No sé si es el especialista adecuado para mi caso... pero me han convencido para que viniera a hablar con usted.

—¿Qué le ocurre exactamente?

—Sufro una alteración del sueño, lo que se denomina parálisis del sueño.

El doctor enarcó las cejas.

—Eso no tiene nada de particular... en un proceso natural, muchas personas la sufren. Debe usted permanecer tranquilo en esas situaciones... Pero perdóneme, le he interrumpido. Termine de explicarse.

Demianladeó la cabeza. Era un gesto de duda, propio de él cuando estaba a punto de lanzarse en una jugada temeraria en el trabajo, o en un salto suicida en parapente... En esta ocasión la situación era bien diferente. No quería adentrarse en aquel mundo de ensueño que parecía estar adueñándose de él, y el hecho de hablar del mismo, de reconocer su existencia y su influjo en su vida ya representaba un reconocimiento importante, acaso tal vez, la evidencia de la propia locura a la que irreversiblemente se estaba viendo sometido.

Y lentamente rememoró su primera experiencia, allá, en Chemonix, cuando una mañana se había «despertado», aunque comprendía que esa palabra auspiciaba confusión, y así mismo se lo explicó al doctor. ¿A qué estado podría referirse cuando su mente, su conciencia, era lúcida y razonaba con meridiana claridad mientras que el cuerpo desaparecía, cesaba por completo su percepción y se convertía en algo sin sentido y olvidado? Fue una experiencia terrible y desagradable. Por un instante se sintió como un alma en pena, ahogado en una oscuridad densa, casi palpable, flotando en un limbo terrorífico, inmaterial... infernal.

Aquella experiencia del despertar oscuro se empezó a repetir con periodicidad. Contó cómo empezó a sentir aversión al sueño. Tenía miedo de dormir porque temía encontrarse con ese desagradable limbo, en el que flotaba como un fantasma en la negritud absoluta.

La parálisis del sueño evolucionó... de una forma inquietante. Meses después devino en una experiencia real, física, verdadera... y que sin embargo no fue sino una nueva ilusión que esa percepción de plena conciencia, aún estando inmóvil en la cama, le procuraba. El efecto resultaba tan genuino que empezaba a dudar qué era realidad y qué ficción. Se despertaba, caminaba por la habitación, miraba por la ventana... podía moverse con libertad, hasta que, al intentar interactuar con cualquier objeto, encender una lámpara, abrir una puerta, descorrer las cortinas, sentía como si

su mano fuera fantasmagórica, si todo él no fuera sino un ente espiritual, libre para moverse, incapaz de tocar o mover nada. El pánico lo había enervado cuando comprendió, aterrado, que aún estaba en la cama, que su paseo por su habitación no era más que pura ilusión, incluso siendo y pareciendo tan real... o acaso lo fuera y estuviera experimentando una incomprensible separación de su ser físico y su alma, si tal cosa era posible. Y tan pronto comprendía esto, asustado, —cuanto le costaba reconocer esto a él, que siempre había amado el riesgo y la aventura y que ahora experimentaba un miedo desconocido—, de alguna manera inexplicable, como empujado tan sólo por el mero deseo de su voluntad, «regresaba» a su cuerpo, tendido en la cama, recuperando la vida que era suya, con cada respiración, con cada latido. Y así, unos minutos después, lograba parpadear, abrir los ojos, mover las manos... Y cuando esto sucedía, de un brinco se incorporaba de la cama, sudoroso, los nervios a flor de piel, con el firme propósito de no volver a pasar por ello nunca más.

A menudo, mientras relataba al doctor todas sus vivencias, Demian se detenía en una larga pausa, concentrado, intentando no dejarse ningún detalle importante. Había decidido abordar el problema de frente. Narró su sensación de irrealidad, cuando después de sufrir esas pesadillas, que para él no eran tales, se duchaba, afeitaba y acudía al trabajo, como si simplemente hubiera tenido un mal sueño. Nada de eso. La sensación era tan intensa, tan desagradable, que permanecía en su ánimo durante buena parte de la jornada y sólo era sustituida por la nueva inquietud suscitada por el pensamiento de que se aproximaba la cercanía del descanso nocturno. Había tomado pastillas para dormir, había intentado permanecer en vela... acompañado o solo, cada día abordaba las horas de sueño con una estrategia diferente, pero esas situaciones de parálisis físicas y de espíritu libre se reproducían cada vez más frecuentemente, sin poder hallar él qué razones determinaban el que se produjeran o no.

Pero lo que más le inquietaba de todo ello era una nueva y acuciante anécdota que se reproducía en sus últimas experiencias. Sucedió que una vez se incorporaba de la cama con la conciencia de que tal vez no estuviera realmente despierto, pese a que podía moverse con entera libertad, nunca había abandonado su habitación. Es verdad que se daba cuenta de que no podía accionar el picaporte de la puerta, pero un hecho inesperado le inducía a pensar que tal vez esa regla no tuviera que ver con la puerta de su habitación. En primer lugar, las ranuras de la puerta dejaban pasar una luz intensa, como si al otro lado hubiera una luz resplandeciente, intensa, diáfana, como una promesa de un lugar mejor. Sin embargo también percibía un sonido inquietante, un retumbar lejano, mortecino, pero que Demian juraría que cada noche le parecía más cercano y poderoso. Y aquel sonido le producía una enorme inquietud, porque como escondida en su carencia monótona creía percibir un cántico de mil voces que clamaban su propio nombre. Sentía una necesidad de abrir la puerta y traspasar el dintel... y a la vez una vez se despertaba, la mera idea le causaba verdadero horror.

Demian finalizó derrotado su narración. Aunque inicialmente había mantenido la

mirada del doctor, en cuanto se aventuró en la parte de la narración más fantasiosa se había dejado llevar por los recuerdos, hundido en el sofá, la mirada perdida en los arabescos de la alfombra persa del salón. Más ahora, al levantar la vista, se apercibió que el doctor había abandonado su asiento. Permanecía de espaldas a él, mirando al jardín por el ventanal, inescrutable y extrañamente silencioso.

Pasó un largo minuto en el que Demian repasó toda su narración. Se sentía extrañamente liberado, como si el hecho de haber podido contar se experiencia a alguien hubiera generado el comfortable bienestar del que sabe comparte su desgracia con otro.

—Me temo señor Demian que no voy a poder trabajar con usted.

La voz del doctor, antes meliflua y agradable, parecía ahora fría y dura como el granito, incuestionable.

Demian se sintió sobresaltado. Exigió una explicación, si bien entendía que tal vez no era la especialidad del doctor el tratar una dolencia que podía ser, más que una cuestión de psicología, de psiquiatría. Pero Demian se sentía desesperar. Más de una referencia le había conducido a aquel especialista, y el que este se desentendiera de él con tanta facilidad le desanimaba profundamente. ¿Qué otras puertas podrían quedar abiertas si esta que era la principal se cerraba? No estaba habituado a la derrota e insistió vehementemente. Sentía que un acuciante miedo, una soledad intensa, resoplaba tras su cogote, como la presa que siente el aliento de su verdugo.

El doctor Pinto asintió a los comentarios de Demian, que parecían adquirir por momentos el tono de un lloriqueo infantil, pero se mostró intransigente y tenso en cuanto a su determinación. No podía hacerse cargo de un caso como el suyo.

—Doctor, no entiendo sus razones, pero conozco su reputación. Me niego a pensar que me deje abandonado a mi suerte... al menos dígame a qué clase de especialista puedo acudir... qué debo hacer...

El doctor Pinto se dirigió a su escritorio y sobre una cuartilla escribió la dirección de una clínica.

—Pero al menos... deme una explicación de porqué no quiere tratarme —insistió desesperado Demian. Pero el doctor le extendió la nota al joven descompuesto y salió de la estancia. Al poco reapareció la secretaria a fin de acompañarle a su coche.

El desconcierto de Demian duró largo rato, pero cuando logró comprender lo que había pasado necesitó detener el vehículo para respirar hondo. Abatido, apoyó la cabeza sobre el volante porque sentía un desagradable mareo. Sucedió, estaba convencido de ello, que el doctor Pinto... tenía miedo.

Cuando leyó la nota que le había entregado quedó aún más sorprendido.



## Capítulo 11

Richard Jasper se sentía incómodo, a la vez que protagonista de un raro privilegio, mientras era escoltado por un grupo de agentes de aire marcial por los pasillos de la NSA, en Fort Meade.

Esa mezcla de sensaciones, de confusión, de incertidumbre, no había cesado desde que varias semanas atrás concluyera el asunto Ryu de la manera más inesperada y extraordinaria que imaginarse pudiera. Aquel sujeto enigmático, al que Richard aún era incapaz de encasillar en una categoría determinada, si malhechor o víctima, había desaparecido de una manera imposible. Él mismo se cercioró, una y otra vez de que el almacén en el que se encontraba y en el que había visto como se introducía el nipón, no tenía salidas disponibles. No había falso techo, ni conductos, ni otras puertas. No había lugar donde esconderse. Cuando llegó Katherine con su equipo aún tenía una expresión de perplejidad en el semblante y no cesaba de repetirse como una letanía «imposible, imposible». Tardó tiempo en asimilar que Katherine quería interrogarlo y al ser consciente del nutrido grupo de agentes a los cuales nunca había visto hasta ahora, que invadieron el local discretamente y que empezaban a tomar muestras, huellas y realizar todo tipo de mediciones con aparatos que Richard desconocía para qué servían, comprendió súbitamente que aquel asunto no lo había enfocado en su auténtica dimensión en ningún momento, nunca, siempre había estado equivocado: escasa información, conclusiones deficientes.

Intentó explicar lo inexplicable y Katherine le miraba con cara de póker. «A saber qué pensaba» se decía el agente mientras escrutaba sus ojos inexpresivos. «Pensaré que soy un maldito fumador de crack o que estoy encubriendo a ese fulano».

Y se vio que lo que Katherine pensaba no era nada bueno, porque lo que siguió a continuación se convirtió en una verdadera pesadilla para él. Parecía que de una manera inconcebible la NSA le responsabilizaba a él de lo ocurrido.

Lo condujeron bajo escolta hasta un furgón de cristales ahumados del aparcamiento del centro comercial, y rápidamente lo encapucharon, amordazaron y esposaron. Perdió la noción del tiempo, que se le hizo eterno. Por las veces que necesitó orinar, dormir, comer, calculó que su periplo duró dos días, moviéndolo de un lugar a otro, como un fardo, completamente inmovilizado, incluso por avión, hasta finalmente arrojarlo al interior de una celda y despojado de sus ataduras. Era un compartimento amplio, bien iluminado y aseado, de un blanco aséptico, tan sólo comunicado por el exterior por una puerta tan hermética como infranqueable. Ignoraba qué había hecho esta vez para cabrear tanto a alguien.

Richard se imaginaba debía ser una base norteamericana de algún atolón del pacífico o algo similar... ¿tal vez Guantánamo? Su estupor le impedía indignarse.

Por más que intentó pedir explicaciones nadie se las dio y por más que rogó que le permitieran hablar con Katherine no obtuvo respuesta. Lo que más le fastidiaba de su situación era no poder echarse al colete un par de copas de whisky.

Hasta que finalmente ella apareció con aire de fastidio y mirada enigmática. No habló demasiado. Simplemente le comunicó que se había considerado qué hacer con él en relación con la operación, si apartarlo o no del equipo, pero vistas sus cualidades de agente de campo y lo que ya había averiguado, iba finalmente a ascender de escalafón. Al día siguiente sería trasladado a Fort Meade, donde sería puesto al día en relación a la operación en la que había participado y en la que se esperaba seguir contando con sus servicios. Entretanto estaría bajo la férrea supervisión de un equipo de vigilancia.

Y un par de días más tarde Richard era trasladado a Ford Meade, la sede central de la NSA, a mitad de camino entre Washington DC y Baltimore, en una lujosa limusina con dos fornidos tipos trajeados pero con aire de marines a cada lado de su asiento. Y Richard experimentaba una extraña alegría, casi infantil, porque sabía, que de una manera u otra, su testarudez le había permitido llegar hasta allí, un nivel superior... «¡ya era hora!». El telón se descorría y permitiría ver algo de la tramoya, de lo que el público siempre ignoraba. Una dosis más de verdad para aumentar su ya de por sí carácter cínico.

La sede central de la NSA es un macrocomplejo de edificios que acoge a varios miles de trabajadores del espionaje y la encriptación. Una ciudad dedicada a escuchar los pensamientos secretos del mundo, como la llamaba Richard. No simpatizaba con sus matemáticos, ingenieros y cerebritos con los que poco tenía que ver. Él como agente externo se dedicaba a fisgonear allí donde los largos tentáculos de la NSA no llegaban. Siempre era necesario al final tener a alguien en el momento preciso en el lugar adecuado... «el músculo», que decía él, «afortunadamente para mí».

Richard iba sonriendo de oreja a oreja mientras era escoltado por sus forzudos compañeros, por pasillos y oficinas que le eran completamente desconocidas. Estaba claro que no iban por las habituales dependencias de despachos encasillados por piezas como de un puzle japonés, agobiantes áreas donde unos claustrofóbicos separadores delimitaban las áreas de trabajo. En ellas reinaba el bullicio de un lugar donde cientos de personas hablan por teléfono, teclean en sus ordenadores y piden ayuda al vecino un par de mesas más allá.

No, iban por los pasillos de los gerifaltes, de la cúpula, silenciosos pasadizos de discretos cuchicheos, poco personal y raras miradas que se cruzaban. Un aire de pulcritud y orden parecía reprochar el caos de los departamentos subordinados, de la misma manera que la cabina del conductor pudiera reprochar el ruido polvo y aceite del habitáculo del motor. El pavimento bruñido o la calidad de las maderas de puertas y dinteles hablaban de que se encontraban en una de las áreas más suntuosas e importantes de la NSA.

Finalmente llegaron a un punto de control en el que sus escoltas lo abandonaron. Más allá del mismo, un guarda de seguridad acompañó a Richard a un despacho en el que le aguardaban. El agente Jasper se arregló la corbata, estiró la chaqueta, y esbozó

su sonrisa más franca antes de introducirse en el salón.

Una impresionante mesa de reuniones, de madera bruñida y cristal ahumado, combinado con diseño y buen gusto recibió al sonriente Richard. A ambos lados de la misma, en diversos asientos, se sentaban diferentes mandamases de la organización. Alguno le resultaba gratamente conocido a Richard, que guiñó el ojo a guisa de saludo. Le resultaba imposible comportarse completamente formal. El resto parecían los prebostes,...«tanto más preboste como abultado tiene el estómago» bromeaba para sí Richard.

Y por supuesto, en pie, aguardando su llegada, con un traje oscuro, femenino, que resaltaba aún más los delicados pero firmes rasgos de mujer inteligente, Katherine, luciendo el porte de una azafata profesional. Ni una sonrisa o un saludo que denotara algo así como «¿qué tal Richard?, ¿cómo va la vida?»... sino más bien un rígido saludo estilo que invitaba a pensar algo así como «compórtese agente Jasper, no me vaya a arruinar la presentación», un saludo frígido típico de la nueva Kate, concluyó crípticamente Richard para sus adentros, que intentaba ver el aspecto cómico de toda aquel ceremonioso encuentro de espías.

Sí, estaban los altos directivos de la organización. Richard no sabía si pestañear, como deslumbrado por esa tan poco acostumbrada reunión de astros de la NSA o gastar alguna broma para relajar el ambiente. Por una vez decidió ser prudente. Si hacía algún comentario con sorna, irónico o simplemente gracioso, Katherine se lo recriminaría por el resto de su existencia. Hay mujeres que la palabra perdón no existe en su vocabulario y Richard consideraba a Katherine una de ellas.

—Tome asiento agente Jasper.

Un solitario sillón, en el extremo de la mesa era el punto hacia el cual, Desmond Akerman, el superior directo de Katherine, pero subalterno de la cúpula presente de la NSA, parecía hacer los honores. Un hombre de semblante rígido, mandíbula extraordinariamente marcada y de maneras excesivamente correctas con el que Richard había tratado pocas veces, pero en cada una de las ocasiones acontecidas había quedado con una desagradable sensación de ardor estomacal. Desmond tenía la extraordinaria cualidad de destilar un trato desagradable hiciera lo que hiciera, tal vez por el deje de superioridad y señoría que imprimía a todo cuanto hiciera. Sí... hacía años habían compartido una misión en Centroamérica. Para entonces Desmond ya era un veterano. El traje no le sentaba mal y su piel extraordinariamente bronceada hacía resaltar el blanco de sus ojos y su dentadura al mejor estilo del actor de moda en Hollywood. Su semblante resultaba indescifrable y si reconoció a Richard no hizo el menor gesto cómplice que lo indicara.

Tres hombres más lo acompañaban. Dos completos desconocidos, el tercero, creía reconocerlo Richard, Thomas Hugh, la mano derecha del jefe máximo. Un hombre entrado en carnes, de rostro ancho y grandes papadas pero que tenía fama por sus comentarios afilados y sus deducciones brillantes. Empezaba a sentirse incomodo, como si se hubiera sentado en un taburete inestable y estuviera a punto de caer al

suelo, y tuvo la tentación de aflojarse la corbata. Si le hubieran ofrecido un whisky habría vaciado la copa de un trago. Katherine tomó asiento. Su butaca parecía estar con las del grupo de prebostes. Se sentía aislado en aquel impresionante salón de moqueta, mobiliario de diseño y tiburones de la NSA. Todo tenía un aire como a licenciado a punto de ser examinado por un tribunal académico.

Desmond tomó la palabra una vez Richard se acomodó parsimonioso en su butaca. No quería dar la impresión de estar cohibido o acobardado ante semejante despliegue.

—Agente Jasper, acaba de participar en una misión de seguimiento en Tokyo en la que no tenía información sobre el objeto de su cometido. Ahora ha llegado el momento de aclarar algunas cuestiones en relación al mismo. Deberá usted firmar el impreso que la señorita Riddle le ofrece. —Desmond hablaba como el que sabe una lección de memoria. Su ademán en relación al documento que mostraba Katherine era condescendiente, casi como si le estuviera haciendo un favor y que la posibilidad de que desdeñara firmar dicho documento fuera inexistente—. Es un acuerdo de confidencialidad especial en el que manifiesta que comprende que el objeto de esta operación es de máxima seguridad. Hasta la fecha es el único agente de campo y de su graduación que accede a esta información. La verdad es que la junta no estaba muy convencida de ello, visto sus antecedentes y su currículum... no me malinterprete, pero... en fin, la agente Riddle confía en usted, y puesto que ella está al mando, tiene carta blanca. Ni que decir tiene que una vez firmado si incurre en los supuestos que rompen el protocolo de confidencialidad será acusado de alta traición.

Richard firmó el documento casi sin mirarlo. Ya Katherine le había instruido al respecto. En su interior sentía que algunos de sus prejuicios y animadversiones hacia Katherine se venían abajo como un castillo de naipes mal equilibrado.

—Bien, ha llegado el momento de ponerle al día en lo que la operación Cotard se refiere. Agente Riddle, usted sacó todo este asunto a la luz, así que haga los honores.

Richard enarcó las cejas y miró interesado a su pequeña pupila, que ya ni era pequeña ni era pupila. Así que esa era la explicación de toda la tensión. Katherine había sacado un turbio asunto a la luz. Mantenerse al frente de una operación que suscita un interés como el que aquella mesa parecía revelar, sin que la desbancaran, le hicieran la cama, o simplemente desplazarán en la típica pugna interna por progresar y ascender denotaba una extraordinaria tenacidad y unas dotes políticas para comprender los mecanismos de la casa formidables... «¿Era realmente Katherine tan fuerte y disciplinada?», pensaba Richard mientras se deleitaba en contemplar a aquella mujer que le resultaba ahora aún más fascinante.

—La operación Cotard se inició aproximadamente cuatro años atrás. —Richard enarcó inmediatamente una ceja. Aquel nombre, Cotard, lo había leído en el informe del psicólogo de Ryu. Dicho por Katherine parecía ahora un nombre irreal y lejano que evocaba algo completamente ajeno a lo que él había imaginado, una persona real de carne y hueso—. Como sabes los servicios de la NSA realizan una labor de

seguimiento de todo tipo de comunicaciones a nivel mundial y eso permitió detectar una pauta extraordinaria cuando la agencia me permitió desarrollar un software que permitía cruzar información de todo género. Como puedes imaginar las posibilidades de prevención de delitos diversos con un programa suficientemente ingenioso puede resultar extraordinariamente efectivo. Sin embargo no estábamos preparados para lo que iba a emerger. —La voz de Katherine era monótona, Richard se imaginaba que había tenido que soltar ese rollo cientos de veces, primero a subordinados ineptos, después a jefes incompetentes, hasta que, a base de machacar, insistir y demostrar una y otra vez lo mismo, conseguir que le hicieran caso. Así eran las organizaciones en general y las personas en particular, si no que se lo dijeran a él... Katherin proseguía su charla—. Nos encontramos con una correlación inesperada... enigmática y sorprendente. Por un lado teníamos personas desaparecidas de las que las policías de todo el mundo recibían denuncias de desaparición por parte de familiares y amigos. Muchos de estos casos hay un solución tarde o temprano. De las cientos de miles de denuncias por desaparición que se registran en nuestro país al año, el 95% de las mismas se resuelven satisfactoriamente, o al menos, se da con el paradero de los sujetos desaparecidos en las veinticuatro horas siguientes a la denuncia. La correlación interesante surgió cuando cotejamos ese cinco por ciento restante con información personal concerniente a esos individuos desaparecidos.

—¡Caramba! —Richard casi se arrepintió de su arranque de informalidad, pero ya se vio obligado a finalizar su comentario—. Ignoraba que se tenía capacidad para hacer un seguimiento de las comunicaciones tan exhaustivo... es decir, ...me imagino que nadie sabe que una persona desaparecerá hasta que lo hace, ergo, eso quiere decir que ya teníamos todas sus comunicaciones grabadas previamente, ¿no?

Un incómodo silencio se hizo en la sala pero nadie respondió. Katherine carraspeó y prosiguió su discurso.

—La correlación de la que hablo es muy particular. Un significativo número de sujetos que desaparecen sin dejar rastro desarrollan un trastorno psíquico que era realmente infrecuente años atrás. Es el síndrome de Cotard. Consiste en un un proceso psíquico, seguramente causado por algún tipo de alteración de la química del cerebro o lesión descubierto hace años por un doctor francés del cual proviene su denominación... pero no nos adelantemos. Lo importante es que la aparición de este síndrome mostraba una correlación significativa con personas que posteriormente desaparecían... sin dejar el más mínimo rastro.

Katherine hizo una pausa, evaluando la expresión de Richard, que parecía no dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí, en principio no parecía una cosa muy llamativa. Resulta incluso lógico pensar que una persona que parece algún género de trastorno psicológico desaparezca. De hecho cuando inicié las primeras indagaciones apenas contaba con recursos, reconozco que era una apuesta arriesgada. Sin embargo el pequeño dispositivo de investigación que montamos fue aclarando el proceso, que resultó ser

un tanto más complejo... e inesperadamente extraño. Los desaparecidos desarrollaban, previamente al trastorno de Cotard, un proceso de alteración del sueño, algo conocido como parálisis del sueño.

Richard sonrió abiertamente.

—Por favor, ¿puedes repetir eso?

—Se denomina así. La parálisis del sueño la provoca una serie de neurotransmisores que inmovilizan los músculos mientras dormimos. Se trata de un mecanismo natural de protección para evitar que nos hagamos daño mientras dormimos, moviéndonos en sueños y golpeándonos o sufriendo accidentes. Ocasionalmente puede suceder que estos neurotransmisores sigan activos en tanto que una persona se ha despertado y es consciente. Sin embargo, si sufre esta patología de la parálisis del sueño, será incapaz de abrir un párpado o mover un dedo, puesto que todo su cuerpo está paralizado, aún a pesar de tener la conciencia plenamente lúcida. Suele ser una experiencia un tanto angustiada... pero gran parte de la población la ha padecido o la padecerá en algún momento de su vida. Eso dicen las estadísticas, al menos.

—Interesante cuestión —musitó Richard que no recordaba nunca haber experimentado nada parecido.

Katherine prosiguió como si no lo hubiera oído.

—Sin embargo, en determinados casos este síntoma empieza a hacerse repetitivo y a desarrollar patologías más complejas. A lo largo de los últimos años hemos accedido a diferentes expedientes médicos y en todos acaba desarrollándose un trastorno psíquico severo, el síndrome de Cotard. Este es un síndrome psíquico en el que los pacientes creen que están total o parcialmente muertos.

—Querrás decir que piensan que se van a morir... —Richard no daba crédito a toda aquella historia. De todas las misiones y operaciones en las que había participado, aquella era la más extraordinaria... la más rara. Si estuviera en compañía de agentes de menor rango habría dicho más de una simpática ocurrencia. Se tuvo que contener.

—No, agente Jasper, tal como le digo, los que sufren este síndrome están convencidos de que están realmente muertos... o al menos determinadas partes de su cuerpo ya lo están. En fin, es complicado de explicar porque es una enfermedad realmente rara... infrecuente, pero la NSA lleva varios años detectando que psicólogos de todo el mundo desarrollan búsquedas en internet, se realizan consultas e intercambian mails... e incluso se publica algún *paper* en revistas especializadas. Lo que todavía no ha salido a la luz, ni debe hacerlo de ninguna manera, es que esta patología acaba influyendo... provocando... no sabemos aún la causa ni el cómo, la desaparición de los afectados. A través de la ejecución del programa se demostró una correlación que no dejaba lugar a dudas. Todos aquellos pacientes que habían sido diagnosticados o sobre los que se había efectuado una consulta sobre este síndrome acababan en la sección de desaparecidos de las diferentes policías de todo el mundo y

nunca más volvemos a saber de ellos. No podemos sino conjeturar que se trata de una fracción del total de personas que desaparecen al año. Lo cierto es que no hemos recuperado a ninguno. Por esta razón, hemos creado una sección de expertos dentro de la NSA que nos asesora en materia médica y contamos con enlaces del Centro de Enfermedades Infecciosas...

—¿Estamos hablando de muchas personas? —interrumpió Richard que aún le parecía todo aquello un cuento de hadas, y que dentro de poco se despertaría de ese extraño ensueño, tendido sobre una cama deshecha de su apartamento de divorciado, acompañado por una desconocida y con una resaca endemoniada.

—Oh, aún siendo un tema grave las personas desaparecidas, lo que más nos preocupa no es eso.

Richard miró perplejo a Katherine. Esta le devolvió la mirada con una sonrisa enigmática... el agente creyó vislumbrar por primera vez en mucho tiempo un deje de inseguridad. ¿Había tenido que tragar?

Fue Thomas Hugh el que concluyó el acertijo de Katherine.

—Sí, agente Jasper, lo que más nos preocupa es que el síndrome de Cotard está manifestándose con una frecuencia cada vez mayor... está creciendo... en progresión, señor Jasper.

Y la sonrisa se había borrado del semblante de Katherine.

## Capítulo 12

Desmond Akerman.

Sí, Richard lo recordaba perfectamente.

Una vez libre de sus escoltas y suelto a sus anchas en su pequeño apartamento de Brooklyn al día siguiente de su entrevista oficial en El Fuerte, se desquitaba de todo aquel mal trago bebiendo lo que no había bebido en la última semana de idas y vueltas, de interrogatorios y traslados, de aquella tortura a base de acumular incomodidades e insinuaciones constantes, una tras otra, que él había soportado con estoica entereza con la esperanza de que nada harían contra él y que forzosamente aquel mal trago habría de tocar a su fin más temprano que tarde. Ya lo había vivido con anterioridad. Tal vez era su idea de fondo con la que se despertaba, esa que decía, «todo da igual», la que suponía un bálsamo contra toda adversidad. Nada puede ir a peor si realmente te da igual todo, si nada importa. ¿Era realmente así?

Sabía que la NSA no era precisamente blanda con sus empleados díscolos, pero en el fondo todos ellos no ignoraban que él era leal. Leal a la causa, leal al país, pero sobre todo y más importante que todo eso, leal a la NSA. Sí, indudablemente Richard se consideraba básicamente y estúpidamente leal, y todos los sabían. ¿Para qué tantas preguntas?

No alcanzaba a entender los resortes del poder, la importancia de la información que él con tanto esfuerzo arrancaba de la mina del mundo con un pico y una pala. Era como ese minero que se juega la vida en las profundidades de la tierra con un taladro hidráulico, que soporta las temperaturas elevadas, respira lo irrespirable, convive con el miedo a un derrumbe o el temor del grisú, y que cuando carga las paladas que llenan la carretilla ignora qué valor, tal vez millonario, se encuentra entre aquellos fragmentos de roca que, seguramente, acabarán en las manos de un Desmond Akerman de turno en forma de pulido y refulgente brillante, limpio de la escoria entre la cual él se juega la vida. Sí, tipos como Desmond son los que saben acumular buenas cartas.

Y, allí, tumbado en su sillón a pierna suelta y enfundado en su vieja bata de los sixers, sostenía en una mano derecha un vaso de whisky generosamente servido y en la otra una foto desgastada que le había costado recuperar entre su desorganizado baúl de recuerdos. En realidad se trataba de una desvencijada caja de cartón, que había arrastrado tras de sí, una vez que la antigua vivienda familiar se liquidó con el divorcio —el sólo no podía afrontar la hipoteca completa— y había sobrevenido un largo periplo por diversas casas y apartamentos de alquiler. Era un milagro que la caja, y su variopinto contenido de recuerdos de toda índole, entre fotos, escritos oficiales, cartas y postales, no se hubieran perdido en alguno de aquellos traslados.

La foto, a color, vieja y ajada, que miraba entre incrédulo y nostálgico, pertenecía a la década de los ochenta. Se había tomado en una playa de la isla de Granada, cuando todo había terminado, a finales de 1983. Eran jóvenes, insoportablemente



consentidos y confiados, aunque Desmond ya tenía aspecto de fornido veterano. Salían cuatro marines en la foto, todos con el torso descubierto y aspecto musculoso, abrazados hombro con hombro sonrientes y en actitud de efusiva camaradería. Nada recordaba de los dos compañeros que figuraban en el centro. Tras su breve formación en los cuerpos especiales de la marina había regresado a la vida civil perdiendo todo el contacto con sus amistades de marines. Más tarde, cumplidos sus estudios, ingresó en la NSA. Por aquella época había adquirido cierta relevancia, pues las autoridades políticas se había decidido pocos años antes hacer pública su existencia después de más de treinta años funcionando de forma encubierta. Desmond ya formaba parte de dicha organización y fue una sorpresa para Richard coincidir con él en los pasillos de El Fuerte —como se conoce a la sede principal de la agencia— unos años más tarde. De todos ellos era a Desmond a quién no había olvidado. Resultaba un personaje pedregoso y duro, difícil de pasar por alto.

La foto le traía muchos recuerdos. Él era un joven imberbe prácticamente, que lo ignoraba todo de la vida. Sin embargo tenía aptitudes por el combate y la lucha cuerpo a cuerpo. Esto había servido para hacerle progresar rápidamente en la agencia, y su extraordinario currículum en las escasas misiones en las que participó le hicieron convertirse en un pieza codiciada por más de un jefe de equipo.

Pero Richard quería recordar Granada. El reencuentro con el cabrón de Desmond lo merecía.

Había habido un golpe de estado, sí, eso lo recordaba bien.

Richard, como la gran mayoría de norteamericanos, ignoraba qué coño se traía aquella isla entre manos hasta que, de pronto, apareció en los informativos que el pentágono estaba considerando invadir aquel minúsculo país.

Él se había llevado la misma sorpresa que la nación entera, sólo que con unos días de anticipación. Su jefe de compañía, un alférez de marines con cara de pocos amigos, los reunió a todos en una sala del *USS Guam*, buque de asalto anfibio de la segunda flota americana en el Atlántico, y les explicó en qué consistía la operación Furia Urgente. Para ello debió aclarar previamente y de forma sucinta, cuál era la historia de ese pequeño islote caribeño, que como la última cuenta de un collar roto cuyas perlas se desparraman sobre el lienzo del mar, se ubicaba casi tocando el continente sudamericano. Jamás habían oído hablar de tal lugar, y mucho menos sabían que constituía un gobierno independiente de un diminuto estado de carácter comunista y con marcada influencia cubana, cuya historia el capitán resumió esquemáticamente ante su inculta concurrencia, pero no sin enriquecer con gran cantidad de epítetos despectivos, innumerables tacos, y frecuentes alusiones a las madres de todos aquellos malnacidos, de tal manera que habría hecho sonrojarse hasta el más socarrón profesor de historia moderna y logrando de paso arrancar unas cuantas risotadas de sus parroquianos. Granada acababa de sufrir un golpe de estado por las facciones más radicales de las fuerzas armadas y era preciso intervenir para salvaguardar los intereses nacionales y evitar un nuevo enemigo potencial en la zona.

Se sospechaba que podían existir un número indeterminado de rehenes norteamericanos y no se descartaba la presencia de tropas extranjeras, especialmente cubanas y soviéticas. Previo al desembarco era imprescindible desarticular los nudos de comunicaciones locales, misión en la que iba a participar Richard como integrante del equipo de operaciones especiales.

Richard recordaba aquella fresca noche de octubre perfectamente, mientras saboreaba parsimonioso su copa de alcohol ambarino y acariciaba la desgastada y agrietada foto en la que una playa de arena coriácea, unas palmeras caribeñas y un mar azul que se fundía en un cielo impecable establecían un idílico telón de fondo a los marines que ocupaban su centro. Los cuatro sonreían francamente felices. «Bueno, si la sonrisa del cabrón de Desmond puede considerarse que no es una pose de circunstancias», añadía Richard para sí.

Se habían desplegado varios grupos en las playas de la isla y el objetivo era infiltrarse a fin de anular los sistemas de comunicaciones y defensas previos al desembarco de las tropas. Richard recordaba el tono burlón con el que sus colegas de armas se tomaba aquel asalto y todo el mundo hablaba de darse un paseo, echarse unas cervezas cuanto antes y entablar relación con las chicas locales a fin de organizar una orgía salvaje lo más pronto posible.

Su misión consistía en alcanzar de madrugada el alto del monte Maintland, colina desde la que se dominaba la capital, Saint George, una pequeña urbe pintoresca con casas desperdigadas por toda la ladera y que se arracimaban en su mayor parte junto al puerto, el muelle y la costa en general. Allí debían destruir todos los nudos de comunicaciones de radio y televisión. Misiones como aquella debían simultanearse en diferentes puntos de la isla y en los momentos previos a la invasión a fin de lograr que la descoordinación de los defensores fuera la mayor posible.

La playa en la que desembarcaron era una pequeña cala, con algunas viviendas aquí y allá que apenas mostraban alguna luz encendida. Cruzaron como sombras aquel pequeño poblado y se introdujeron en la jungla, una maraña de vegetación húmeda e impenetrable que sólo se despejaba cada vez que se acercaban a alguna carretera o zona poblada. Pero habían preparado una ruta directa de cuatro kilómetros de caminata con la menor cantidad de zonas de riesgo y mucho antes del amanecer se habían posicionado cerca de su objetivo. Se trataba de dos edificios cercanos, uno de índole civil y otro sin duda militar, pues se observaba las típicas garitas de cuartel en su acceso, y el despliegue de una bandera cubana advertía además que posiblemente el contingente militar incluía soldados de dicho país.

Richard recordaba la tensión previa al ataque mientras apuraba el vaso de whisky. «Viejos tiempos aquellos». En la foto salían cuatro pero su pelotón era de seis. Uno de ellos tuvo verdadera mala suerte mientras que otro sólo resultó herido. A tenor de sus sonrisas de oreja a oreja que lucían en la foto parecía que habían superado pronto la pérdida de un compañero. Su piel bronceada indicaba que la batalla había concluido hacia días y ya habían tenido tiempo más que de sobra de tomar el sol y

emborracharse, actividad esta última que explicaba aquel extraño hermanamiento de armas que había concluido con la misma rotundidad y fuerza con la que se había iniciado. No estaban de moda los tatuajes, pero uno de los marine llevaba una silueta borrosa e indefinida en el hombro derecho. Desmond también tenía una marca en su brazo izquierdo, una silueta oscura como un círculo que encerraba una espiral, extraordinariamente nítida para la calidad de la fotografía. Richard había pensado en hacerse un tatuaje en aquella época pero, afortunadamente, consideró después, su propósito nunca se llegó a concretar.

Nada había salido conforme a lo previsto. Inteligencia había hablado como mucho de media docena de soldados, y Richard consideraba que los hechos demostraron que eran más de una treintena. El edificio de comunicaciones tenía cerca un pequeño cuartel del que no sabían a ciencia cierta cuántas tropas albergaba, pero en el optimismo de la superioridad numérica y militar amparaba también una imprudente confianza en la certeza de los informes. Rodearon las instalaciones de comunicaciones, armaron los explosivos y retirándose todos, los hicieron explotar a la hora convenida. Los cascos salieron volando peligrosamente en todas direcciones tras un estruendo ensordecedor. Una bruma de polvo irrespirable rodeó al pelotón, que se había atrincherado en un desnivel del terreno una cincuentena de metros más allá, mientras las llamas de las instalaciones destruidas brillaban fantasmagóricas en la oscuridad. Al cabo de unos segundos interminables los lamentos de heridos que solicitaban ayuda se entremezclaban con las voces de alarma que tenían un timbre de pánico.

Las cinco en punto de la madrugada. La brisa traía consigo el sonido de lejanas explosiones. Se iniciaba la invasión.

Pero los actos de sabotaje, que se repitieron a lo largo y ancho de la isla, sirvieron para levantar en armas al exiguo ejército local, que ya se veían venir aquel ataque pues a pesar de que su flamante caudillo había hecho lo posible por aplacar a Norteamérica, el presidente Reagan hizo oídos sordos a sus súplicas.

Del cuartelillo surgió una avalancha de tropas a las que Richard y los suyos intentaron su rendición a base de gritarles insistentes que depusieran las armas, pero tras unos momentos de indecisión las tropas locales optaron por intentar repeler el ataque y abrieron fuego. El pelotón de Richard hizo otro tanto y se entabló un diálogo infernal en el que apenas hubo un segundo de silencio. Víctimas de los nervios y la tensión todo el mundo abrió fuego sin siquiera tener muy claro a quién o qué disparaban. Causaron alguna baja entre los que salieron imprudentemente del refugio del edificio, pero poco después Richard observaba alarmado que el enemigo mucho más numeroso de lo previsto, había abandonado las instalaciones por otros accesos y les rodeaba por ambos flancos. En poco tiempo, caso de no abandonar la posición, quedarían por completo a su merced. Las voces de un inglés con marcado acento caribeño se mezclaban con el español latino y atropellado de los soldados cubanos. Aquello no pintaba nada bien. El murmullo de botas desbrozando la vegetación,

ramas rasgándose aquí y allá, sombras indistinguibles que hacían intuir movimientos humanos en derredor. Todo sucedía demasiado rápido. De pronto parecía que el miedo era capaz de paralizar hasta el último músculo de su cuerpo.

Richard no recordaba los nombres de sus compañeros. Sólo el de Desmond. Resultaba difícil de olvidar al tal Desmond, pensaba Richard.

Desmond gritó, y como una sacudida eléctrica que es capaz de reactivar el corazón de un moribundo, Richard recobró el control. Se replegaron monte arriba, siguiendo la cresta de la montaña. Fue una huida vertiginosa, entre una vegetación espesa, un terreno húmedo y resbaladizo y una lluvia de balas disparadas a ciegas por perseguidores tan nerviosos o más que ellos mismos.

Habían estudiado el mapa y afortunadamente habían establecido un punto de reunión para una eventualidad como aquella. Siguieron por un estrecho sendero de montaña, dejando a su izquierda una ladera abrupta y oscura, mientras que al este la luz del alba permitía vislumbrar un tanto mejor el interior del follaje y una orografía mucho menos acentuada. Contra el pálido color de la alborada se contoneaban, dispersas en el cielo, las siluetas de paracaidistas que descendían como copos en una nevada extraña y silente. El ronroneo de los aviones de los cuales habían saltado aumentaba y disminuía arbitrariamente, mezclándose ese sonido con el propio jadeo entrecortado de Richard, consecuencia de la carrera, y las voces de sus perseguidores, que iban amortiguándose a medida que iban quedando atrás. Finalmente Desmond dio la orden de reagruparse. Fue entonces cuando el pelotón se apercibió de que faltaba uno de sus integrantes.

Desmond maldijo con gesto de rabia, pero dispuso rápidamente de los hombres para emboscar al enemigo que se aproximaba. Se armaron varios explosivos y los hombres se parapetaron lo mejor que pudieron dispuestos a recibir a los perseguidores. Richard ignoraba cuántas bajas llegaron realmente a causar. Las explosiones se sucedieron rápidamente y tras ellas vaciaron los cargadores de sus M16. Recordaba la impresión de no ser un simple pelotón, sino más bien una compañía la que se había apostado en aquella posición. Sentía que todo él era pura adrenalina.

Sus enemigos habían desaparecido de escena. Seguramente habían puesto pies en polvorosa.

Y Desmond también desapareció. Sin previo aviso, sin indicar nada a nadie. Era un suboficial parco y severo con el que Richard había tratado lo justo. No pedía explicaciones a nadie, y evidente, esperaba igual trato en lo que se refería a su persona.

Al cabo de los días se reencontraron en la playa de Saint George y sus compañeros, achispados por el ron, fueron los artífices de aquella foto de falsa apariencia, que mostraba una amistad artificial e inexistente, pero que por alguna razón siempre despertaba un recuerdo vivo, un extraño sentimiento de pertenencia a algo, que hacía de aquella fotografía algo valioso, capaz de hacerle sonreír. Esos

torsos bronceados, esos rostros sonrientes y el enigmático Desmond que no pedía explicaciones... ni las daba. Richard intuía que Desmond estaba insatisfecho, fuera cual fuera el cariz de la misión que le había separado de su pelotón parecía que ésta había resultado infructuosa. Aún estando con ellos, daba la impresión de tener la cabeza en otro lado. Poco después se enteró de que había sido ascendido.

## Capítulo 13

Luq Bernaille se incorporó sobre la cama. Con un mando a distancia accionó las persianas automáticas del dormitorio y un radiante sol matutino fue inundando el amplio dormitorio con una luminosa invitación a la vida.

Las sábanas de seda le seducían, postergando el momento de levantarse y alargando esa placentera sensación de borrosa semiinconsciencia. Acarició el cabello rubio y largo de Elsa, que dormitaba perezosa junto a él, y que remoloneaba como una gata que busca egoístamente una última caricia mientras se despereza.

Estaba orgulloso de ese pequeño «refugio» que habían construido, meses atrás, Elsa y él. Cerca del trabajo, les permitía encontrarse ocasionalmente cuando las circunstancias lo propiciaban y vivir su particular idilio con una intensidad que no había menguado desde su inicio. La casa de diseño vanguardista se enclavaba con unas vistas al espléndido bois de Charmont, un exuberante bosque que tenía la virtud de relajar la mente y el cuerpo de Luq con tan sólo contemplar la sombría fronda verdeoscura en tanto se deslizaban las tardes de verano. A veces trabajaba con su ordenador en el porche, siempre que el tiempo no fuera desapacible o excesivamente fresco, y cuando la intemperie no lo permitía se refugiaba en la sala de estar con su confortable chimenea y su amplio ventanal. Ese lugar le llevaba a un estado de deliquio en el que parecía que su mente alcanzaba un grado de consciencia superior en el que las grandes ideas fluían como de una fuente de montaña, frescas, claras, brillantes... y el sólo tenía que recogerlas, escribirlas, traducirlas al lenguaje universal de las matemáticas. Se sentía como un monje medieval, que en vez de recibir a través de una inspiración mística una comprensión superior de la naturaleza humana, le eran reveladas las grandes verdades del mundo material a través de súbitos fogonazos de inteligencia cuántica.

«A trabajar» murmuró para sí mientras se incorporaba y se estiraba con agilidad felina. Pese a su edad, la cincuentena, Luq era un entusiasta deportista, jugaba al tenis, siempre que su escaso tiempo libre se lo permitía, y se había granjeado una excelente reputación de buen jugador en el club de tenis de Ginebra. También tenía merecida fama de don Juan pues, a pesar de que ponía todo su empeño en el trabajo que desarrollaba en el CERN con apasionada vehemencia, no era menos cierto que sabía reconocer que su atractivo masculino le brindaba oportunidad de mantener una vida social «intensa», según él mismo se justificaba entre sus colegas íntimos. Tenía su particular percepción del equilibrio en el que trabajo, familia, placer y deporte ocupaban departamentos compartimentados, independientes, pero imprescindibles.

Antes de pasar a la ducha encendió el portátil, un Mac de diseño exclusivo que incorporaba la tecnología de vanguardia. Quería echar un vistazo al orden de trabajo del día. Maldijo al recordar sus citas. Sí, era un mal día.

Para empezar iba a atender a un científico alemán, una de sus últimas pesadillas dentro del CERN, que venía sobradamente acreditado. Tiempo atrás, cuando se

presentó previa cita en su despacho por primera vez, Luq se tomó la molestia de indagar a quién iba a recibir y quedó impresionado. Su currículum imponía un respeto tan reverencial como el que un escritor consagrado pueda inspirar a uno novel, y su historial de *paper peer reviews* resultaba interminable. Rebuscando en internet encontró descorazonado que su nombre había sonado más de una vez en los comités de la academia de ciencias de Noruega para el Deligne. Al parecer Stephanek se adscribía a la disciplina de las matemáticas y ese era su premio más prestigioso. Más tarde, cuando lo conoció, comprendió que carecía de las dotes políticas imprescindibles para caer en gracia del preceptivo tribunal. Provenía del instituto Max Planck, una institución a la que no se le podía negar nada. Con tales credenciales Luq había sido consciente desde el primer contacto que mantuvieron que era un personaje con el que había de ser prudente y dominar los tiempos.

Hacía unos meses el doctor Stephanek había aparecido cargado con una interminable cantidad de papeles repletos de ecuaciones en las que se apoyaba para objetar abiertamente sobre una serie de experimentos que se desarrollaba en el CERN y que el calificaba con su extraño acento bávaro, de extraordinariamente peligrosos. Desde entonces había retrasado sensiblemente su proyecto, el CAIN, y enredado a todo su equipo en un fastidioso trabajo de revisión que había mantenido toda la potencia informática del departamento en jaque durante semanas. Era lo último que necesitaba, un nuevo frente científico, como si su proyecto no fuera ya de por sí endiabladamente complicado. Dada la pugna enorme por conseguir el valiosísimo tiempo del acelerador en la que diferentes equipos científicos se disputaban la preponderancia de sus misiones —más de una docena de proyectos en ese preciso instante— cualquier objeción o contrariedad podía suponer quedarse desbancado. Perder años si tal cosa sucediera, algo en lo que Luq no quería ni pensar y que, en caso de hacerlo, sentía como la presión arterial subía y su temperamento se volvía tan inestable como irascible, un frasco de nitroglicerina. Si ese pleito científico llegaba a oídos de la competencia tendrían un serio problema. Luq estaba convencido de que tras el último debate el doctor Stephanek abandonaría sus objeciones o al menos lograría contenerlas lo suficiente como para que el experimento iniciara su cuenta atrás y esas objeciones quedaran en agua de borrajas. Todo el departamento se había volcado en desmontar las conclusiones del matemático, y sólo Elsa, «qué haría sin ella», había sido capaz de dar con las soluciones y argumentos que había dejado callado al doctor meses atrás. La última vez que se había entrevistado con él, acompañado de su equipo, desmontaron sus tesis lo mejor que supieron, y el matemático se encontró acorralado, como un ciervo rodeado de una jauría de perros rabiosos que huelen la proximidad de la sangre, y basó su defensa en una retahíla de jadeos y gruñidos que mostraban su disconformidad con todo aquello. Cuando poco después Luq recibió la petición para una nueva cita sintió que se le revolvía el estómago y que todo volvía a empezar. Ese era el día.

Para completar la jornada, y a última hora del día, un periodista español. Para

colmo se trataba de un programa de radio digital cuyo alcance no era demasiado significativo, como todo lo científico. No había tenido excesivo tiempo para informarse sobre el contenido del mismo, pero Luq intuía que eran de los que les encantaba el sensacionalismo apocalíptico y la pseudociencia... desgraciadamente era bastante habitual. Mientras miraba pensativo el resto del orden del día pensó en una excusa para dar largas al periodista. No le apetecía dar coba a nadie que poco o nada le pudieran ayudar en su carrera.

Preparó el desayuno, a base de tostadas, mantequilla y embutidos, y sirvió dos vasos de zumo de naranja justo en el momento en el que Elsa se incorporaba al mismo, vestida con una bata corta y mal abrochada que permitía adivinar sus encantos. El pelo revuelto y un mohín de mal humor en el rostro recordaban a Luq que era preferible no decir ni una palabra hasta que hubiera tomado uno o dos cafés matutinos. Solía tener muy mal despertar.

El profesor Erik Stephanek era el arquetipo de científico ratón de biblioteca, con una capacidad intelectual elevada, una concentración en el estudio extraordinaria y un abandono completo de su vida personal y apariencia física, tanto esto último que su aspecto resultaba molesto a Luq, quizás porque era el tipo de hombre que veía en la ciencia una vocación casi monacal en la que volcaba cada instante de cada día de su vida y en el que la remuneración económica o el prestigio profesional eran cuestiones menores absolutamente secundarias. A su lado Luq se sentía como un vividor, un científico mercantilista que atesoraba con avidez éxito y prestigio, que había prostituido los nobles ideales de la investigación pura por el placer de la fama y el dinero, y quizás como consecuencia de esa frivolidad, no había llegado a exprimir su talento al cien por cien. Para él la ciencia era un trampolín hacia el estrellato y no un fin en sí mismo, como indudablemente lo era para el doctor germano. La mera presencia de aquel hombre tan distinto frente a él parecía ya en sí misma una recriminación.

En cualquier caso la personalidad de Erik le molestaba tanto como le desconcertaba. Nadie le había llamado a participar de los complejos cálculos que su grupo de trabajo elaboraba, pero él, por pura curiosidad científica y para desesperación de Luq, había dedicado una considerable cantidad de su tiempo primero a indagar dentro de los vericuetos y burocracia del CERN hasta dar con la base matemática de los cálculos que CAIN conllevaba. Pero no contento con eso, aún dedicó una cantidad mayor de tiempo a repasarlos, estudiando todas y cada una de las hipótesis que Luq y su equipo habían señalado en sus teorías, y mostrando una terquedad incomparable en todo el reino animal conocido y una contumacia a prueba de bomba, hasta el punto de que había aparecido un buen día con un *paper* de veinte folios que agitaba en la mano como si fuera un vikingo con su hacha de guerra, dispuesto a enviarlo a una prestigiosa revista de física y en el que su proyecto, el proyecto al que Luq había dedicado media vida, quedaba seriamente en entredicho.



Luq anduvo con ánimo furibundo varios días a raíz de aquel encuentro.

El profesor Erik estaba próximo a la jubilación, portaba gafas viejas, de pasta deslucida y cristales no demasiado limpios, tras los cuales bailaban unos ojos saltones y muy particulares, pues a menudo en su constante ir y venir parecían eludir la mirada del interlocutor, creando en éste una desagradable sensación de ser ignorado. Un suéter viejo y mal ajustado, y el cabello enmarañado contribuían a completar el aspecto de un genio excéntrico. Su presencia anacrónica y sus constantes tics ponían nervioso a Luq, que se preciaba de ser una persona correcta y exquisita, pero que en la intimidad de su despacho y en presencia de aquel raro personaje, sentía que estaba a punto de perder la paciencia, sobre todo, cuando después de ir planteando cada una de sus objeciones a cuantas refutaciones técnicas había desarrollado su equipo, aquel alemán recalitrante las ponía en entredicho finalizando con un «¿no cree usted?» acompañado de un reajustarse la montura de las gafas, un mirar bizco hacia el techo del despacho y una sonrisa que dejaba ver una dentadura amarillenta un tanto descuidada, y todo ello, argumentos y ademanes, se sumaban de tal manera que lograba enervar el temple habitualmente sereno de Luq, que siempre se había considerado a sí mismo como una persona de indudable capacidad diplomática. En su interior no podía sino preguntarse qué clase de individuo era aquel que tenía enfrente, un lunático o un genio, y esta última duda es la que le salvaba de perder definitivamente los papeles y despacharlo de mala manera.

—Verá, profesor Luq, ...como ve en los estudios que le estoy facilitando contamos con una premisa indemostrable, puesto que partimos de un sistema multiecuacional que aún está por verificar, y comprendo que simplemente por ello podría rechazar cada una de mis objeciones, pero claro está, hoy por hoy la teoría de las cuerdas sigue siendo la mejor baza con la que contamos para describir un mundo físico en el que las cuatro fuerzas fundamentales están perfectamente integradas, ¿no cree usted?, así pues, si este modelo lo aceptamos como básico, está claro cuáles pueden ser las consecuencias de seguir adelante con el proyecto CAIN. Entiendo que verá con muy malos ojos estas premisas que le estoy mostrando... no tengo ningún inconveniente en que su equipo las repase... su equipo o cualquier otro del CERN, claro está... las matemáticas están claras, se lo aseguro... para una persona competente, claro está también, ¿no cree usted? Si pudiera disponer de un supercomputador estoy seguro que en menos de un mes podría verificar que mis cálculos son correctos.

Luq se revolvió en su asiento. Involucrar a otros equipos es lo último que desearía... Y un mes de un superordenador... «menudo disparate, justo lo peor que podía ocurrir».

—Verá doctor Stephanek, mezclar a otros equipos en un debate como éste sería muy mala idea. Podría suponer un retraso serio a nuestro proyecto... o cualquier otro. Creo que por nuestra parte tenemos capacidad para estudiar sus objeciones. Ya lo hicimos anteriormente, como recordará. Por otro lado postergar el proyecto CAIN

resulta impensable ahora mismo...

—Pero doctor Bernaille —protestó Erik— como comprenderá tengo un deber ético y moral para hacer todo lo posible por impedir que dicho proyecto se ejecute. Bien claro está que dicho experimento puede tener consecuencias calamitosas... ¿no cree usted?... además, estoy seguro de que usted mismo obraría igual que yo si nuestras posiciones fueran invertidas y yo me encontrara en el otro lado de la mesa y usted aquí...

Luq suspiró.

—Pero buen doctor Stephanek... ¿cómo cree usted que podría detener este experimento? Los cronogramas del LHC están fijados con mucha antelación, los tiempos, la potencia energética necesaria, todo se planifica con meses, incluso años de antelación... no podemos retrasar un experimento de millones de euros porque usted tiene una conjetura que plantea una objeción... una quimera me atrevería a decir...

—Si es necesario acudiré a los medios científicos pertinentes. Comprendo que usted no me conoce bien, pero dentro de mi esfera de estudio tengo cierta reputación... por no hablar de los *mass media*... Es gente inculta la de la prensa pero basta agitarles un pañuelo delante para que vayan trotando a donde les digan.

—De lo cual yo no dudo en absoluto —Luq estaba nervioso aunque no dejaba traslucirlo en la conversación, si bien notaba que estaba poniéndose de mal humor—. Pero monsieur Erik, qué clase de atención prestarían los medios de comunicación, como usted indica, a una objeción como la suya... una indeterminación matemática no será nunca portada de ningún periódico o telediario.

—Oh, claro, es que usted no ha alcanzado a comprender todo lo que le expliqué anteriormente cuando le desarrollaba mis modelos. Verá... —El doctor Stephanek se hizo un pequeño lío con el amasijo de papeles que había desparramado sobre la mesa de Luq mientras desarrollaba sus explicaciones matemáticas y Luq no pudo evitar sonreír ante la ingenuidad de aquel hombre. Su aspecto patético a la vez que abandonado no invitaban precisamente a tomárselo en serio—. Aquí está —indicó triunfal, marcando con brusquedad una ecuación al final de un folio—. ¿Lo ve? Por supuesto que sus modelos de mecánica cuántica explican en todo momento lo que ha de suceder cuando se experimente con la potencia máxima de quince teras... pero su modelo sólo tiene en cuenta las cuatro dimensiones en las que nos desenvolvemos... sin embargo la teoría de las cuerdas abarca mucho más que las dimensiones que percibimos. Aplicando esa potencia energética en mi modelo se obtienen resultados de consecuencias imprevisibles...

—En otras dimensiones —puntualizó Luq.

—Por supuesto...

—Y eso nos lleva a su punto de partida. Sabe que muchos científicos objetan que la teoría de las cuerdas no es falsable, y por lo tanto, no es ciencia pura... más bien pseudociencia. Esas dimensiones adicionales, señor Stephanek, están por ver, y en

tanto así sea, no deja de ser una bonita historia de ciencia ficción.

—Oh, doctor Bernaille... la ciencia ha avanzado así durante siglos. Por supuesto que no está verificada la teoría de las cuerdas... pero todo llegará, de hecho, si se confirmara de alguna manera mis ecuaciones a través de un resultado...

—¿Un resultado? ¿Cuál? —Luq casi estalló, pero logró controlarse— ...lo que quiero decir es que... ¿qué pasará? ¿Una explosión nuclear en una dimensión que no percibimos... un agujero negro tal vez que se tragará la tierra... en una dimensión que no nos afecta y que no sentimos? ¿Vamos a provocar un terremoto de materia oscura tal vez?

El doctor Stephanek se quedó desconcertado. Luq no supo si ese parpadear rápido y ese semblante absorto se debía más a su pequeño estallido de irritación o por las objeciones disparatadas, que como la rabieta de un niño malcriado, le había espetado, y consecuencia de las mismas habían logrado disuadirlo. Así transcurrieron unos segundos en los que pareció a punto de decir algo, la mirada extraviada y la boca semiabierta, inmóvil, cariacontecido, hasta que, inopinadamente, recobró la presencia, y levantándose y murmurando algo entre dientes, se despidió no muy cortésmente, tan centrado estaba en lo que cavilaba, que dejó a Luq con la mano tendida sin hallar respuesta a su despedida.

Cuando el doctor Erik abandonó el despacho, el francés se dejó resbalar sobre el sillón en el que estaba sentado. Se sentía cansado, diluido, como mantequilla esparcida en una tostada demasiado áspera y grande... aquel hombre le agotaba. No podía obviar todo aquel mamotreto que le había dejado sobre la mesa. Intuía un trabajo exhaustivo que pondría de mal humor a todo su equipo... pero lo correcto era estudiar aquello concienzudamente y echarlo abajo. No tenía ni pies ni cabeza. Y tampoco tenían mucho tiempo. Debía hablar con Elsa cuanto antes y coordinar el contraataque.

## Capítulo 14

Luq tataba mientras se duchaba. No es que estuviera particularmente de buen humor. Era un fin de semana de tiempo excelente y al menos podría ir al club a jugar un partido y alternar con amigos y conocidos, desconectar de todo, incluso del trabajo.

Era temprano pero las niñas ya estaban correteando por toda la casa. Se podían oír sus gritos estridentes tanto como sus risas y en ocasiones, también sus llantos, en un intrincado ritmo ascendente y descendentes de tonos que resultaba ser algo así como la banda sonora habitual de la vida familiar. De por medio siempre la voz apacible de Miriam, como un suave mesosoprano, intentando aplacar el estrépito cuando este se hacía demasiado insoportable.

Luq se sentía afortunado de las tres mujeres que llenaban su corazón... aunque sin embargo, también tenía a Elsa, y también ella contaba entre los triunfos que componían su felicidad.

Elsa le había hecho perder los papeles. Jamás habría pensado que pudiera engañar a Miriam con otra, realmente la quería. Es verdad que alguna vez había tenido algún escarceo amoroso extramatrimonial, pero se había tratado de aventuras cortas, de encuentros efímeros, breves, que finalizaban tan inesperadamente como habían surgido. Con Elsa sin embargo era diferente. Elsa había sido una doctorando brillante que se había unido al equipo hacía escasamente un año. Era ambiciosa y trabajadora como la que más. Rápidamente había despuntado sobre todos, incluso sus mejores ayudantes, desplazándolos a todos ellos rápidamente y convirtiéndose, de la noche a la mañana, en su mano derecha. Pero lejos de suscitar celos, era capaz de aturdir con su belleza a cualquiera... incluso a él mismo, y su llegada al departamento seguía siendo celebrada por todos, incluso por aquellos a los que había adelantado en el escalafón de la intrincada jerarquía del CERN y que le ganaban por antigüedad y méritos académicos. Combinaba una mezcla de inteligencia científica e inocente sensualidad que resultaba explosiva. Era capaz de tomar la tarea más ardua de cálculo y no despegarse del ordenador hasta haberla resuelto, y una vez hecho eso presentarse en su despacho con los resultados y mirarle con un aire de complicidad y malicia capaz de dejar sin aliento al más pintado.

Se puso el chandall y preparó la maleta. Oyó lejana, en la sala de estar, la melodía del teléfono, entre el griterío de las niñas y el rugir de la aspiradora que estaba pasando la empleada del hogar. Al poco rato Miriam llegaba con el auricular.

—Es Elsa —cuchicheó.

Luq asintió y tomó el teléfono con aire de normalidad, aunque en su interior siempre le incomodaba que le llamara a casa. Se lo había comentado alguna vez pero se ve que aquella incomodidad que causaba a ella la divertía, y tenía el presentimiento que cuanto más insistiera en que no lo hiciera, ella, traviesa, no atendería a sus razones. Mejor no insistir. Se sentía no obstante contrariado.

—¿Qué tal amor, cómo estás hoy? —La voz de Elsa era cariñosa y sensual, la misma que empleaba por las mañanas después de haber compartido lecho.

Luq suspiró. Miriam estaba mirando algo en su vestidor, revolviendo entre perchas, vestidos colgados y cajones, pero sospechaba que tenía los cinco sentidos puestos en aquella conversación telefónica.

—Buenos días Elsa, ¿qué me cuentas? —habló con la voz más natural que pudo.

—Ah... me gustaría que me dijeras algo más romántico... ¿no puedes hablar?

—La verdad es que no pensaba pasar hoy por el trabajo. Mientras no surja nada urgente, claro, lo normal sería tratarlo el lunes.

—Ah, gatito mío, me encantaría que me dijeras esas cosas que me hacen reír, para eso te llamaba... pero veo que tienes cerca a esa vieja bruja que no te deja estar conmigo...

Luq quería interrumpir la conversación porque se sentía extraordinariamente incómodo.

—Dime qué novedades hay...

—¿Sabes?, estoy aquí, en nuestra casa del bois, tendida en la cama... ¿adivinas que llevo puesto?

Luq sentía que la sangre acudía a sus mejillas. Aquel rubor lo iba a delatar. En una fracción de segundo su ánimo se debatió entre el enfado y el deseo, en una secuencia tan rápida como la velocidad de la luz. Miriam seguía revolviendo ropa unos metros más allá.

—Bueno, me parece que esa cuestión aún siendo... importante, puede esperar a la semana que viene, la verdad.

Elsa rió divertida, al otro extremo de la línea, con un deje encantador, juguetón.

—Bien tonto, ya veo que no tienes tiempo para mí hoy... tú te lo pierdes —terminó con un tono cantarín, como de anuncio de televisión.

—¿Qué quería Elsa? —interrogó Miriam según colgó el teléfono Luq. Había intentado mantener el semblante impertérrito, pero con Elsa la amalgama de emociones era intensa y muy variada. Ignoraba por completo la imagen que habría mantenido con Miriam. Puso cara de fastidio.

—Nada, todo es por el dichoso doctor Stephanek...

—Sí, ya me has hablado de él.

—Elsa se toma muy a pecho las objeciones que nos ha presentado. Está obsesionada con darles solución. —Todo lo que decía era cierto, la mejor manera de camuflar sus emociones y desviar la conversación—. La verdad es que esta última tanda de argumentos nos trae de cabeza... No vamos a poder rebatirlas una por una... encontrar una solución... y bueno, Elsa está mañana tarde y noche obsesionada con eso...

—¿Quería que fueras hoy a trabajar?

—Por supuesto —suspiró Luq con aire de fastidio fingido— y ya ves que le he dicho que eso puede esperar.

—No te preocupes... ya verás que dais con la solución —y Miriam siguió con sus labores domésticas como si nada hubiera pasado, mientras el corazón de Luq latía acelerado.

Por un lado no quería cancelar sus planes del sábado en el club, después almuerzo con Miriam y las niñas y la tarde en Ginebra de compras... por otro lado el deseo parecía subir desde sus entrañas y nublarle la vista. Buscaría una excusa... aunque fuera arriesgada.

## Capítulo 15

Al doctor Stephanek a veces le costaba concentrarse, y desde hacía varios días se sentía extraordinariamente violento. La entrevista con el doctor Bernaille tenía la culpa de ello. Su querida esposa lo había adiestrado, desde muchos años atrás, casi antes de que acabara su doctorado y se convirtiera en el controvertido erudito que había llegado a ser, para ser diplomático con la gente. Su natural inteligencia lógica pero su carente empatía natural lo convertían en un personaje extraño al que resultaba difícil acercarse. Sólo su querida esposa, ya fallecida, había introducido pautas, un código, que le permitía relacionarse con el mundo exterior y al menos, si no comprendía del todo sus rutinas y sus normas de comportamiento, ésta deontología personal le permitían desenvolverse sin arruinar sus propias posibilidades de progreso profesional, pues era la carrera científica su vocación y todo a cuanto aspiraba en su existencia. Incluso Herba era prescindible, bien lo sabía ella misma.

Así pues había introducido una serie de tics que ya formaban parte de su personalidad, de su forma de ser y actuar, que incluso permanecían en él y sobre él aún diríase en contra de su voluntad... y por ello, en determinados momentos, se odiaba a sí mismo. Y eso que ya hacía más de una semana que se había entrevistado con el susodicho francés, y a pesar de ello, seguía repitiéndose mentalmente, una y otra vez, cada frase, cada interlocución de su entrevista, y más se odiaba cuanto más sentía que había ejercitado la defensa de su tesis con una pavorosa diplomacia. ¿Qué era ese recurrente preguntar cada dos por tres ese «no piensa usted así» o «no cree que podría ser así» o cualquier otra interrogación de igual índole? Amaba a su esposa y sabía que en el fondo tenía razón, pero ahora que llevaba tantos años sin ella y que no podía extirpar ese hábito que ella le había forzado a adoptar tiempo atrás, sentía que se convertía en un bozal incómodo en un momento crítico en el que era imprescindible hablar con absoluta claridad. Aún así lo único que le tranquilizaba era que, entre los diplomáticos interrogantes con los que estaba acostumbrado a sembrar en todo cuanto decía, incluso a la hora de pedir la comanda al camarero, había hablado con meridiana claridad en cuanto a las medidas que podría tomar caso de que sus advertencias no fueran tenidas en cuenta. Y afortunadamente no faltaban periodistas a mano que acudieran a él con cierta frecuencia, como por ejemplo aquel periodista español al que había citado para esa misma tarde a las cinco... aunque claro está que lo que realmente sentaría las bases de sus tesis sería la publicación de un *paper peer review*. Ya tenía seleccionada la revista para su publicación en la que contaba de antemano que no tendría dificultad en ver sus deseos satisfechos habida cuenta la excelente reputación que gozaba en el medio. Y sabiendo cómo se las gastaban en el CERN aquello iba a suponer una auténtica conmoción, un verdadero terremoto. El doctor Bernaille tendría que atenerse a las consecuencias que su falta de decisión y criterio erróneo le había deparado.

Había sido una tarde ajetreada. El seminario en el que había participado le resultó

extraordinariamente insulso, y eso que se preciaban que acudían a él las mejores cabezas de Europa a la vanguardia de las matemáticas modernas. «¡Qué desfachatez!» se repetía el doctor mientras ordenaba los papeles de su portafolio concienzudamente y repasaba las intervenciones de los ponentes, a alguno de cuales había respondido con sarcasmo, insertando siempre, eso sí, su inevitable muletilla ¿no cree usted?, con lo que las descalificaciones que vertía en primer término quedaban un tanto dulcificadas. En esos casos sí se alegraba de mantener esa diplomática costumbre, pues recordaba recriminaciones hechas tan secamente que habían provocado agrias polémicas donde dejaba de hablarse de ciencia y se empezaba a hablar de modales... «¡de modales!, ¡qué suprema pérdida de tiempo!».

Además le habían asignado un despacho provisional miserable y la residencia de académicos era la misma que la de estudiantes becarios y doctorandos, algo inaudito que jamás sucedería en su amado Instituto Max Planck. Además en su breve estancia en Ginebra iba a tener que atender a diferentes postulantes a ser admitidos como investigadores en su instituto, una cuestión ineludible que había surgido al plantearse su visita al CERN. Habitualmente recibía solicitudes llegadas de los cinco continentes para ingresar en régimen de colaboración durante unos meses, lo que durase determinada investigación, en su propio departamento y solía ser bastante tacaño a la hora de aceptar colaboradores. Al doctor le resultaba estimulante y altamente gratificante sentir que ejercía tal poder de influencia, que acudían a él de todas partes del mundo solicitando que sus apellidos figurasen junto al propio, como primer paso en la carrera científica de esos jóvenes científicos, deseosos de obtener algo susceptible de ser publicado en un lugar de postín y por ende, ser alguien en el mundillo académico.

Había atendido a una graduada japonesa que llevaba tiempo saltando de universidad europea en universidad europea, acumulando méritos y trabajos. Le había mostrado su currículum y su campo de especialización así como la propuesta de colaboración que presentaba. El doctor observaba el nerviosismo con el que la joven doctora se expresaba y el ámbito de investigación que proponía. No solía ser habitual recibir en persona a los postulantes, sino lo normal era mantener líneas de colaboración con otros institutos a nivel mundial y a través de esos contactos, a menudo a través de correo electrónico y teléfono, realizar intercambios y colaboraciones en directo. Era raro conocer al colaborador antes de llegar a ningún género de acuerdo pero aquellos seminarios científicos propiciaban tales entrevistas.

También atendió a un inglés y a un italiano pero los despachó rápidamente, parecían más desenvueltos y seguros de sí pero sus propuestas no resultaban nada innovadoras ni arriesgadas y aquello le aburría sobremanera. Le había gustado mucho más la primera candidata. Había algo en ella que le recordaba a él mismo, como verse en un espejo espiritual en el que se descubría a sí mismo siendo joven... con otro sexo, eso sí, exponiendo tímidamente un brillante enunciado en el que la profundidad del teorema era obviado lastimosamente, consecuencia no tanto del carácter seco o la



poca habilidad dialéctica, sino del entendimiento tácito de que su inteligencia habría de reconocerlo inmediatamente.

Sólo restaba ya la llegada del periodista, un tal Luis R. Ardenaga, según rezaba la tarjeta que le había dejado en su día, cuando se conocieron un par de semanas atrás. Ignoraba cómo pero aquel hombre intuía que estaba poniendo objeciones al desarrollo de CAIN y quería saber más. No era habitual un periodista que no confundiera protones y quarks o que pensaba que el CERN era algo «muy interesante y bonito». Le resultaba claro que tenía una buena formación académica en su ramo y le agradaba poder exponer sus conclusiones a alguien que por lo menos comprendiera lo importante que resulta la estructura matemática para la física moderna. Además aquel hombre parecía extraordinariamente seco y reservado, características en una persona que él apreciaba intensamente.

Había guardado en la recámara la posibilidad de aceptarle una entrevista por si consideraba que la reunión con el doctor Bernaille había sido un fracaso, y ésta, efectivamente, era merecedora de tal calificativo. Tenía ganas de hablar con él, pues por fin podría liberar a través de sus palabras la tensión que le suponía el ver que sus estudios eran rechazados por un aficionado que tan sólo los había revisado superficialmente. Y no sólo era una cuestión de orgullo y prestigio pisoteado, se decía el doctor, aquel experimento podría tener consecuencias imprevisibles, era una temeridad llevarlo a cabo. Estaba convencido de ello. Aunque lo que más le regodeaba era salirse con la suya y humillar a aquel pretencioso físico de pacotilla. Sus ecuaciones eran cristalinas y transparentes. No ofrecían dudas.

El doctor por fin halló los papeles que quería entregar al periodista. Carecía de sentido semejante documentación en manos de un lego, pero quería impresionarlo y que sus palabras llenas de contundencia, se pudieran apoyar en la Ciencia. Confiaba esperanzado que aquel hombre alcanzara a comprender aunque fuera remotamente lo que sus cálculos implicaban, aunque lo más interesante que su persona aportaba eran sus contactos con la prensa internacional europea que aseguraban serviría de instrumento para provocar lo que él consideraba imprescindible; llamar la atención de la opinión pública sobre su persona y su teoría. Ciertamente prestigio no le faltaba, y aquella era la primera piedra lanzada a un lago de aguas tranquilas de las muchas que pensaba emplear, y las aguas acabarían agitándose, ya creía él que sí.

Llamaron a la puerta mientras el doctor ordenaba el archivador del despacho en el que se acumulaban sus ponencias, resúmenes de otros trabajos, propuestas de colaboración y todo tipo de documentos que había acumulado en esa semana de trabajo en el CERN. Se volvió lo justo para saludar al recién llegado mientras aún mantenía en su mano el legajo de documentación que había preparado.

—Ah, ¿es usted? —dijo casi sin pensar.

Pero algo impidió que pudiera seguir su saludo, un objeto afilado, como un punzón, metálico, frío como el hielo, acababa de atravesarle el costado y llegaba a su corazón. Sin poder musitar siquiera un gemido calló redondo al suelo. Aún mantenía

la conciencia lúcida cuando oyó como su asesino se sentaba en su silla y tecleaba en su portátil...

Una pregunta intentaba abrirse paso a través de su boca semiabierta, de su rostro de estupor, de su cuerpo convulso... «¿Por qué?... ¿por qué?».

Y todo se apagó.

## Capítulo 16

El hogar de San Juan es una residencia juvenil de las afueras de Lisboa. Un edificio decimonónico apenas restaurado, que agradecería enormemente retoques en su enfoscado, remiendos en los acabados de piedra, y un par de buenas manos de pintura, capaces de crear el contraste visual que antaño, casi cien años atrás, hacía de su fachada una espléndida vista para quienes se sentaban en los bancos de la umbría plaza de Sao Paulo.

Se encontraba enclavado en el centro de lo que hoy es un barrio marginal de Lisboa, y que no obstante, Demian visitaba con puntual frecuencia semanal. Constituía su particular penitencia que él no consentía en abandonar.

Lo había conocido años atrás a través de Clara. Ella era entusiasta, juvenil e idealista. Tenía su cabeza llena de proyectos en los que compartía su felicidad y su tiempo en las iniciativas más variopintas y mantenía la misma ilusión que un niño pequeño que no se cansa de repetir su película favorita una y otra vez. A menudo Demian la descubría pensando, ensoñadora, en las iniciativas que le gustaría emprender más adelante, cuando tuvieran un par de sueldos y pudiera permitirse todo tipo de licencias y generosidades. Viajar a misiones, colaborar con ONGs... todo el sentido de la aventura y de descubrir mundo se hallaba inexorablemente vinculado a ese tipo de tarea. No en vano había emprendido los estudios de medicina con la conciencia clara de lo que le gustaría hacer.

Pero mientras ese anhelo lejano llegaba había que hacer algo, no se conformaba con sentarse a esperar. Ella necesitaba emprender ahora mismo, poner por acto, cuanto la imaginación le presentaba... y nunca desfallecía. A través de una amiga había conocido diversas obras sociales, pero en cuanto conoció la problemática de los niños abandonados o maltratados que se recogían en aquel hogar no tardó ni un minuto en tomar a Demian de la mano, según había llegado de un examen de la facultad de económicas, y arrastrarlo hasta allí mientras le daba atropelladas explicaciones de lo que se esperaba de él. Rellenaron unos cuantos formularios y realizaron diversas entrevistas con pedagogos y tutores, para al final validarlos como una pareja apta para visitar el centro y hacerse cargo, esporádicamente, de un niño, al cual entretendrían, darían cariño y cuidarían tres o cuatro veces al mes. No parecía una gran cosa y puesto que Demian lo consideraba más un arranque entusiasta de su novia, no quiso poner objeciones ni hacer el papel de aguafiestas, y se dejó arrastrar entre sorprendido y estupefacto a la que sería su primera labor desinteresada de su vida. En aquella época odiaba contradecir a su preciosa novia. Cuando alguna vez, atolondradamente, había echado un jarro de agua fría sobre sus iniciativas altruistas Clara se había quedado triste y pensativa, tan apagada, que Demian se había sentido alarmado, haciendo el propósito de no ser jamás él quien tamizara o rebajara sus aspiraciones. Ya la realidad sería suficientemente dura y no sería necesario anticiparse, se decía. Ella misma debía darse cuenta de que una persona no puede

curar el mundo. La madurez y la realidad se ocuparían de apagar ese candor infantil.

Clara estaba acostumbrada a salirse con la suya, no con la estrategia de una niña mimada que entra en estado de *shock* si no se cumplen sus deseos, sino porque sabía adornar con sonrisas y palabras amables todo cuanto se proponía, además de elaborar argumentos que eran capaces de convertir en apetecible lo que de ordinario parecía trabajoso o aborrecible... Esta cualidad era un don que Demian envidiaba porque para él era fácil convencer a la gente, pero a base de argucias y medias verdades. Era consciente del contraste tan grande que existía entre los dos y a menudo callaba el cómo lograba grandes operaciones porque en más de una ocasión Clara le había reprochado no aplicar a su conducta una ética estricta. Sentía que en su interior algo se tensaba en grado sumo, imposible determinarlo, pero su frente arrugada y un rictus severo se fue imponiendo en su expresión y ya no le abandonaría, formaría parte de su apariencia de hombre que abandona la juventud y se aviene a entrar en lo que llamaríamos la edad adulta. Y finalmente esa tensión se liberó, algo se rompió definitivamente dentro de él. Dejó de contarle sus quehaceres profesionales a Clara con la excusa de que la aburrían y en su conciencia un interruptor se apagó. Sintió una extraña comodidad consigo mismo.

Por otro lado a Clara le resultaba difícil contradecirla, y de hecho Demian no hacía sino insistirle una y otra vez que abandonara la medicina y se dedicara a la abogacía visto su talento para el debate. En cierto sentido temía que su vocación solidaria no se viniese abajo con los años. Su sonrisa omnipresente parecía granjear casi automáticamente la amistad y confianza de cuantos trataran, y su espíritu generoso era capaz de derribar los obstáculos más inverosímiles.

Y al final no le quedó más remedio que ser él mismo el que se convirtiera en el obstáculo insalvable. No podía comprometerse con tanta frecuencia como Clara desearía. Las iniciativas altruistas poco a poco fueron quedando en el terreno de ella mientras él se centraba en el trabajo, los ingresos, ...la calidad de vida. Su trabajo exigía de su tiempo libre y cuando llegaba éste quería disfrutarlo al máximo, los dos juntos. Pero a menudo cenas y comidas de negocios, celebraciones de éxitos profesionales se interponían inoportunamente. Cuanto más tenía más doloroso le resultaba patrocinar las actividades de Clara y menos justo le parecía que ella se conformara con su sueldo exiguo. Es verdad que le regalaba cuanto se le ocurría... pero ella no parecía apreciarlo en su justo término.

Hubo un momento en el que sólo les quedó San Juan.

Y allí estaba él. Se había jurado no fallar nunca a su compromiso del hogar infantil. Años atrás habían atendido a un niño, de pelo ensortijado y mirada traviesa que respondía al nombre de Ruiberto. Las tardes se pasaban volando en su compañía. Daban vueltas por Lisboa y comían helados juntos, le llevaban al parque, o se escapaban a la cercana Cas Cais a bañarse si el tiempo lo permitía. Eran tardes deliciosas en las que sentía que su amor por Clara se hacía más profundo y verdadero. Sentía auténticos deseos de formar una familia con ella. Pero ella había

desaparecido de su vida.

¿Cómo había permitido que su deseo se marchitara? Sus vidas habían seguido sendas distintas, se habían distanciado... Pero él se seguía aferrando a San Juan, y procuraba no fallar nunca a su cita. Sabía que Clara no aparecería ya por allí, pero siempre guardaba en su corazón una secreta esperanza de volver a coincidir, no sabía si por un siniestro deseo de mortificación o tal vez por justo lo contrario, una recriminación, un testimonio de que a pesar de haber sucumbido a la codicia y al deseo de bienestar, aún así, era capaz de hacer algo intrínsecamente bueno, no todo él era puro egoísmo, aún quedaba una capacidad de obrar el bien que ella no podía negar... era su forma de decirle: «estabas equivocada conmigo». Y sobre todo, aún permanecía en él el deseo de observar sus rasgos, desaparecida ya toda familiaridad y todo cariño, verla a ella como otra mujer, casi desconocida, que escondía el misterio de un pasado compartido, que extrañamente, como a él mismo le sucedía, debía permanecer en su interior, azuzando el dolor, la frustración... una amarga melancolía. Sí, constituía un placer difícil de explicar.

En cuanto entró por el pórtico oscuro del edificio saludó a la monja que apenas levantó la vista sobre sus lentes le saludó tímidamente. Cruzando un gran recibidor en los que mobiliarios de diferentes épocas y de aspecto rancio intentaban convertir el lugar en una sala de espera, Demian se adentró en el patio inferior del edificio, una amplia explanada en la que se alternaban varias canchas de fútbol y baloncesto, de porterías desvencijadas y canastas inexistentes, pero en el que no obstante, un gran bullicio infantil indicaba que para aquellos menores la diversión no requería de unas instalaciones a la última.

Bastó que Demian se plantara frente a la cancha, para que inmediatamente un mozalbete abandonara a sus compañeros corriendo y se abalanzara contra él para darle un abrazo de bienvenida. Demian sonrió y lo abrazó con fuerza. El cariño de aquel niño de doce años le conmovía hondamente, agitaba y revivificaba su corazón... Tal vez ese amor era el alimento de Clara... algo que él no había sabido apreciar o buscar con su mismo afán. Pero se conocía bien. Bastaba que se alejara un tanto de aquel lugar para que su mente se llenara de números, de porcentajes de beneficio, de comisiones...

—¿Qué te apetece hacer hoy Demian?... ¿Podíamos ir a cenar una hamburguesa no crees? Me lo habías prometido la semana pasada...

—Venga muy bien, vamos allá.

Y ambos partieron con rumbo incierto, calle abajo, en busca de un local que Ruiberto conocía de maravilla y al que le encantaba ir con Demian para que le contara sus andanzas por el mundo, su colección de fotos recientes y sus últimas hazañas, de manera que después pudiera presumir engrandeciendo las anécdotas que le contaba y soñando despierto que él mismo llegaría un día en que las pudiera emular.

Y por un rato olvidó toda la amargura de su dolencia, su miedo al sueño, sus

pesadillas recurrentes.

## Capítulo 17

Richard vivía en un apartamento de Brooklyn, en un edificio de ladrillo de fachada atestada de neones, que había alquilado temporalmente un par de años atrás. Pero su intención de buscar una vivienda más adecuada, confortable o simplemente, más a su gusto, se había demorado mes tras mes. En su interior se quejaba amargamente de los inconvenientes de aquel lugar pequeño y viejo, que requería arreglos y mejoras para las cuales nunca tenía tiempo... ni ganas. Sus viajes, su trabajo que lo llevaba con frecuencia a Maryland, o incluso mejor, a los rincones más variopintos y alejados del globo terráqueo, eran la excusa perfecta para posponer esas tareas, que eran sustituidas en cuanto disponía de tiempo verdaderamente libre, por el deseo de apagar un ansia interminable de desahogo, de exceso, de delirium tremens... un camino ya muy conocido que terminaba en un logro que lo serenaba, poder olvidar.

Se daba perfecta cuenta de que aquel antro no sería nunca un hogar, pero por otro lado, en su interior, sabía, derrotado, que ya había perdido el único y verdadero hogar que podría tener en su vida. Mantenía una esperanza vaga, ilusoria, de que tal vez, surgiera alguien que llenara el vacío que sentía dentro de sí, que recobraría las ganas y el gusto por la vida, por hacer algo más que no fuera su trabajo, por esperar ansioso que llegara el fin de semana para tener alguien con quien compartirlo, una familia tal vez, y un hogar... pero esa idea le agotaba, le resultaba demasiado insípida para convertirla en algo verdaderamente importante, en un tótem al que adorar. Había visto la tramoya del matrimonio... no podía creer en la actuación que se desarrollaba sobre el proscenio cuando ya has ayudado a desmontar el decorado de cartón piedra una vez finalizada la obra.

Y las cuatro paredes aún mantenían los mismos linotipos comprados en grandes almacenes, anodinos e insípidos, y en ningún rincón había nada personal, ni fotos de familia, ni recuerdos, ni nada de su vida ni de la vida de nadie, porque, definitivamente, aquel no era su hogar. Ni cuando se sentaba en el sillón a ver una película sentía que estaba en un lugar propio, ni cuando se arrojaba sobre la cama rendido, o cuando se duchaba con agua que nunca parecía estar a la temperatura al gusto, o cuando preparaba una cena a base de congelados en la cocina estrecha de utensilios roñosos y descascarillados que el casero no se molestaba en reponer con la esperanza que el nuevo inquilino no tuviera más remedio que comprar unos nuevos. Nada de cuanto había allí lo consideraba suyo, ni estaba atado a ello, ni le importaba.

Ni nadie sabía que estaba allí. Ni su exmujer, ni familia alguna... Pero eso era lo único bueno que tenía aquel antro, que estaba bien situado, cerca de los que habían sido los «suyos» aunque ellos no lo supieran. De Johanna, aunque no sabía nada, aunque no quería preguntar por más que su corazón y su cabeza permanecieran obsesionados con averiguar algo de ella, lo que fuera, su orgullo, tan cruel e intratable con él como con los demás, se lo impedía. Cada vez que hablaba con viejas

amistades, bien en algún esporádico almuerzo familiar, bien en cortas conversaciones telefónicas con aquellas personas con las que había compartido ese pasado familiar que se había extinguido, se encontraba con que él parecía no saber qué preguntar y los otros parecían que tenían más prisa por terminar que él mismo, siempre se quedaba con la boca seca y unas ganas enormes de preguntar algo más allá de los meros convencionalismos... pero era incapaz. Su vida se había disuelto.

Así que en ese tugurio que era su vivienda, en un anodino barrio neoyorkino, en los que apenas contados amigos sabía que vivían allí, y que constituía su anónimo escondite, fue alguien a tocar el timbre, dejando a Richard perplejo justo en el momento en el que en una rara postura contorsionista, se cortaba las uñas de los pies.

Mayor fue su sorpresa cuando la que se encontró tras la puerta fue ni más ni menos que a Katherine... Y no supo qué decir cuando aquella mujer esbelta, guapa, y endemoniadamente inteligente, que había sido alumna aventajada y ejercía ahora de cruel superior, le abrazó, con la ternura de una niña pequeña que lleva todo el día sin ver a su padre. El pelo de Kate acarició sus mejillas brevemente y el aroma de su perfume rescató un recuerdo impreciso, que le causó una enorme turbación. Richard quedó mudo y confundido, incapaz de dominar sus emociones, con el cortaúñas en su mano derecha y la mano izquierda tendida al aire como si pidiera, en silencio, una explicación imposible de proporcionar.

—Richard... disculpa por todo... pero no he tenido ocasión de hablar contigo a solas desde hace tiempo.

Katherine se alejó de él y se dirigió al sofá, donde arrojó el abrigo, el bolso y se desprendió de la bufanda con la naturalidad de quien siempre ha frecuentado aquel lugar y conoce las costumbres del anfitrión y aprovechándose de esa familiaridad, es capaz de sentirse como en su propia casa sin que nadie haya de recordárselo.

—Oh, Richard, disculpa que te haya visitado de improviso, ...no tenía más remedio, tenía que hablar contigo confidencialmente y las telecomunicaciones... ya sabes. —Katherine sonrió enigmáticamente—. Por cierto... tienes un aspecto horrible.

«Ya lo creo» se dijo para sí Richard, que tenía puesto su pantalón de pijama favorito, y por favorito se entiende uno que llevaba poniéndose desde décadas atrás y que estaba tan descolorido como raido, así como su camiseta de los yankees que hacía juego con el pantalón en cuanto a cualidades de aspecto se refiere.

—Disculpa Katherine... deja que me ponga presentable...

Y mientras Richard refugiado en el baño se esforzaba por acicalarse mínimamente afeitándose la escasa cabellera y la barba de varios días sin afeitarse que se negaba a someterse y vestirse con algo más presentable y maldecía aquel... ,aún no había decidido si calificar de agradable o desagradable, intrusismo de su jefa en su vida, oía como Katherine cuchicheaba sola en la cocina mientras ponía la cafetera al fuego y seguramente fregaba loza sucia, y además, tal vez visto el alboroto que llegaba al agente, ponía en orden los trastos y vajillas que inundaban el fregadero, y



en un alarde de eficacia y abnegación, acababa con el caos que era la sala de estar.

Cuando se presentó de nuevo ante ella, afeitado, perfumado con colonia de marca, vistiendo unos vaqueros y camisa blanca, sintiéndose rejuvenecido y despierto, se admiró de cómo, efectivamente, su sala de estar parecía otra. Libros esmeradamente colocados sobre los estantes, la ropa que antes estaba esparcida por doquier ahora descansaba plegada sobre una silla, restos de comidas y envases habían desaparecido como por ensalmo. Katherine se había preparado un café y le ofrecía, sonriente, otro, que aceptó con cara aún de sorpresa. No se acostumbraba tan fácilmente a los giros inesperados que Katherine imprimía a todo cuanto le afectaba. Ella se percató de que Richard no acababa de sentirse cómodo y que su mirada tenía un aire hosco.

—Siéntate Richard —y palmoteó el mullido sillón como quien incita a un perrito tímido a acercarse—, necesito hablar contigo largo y tendido, y no pongas esa cara de fastidio, te conozco y sé que adoras, ante todo, estar informado. Así que ahora tienes la ocasión. Te podré contar lo que no podía ni nombrar en Tokyo.

Katherine cruzó las piernas y mantuvo la mirada, pensativa, en los remolinos que formaba con la cucharilla en su café oscuro, sumida en pensamientos que Richard ni siquiera intuía por dónde podían discurrir, pero que iban encaminados a iniciar la conversación sin duda alguna sin andarse por las ramas. Cuando alzó los ojos estos se clavaron en los suyos con una profundidad que el agente sintió que casi le quitaban la respiración.

—Aunque no me creas, me alegro enormemente que estés dentro de la misión, Richard... no te lo puedes ni imaginar.

Richard sabía que aquellas palabras eran ciertas, porque la gravedad con la que las decía no se podía fingir... aunque maldita la gracia le hacía encajar esa declaración con la Katherine que recordaba de los últimos años, autárquica, despótica, inmisericorde... Sólo unas semanas atrás en Japón le había resultado de una soberbia insoportable. Katherine le miraba atenta, comprendiendo que el semblante impenetrable de Richard mostraba un resentimiento infantil. Y Richard odiaba sentirse manipulado, tanto más, cuanto la mujer era tan atractiva.

—Ahora debo explicarme, a eso he venido. He de decirte que siempre quise que participaras de la operación Cotard —confesó con voz firme—. Sé que puedo confiar en ti. Te conozco bien, sé cuáles son tus lealtades, tu código de honor es transparente para mí, Richard. Puedes hacer y deshacer pero para mí siempre serás Richard, mi instructor... tonto y bueno.

Las palabras de Katherine le sentaron a Richard como un jarro de agua fría. Si bien no estaban pronunciadas con desprecio sino más bien con cariño, la sonrisa de su Katherine delataba una sabiduría y perspicacia que no eran propia de una mujer joven, sino si acaso de alguien mucho más veterano. Aquella osadía dejaba a Richard desconcertado, pero aquellas meras palabras no bastaban para destruir el refugio de resentimiento en el que se había parapetado.

—Sí Richard... eres transparente para mí. Modales rudos, te saltas las normas, ...

aparentemente eres un caballo desbocado, salvaje, pero... en el fondo tu corazón es sencillo, y hasta cierto punto vulgar, si me permites. Anhelas hacer el bien, obrar con justicia, deseas ante todo saber que estás en el bando correcto y que los buenos ganan. Si no fuera así no dormirías tranquilo. Es precisamente por eso por lo que has renunciado ante todo, a ser ambicioso, y precisamente por esa misma razón te has vuelto tan cínico. Por eso me gustas... y confío en ti. Además... —dejó caer el comentario como en un descuido, en voz más baja, como una nota al pie de página, poco importante, pero aclaratoria— esas también son las razones por las que mis jefes te temen.

Katherine terminó su disertación, abrió el bolso, extrajo un cigarrillo y lo encendió con parsimonia. Observaba encantada como el semblante enrojecido de Richard contrastaba tan encantadoramente con su camisa blanca y delataba el debate interno que mantenía el agente por permanecer indiferente con la boca cerrada. Prosiguió.

—La verdad es que me enfadé muchísimo contigo cuando metiste la pata figoneando en el despacho de aquella psicóloga de Tokio y después exponiendo tan torpemente tus hallazgos como si fueras un colegial recitando mal la lección. Afortunadamente no delataste mi torpeza, pues me sonsacaste muy hábilmente a través de aquella conversación telefónica. Si hubiera salido a la luz mi desliz más de uno lo habría aprovechado para ponerme la zancadilla. Pero no te preocupes por eso. No soy rencorosa sino práctica, ya me conoces. Y como te decía, aunque no me dejaste otra opción de ser abrupta contigo, por otro lado me alegré de que lo hicieras porque eso me permitió a la larga, no sin muchos esfuerzos, meterte en el equipo. Aunque para ello debí fingir una antipatía tremenda por ti. —Kate sonrió al terminar la frase, como si fuera una niña revoltosa a la que han pillado en una trampa.

Exhaló despacio el humo de la boca, dejando que el tiempo y el aire consumieran la onda nebulosa como si ésta contuviera un mensaje que precisara volverse completamente invisible, escondido de todos y de todo, y tan sólo quedara resguardado en un único lugar a salvo, en la mente de Richard.

Richard se levantó y se dirigió al mueble bar con gesto de resignación. Dado el tono que adquiriría la conversación le pareció que iba a ser más recomendable tener unos grados de alcohol en sangre que adormeciera su ánimo antes que una dosis excesiva de cafeína y mal humor. Katherine recuperó su sonrisa divertida.

—Claro, Richard... ¿qué te esperabas? Aquella conversación en el restaurante estaba siendo retransmitida. De hecho yo, ahora mismo, estoy asistiendo a un funeral en New Jersey... al menos eso indican los aparatos de vigilancia que habitualmente llevo incorporados. No te puedes ni imaginar lo que significa ser observada las veinticuatro horas del día. En el restaurante sabía que me estaban espionando Richard, tuve que actuar en consecuencia. Y afortunadamente nos quedamos sin agentes de campo y te convertiste de nuevo en una opción válida en el momento crítico. Fuiste testigo directo de una desaparición... te pude meter dentro, gracias a Dios. Pese a que

más de un superior no soporta tus habituales salidas de tono lograste lo que ninguno otro antes.

Richard se volvió y se quedó como petrificado. Era la primera vez que intervenía en la conversación.

—Disculpa... después puedes proseguir con los halagos... pero... me intriga esto que me cuentas. ¿Es cierto? ¿Ahora a los jefes de sección os someten a un espionaje tan brutal?, ¿las veinticuatro horas del día?

—No es a todos los jefes de sección... es a mi Richard... es por esta investigación... y se supone que yo no lo sé. Sólo lo sabes tú.

El agente echó un trago del whisky generoso que se había servido en una copa con un par de cubitos de hielo. Se sentó frente a Katherine mientras agitaba la cabeza como negando aquella situación. No esperaba una confidencia como aquella, que volvía a colocar todo su mundo del revés. Murmuraba palabras de incredulidad mientras cavilaba.

—Desde hace años, desde que comenzó esta investigación, estoy siendo escrutada permanentemente —explicó Katherine—. Al principio me negaba a creerlo... pero con el paso del tiempo me he percatado de que es así. De hecho, Richard, he averiguado cosas... Pero no nos adelantemos. He de contarte mucho... aunque no todo, por tu propio bien, créeme —y apagó el cigarrillo con fuerza sobre una lata de cerveza vacía que había escogido como cenicero.

Después de una pausa larga, por la que Richard no se impacientó, continuó.

—No quiero aburrirte repitiendo lo que ya sabes. Cómo inicié la investigación. Cómo ascendí y conservé el mando del programa a pesar de los intentos por apartarme en los que me vi envuelta. Ah, bien que me acordaba de todos y cada uno de tus consejos. Nunca olvidaré que tú fuiste mi primer mentor. Vi venir a más de uno con ganas de sustituirme. Sin embargo eso resultó ser un juego de niños comparado con lo que vino después. Ante todo has de saber que las desapariciones misteriosas, tal y como tú mismo casi fuiste testigo en el centro comercial de Tokio, son algo que lleva sucediendo desde hace tiempo... y cuando digo hace tiempo te diré siglos. Una de las que tenemos mejores testimonios corresponde, por ejemplo, a un tal David Lange, el 23 de septiembre de 1780. Paseando por su finca, en un prado, delante de sus dos hijos, su mujer y un juez de paz que estaba de visita, desapareció literalmente delante de ellos, volatilizado. Nunca se supo de él. De esta manera he podido correlacionar diversas desapariciones misteriosas del pasado de las cuales constaban testimonios, con las que ahora estamos empezando a investigar.

—Vaya Katherine, este asunto tiene mucha más cola de la que yo puedo imaginar. ¿Qué me vas a contar ahora? ¿Qué unos alienígenas están secuestrándonos...? Perdón, la palabra es... ¿abduciéndonos...? —Richard intentaba recuperar su habitual tono socarrón, aunque sin embargo la magnitud de lo que Katherine le estaba relatando hacía que se sintiera pequeño, insignificante, ridículo.

Katherine se rió levemente y negó con la cabeza.

—Quizás el punto más interesante de toda la investigación surgió en un pueblo de Manacupuru, en Brasil, en plena selva amazónica, hará unos tres años. Verás, conforme se detectó la correlación entre desapariciones y el síndrome de Cotard fuimos dotando al programa de más medios de tal manera que empezamos a realizar operaciones de campo por todo el mundo. Pero al principio era yo sola el agente que se desplazaba a realizar la investigación y la recepción de documentación, datos, pistas... todo. Fue una suerte que así fuera porque conseguí un documento inestimable.

—¿Qué paso en Manacupuru... o como quiera que se diga? —Richard sentía la imperiosa necesidad de gastar una broma, de hacer un chascarrillo o una burla, pero la revelación de Katherine intuía era importante y no podía romper ese puente de confianza que ella le estaba tendiendo. Era, ni más ni menos, como en los viejos tiempos, pensó fugazmente.

—Allí habían tenido a un *yanke*, decían ellos, internado en un pequeño centro médico. Realmente no estaban seguros de cuál era su nacionalidad porque, aunque hablaba en inglés, no lo reconocían propiamente como inglés o americano. Además en ocasiones hablaba una lengua extranjera que no reconocían. Actuaba como un demente y lo tenían bajo llave a la espera de entregarlo a una autoridad competente. El doctor que lo atendió quería trasladarlo a algún centro psiquiátrico o incluso expatriarlo a su país de origen a fin de que se le atendiera adecuadamente. De aspecto caucásico, podía ser un ciudadano occidental que hablara inglés con cierta acentuación extranjera. El doctor que lo atendió sin embargo se entendió perfectamente conmigo, por lo que deduzco que este hombre misterioso, no tenía como lengua materna el inglés. Bien, en cualquier caso eso no era lo relevante. Lo que sí lo era es que había desaparecido estando encerrado en una habitación sin escapatoria posible. La enfermera no paraba de hablar de brujería y cosas así. —Katherine sonrió al recordar algo pero enseguida recuperó el hilo—. Lo que nos puso sobre la pista era que aquel hombre repetía con frecuencia que estaba muerto... de hecho que todos lo estábamos. La mención de esto en un correo del doctor así como la búsqueda en internet de «síndrome de Cotard» activó mis alarmas. Ello me llevo hasta Manacupuru. Y como te decía, siendo una desaparición increíblemente misteriosa, aquel hombre iba a proporcionarme una pista extraordinaria. El hombre había dejado tras de sí una mochila en cuyo interior había un legajo, un manuscrito, escrito en un bloc, a bolígrafo. Quiero que le eches un vistazo a esa escritura Richard. Después supimos que era una especie de diario.

Katherine echó mano de su bolso y extrajo una carpeta que pasó a Richard. Este la abrió y descubrió unas fotocopias a color. Sobre un papel cuadriculado una serie de caracteres, bellos, esbeltos, pero extraordinariamente diferentes a todo cuando Richard había visto antes, llenaban varias páginas ininterrumpidamente.

—Katherine, no sé qué decir ante todo esto. Me siento desconcertado por completo... ¡caramba! Si es que no se me ocurre ni una broma que gastar. ¿Qué tiene

esto de extraordinario?

—Aguarda que todavía no te he revelado el resto. Observa bien esos caracteres, porque quiero que los compares con estos otros.

Y le tendió una nueva fotocopia que había mantenido aparte. En esta ocasión parecía un texto manuscrito sobre un papel rugoso, tosco. Igualmente la caligrafía era muy diferente, primitiva podría decirse, pero lo que era indudable era que, a fin de cuentas, se trataba del mismo tipo de símbolos incomprensibles que había identificado en las otras fotocopias.

—Este texto que te acabo de dar pertenece al manuscrito Voynich. Puedes observar que la persona que ha redactado ambos textos no puede ser la misma. La caligrafía es completamente diferente.

—Sí... aunque si te digo la verdad es que... sigo sin entender...

—Ah claro, Richard. Me explico. Verás, el manuscrito Voynich es bastante conocido entre la gente del gremio. No por los agentes de campo como tú, sino los que nos dedicamos a lo más propio de la NSA, la encriptación. Ese manuscrito está escrito en una lengua o código indescifrable Richard. Lo hemos sometido a los ordenadores más potentes, a los criptoanalistas más capacitados y no hemos descubierto el secreto que esconde esa lengua o código o lo que sea. Es un misterio. Es un idioma indescifrable... al menos hasta hace bien poco. Muchos piensan que es un fraude, de hecho.

—¿Y?

—Y lo extraordinario es que el manuscrito Voynich es un texto único, tiene una historia que nos traslada directamente a pleno siglo quince. El manuscrito fue adquirido en Europa por un especialista en libros antiguos, Wilfrid Voynich, de ahí su nombre, a principios del siglo xx. Fue capaz de rastrear la propiedad del libro hasta varios cientos de años atrás... pero sin descubrir nunca quien había sido su autor. Se sospecha que fue redactado en el norte de Italia, es cuanto sabemos.

—¿Y resulta indescifrable? ¿Eran ya en el Medievo más capaces de generar un código con una capacidad tal, con una seguridad en encriptación tan potente? ¿Seguro que no es un fraude?

—No tan rápido. Hay una prueba irrefutable que nos hace pensar que se trata de una lengua, de un idioma real... y es que supera la prueba de la ley de Zipf —Richard enarcó las cejas, aquello le sonaba completamente a chino. Katherine prosiguió con entonación de maestra que repite pacientemente una lección—. La ley de Zipf establece una regla que se cumple en todas las lenguas del mundo, Richard, y es que la palabra más común de un idioma se repite el doble de veces que la siguiente más usada, y esta a su vez se usa el doble de veces que la siguiente, etc... el hecho de que el manuscrito Voynich supere esa regla, enunciada en nuestro tiempo, nos hace pensar al 99% que se trata de una lengua real. Y esa lengua, Richard, de la que no hemos tenido constancia en siglos, reaparece ahora, misteriosamente, ante nuestro ojos, escrita claramente por otra persona, en otro tiempo, con otra caligrafía, sí...

pero son los mismos caracteres, las mismas palabras... diciendo cosas distintas, que no podemos saber. Y la persona que escribió eso desapareció tras padecer, seguramente, un trastorno que sería con mucha certeza, el síndrome de Cotard.

—Y... ¿toda la NSA en bloque ha sido incapaz de descifrar ese idioma? Como se enteren los contribuyentes —agregó Richard con sorna.

—Sí, de hecho... creo que estoy a punto de descifrar el idioma, pero a través de un agente que he reclutado, Alejo se llama, y trabaja en Silicon Valley. Es también criptoanalista. Nuestros caminos se cruzaron hace tiempo. Por una causa que no viene al caso él también estaba tras este idioma. Tengo la esperanza de que tarde o temprano resuelva el misterio.

—¿Y lo va a conseguir él sólo sin más?

—Bueno, cuenta con una poderosa herramienta. Trabaja en diseño de ordenadores, supercomputadoras más bien. Está convencido de que Laura resolverá el acertijo —Katherine se rió al ver la expresión de Richard— Laura es el acrónimo del ordenador cuántico que están desarrollando —explicó, para después de una calada retomar la conversación—. Pero lo que te quiero decir, Richard, es que nos enfrentamos a algo antiguo... tras la realidad conocida y cotidiana se esconde algo mucho más enrevesado... y yo me atrevería a decir que... más siniestro, de lo que te puedas imaginar.

—Está bien Kate... esto me está desconcertando por completo. No sé qué pensar... me siento como un «offensive guard», ya sabes, mucho músculo y poco seso. Me da la impresión que tu eres la «quarterback» aquí, así que me tendrás que explicar la jugada con detalle y a quién tengo que placar. Te aseguro que me siento descolocado. Esto lo tengo que digerir —respondió el agente mientras se servía una segunda copa.

—Sólo dos cosas te faltan por conocer Richard, para que tengas un croquis de situación, completo, y pueda contar y confiar en ti plenamente.

Richard sonrió halagado.

—Desembucha, Kate, soy todo oídos.

—La primera... tú y yo, junto con Alejo, somos las únicas personas que sabemos de la existencia de este segundo manuscrito y su vinculación con el Voynich, Richard.

—¿Y la segunda?

—Que alguien, desde dentro de la NSA, está intentando asesinarme.

## Capítulo 18

En esas horas muertas de vigilia, en las que Richard hallaba un estado de semiinconsciencia y los sueños fugaces se mezclaban con pensamientos inconexos, como ideas a medio pronunciar que se desvanecen antes de poder ser dichas, o con palabras que murieron antes de ser vocalizadas, en ese estado de duermevela donde por una fracción de segundo, el ensueño se hace cargo de la vida de uno mismo y era capaz de verse transportado a otra realidad, un ... «cómo habría sido de no ser que»... le hacía parecer que estaba en su casa de Brooklyn, pero no su actual apartamento, sino la gran casona familiar, y se veía a sí mismo fregando platos a punto de decirle algo a Johanna, o tal vez yendo a buscar a los niños al colegio, esos que a él le habría gustado tener pero que nunca habían llegado, y despidiéndose de ella con una interjección convencional, una despedida insulsa, que no significaba nada entonces... pero que ahora lo significaba todo. Era... como si nada hubiera pasado.

Y después de un ensueño así Richard volvía a la realidad con la sensación de recibir una bofetada, un plato frío e insulso después de haber olido un humeante y sabroso consomé de aquella vida llena de calor que nunca fue.

Acababa sacudiéndose esos pensamientos y despejándose mentalmente con mal sabor de boca y una azarosa angustia en la boca del estómago. Intentaba ahogar ese aguijón interior que parecía taladrar su pecho con una dosis de concentración, un ejercicio masoquista por cuanto, lo que verdaderamente le apetecía, era sumergirse en ese recuerdo grato, en esa placentera sensación familiar que por un momento había confortado su corazón, más ya era por completo imposible, y como un aguerrido espartano volvía a aferrarse a su estoicismo consistente en centrarse en el aquí y ahora, dejarse llevar por una marea de fatalismo y resignación, aguardando como un sabueso ya experimentado, que tarde o temprano sabe que el sabor de la presa entre sus fauces apagará esos sentimentalismos. Así era en sus días buenos...

Y el aquí y ahora era un alba frío, de cielo que clareaba con un albur rosado arañado por las copas desnudas de plátanos y de charcos sobre el asfalto de la lluvia nocturna, que el trasiego de vehículos con sus faros blancos, amarillos y rojos destruían y recreaban una y otra vez. Acurrucado en su asiento de piloto del todoterreno en el que llevaba un par de horas sentado, aguardaba paciente como fiel servidor de la agencia a cumplir órdenes según el estricto protocolo dictado. Junto a él un largo muro de ladrillo rojo coronado por una cornisa blanca, elegante en su día, pero que salvajes grafitis perpetrados por jóvenes de color que hacían novillos o tal vez amparados en el anonimato de la noche, habían dejado la impronta de su firma junto a estridentes lemas de rap de sus ídolos favoritos, y de tal combinación de arquitectura de los sesenta y vandalismo poético del siglo veintiuno se obtenía una cacofonía visual que mantenía a Richard entretenido ocasionalmente.

Al poco rato de recuperar por completo la lucidez llegó Katherine junto a él portando dos vasos grandes de cartón cargados de café con leche, humeantes, uno de

los cuales fue a parar a sus manos.

Hacía días que vivían una rutina muy similar a la que ya conocía de su vida en Tokyo. La diferencia para Richard es que ahora, sabiendo parte de la verdad, porque Richard era consciente de que Katherine no le había contado todo, ni mucho menos —ella misma lo había reconocido—, sentía que todo cuanto veía y observaba tenía un significado propio y nuevo, como el niño que se deleita en manipular el regalo envuelto, aún con un flamante lazo rojo, y aún sintiéndose impaciente, quiere degustar ese momento antes de destruir el misterio que el papel estampado esconde. Su cabeza ya no era un amasijo de cábalas, de raras interpretaciones, de elucubraciones sin sentido. Al menos, como un sabueso al que le han mostrado algo que olfatear, sabía hacia dónde dirigir su instinto de perro de presa, y eso le mantenía alerta, pero también aplacaba su incontrolable curiosidad.

—¿Qué crees que significa eso, Kate... «Jódete policía, date por advertida»... una especie de amenaza terrorista, simple violencia callejera... o es que están mal de la olla, aburridos de tanto tiempo libre y se vienen a un colegio religioso a hacer pintadas?... Hay otra más allá que me gusta un tanto más... pero es claramente obscena...

Kate emitió un sonido sordo que indicaba que aquel tema no le interesaba lo más mínimo. Richard siguió elucubrando un rato más, con frases inconexas que uniéndolas e intentando construir un discurso con más o menos coherencia venía a demostrar lo mala que era la actual juventud y que en sus tiempos no se permitía semejante vandalismo.

—¿Cuántos casos Cotard sigue la NSA en este momento? —soltó de repente.

Katherine sonrió, con un gesto en plan, «pregunta incorrecta», que significaba un... «no te puedo revelar esa respuesta aquí y ahora», y como dando a entender de paso que hasta prefería sus anteriores elucubraciones en cuanto a los estribillos de rap que atiborraban el muro. Pero Richard se consolaba. Al menos prefería saber un poco más de la verdad y que, ocasionalmente, Katherine se aviniera a darle alguna respuesta vaga, o incluso en ocasiones, se extendiera en largas explicaciones, sobre todo en lo referente al actual caso que seguían, que trabajar en la más absoluta inopia como había sucedido durante el último par de meses. Veía a la gran mayoría de sus colegas en el servicio como pobres e ignorantes peones y él había logrado subir por una escalera invisible a un nivel superior. Ufano, todavía le reconfortaba la agradable sensación del ascenso, pero sabía que tarde o temprano ese conformismo acabaría agotándose como se termina al final de mucho usar el saldo de una tarjeta de crédito. Sí, sabía que Katherine no daría su brazo a torcer de buenas a primeras y una y otra vez esperaba sus negativas, sus declinaciones a responder abiertamente. Aún así Richard no cejaba en sus intentos, con una y mil preguntas más o menos inocentes, como la gota de agua, que débil e impotente aparentemente, insiste sobre el mismo punto de una roca hasta que la horada y moldea.

Richard accionó el limpia parabrisas para despejar de gotas de lluvia el cristal



frontal que saltaron como perlas rodantes permitiendo redescubrir un panorama que se había desdibujado. La vieja iglesia de ladrillo rojo reapareció ante ellos con sus verjas de hierro negro y sus vidrieras coloridas, impertérrita y aburrida, sin señal que indicara qué tipo de vida se desarrollaba tras sus muros.

—¿Qué tiene de especial este caso? Entiendo que tiene que haber decenas, tal vez cientos de casos Cotard... lo deduzco por todo lo que me has contado, luego... para que tú misma te centres en un caso particular... colijo que tiene que haber alguna razón que lo diferencie... Y ¿Por qué seguimos al sacerdote en vez de a la afectada por el síndrome? Y sobre todo, ¿por qué tú y yo solos?

Katherine hizo una mueca que parecía no significar mucho, casi como un asunto circunstancial, un «por algún sitio había que seguir».

—Llámalo instinto —dijo finalmente al cabo de un buen rato, y apuró un largo trago a su café.

Richard recordaba las instrucciones de Katherine. No podrían tener conversaciones convencionales mientras estuviera trabajando con ella de ordinario. Sólo en determinadas circunstancias ella se ocuparía de indicarle cuando estaba «limpia» de todo seguimiento y sólo entonces se descorrería el cerrojo que le permitiría entrar en esa habitación en el que se escondían los secretos y al que una fuerza interior le empujaba a entrar como si de imanes que se atraen se tratara. Hasta la fecha la conversación mantenida en su apartamento varias semanas atrás había sido la primera y la última. Richard no veía la hora de que llegara un segundo turno de confidencias, pero intuía que Katherine quería demorar ese momento todo cuanto pudiera aplazarse. Celosa de sus secretos e intrigante, así era. Las preguntas se acumulaban en su mente como la nieve en precario equilibrio sobre la cresta de una montaña.

Así que se había acostumbrado a su compañía esporádica, como en los viejos tiempos, sólo que ahora se habían intercambiado los papeles por completo, ella sabía, él ignoraba, ella controlaba los tiempos, era él el operario que maniobraba las palancas, movía los objetos, el que en definitiva, arrancaba y seguía al sujeto en cuestión, pisaba tras sus pasos, observaba con quién se relacionaba y la rutina de su trabajo, buscando una pauta, un elemento común a otros casos que representara una pista en aquel turbio embrollo, y siempre sin ayuda de nadie, siquiera de Katherine, que en ocasiones se acercaba a él para obtener información, charlar un rato y dejarle sólo con sus cuitas. Un trabajo excesivo, pero el incentivo del saber, del estar a un paso de conocer la verdad, era demasiado poderoso para compartirlo. Richard se encontraba muy cómodo sólo y estaba dispuesto a ser paciente una vez más.

Sabía que había otros operativos, similares a los que se habían activado en Tokyo, y Richard intuía que si bien la mayoría debían estar situados en territorio USA, otros tantos debían hallarse allende las fronteras. Sin embargo el secreto convencimiento de que su caso era especial, diferente, que de alguna manera que aún desconocía pero que no tardaría en descubrir por qué, aquel párroco al que seguía no era un caso

convencional más, todo lo contrario, debía ser una pieza del puzle diferente, algo que sólo Katherine sabía y que él tan sólo intuía, pero... aquel sacerdote no parecía ser parte del problema, sino de la solución. Y ese convencimiento le alentaba a seguir, a sacar fuerzas para combatir el hastío, fortaleza para erigir una paciencia indestructible, y su mente permanecía agazapada, centrada en lo que tenía delante, obviaba todo lo demás... todo lo demás siempre y cuando no viera una oportunidad de averiguar un tanto más de lo que Katherine misma le había permitido.

Hablaron, como otras veces, conversaciones un tanto insustanciales, con largas pausas y respuestas convencionales. Katherine le preguntó por Johanna, qué sabía de ella, y en un arranque de amistosa camaradería, se interesó por cómo era que ella le había dejado plantado con su flamante casa hipotecada y había desaparecido. Richard se encogió de hombros. No era una historia que gustara de compartir en el trabajo... de hecho pocos amigos y allegados conocían los detalles, y aunque no recordaba que nunca se lo hubiera contado a Kate, tampoco se extrañó que lo supiera. ¿Qué no sabe la NSA?... y menos de la gente que tiene a su servicio. Así que con su habitual gesto de fastidio y fatalismo de horas tempranas encogió de hombros y vino a dar la respuesta que tantas veces se había dado a sí mismo: «supongo que no me soportaba, ni a mí ni a mi trabajo».

Y se quedaron largo tiempo en silencio, cada cual sacando sus conclusiones, pues era una respuesta que daba un amplio margen para elucubrar, imaginando sus implicaciones, manoseando ese sentimiento de culpabilidad, como el que manipula una rara moneda y la mira del revés y del derecho, intentando comprender mejor quién la acuñó y lo que pudieran significar cada una de las palabras impresas y medio borradas por el paso de las manos a lo largo del tiempo. Y Richard pensaba en esa pieza del puzle que era él mismo, tan difícil de encajar, que parecía condenada a quedar al margen del resto de sus compañeras incapaz de encajar en el mosaico... y esa idea conseguía dejarle taciturno.

Aunque esta vez, por alguna razón desconocida, se sentía raro... tal vez por haberse descrito ante Kate como «insoportable», el haber admitido abiertamente que él era el culpable, como el alcohólico que lo proclama públicamente pero ante un auditorio que no es su grupo de apoyo y tan pronto ha confesado se arrepiente de lo dicho porque descubre que no ha recibido la respuesta esperada, el apoyo, los aplausos, sino un murmullo de desconcierto, de pena e incluso compasión.

E inmediatamente aquel pensamiento triste le arrastró a otro más perturbador que le hacía preguntarse por la afinidad que en su día tenía con Kate... también «eso» se había perdido...

—Ahí va.

Y ambos siguieron con la vista la anodina figura del sacerdote que abría una cancela y salía a la calle. Miraba en ambas direcciones y emprendía un paso rápido, la cabeza encogida sobre el cuerpo, como si temiera que el avanzar completamente erguido y estirado fuera un pecado. Enfundado en un abrigo la figura solitaria

iniciaba una ruta de visitas a través de aceras encharcadas, hojas de árboles amarillentas adheridas a la acera, y ocasionales titulares de periódico que estridentes, arrastradas por el viento y adheridas al húmedo suelo, proclamaban noticias trasnochadas.

El recorrido de la mañana fue el habitual. Varias visitas a parroquianos, alguna sede de una ONG eclesial, para finalizar el largo paseo en la conocida casa de lo alto de la loma. La calle estaba flanqueada de casas de aspecto burgués venido a menos, en las que Richard de alguna manera se veía reflejado. En las maderas despintadas o en los muebles de jardín de aspecto semiabandonado percibía un atisbo de vida rancia que le recordaba a la suya propia. Césped demasiado crecido, salpicado de mala hierba, adornos de jardín caducos casi horteras, compaginado ocasionalmente por un cuatro por cuatro aparcado a la puerta del garaje de flamantes parachoques cuyos cromados chispeaban con el más leve destello luminoso, parecía desdecir del deterioro que se percibía en derredor. Incluso Richard sentía la recriminación de aquellas viviendas unifamiliares. Una casa con columpios y jardín, niños salpicándose con la manguera, una hamaca a la sombra de un castaño de copa frondosa... todo había quedado atrás, inalcanzable ya, una ciudad cuya salida de la autopista no se había tomado y que dibujaba su perfil de rascacielos en el reflejo del retrovisor... Los seguimientos al padre Haggerty por aquel barrio mediocre le deprimían. Le recordaban lo que tal vez hubiera podido ser su vida.

—Otra vez aquí... —murmuró para sí Katherine, como rezando una jaculatoria.

Era la casa de la niña del síndrome Cotard. Al parecer Katherine había descubierto el caso a través del correo electrónico de uno de los psiquiatras que la había tratado. Ignoraba por qué se había tomado la molestia de centrar ella personalmente el esfuerzo de seguir al sacerdote, pero en cualquier caso los protocolos eran completamente diferentes a los habituales. Sólo ellos dos. Ese pequeño misterio intrigaba a Richard y lo mantenía entretenido, como un niño masticando un tofe inacabable y cuyo esfuerzo acaparaba toda su capacidad de concentración. Atendía los movimientos de Katherine, sus suspiros, sus miradas perdidas o el único tic que había descubierto en ella; consultar la hora a su reloj de pulsera con un movimiento resuelto que delataba ese carácter suyo, resolutivo, contundente. Parecía que aquel movimiento tan sencillo decía mucho de ella. Su impaciencia, su ansia de gestionar adecuadamente cada segundo... Richard se mordía la lengua pues olvidaba que se encontraba junto a un superior y su temperamento locuaz tendía a formular consejos y sermones, pero era consciente que su labor de vigilancia abarcaba también a Kate, así que la dejaba ser ella misma, y que sus propias imprecisiones y debilidades le fueran dejando migas de pan que le condujeran al final de aquel camino de misterio. Y sí, callaba y observaba.

Al cabo de una hora el padre Haggerty abandonó la casa, con el mismo aspecto de inopinado transeúnte, embutido en su abrigo, sus pensamientos escondidos en su andar cabizbajo.

Katherine se arrebuja en su asiento y le indicó que le siguiera pues Richard aguardaba considerable tiempo antes de desplazar el vehículo lentamente por las calles en pos de la silueta del sacerdote. En aquellas calles arboladas era raro ver a transeúnte alguno.

\* \* \*

«El poder requiere miedo».

Era un lema que Richard había leído tiempo atrás en un grafiti urbano de Nueva York mientras almorzaba en una hamburguesería del Bronx. Mientras masticaba con fruición la mezcla de vegetales y carne, y desmenuzaba la comida en la boca, su cerebro masticaba y desmenuzaba aquel lema, como si fuera algo ya conocido, un sabor recordado pero inidentificable. Tal vez fuera algo que él mismo ya había deducido, pensado, experimentado, y perteneciera al rango de las categorías del saber, pero que abandonado en un estante poco consultado de su memoria, hubiera sido menospreciado y casi olvidado. Pero tras aquel almuerzo aquella simple idea quedó fija en su mente, como un piloto rojo siempre titilante, una referencia de consulta obligada. Era una revelación.

El poder requiere miedo. Sí. Bien sabía él que parte de su trabajo se asemejaba al leñador que se adentra en el bosque, busca gruesos troncos de árbol para talar, para después preparar espectaculares y vistosas fogatas. Así se alimentaba el miedo. Consiguiendo información, veraz, ...o semiveraz, acumulándola y dosificándola hábilmente como inoportunas filtraciones a los medios de comunicación ávidos de sensacionalismo. La sociedad se alimenta de miedo. A veces ni siquiera era necesario que la información fuera verdadera, sino que presentada de cierta manera, lo pareciera. En otras ocasiones era imprescindible adelantarse a que los mismos enemigos supieran que iban a serlo. Más de una vez los informes en los que había participado o incluso supervisado acababan tarde o temprano en los titulares de prensa, administrando la información en plazos que Richard no acababa de comprender por completo, aunque de lo que estaba seguro es que se hacía de forma calculada y conveniente, para que el chisporroteo de las brasas iniciales se transformará en el bullicioso arder del fuego... Titulares, artículos de opinión, comentarios de la gente... la sociedad se calentaba al hogar del temor común. Así como el hombre primitivo había aprendido a domesticar el fuego, el moderno había sido capaz de dominar el miedo. Y con el miedo se gobierna. El miedo requiere un enemigo, real o imaginario, y ante él agrupas a tu clan, a tu gente, a tu nación. Si creas un incendio suficientemente poderoso eres capaz incluso de arrastrar a tu país a una guerra. La gestión del miedo es el ejercicio del poder puro, bien lo sabía él.

Y sin embargo, ahora que dormitando en su catre de Broklyn, entre calada de cigarrillo y breves tragos a morros de un suave licor de mojito, repasaba lo poco que sabía de la operación Cotard, no encontraba ese fuego, ese móvil que tan fácilmente

podía reconocer de ocasiones anteriores. No había un enemigo claro ni un objetivo. ¿A dónde empujar a las masas? ¿Qué pasaría cuándo esa información fuera pública? ¿Quién ganaba con ello? ¿Qué sentido tenía aquella amenaza? ¿Era acaso un arma fuera de control o un experimento científico que se había ido de las manos y que había que ocultar a toda costa? No despejaba la equis. ¿Qué era realmente el síndrome Cotard? Y el hecho de ser consciente de no poder despejar esa incógnita, lejos de tranquilizarle, le inquietaba.

\* \* \*

Aquella mañana Katherine había avisado que no le haría compañía. Un jueves laboral, de aspecto turbio, con nubes cenicientas que se desplazaban raudas en el cielo, como queriendo acaparar con su sombra el mayor territorio posible. Y Richard tenía ganas de algo diferente, por lo que no se conformó con su rutina habitual, deseaba establecer contacto, conocer al sacerdote, hablar con él, indagar, lanzar conjeturas y esperar a ver cómo rebotaban en su interlocutor, con que habilidad eludía las respuestas, sus silencios tácitos o sus miradas en derredor, esquivando el fuego de las preguntas y buscando en el entorno un asidero para poder escapar. Era lo que debía haberse hecho desde el principio pero no quería interferir en el ritmo que Kate imponía con su presencia. Ese día que estaba libre emprendería una nueva fase en lo relacionado con el padre Haggerty, le daba igual lo que opinara Kate, sabía que ese sacerdote no iba a huir, lo presentía. No veía en él alguien con miedo... aunque tampoco parecía que pudiera saber demasiado. Una persona completamente gris. Quería abordarlo... hacer algo fuera de lo habitual, romper los moldes. No hay nada como sacudir un aparato que no funciona para verificar si hay algo suelto en su interior que una mera agitación pueda resolver.

Y si metía la pata Kate no podría desembarazarse de él fácilmente. Estaba embarcado, contaría con él, lo necesitaba. ¿No era eso lo que había dicho? Podía asumir ese riesgo. El saldo de su paciencia estaba próximo a agotarse.

Su primera aproximación al padre Haggerty iba ser acudir a la temprana misa que tenía lugar en la Iglesia del Sagrado Corazón, ese mismo edificio de ladrillo que vigilaba constantemente desde tantos días atrás. Junto a ella moraba el sacerdote en un complejo cercano y a cuya puerta esperaba paciente todos los días, puntual como un reloj, a que el padre emprendiera su rutinaria cadena de visitas que con escrupulosa rutina finalizaban en la casa de la loma.

Hacía años que había dejado de acudir a oficios religiosos. Debía remontarse a su niñez, y a tal vez a media docena de bodas de diferentes comunidades, católicas, baptistas e incluso judías, a las que asistía por obvio compromiso, por lo que la asistencia al rito le trajo innumerables recuerdos de infancia, de dolores de rodillas mientras permanecía en posición orante y su madre de ascendencia irlandesa impedía sus cuchicheos y juegos con Tony, su hermano menor, y de curiosas ensoñaciones

infantiles en las que fácilmente se abstraía en tanto el sacerdote oficiaba.

Ahora, en la enorme sala de la iglesia, con escasos parroquianos aquí y allá, su presencia discreta en los últimos bancos del templo no debía pasar completamente desapercibida. Seguramente el padre Haggerty conocía bien a los habituales de entresemana, por lo que Richard debía ser una incógnita para él.

Puso especial empeño en atender la breve homilía, para descubrir entre sus palabras cualquier atisbo de preocupación, de inquietud, cualquier estado de ánimo que delatara qué cosas pasaban por su cabeza.

Hablaba de la verdad. ¿Qué es la verdad?, preguntaba a la audiencia. Es tan manipulable, tan subjetiva, ¿cuál es tu verdad? Lo que para mí es cierto es falso para otro. Richard sonreía sardónico. «Este hombre trabaja para la misma empresa que yo, al menos se hace las mismas preguntas». Durante toda su vida había aprendido a convivir con las verdades interesadas, a contemplar como la disciplina y la política de la casa coordinaban y amoldaban realidades opuestas, intereses enfrentados, y todo se lograba reinterpretando la «verdad». «Esto no ha sucedido cómo tú Richard realmente crees. No tenías toda la información...» le dijeron, y por arte de magia quien tú creías era un acérrimo enemigo de la nación americana resultaba de pronto ser un indispensable aliado. Gajes del oficio.

Sí, ¿qué era la verdad?, algo tan maleable y mórbido que Richard había optado por apartarse de ella lo más posible, con los dedos tapándose la nariz, asqueado. Tal vez era la pestilencia de la verdad lo que le llevaba a ser un simple colegial de escasa ambición. ¿Cómo lo había llamado Kate?... eso, un tonto bueno, incapaz de digerir aquel plato de triquiñuelas y juegos de palabras, de trapicheos de mercadillo en el que se negociaban ascensos, alianzas, pactos... «política de la casa» era el eufemismo empleado para resumir esos desenlaces inexplicables de otra manera.

El sacerdote seguía hablando de la verdad y la mentira. No lo hacía en términos pueriles, negro y blanco, sucio y limpio, luz y oscuridad... y en cierta medida fue despertando el interés de Richard, sino como ese amasijo a veces indiscernible en el que se mezcla la interpretación subjetiva, el interés particular, el discernimiento claro y el qué dirán, un totum revolutum en el que cada conciencia construye a su libre albedrío, y casi podría decirse, a su imagen y semejanza, su propia verdad.

La homilía se alargaba, pero el sacerdote la culminó abruptamente, inesperadamente. De pronto sentenció: sin embargo existe una verdad común, que nos hace hermanos en nuestra humanidad, y es que nuestra alma está hecha para amar, y sólo en el verdadero amor una persona reconoce esa verdad, y comprende que es una verdad pura, única, cierta... —Y sus últimas palabras se perdieron en un murmullo inaudible.

Y prosiguió el oficio pero Richard tiró del hilo que proponía aquella últimas sentencia. Tenía tiempo para ello mientras el sacerdote seguía y presentaba la ofrenda.

El amor... ¿no es acaso algo tan maleable como la verdad? El no había

descubierto eso de lo que hablaba el padre, ni mucho menos, sino todo lo contrario, una realidad cruel, una auténtica verdad; el egoísmo, el instinto de conservación... Los egoísmos que acaban aflorando indefectiblemente y que convierten toda relación humana en un mercadeo de «doy a cambio de lo que espero recibir», y da igual si hablábamos de una relación conyugal, o aún peor, de padres e hijos, en la que ya ni siquiera se espera la relación de intercambio y se sustituye por la absoluta exigencia de lo que «me corresponde» que clama, exigente, la prole. Richard recordaba sus rabietas de infancia, pueriles en un inicio, pero que con los años se transformaban en sordas recriminaciones cuando no se le otorgaba el modelo de coche que quería o en mezquinos agradecimientos cuando sí. Tony, su hermano, era especialmente irritante a veces, no paraba de hablar y hablar, como un abogado exponiendo su caso interminable, dando vueltas sobre lo mismo, descubriendo nuevos argumentos a favor, y él mismo, enfervorizándose en sus pretensiones hasta bordear casi el histerismo, sin que la más mínima alegación de la madre o la bronca voz de su padre, cortante y definitiva, pudieran interrumpir el discurso. Él, sin embargo, resultaba más cándido y menos irritante, aunque en el fondo ambos hermanos eran idéntica y absolutamente egoístas. No, él no había visto ninguna clase de amor verdadero en su vida, y mucho menos si consideraba a Johanna. ¿No era cierto que lo había dejado tirado?... sin ningún aviso, señal, advertencia... sin ninguna conversación previa que expusiera un... «esto no puede seguir así». Ese era su secreto más doloroso. Como hombre lo había guardado para salvarse de la humillación pública... pero seguía siendo una herida abierta después de tantos años. Aquel sábado estival que acababa de regresar de Europa se mantenía en su memoria intacto. Las cortinas de la habitación filtraban una cálida luz de atardecer mientras las partículas de polvo titilaban suspendidas en la atmósfera extraña de la habitación... toda en orden salvo por los armarios abiertos y semivacíos y los cajones de la cómoda que pertenecían a Johanna desvalijados. Esos cajones vacíos, esos armarios abiertos parecían bocas que proferían un grito recriminatorio, casi incomprensible, un grito agónico y silencioso, que obligó a Richard a llevarse las manos a la cabeza para mitigar aquel estruendo de emociones. Fue imposible ponerse en contacto con ella, seguir su rastro. ¿Tendría un amante? Richard se figuraba que así sería. Y a partir de aquel día se había iniciado un lento escrutinio de su pasado, como el detective que lupa en mano analiza el escenario de un crimen, buscando en cada colilla, huella, papel, un indicio, así él revivió su pasado reciente, anodino, monótono, rutinario, en busca de esas señales, de esas pistas, sin descubrir nada, salvo una felicidad pactada, que como el lento discurrir de un río que se aproxima a su delta, sabe que su fin está próximo. Richard no sabía lo que era el amor... y si lo había sabido algún día hacía tiempo que lo había olvidado. Amor... esa palabra ya no le inspiraba confianza. No, no sabía a qué se refería aquel hombre del púlpito.

Siguió al padre Haggerty con cierta prevención porque dos personas caminando,

una en pos de otra, por un barrio en el que es raro ver un sólo transeúnte podía resultar excesivamente descarado. Fumaba plácidamente mientras aguardaba unos metros más allá del porche de las viviendas en las que entraba, o se sentaba en un pretil sombrío y alejado, y en el mejor de los casos, desde una modesta cafetería vigilaba las visitas del sacerdote.

«¿Estás siguiendo al sospechoso?».

Era un mensaje de Kate. Estuvo a punto de responder afirmativamente, como un acto reflejo, pero su instinto y su espíritu de contradicción le llevó a responder justo lo contrario.

«Es mi día libre, ¿recuerdas?».

Una pequeña provocación, un agitar las aguas para observar las ondas, su ejercicio favorito. No era de esperar una particular reacción de enfado, de contrariedad, pero tanto si era excesiva o escasa, ambas respuestas podían mostrar interesantes implicaciones. Es como el médico que ausculta, palpa y toca, en busca del dolor... ¿duele aquí?... ¿y aquí?

La respuesta de Kate se demoró.

«Está bien, yo me ocupo a partir de ahora».

Richard sonrió. Kate infatigable y ambiciosa. ¿No descansaba nunca? Le habría gustado enviarle un mensaje para descubrir su pequeña estratagema, pero si hubiera sido la Kate novata e ingenua que recordaba tiempo atrás tal vez lo hubiera hecho, pero con la actual Kate, superior, altiva, que actuaba como enterada de todo de antemano... no, con ella no merecía la pena tener esa gentileza, no cuando era ella la que ocultaba tanto.

De pronto la mente de Richard le presentó un plan aún mejor. El padre Haggerty se introducía en la casa de la loma a la hora de siempre. Si Kate acudía lo haría en aquel lugar. Aguardaría oculto.

Pero Kate no apareció. Transcurrió la hora larga que el padre Haggerty despachaba con la familia Connor mientras Richard ejercía una discreta contravigilancia, pues esperaba ver llegar a Kate a fin de poder ver cómo actuaba, qué hacía de no mediar él.

Finalmente la puerta de la casa se abrió y la figura del sacerdote salió al jardín acompañada de una mujer de mediana edad cuya vida Richard había leído concienzudamente en varias ocasiones. Parecía mucho mayor de lo que le correspondía, su caminar cabizbajo embutida en una chaqueta de lana que parecía quedarle grande, el apretón del hombro que el sacerdote le dio al despedirse, todos ellos gestos resignados que retrataban a una persona subyugada por la fatalidad, consumida por el sufrimiento.

Richard arrojó el resto del cigarrillo a la calzada y se dispuso a seguir al sacerdote hasta su residencia. No comprendía porque no quería Kate ningún tipo de escucha electrónica. Con lo fácil que sería si... Richard cavilaba ideas que no quería admitir por lo que implicaban.



El BMW de Kate permanecía aparcado frente a la misma Iglesia y Kate en persona se paseaba acera arriba y abajo, impaciente, mientras aguardaba la llegada del sacerdote, casi como si hubiera concertado una cita con él y éste se hubiera demorado. Richard observó atento cada uno de sus movimientos, cuando ambos se saludaron, casi como viejos conocidos, ¿habían sonreído? Había cierta familiaridad en sus gestos, en la invitación del sacerdote a que Kate le acompañara al interior del templo, en esos ademanes que hacen la gente que lleva tiempo sin verse y de improviso se encuentran en la calle...

## Capítulo 19

Había algo en el alcohol que Richard había aprendido a valorar con los años. En primer lugar, había de admitirlo, aunque fuera sólo para él, se había convertido en un cobarde. Por eso acudía al alcohol... y lo reconocía. No le gustaba la realidad, le costaba asimilar algo... no había nada que una buena dosis de whisky no lograra derrotar. El enemigo, fuera cual fuera, acababa siendo empequeñecido y humillado, daba igual de lo que se tratara, miedo, frustración, desdicha. Incluso con lo de Johanna. Podía mirar de frente los hechos, y envalentonado por ese calor interno y animado por una mueca de sonrisa beoda y asimétrica, era capaz de mirar la traición de su ex y hasta comprenderla... e incluso compadecerla... y además, lo mejor de todo, esa anestesia intravenosa que le proporcionaba aquel líquido ambarino le aliviaba por completo el dolor. Era capaz de ver los desmanes del trabajo, los vaivenes incomprensibles de políticas de la casa, las injusticias cometidas, los errores sobre los que se tendía un manto de oscuro terciopelo que disimulaban bajas colaterales y presupuestos exorbitados que a saber qué oscuros trasiegos y sobres bajo la mesa quedaban ocultos, y de esta manera seguía su camino imperturbable, continuaba adelante aunque no supiera ni a dónde iba ni lo que esperaba encontrar. Podía ver la verdad, asumirla, y pasar página... siempre en ese estado semiinconsciente que brinda, nunca mejor dicho, el exceso de alcohol en sangre. Y una vez que seguía adelante, eso sí, su carácter se ensombrecía, su humor se hacía más cínico y su frente se arrugaba un tanto más... pero seguía.

Y ahora tenía que acudir al alcohol... una vez más.

Había optado por volverse a casa, pero incómodo entre sus insípidas paredes fue de bar en bar hasta que al final se encontró suficientemente inseguro de su propio equilibrio y se estableció indefinidamente en el taburete alto de una cervecería de aspecto británico y camarero de bigote pelirrojo y poblado de aspecto escocés.

No comprendía a Kate. Todo lo que le había dicho... Parecía que iba a ser su hombre de confianza... un escalafón más arriba... conocer de primera mano la información de interés del caso Cotard... iba a confiar en él plenamente. Pero por lo que se veía seguía siendo un subordinado de poca monta, prescindible, al que se podía mantener en la ignorancia más completa, un peón. Se preguntó si tal vez Kate simplemente lo tuviera a su vera para controlarlo más directamente y que no hiciera nuevas tonterías... pero las había hecho, vaya que sí.

Apuró un vaso de un tragó y pidió otro whisky, sólo, con dos piedras de hielo. Le gustaba frío.

El dolor de la frustración estaba casi mitigado. Empezaba a hacerle cosquillas una sensación de triunfo, como la del granuja que tras realizar una travesura observa como los mayores no sospechan quién ha perpetrado el delito. Así engañaba a su autoestima.

Sí, había visto ese saludo entre el sacerdote y Kate completamente inesperado,

absolutamente inapropiado, incomprensible, al menos, con la información que Kate le había dado sobre el mismo. Se trataba de seguir a un sacerdote al que habían encomendado exorcizar a una joven con toda la pinta de sufrir el síndrome de Cotard. Kate le había pedido que confiara en él. Estarían solos, absolutamente solos en esa misión. Y Richard había puesto cara de incredulidad al oír hablar de exorcismos y de sacerdotes... pero decidió confiar en su compañera. Y había sido un crédulo, estúpido, engañado de nuevo, mantenido aparte. Ese saludo entre ambos, cuando Kate ni se figuraba que él podía estar espiándola, había sido como goma dos explotando, detonando toda esa construcción de confianza que Kate le había dado pie a edificar.

Pero él no se había quedado quieto, atónito, desplazado, traicionado... en la calle húmeda mientras algún coche que pasaba raudo junto a él levantaba surtidores de agua conforme atravesaba los charcos de la calzada y salpicaba su gabardina. No, él no se quedó allí plantado, sino que según veía las dos figuras se introducían en el edificio que hace las veces de residencia, colindante con la iglesia, echó a correr, veloz, a pleno rendimiento. Su corazón latía a ciento sesenta, aprovechando toda aquella adrenalina, toda la energía que aquella revelación dispersaba por cada célula de su cuerpo, cada glóbulo rojo de su sangre, en el que la rabia inundaba incontenible su cerebro como una marea roja cegadora, lo empapaba y lo encendía. Y la furia incipiente era contrarrestada por una emoción dispar, por una idea, por una intuición, muy poderosa, que no era otra sino esa curiosidad tan propia de él, y que venía a decirle en su interior que por nada del mundo, ni siquiera él en un estúpido arrebató infantil, desperdiciara su oportunidad.

Apuró de un trago la copa y según la depositaba ruidosamente sobre la barra ya hacía un nuevo gesto al camarero para que le sirviera otra, y éste diríase que estaba aguardando esa petición como un perro viejo que conoce de sobra las manías de su amo y sabe qué hacer de antemano para no irritarlo.

Sí, se había introducido en pos de ambos en el edificio colindante de la iglesia. Nunca lo había hecho anteriormente. Se encontró en un amplio *hall*. Un recibidor vacío de pavimento marmóreo y oscuro, un mueble de recepción de madera taraceada en su frente y un mostrador de roble y de aspecto rococó, las paredes adornadas con amplias escalinatas que partían en direcciones opuestas pero que parecían concluir en el mismo punto de la planta superior, trazando en su ascenso un recorrido ovalado. Al frente partía del *hall* un largo y amplio corredor flanqueado por puertas de madera oscura y vidrios esmerilados en los que con exquisita letras doradas se inscribían diversos nombres. Richard trotó como un sabueso que olisquea una presa cerca a lo largo del pasillo lanzando miradas a uno y otro lado hasta que la encontró: «Padre Haggerty».

El vidrio de la puerta deformaba todo cuanto había tras ella, pero no se percibía movimiento ni sonido alguno a su través. Decidió abrirla lentamente. Se atisbaba una pequeña sala de espera. Más allá de ella, tras una puerta entornada de la que llegaba

la claridad de la luz natural, se adivinaban las voces de una conversación. Sí, eran el padre Haggerty y Kate que conversaban en el despacho particular del primero. Y allí escuchó... Y Richard, mientras apuraba su copa se esforzaba en escribir en un bloc de notas, medio apoyado en la barra, todo cuanto recordaba de la misma.

Lo primero que oyó fue la voz de Kate.

—Así que es aquí donde llevas instalado los últimos años. Cuando descubrí tu coartada en este lugar he de reconocer que me sorprendió mucho... no esperaba, cómo decir, este cambio tan grande en tu vida. ¿Qué ha sucedido? ¿Has visto la luz de pronto?... Me imagino que no habrás hablado de tus antecedentes, ya sabes, diferentes ocupaciones, a tus superiores... —Kate soltó una carcajada un tanto burlona—. Me encantaría ver sus caras si algún día se enteran. Bueno, cambiando de tercio, no sé cómo compaginarás ese tipo de sinceridad con tu actual profesión en la que, en fin, mentir es pecado ¿no?...

—No me preguntaron demasiado... y a veces sí, optaba por callar y aquí eso se respeta. Tal vez no sea así en tu trabajo... la NSA ¿no? —La voz del sacerdote parecía pausada, relajada. Se sentía cómodo en compañía de Kate y toleraba muy bien su sarcasmo.

Sin embargo parecía una conversación tensa. Kate imprimía a sus palabras el carácter de un duelo en el que uno recriminaba y el otro contenía los golpes con mansedumbre, paciencia y resignación, pero resultaba obvio para Richard que entre los dos existía un vínculo, una familiaridad, una confianza que sólo puede haber brindado el compartir un trabajo, un hogar, algo. Richard sentía que entrambos bullía una agitada rivalidad derivada de un enfrentamiento o una oposición de antaño... una antigua enemistad tal vez que con el transcurso del tiempo ha establecido unos extraños vínculos de afecto... en cierto sentido le recordaba a su misma relación con Kate. De la familiaridad inicial años ha se había llegado a una permanente tensión que Richard no acababa de entender... o que tal vez no deseaba afrontar. De pronto era consciente de lo poco que sabía de la vida de Kate fuera de la agencia.

—Así que has optado enarbolar la espada de la bondad y los buenos sentimientos... ¿a estas alturas de la batalla? Me parece una ingenuidad tan pueril, tan... ñoña, no sé si esa es la palabra. Pero por Dios, ¿en qué estás pensando?... ah, no puedo llamarte padre Haggerty, me resulta demasiado inverosímil... diría que me divierte incluso.

—Me gustaría que utilizaras ese nombre, te lo agradecería.

—Sí, ...lo cierto es que no podría nombrarte de otra manera. Tus antiguas identidades me parecen absurdas viéndote ahora con sotana y alzacuello. Cielo santo, me pareces patético. ¿Qué esperas lograr con esa actitud? ¿Es que crees que vas a ir al cielo? A estas alturas... ¿has abandonado toda ambición?, ¿te retiras? ...o mejor dicho... ¿te rindes?... porque es eso lo que estás haciendo supongo... aunque no entiendo entonces que haces con esa chica a la que atiendes. Es algo que no comprendo...

—Son los designios del Creador...

—Kate —la agente tuvo que hacer de apuntador y decir su propio nombre, el sacerdote parecía no recordarlo.

—Mmmm... bonito nombre, me gusta, Kate, te sienta bien.

—Y por favor, no me vengas con los designios del Creador. Bien sé yo de esos designios y no me parece que a estas alturas que nadie se interese por lo que sucede aquí. Ellos... Ellos están a punto, y ellos sí que tienen verdaderos designios y van a intervenir, sí que vas a notar el peso de su ira sobre ti cuando llegue el momento ¿sabes?... hombres de carne y hueso y no entelequias... los he seguido, después de tanto tiempo he descubierto una pista y estoy tirando del hilo... Es de ellos de los que deberías andar preocupado.

—¿Y a qué esperas para unirme a sus filas? Está claro que rebotas ambición... Kate... siempre la has tenido... y sin embargo no acabas de integrarte, de dar el paso... ¿qué pasa? Tanto criticas mi patetismo, mi estar al margen, mi ridícula persecución de la bondad y tú... ¿no utilizas sus armas acaso? La seducción, la avaricia... ¿no les ofreces tus facultades? Estoy seguro que sabrían valorarlas.

—No me hagas reír citando ahora los pecados capitales. No, no me hace falta rebajarme. Tengo inteligencia, ¿sabes? No necesito de otros recursos...

El padre Haggerty rió, una risa prolongada, discreta, como la de un hombre mayor, veterano, que cree haberlo visto todo, y que se alegra de que a su edad todavía pueda descubrir cosas que le llaman la atención.

—No necesitas de otros recursos... Eres atractiva Kate, muy atractiva, y sí, utilizas esos recursos, aunque tal vez no como ella, con su... lujuria, con su arte seductor a la par que destructor. Pero no pasas desapercibida y lo sabes. Sí, y en eso en cierto sentido te da ventaja y tú lo sabes bien. Y por cierto, ya que hemos nombrado esas habilidades de índole lasciva, ¿qué ha sido de... Lucille? Siempre ha sido la que más me ha preocupado de todos.

—Le he perdido la pista, desde hace unos años... Era un seguimiento que realizaba con máxima discreción, pero de pronto desapareció ante mis ojos sin dejar rastro. Habrá cambiado de identidad, nombre... No sé si me descubrió...

—Te descubrió.

—Lo dudo. Creo que simplemente cuando llegó el momento de mover ficha la sacaron de su anonimato. Me preocupa.

—¿De veras te preocupa?

—Sí, me preocupa que llegue el momento decisivo y no esté en el bando correcto, en la posición adecuada...

—Sí, esa eres tú, no has cambiado... pero sin embargo no te descubres abiertamente, no te alías con ellos... parecen definitivamente el bando ganador, casi diría que es el único bando, ¿no?, no hay freno para su ambición. Sospecho que falta poco para su hora, ¿verdad? Seguro que disponen de medios para realizar alguna de las tuyas... es su sello.

—También yo lo presiento. Además... he averiguado algo... a través de una fuente. Ha descifrado el código Voynich. A través de un documento que descubrí en Brasil sé que preparan algo que denominan el «evento». Es algo demoledor... capaz de producir un daño significativo a la humanidad al completo. Da miedo sólo pensarlo. Creo además que el síndrome Cotard es la punta del iceberg.

—¿El síndrome Cotard?

—Sí, es en terminología científica lo que designa lo que tiene Jane...

—Ah, lo llamáis así... Según veo la gente lo asocia a trastornos psiquiátricos, pero esta es la primera vez que oigo esa denominación.

—Sí... está en progresión claramente creciente. No sé cuánto tiempo puede seguir produciéndose esto sin que salte a los medios de comunicación.

—Lo sé... me he topado con algunos casos en toda la diócesis, lo suficientemente dispersos para no llamar la atención... pero la gente tiene miedo y es reacia a hacer público este mal. Presienten que no se trata de un simple trastorno psiquiátrico. Aún así entiendo que a través de ellos podemos averiguar qué pretenden... aunque sinceramente, preferiría no saberlo...

—¿Tienes miedo?

—Sí... pero no es un miedo por un temor personal... ¿Cómo dicen? La ignorancia es la felicidad. En este caso es cierto. De otro modo, si averiguara algo, me temo que va a representar un conocimiento que no voy a saber cómo manejar. Demasiada carga para uno sólo.

—¿Y qué haces con ella? No hay remedio, lo sabes. Deberías decírselo a los padres y que lo vayan asumiendo... aléjate y no te involucres. Me apena verte perder tu tiempo de esa manera.

—Intento salvar almas Kate.

Está vez la que rió fuerte y con ganas fue ella. Una risa que a Richard le resultaba vagamente familiar. Le recordaba a otra Kate, la joven recluta que había conocido tiempo atrás. Sin la fachada inescrutable que mostraba ahora, una Kate espontánea, tal cual era, una mujer que Richard llevaba largo tiempo sin vislumbrar, oculta tras el barniz del maquillaje, disimulada bajo trajes que delineaban un cuerpo de mujer perfecta.

—¿Salvar almas?... pues te queda un largo trabajo... y poco tiempo, muy poco tiempo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Y eso... ¿cómo es posible? ¿Acaso en este lugar apartado, sin conexiones, sin acceso al poder, puedes mantener una red de contactos, una estructura de espionaje, algo... mínimamente profesional? No me hagas reír. Por tener no debes ni de tener dinero.

—Sí, así es, pero mantengo pocos contactos, los suficientes. Es más, te diré lo que sé. El manuscrito ha sido hallado.

—¿De veras?... no es posible. ¿Han sido ellos? ¿Cómo lo sabes?

—Siempre tuve contacto con los monjes de Meteora, Kate. Alguien se aproximó a ellos y empleó los argumentos adecuados. Lo ha sustraído... aunque ignoro con qué intenciones.

—Si no son ellos ¿puede ser alguno como nosotros?... tal vez un aliado tuyo... alguien que quiera destruirlos, ¿desenmascararlos?... Pero no lo permitirán. Es hombre muerto.

—Tal vez tengas razón. Al menos ha de ser inteligente. Si ha logrado el manuscrito es porque ha descubierto el secreto. Ignoro completamente cómo es posible. Pocos sabíamos de su existencia. Sin embargo sospecho que se trata de un simple particular... pero ignoro por completo sus motivos.

—Y... ¿por qué me cuentas todo esto? ¿No deberías pensar que tal vez pudiera aliarme de pronto con ellos? ¿No sería entonces tu más acérrima enemiga? Estarías completamente perdido... padre Haggerty. —Kate pronunció estas palabras con una especial sorna, en tono muy burlón.

—Es posible que tengas razón Kate... pero entonces... ¿por qué no lo has hecho ya? Tiempo de sobra has tenido. A pesar de toda tu ambición, de todas tu palabrería sobre el poder y tu capacidad, sigo confiando en ti y en tu bondad. Siempre me he mostrado vulnerable contigo... Eres mi punto débil.

—Haces mal. No intentes manipularme, no soy una niña. No hables de lo buena que soy porque tú y yo sabemos lo que he hecho y de lo que soy capaz.

Siguió una larga pausa en la que ambos se sumergieron en sus particulares consideraciones, recordando hechos a los que aludían las palabras de Kate. Cada cual debió rememorarlos a su manera, reinterpretándolos, justificándolos, ...el padre Haggerty rompió el silencio incómodo cambiando de tema. Richard recordaba perfectamente cómo siguió la conversación a continuación.

—¿Quién es tu compañero? ¿Confías en él?

—Sí... sabes que lo conozco de hace mucho tiempo. Muy particular. Me interesa tenerlo a mi lado. Puede resultar útil.

—¡Ah!, así que es uno de esos ases que te gusta tener a mano... o tal vez alguien del que puedas prescindir si llega el momento. O tal vez sea otra cosa que no desees admitir...

—Ya se verá. Creo que es más importante de lo que pensamos... tiene carácter y es perseverante.

—Has de averiguar quién tiene el manuscrito y por qué lo sustrajo. Yo desde aquí no tengo capacidad de acción... al menos no puedo ir a Grecia. Te dejo un nombre y dirección. Tal vez con tus dotes puedas lograr algo... Además... tal vez puedas ayudarme...

—¿Yo a ti?

—No a mí... no exactamente a mí... Caso de que contactes con alguien que esté con ese síndrome que antes citabas, sobre todo si es avanzado u ofrece alguna peculiaridad, me gustaría que me avisaras... Toma esta tarjeta, creo que es

importante.

—¿Por? ¿Qué podría hacer? ¿Qué tramas?

—No te preocupes por eso ahora. Tú avísame si tienes a alguien así y ya te contaré.

—Veré lo que puedo hacer. Y por cierto... no te quedes con cara preocupada. Esta investigación es extraoficial. Para la NSA nadie ha estado aquí, puedes dormir tranquilo. No apareces en mis informes.

El padre Haggerty hizo un comentario final.

—¿Sabes... Kate? Alguna vez considero que hemos olvidado para lo que estamos aquí... todos nosotros. Incluso me he planteado si no sería mejor así... olvidarlo por completo, dejar de inmiscuirnos... ¿Crees que sería posible eso? ¿Olvidarlo todo?

Kate tardó en responder.

—Dicen que algunos lo han intentado... pero que nadie lo ha conseguido verdaderamente...

Sí, Richard recordaba perfectamente la conversación. Cada revelación, cada frase se le había quedado prendida del cerebro con un doloroso alfiler, como una electrizante descarga que provocaba tanto una punzada de placer como de angustia. A fin de cuentas se sentía como el marido que destapa la infidelidad de su mujer y siente un profundo y desconcertante cruce de emociones, la tímida satisfacción derivada de ser más listo que su pareja y descubrir el pastel, y la terrible y a la vez incrédula amargura del que se sabe traicionado. Sí, Richard sentía aún el dolor de sentirse nuevamente manipulado, nuevamente relegado, y con cada trago que apuraba parecía que esa quemazón disminuía un tanto. Sólo quería guardar para sí la otra parte, la exigua, la del gozo, la alegría, el contento del que sabe que al final se ha salido con la suya nuevamente. Era, no el tonto bueno y afortunado que inopinadamente había ganado la lotería, sino un hábil tahúr que sabía marcar las cartas en una timba de póker. Tras vaciar un nuevo vaso de un largo trago por fin parecía que ese vago sentimiento de victoria era lo único que perduraba en la boca de su estómago.



## Capítulo 18

Richard contemplaba a la mujer del vestido estampado, una silueta grácil que el vuelo de la falda resaltaba, de pelo ahuecado, libre, alborotado, que se sacudía con cada risa, con cada movimiento de cabeza, al girar los hombros para pedir una nueva copa al barman o dirigirse a cualquiera de sus interlocutores, pues era el centro de un numeroso grupo de contertulios. Sus ojos chispeaban, eléctricos, magnéticos, eran capaces de mantener a todo el público masculino del local aturdido, como si hubieran sido golpeados con un guante de boxeo y todavía estuvieran alhelados. Como un prestidigitador que ahora hace aparecer una paloma, ahora muestra la carta que parecía perdida, así ella, con sus sonrisas, dirigidas una vez a uno, otra vez a otro, mantenía al pequeño auditorio que componía su grupo de amigos con la atención cautiva, cada uno a la espera de ser el próximo en recibir las dádivas de unas palabras, de unas risas. Todos los comentarios y anécdotas se contaban mirando hacia ella, esperando su aprobación, su simpatía, su alborozo. Y si ella era la que hablaba todos se apuntaban a ser los primeros en reír y aplaudir sus ocurrencias vibrando al son con el que se mecía su ondulada melena.

Richard, por su parte, acababa de salir con los chicos del equipo de fútbol americano. Habían cosechado una victoria muy sufrida, además de unos cuantos moretones que aún dolían. Y así, hablando con los compañeros, entre bromas y cervezas, descubrió con la vista, casualmente, a Johanna...

No sabía cómo había sacado el valor para atravesar el local y plantarse a su lado. Tal vez un par de miradas que se habían cruzado entre ambos y que habían disparado su adrenalina y acelerado el corazón como si estuviera a punto de saltar un precipicio. Abandonó la seguridad de su grupo y se dirigió con paso felino hacia ella, esquivando a la concurrencia que iba y venía, que formaba tapones y dificultaba el paso, desapercibido entre la neblina del tabaco y los juegos de luces psicodélicas del local. Y mientras se acercaba... otra mirada. Richard sentía... sabía... que ella lo esperaba. Nunca supo por qué él era el elegido entre tantos como había allí, es más, de entre todos los hombres del condado, pues ella podía rendir cualquier fortaleza. Johanna era indudablemente la reina... a su voz cualquiera de aquellos súbditos, incluido él mismo, habría hecho lo posible por ver cumplidos sus deseos.

Se plantó a su lado y le susurró algo al oído, sorprendido él mismo de su propia audacia, la sangre en la cabeza, los latidos en la sien. Y Johanna rió, y le tomó del brazo, y le dijo que le invitara a una copa. Y mientras se la llevaba hacia una mesa aparte se despidió de su grupo, formado por casi una docena de chicas y chicos universitarios, de los cuales el género masculino apenas pudo articular una palabra de despedida, tal fue su desconcierto.

Hablaron y rieron durante horas, hasta que el local cerró y fueron los últimos en abandonarlo. Y al poco de salir por la puerta, Johanna lo detuvo y le miró a los ojos, y entonces Richard lo supo, antes incluso de tocar aquellos labios con los suyos, antes

de abrazarla y sentir el contacto de su cuerpo, antes de acariciar su pelo mientras la besaba, lo supo... iba a ser su mujer... su única mujer, no podría haber más ni jamás podría ser de otro modo.

Y en la oscuridad de su apartamento Richard fue descubriendo la piel suave, inacabable, tibia de Johanna, conforme desanudaba el vestido y lo dejaba caer como flotando, vaporosamente, al suelo. Sus manos recorrieron los contornos de su silueta, su talle delgado, su cadera apenas marcada, sus pechos, mientras se besaban con pasión. Y parecía que esa era su primera vez, todo cuanto descubría con su tacto tenía un sabor nuevo, una melodía diferente a cuantas hubiera escuchado antes, pero que poseía la virtud nueva, deslumbrante. De pronto había olvidado sus primeras relaciones, su novia actual con la que acababa de estar esa misma tarde, horas atrás, y de la que se había despedido cariñosamente con un «hasta mañana» que jamás se cumpliría... todo había quedado olvidado, borrado por un incendio impetuoso que iba a quemar todos sus recuerdos, todo cuanto antes había sido. No existía otra mujer que aquella. Y ella le desabrochó la camisa y el cinturón del pantalón...

Aquella noche hicieron el amor insaciables, con un ansia predestinada, como si tras una espera eterna al fin hubiera llegado ese momento que sin saberlo siempre había anhelado, y Richard sentía que estaba en la plenitud de su vida y que no habría dicha mayor que la que disfrutaba mientras sentía la calidez de ella, su abrazo, el contacto tibio de su piel, y la voz susurrante de Johanna le pedía que siguiera, que no la abandonara, que así habría de ser siempre. Y su avidez parecía interminable como la noche más oscura parece no ha de acabar.

Cuando al fin amaneció Richard tenía la impresión que no había pasado unas horas, sino media vida, que en ese tiempo infinito había madurado por eones, que su vida había sido cortada en dos partes diferentes, que lo que iba a seguir forzosamente habría de tener un sabor distinto.

Johanna era divertida y muy independiente. Richard debía una y otra vez reprimir sus celos, pues constantemente se decía que era imposible retener a una mujer como aquella, hasta los tigres comerían de su mano, decía a sus viejos amigos de Vermont cuando hablaba con ellos por teléfono y les describía cómo era ella. Allá donde entraran sentía como enseguida ella acaparaba la atención. Siempre que había algún tipo más lanzado de la cuenta no dudaba en presentarse junto a ella con cara mosqueada y los puños apretados obligándole a carraspear y desaparecer, situaciones estas que a Johanna le hacían reír sin parar hasta que finalmente lograba que se le bajaran los malos humos a Richard.

Pero a pesar de su aparente frivolidad Johanna era una estudiante aventajada, y estaba resolviendo sus estudios de una manera brillante, una ingeniería técnica de física avanzada de la que Richard, metido en temas de derecho, apenas entendía palabra. Mientras ella iba demostrando curso a curso que le aguardaba un futuro prometedor Richard comprendía por su parte que había elegido una carrera

equivocada en la que avanzaba a trompicones y en la que los tiempos estaban más supeditados al interés de Johanna que al suyo propio. Cada día se veía menos como abogado o ejerciendo cualquier género de profesión rutinaria. Fue entonces cuando Johanna le sugirió que se presentara a las plazas de reclutamiento que ofrecía la NSA. Parecía un empleo interesante y su corta experiencia militar seguro que era un buen aval. Y fue eso lo que hizo.

Richard se entretenía en recordar todas estas cosas durante horas muertas, cuando se encontraba sólo en su apartamento sufriendo resacas tras noches más cortas de lo recomendable. Se recreaba en aquella vida estudiantil y en los primeros años en los que empezaron a salir adelante. Y Johanna nunca cambió. Tenía un aire jovial, eterno, chispeante y nuevo, con cada sonrisa, que hacía que cada día con ella pareciera tan fresco como el primero. Y mientras él envejecía, llegaban las primeras canas, y el trabajo lo agriaba, Johanna parecía tener el mismo aire desenfadado, incombustible, ajena a problemas y preocupaciones... casi infantil, pero tan... Richard no sabía que palabra emplear pero quizás la más aproximada fuera ésta, desenfada, ...en la cama como lo había sido la primera noche.

Y mientras Richard bebía y bebía intentando averiguar qué era lo que realmente había hecho mal y recordaba todos aquellos capítulos, los lejanos y los cercanos, acababa rindiéndose sin saber exactamente la causa, ...tan sólo pudo ser que finalmente apareciera alguien mejor que él. En el fondo siempre había sospechado que algo así acabaría pasando. Era el destino.

Ese era su secreto que a nadie contaba, su herida privada. Sólo él tenía acceso a aquel recóndito lugar del corazón en el que al mirarse sentía compasión de sí mismo, un dulce dolor que al menos llenaba el enorme vacío que había dejado la marcha su abandono. Un trueque de felicidad por desdicha. Y en ese cámara secreta de la que nunca nadie había sabido nada una voz y una pregunta resultaba molesta, disonante, no acababa de encajar ni de tener una explicación coherente. Y esa falta de armonía inquietaba a Richard, y por más que había bebido y dormido borracheras no lograba que un pensamiento dejara de incordiarle.

Y la pregunta que había abierto la vieja cicatriz era: ¿Y no sabes nada de Johanna?... y había sido Kate justamente quién se la había formulado.

## Capítulo 21

El vuelo a Madrid le resultó a Richard más tenso de lo que le habría gustado. Embargado por un cabreo infantil, era incapaz de enfrentarse a Kate. Se conocía demasiado bien. De la misma manera que podía actuar hiriente, incisivo, cuando quería accionar los resortes escondidos que todos llevamos dentro, nuestros secretos, nuestras voces calladas y los capítulos que nos gustaría olvidar, y ante ese sagrario de silencio Richard obraba con absoluta falta de respeto, con inmoderada desvergüenza, como el peón descuidado que acomete una chapuza, iluminando con sus preguntas embarazosas los lugares que gustarían permanecer en penumbras, con sus disquisiciones inconvenientes alterando la paz cubierta de polvo de lugares ya olvidados. Era su indiscreta forma de abordarlo todo, no sabía exactamente por qué razón, la faceta de su carácter del cual más se enorgullecía secretamente.

Pero precisamente esas cualidades dialécticas se volvían a menudo contra sí mismo, se delataba, no sabía mantener esa absoluta indiferencia del cirujano que opera a un personaje anónimo cuando sabe quién se esconde bajo la sábana del operatorio. Carecía de la flema inglesa o la discreción francesa, y muchísimo menos aún de la modestia de los orientales. No tenía miedo a lo desconocido, salvo cuando era él mismo el que podía quedar en entredicho. Incapaz de mantener el carácter frío, sentía cada una de las palabras con las que formulaba las preguntas, y el interrogatorio intercambiaba los papeles, al preguntar mostraba sus propias cartas, todo cuanto era, y tal vez por esa patética honestidad de colegial estaba donde estaba desde hacía tantos años. Y la partida aún se hacía aún más difícil cuando su contrincante era Kate. Resultaba imposible echarse un farol sin a la vez revelar que tenía su mano repleta de ases, ocultar con su timbre cínico habitual preguntas que irán acompañadas de un rictus diferente, tal vez de una entonación vibrante y altanera pero incapaz de ocultar inseguridades y dudas... algo que Kate descubriría fácilmente. Tenía que esperar. Y el largo vuelo era una buena ocasión. No podía existir vigilancia electrónica en la cabina cilíndrica del Boeing en el que volaban... a menos que Richard se hubiera quedado obsoleto en cuanto a conocimientos sobre la capacidad de transmisión de cualquier género de escucha radiofónica. Si Kate tenía algo que decirle lo haría ahora.

Pero no quería incitar a Kate a que soltara prenda. Ya le había dado una serie de sucintas explicaciones un par de días atrás. Viajaban a Madrid, un nuevo caso Cotard, bastante avanzado, que podía ser interesante tal vez por el hecho de quien estaba en contacto con el paciente era un prestigioso psicólogo portugués que se hallaba en un congreso fuera de su país. Richard se revolvía en su asiento. La imagen del padre Haggerty charlando con Kate amigablemente, como viejos camaradas más incluso de lo que él mismo podía considerarse, le perturbaba, pero era incapaz de abordar el tema sin una abrupta ruptura con Kate. La había espiado, y eso rebasaba todo los límites de la confianza. Presentía que la conversación se saldría de madre si abordaba

esa cuestión y aún no estaba listo para eso. Tal vez saliera bien, probablemente no. Era perro viejo y por lo menos podía esperar. Y Richard no era hombre ni para vivir con dudas ni la paciencia había sido su fuerte, pero intentaba no pensar en esa conversación pendiente a toda costa. Lo malo era, que salvo el trabajo, apenas tenía ya otra cosa que hacer.

Prematuramente envejecido. Ese pensamiento rondaba en su mente como un buitre sobre un cadáver. Demasiado pronto, apenas llegando a la cincuentena, para renunciar a las cosas buenas de la vida... pero así era. No ambicionaba ya nada material... ¿desde hacía cuanto tiempo? Una sensación de desapego rodeaba su existencia. Pasaba las páginas de las revistas aéreas mirando relojes de lujo, modelos despampanantes y casas de ensueño... mil destinos turísticos, todo le parecía insulso. Había vivido en buenas casas, con todo el confort al que había aspirado, había gozado de la compañía de una incomparable mujer, escasos amigos, pero buenos, en los que confiar... todo eso había pasado, sentía que había experimentado todo lo que de bueno puede ofrecer la vida, y su ambición laboral, ciertamente, era de lo más burda, pero aún así recordaba los días en los que se enorgullecía estúpidamente de su trabajo. Los breves esgarces amorosos que habían salpicado su vida de divorciado resultaban cada cual más insípido, más insustancial que el anterior, como el que se lleva a la boca un espumeante refresco o un vino que anuncian como exquisito y descubre que no se trata sino de agua. El encanto de la vida se había desmoronado como un castillo de arena es barrido por la marea. ¿Sería así para todo el mundo o acaso él resultaba un caso especial?

Kate lo había retratado tan perfectamente que no tenía lugar dentro de él para esconderse, ni para justificarse. Era simplón, odiaba la mentira y la maquinación... y trabajaba para la madre de las conspiraciones, para el rey de los espías, la verdad y la mentira se confundían ante sus ojos porque era incapaz de seguir las manos del tahúr que movía los cubiletes. ¿En dónde estaba la verdad? ¿Bajo cuál de los cubiletes se esconde el dado? Odiaba participar en el juego, pero se reconocía un ludópata del mismo, y como todos los que viven en una contradicción vital cargaba con un fardo de sentimientos de culpa e insatisfacción.

«Cansado de la vida», era el otro pensamiento que se imponía, incluso le atemorizaba, como una verdad hiriente que se negaba a afrontar, como el que se mira en el espejo y ya llegada una edad no reconoce ese semblante surcado de arrugas y esa mirada agotada, sin chispa. Sentía dentro de sí que había vivido mil años. Richard reconocía que en cierto sentido la traición o la mentira de Kate suponía un duro desgaste, y si era el trabajo lo único que de alguna manera le empujaba a seguir adelante con todo, tirando de la pesada carreta en la que cargaba con los bártulos de recuerdos, sinsabores, alegrías y todo género de vivencias, ese nuevo desconcierto se añadía a su ya dilatada lista de decepciones, una lista pesada, una carga que fatigaba en exceso, que le impedía manejarla con soltura. Su mente era incapaz de articular ya explicaciones, justificaciones, cualquier cosa que le permitiera afrontar su trabajo con

un sentimiento de algo que ya creía tiempo atrás se había marchitado, la decencia.

Sí, la honestidad. No podía ser honesto consigo mismo porque era ya demasiado el tiempo observando hechos, elaborando interpretaciones, que desembocaban finalmente en el baile de diferentes versiones oficiales, de las distintas acepciones, que como si de un idioma de difícil traducción se tratara, presentaban cada uno de sus superiores, rectificadas a su vez por otros intendentes de mayor rango, como si la verdad fuera el barro húmedo del alfarero sobre el torno, y cuando el cuento se emborronaba demasiado o la historia se apoyaba en un andamiaje inestable que amenazaba ruina, lo enviaban de vuelta a casa o atender una urgente misión que después era de todo menos importante... o lo que era mil veces peor, lo suspendían. Sentía que dentro de él, en otro tiempo, habían existido valores que habían brillado, que habían hecho de él un ser luminoso. Ahora... sus ideales estaban coartados por una palabra que temía; «Suspensión», más incluso que el despido, porque le hacía mantener la esperanza de volver... como un amante menospreciado y dejado de lado en un momento, pero que de improviso se recupera cuando las nuevas aventuras empiezan a cansar. Sí, quería olvidar cuanto había sido... Y cuanto más empeño ponía en ello más parecía lograrlo.

Cavilaba sobre estas cosas mientras intentaba dormirse y Kate a su lado no dejaba de teclear en su portátil, elaborando a saber qué informes confidenciales. No sabía realmente porqué no lo enviaba todo a la porra. Quizás fuera porque deseaba ver de qué nuevas patrañas habría de ser insospechado testigo. El cinismo es una bestia que para mantenerla viva requiere constante carnaza. Kate ignoraba su pequeña treta de espionaje, pero había sido suficiente para darle una perspectiva drásticamente diferente, y de paso nutrir a esa bestia que medraba dentro de él.

—¿Por qué?

Soltó la pregunta en un tono espontáneamente agotado, como el preso que tras un brutal paliza sin siquiera ser interrogado pregunta a sus torturadores por qué le somete a ese martirio. Kate comprendió que Richard no estaba de humor para ignorarle y dejó de teclear abruptamente, aunque mantuvo la mirada clavada aún en su pantalla un tiempo, hasta que finalmente la plegó parsimoniosamente.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la NSA está siguiendo este caso? No se trata de una emergencia nacional, no están atacando a personajes importantes... es como si de repente empezáramos a seguir a toda la gente que tiene gripe...

—Es gente que desaparece Richard...

—Pues imagina que seguimos a toda la gente que tiene una enfermedad mortal... No creo que se trate de una agresión. Tú misma dices que es un fenómeno mundial. Y no me vengas diciendo que vienen los ET abduciendo a diestro y siniestro... Se trata de una degeneración esquizofrénica y la gente se escabulle y se va a morir a lo más profundo de la gruta de una montaña o se tira al mar...

Kate hizo un gesto de aspaviento. Parecía que iba a empezar a hablar, porque su

boca se abrió por tres veces, pero no emitió ningún sonido, pues parecía desistir tan pronto como aceptaba una línea discursiva y se planteaba otra distinta que sufría finalmente el mismo descarte.

—¿Crees en el alma, Richard?

—¿El alma?... ¿qué tiene qué ver con esto?

—Hace tiempo leí algo que me pareció interesante, pero tal vez sea un buen punto de partida. Venía a argumentar que las personas tenemos tres niveles de existencia. La física, la intelectual, y la espiritual. La primera es obvia, se circunscribe a nuestro cuerpo físico, nuestra salud, nuestra enfermedad. La segunda a nuestra capacidad de razonar, de aprender cosas, de ser mentes brillantes, el conocimiento científico... en fin, todo tipo de aptitudes racionales, o por su carencia, de ser brutos y necios, incultos y analfabetos. Por último la esfera espiritual se refiere a nuestra aptitud para ser personas felices o desdichadas.

—La dimensión emocional.

—Sí tal vez sea la dimensión emocional. Pero el texto planteaba que, de una manera u otra, dicha dimensión es tan susceptible de alinearse en una dirección u otra de la misma manera que una persona puede decidir instruir su mente en función de las materias con las que la cultiva, desde oír música a estudiar matemáticas, o al igual que un deportista mejora sus cualidades físicas entrenando o una persona emprende una dieta saludable y mejora su salud, ¿entiendes? De la misma manera uno cultiva su propia conciencia de tal manera que se prepara para ser feliz y pleno, o por la ausencia de ese cuidado, todo lo contrario.

—Bueno... no sé a dónde demonios quieres llegar.

—Bien, qué es una dimensión que existe, aunque sea innegablemente inmaterial.

—Vale, lo asumo, ¿y?

—No es tan fácil, Richard, mucha gente no la asume... la ignora por completo más bien. Piensa que sus emociones no son sino reflejo de una serie de características genéticas configuradas más o menos aleatoriamente, en función de sus progenitores que han aportado su ADN, y que las emociones no son sino reflejos de esa configuración predefinida ante las circunstancias y hechos con los que tropezamos.

—Bien, es razonable.

—No, no lo es en absoluto. En esa visión no existe espacio para la libertad. Todo es pura carambola. La Filosofía, con mayúscula, existe, y tiene sentido.

—¿Y qué tiene qué ver la libertad con esto, Kate? —Richard se hacía el aburrido con afán de resultar un tanto molesto. Sus ojos miraban al techo, exasperado. Kate había salido por una tangente bastante inesperada.

—Bien, comprendo que no tienes una naturaleza demasiado reflexiva Richard, pero... ante toda opción una persona ejerce constantemente su libertad.

—¿Te refieres al hecho de poder decidir si vamos a Madrid en avión en una compañía aérea o en otra? —preguntó Richard con sorna.

—No, Richard, me refiero a que cuando adoptas una decisión en tu vida, por

grande o pequeña que esta sea, tienes una libertad amplísima para elegir los motivos por los que haces lo que haces.

—Ponme un ejemplo.

—¿Por qué entraste en la NSA, Richard? No, no hace falta que me contestes, te conozco bien. Eras *defensive tackie*, ¿no?, en el equipo de fútbol americano en la universidad, recuerdo que me lo contabas una y otra vez en su día. En cierto sentido eso te define. Cargabas con toda tu fuerza y tu energía en una única dirección, como un toro cuando embiste. Así actúas muchas veces por impulso, fijas un objetivo, y arramblas con todo por delante. Entraste en la NSA con una idea muy sencilla y muy honorable en la cabeza. Te gustaba la idea de defender a tu país, e incluso el de llevar al mundo un ideal de libertad y bienestar... algo que podríamos definir como una especie de justicia universal. Esa idea te fortalecía y afianzaba, te proporcionaba bienestar el saber que contribuías con tu trabajo a algo bueno. Ese era tu motivo de fondo, y la consecuencia de ello era que te agradaba el trabajo. Desechaste otros principios y elegiste. Recuerdo que siendo mi instructor aún brillaba en ti ese anhelo. Pero mírate ahora. Profundamente desencantado... ¿por qué?

—Eso digo yo ahora —sonrisa sarcástica.

—Pues porque tu motivo no ha soportado el embate de la realidad... cada vez estás más desmotivado y eso ha configurado tu forma de ser tan cínica y descreída y a ser incluso un problema en ocasiones por tu manifiesta falta de docilidad y de obediencia a la autoridad. Has abandonado un buen motivo. Trabajas ahora por cuestiones más mezquinas, agrias, descreídas y eso te insatisface. Careces de fe, y ni siquiera hablo de religión, sino como un sentido de la vida, como un motor que te empuja hacia ideales. Te enfangas en metas mediocres.

Richard gruñó. Kate le había dado la vuelta a la tortilla. Ahora resulta que estaban hablando de él.

—Bien, me gusta este tema. Porque en el fondo todos los de tu clase, los mandamases y oficiales no necesitáis sino peones que puedan sacrificarse, mover a una parte del tablero cuando se les dispone que sea así y si acaso son prescindibles... y si viendo esto el peón se queja resulta que está desmotivado —Richard chasqueó los dedos expresivamente—. ¿De qué valen mis motivos si mis ojos ven lo que ven?

—Te equivocas por completo. Yo misma soy...

—¿Qué, otro peón como yo? Permíteme que lo dude.

—Es verdad Richard... pero si no lo sabes todo es para protegerte. Créeme cuando te digo que ojalá pudiera decirte todo lo que sé, pero desde ese momento correrías grave peligro. Esta investigación ha logrado prosperar sorteando muchas dificultades, empezando en la propia NSA. Además... primero he de instruirte. No lo entiendes... pero puede ser peligroso para ti, y no sabes cuál es la razón. —Las últimas palabras Kate las dijo para sí, susurrando.

—¿Instruirme?

—Te explicaba con un ejemplo cómo los motivos que elegimos guían nuestras



emociones. Nuestra libertad condiciona nuestro bienestar o nuestra angustia.

—Divórciate y luego me contarás qué tiene que ver la libertad en eso.

—Incluso con Johanna, tienes la posibilidad de aceptar su marcha... ¿cómo? Asumiendo que en cierto sentido se fue buscando su felicidad, en vez de estar obsesionado con el hecho de que te abandonó. Cambiaría y mucho el cómo te sientes.

Richard se revolvió en el asiento y miró por la ventanilla. Aquel tema no lo soportaba, y mucho menos con Kate. Sus palabras abrasaban.

—No entiendo que tiene que ver esta clase de terapia psicológica de mala muerte con el tema inicial —masculló por lo bajo Richard, como escupiendo las palabras.

Kate hizo un gesto de paciencia, con las palmas de las manos vueltas hacia el suelo mientras miraba hacia lo alto, como la madre que ha de soportar a su hijo díscolo que desobedece sistemáticamente los mismos preceptos.

—Bien... esa dimensión espiritual es la que me interesa especialmente porque... a fin de cuentas, las personas que desaparecen no hacen sino describir procesos que... se estudian en lo que podríamos englobar como pseudociencias, o si lo prefieres, temas paranormales. La literatura al respecto te describirá esas experiencias de parálisis del sueño como viajes astrales.

—Por Dios, Kate, espero que no hayas puesto nada de eso en tus informes...

—Por supuesto que no. Es algo que me guardo para mí... junto con muchos otros descubrimientos que hice tiempo atrás. De hecho eso me empujó a entrar en la NSA siendo aún muy jovencita. Quería saber la verdad. ¿Crees que descubrí el efecto Cotard tan de casualidad cómo me oíste contar en aquella reunión con los jefes? ¿No te he dicho ya que me siento amenazada? Soy vigilada Richard, intensamente vigilada.

—¿Y cuáles son tus conclusiones? —Richard preguntaba pero su semblante dibujaba un rictus de absoluta incredulidad.

—Ahora soy yo la que exclama ¡Por Dios, Richard! No estás preparado ni mucho menos para recibir la verdad, al menos, lo poco que sé de ella. Te observo y tu naturaleza cínica destroza cualquier posibilidad de confiar en ti. Sencillamente no creerías nada de lo que te digo, se volvería absolutamente en tu contra. Podrías ser descuidado y... sería peligroso para ti, me temo. Estoy esperando al antiguo Richard que conocía tiempo atrás, a ese Richard, que renazca de sus cenizas para poder apoyarme en él, de veras, no deseo otra cosa, te lo digo con todo mi corazón. —Kate parecía implorarle. Nunca la había visto así.

Richard apartó la mirada y la dirigió a la ventanilla de nuevo. La emoción que le embargaba le resultaba desconocida. ¿Hasta qué tiempos tenía que embarcarse para rememorar algo parecido? ¿Compasión?... ¿de sí mismo? Su mirada se volvió acuosa. Suspiró, echaba de menos un buen trago de una bebida fuerte. Alzó la mano y presionó el botón de llamada a la azafata de vuelo del techo de la cabina.

## Capítulo 22

Madrid tiene el encanto y la grandilocuencia arquitectónica la de las capitales europeas, con un cierto aire de antiguo imperio, de centro del mundo, que junto con su idiosincrasia particular, su punto castizo que dicen los locales, logra una original simbiosis de lo cosmopolita y lo propio, en una mezcla libre, alborotada, impersonal, pero a la vez inconfundible y particular. Amplias avenidas de tráfico masivo con callejuelas recónditas de aspecto sombrío, grandes zonas comerciales y tiendas de primeras líneas junto a comercios que siguen ahí sostenidos por generaciones sucesivas de empresarios familiares, sagas de dependientes que aún hoy se apoyaban en los mismos mostradores decimonónicos.

Pero la ciudad que iban a ver superficialmente Kate y Richard no tenía nada que ver con ella. La persona a la que entrevistarían, previa cita obtenida por Kate días atrás, acudía a un simposio internacional de psicología clínica patrocinado por una multinacional farmacéutica americana. De hecho era uno de los ponentes más afamados que iban a intervenir en el auditorio del centro de congresos Príncipe Felipe. El doctor Pinto se alojaba sin embargo lejos de los habituales hoteles instalados en los alrededores de los recintos feriales porque al parecer era de gustos más clásicos y lujosos en contra de la estética más vanguardista y funcional de los que se encontraban más a mano. Se lo podía permitir. Sus ponencias a media mañana le dispensaban de madrugar y no le incomodaba un trayecto más largo en taxi si la contrapartida era instalarse en lugar agradable y céntrico. No en vano había escogido el lujoso hotel Ritz establecido en un edificio de aspecto neoclásico de influencia francesa.

Richard se sintió impresionado por la sobreabundancia de lujo, espejos de marcos barrocos dorados, escaleras de barandas de forja bellamente ornada y pasamanos bruñidos de madera, alfombras persas, paredes de mármol decoradas con cuadros impresionistas de carácter bucólico, un pavimento igualmente marmóreo en el que se espejaban las enormes lámparas de araña de mil brillos cristalinos que pendían de techos sofisticados saturados de molduras y rosetones de escayola. Todo distinción y clase.

Al dirigirse al mostrador y encontrarse con un recepcionista ataviado a la antigua usanza parecía estar reviviendo un parque temático años veinte en los que la informática y los *smartphone* resultaban anacrónicos.

Les informaron que habían habilitado una pequeña salita en la que podían esperar al doctor Pinto, que al parecer había dejado aviso de que llegaba con retraso para mantener su entrevista. Fueron conducidos por una serie de pasillos desde los cuales percibieron diversas salas de estar, comedores y salones a cada cual más impresionante, hasta llegar a una discreta sala de estar, igualmente decorada con esa sobreabundancia de lujo, brillo y refinamiento, y se acomodaron en unos confortables sillones de tapizado capitoné en los que Richard se sintió como un marqués a sus

anchas. Un atento camarero les sirvió un refrigerio con una parsimonia y esmero que dejaron asombrado a Richard, que no podía evitar una cierta sensación de provinciano en la capital. Kate por su lado ya estaba enfrascada como siempre en su portátil, siguiendo con movimientos nerviosos de las yemas de sus dedos las actualizaciones de los diversos equipos de seguimiento esparcidos por el mundo. Parecía contrariada y con ganas de comentar algo, pero dada la aparente indiferencia de Richard, simplemente se limitó a musitar: «otro, hemos perdido a otro» y torció el gesto.

Otro que desaparece, pensaba Richard, y qué más daba, se decía. Y pensaba en ese «qué más daba»... que implicaba la desaparición de un ser humano, pero no porque pensara en ese sujeto anónimo, ciudadano de vete a saber qué país del mundo, fuera alguien sin importancia, sin valor. A saber el drama que había tras esa noticia tan simple, tan aséptica, «otro desaparecido». Después de tantas guerras libradas, de tantos miles y miles de muertos, era sorprendente que el gobierno se preocupara porque ciudadanos anónimos desaparecieran. Sentía que debía emocionarse ante ese arrebató filantrópico. Claro, no era el que un sujeto incógnito desapareciera de en medio en este ancho mundo, que una persona se difuminara por completo en la infinitud de la vasta humanidad. Eso no representaba nada y nada valía. Era el no saber la causa, el no ser un acto aprobado y dado el visto bueno por la burocrática maquinaria estatal, de la paz y la guerra, del contraespionaje y del sacrosanto deber. Una muerte imprevista, ocurrida sin el consentimiento y la bendición del Poder. Era la información que esto implicaba, la información como arma capaz de generar un miedo útil, de la que esta parecía carecer por completo, y por tanto resultaba estéril, de momento, y en ese estado de cosas era conveniente mantener el secreto, pues no resultaba tan importante hallar un medio para combatir el síndrome, como lograr apuntar a un objetivo, esto es, erigir un enemigo. Ahí residía toda utilidad, primero había que conformar un enemigo, y este debía ser erigido a imagen y semejanza del poder. Porque como no había un enemigo al que señalar, no había una industria que pudiera beneficiarse, o una consigna política que se irguiera en el lema antidialéctico del enemigo, y así no tenía sentido alguno sembrar la alarma, empujar al rebaño embrutecido que conformaba la masa en una estampida hacia la dirección predeterminada porque no había ningún sitio establecido a donde huir... aún. ¡Cuántas veces él mismo había sido el vaquero que espoleaba a las reses, que obtenía información que después se utilizaba sesgadamente para provocar que las gentes fueran en pos de un objetivo u otro! Erigían líderes... o los derrocaban, con las argucias del más hábil conspirador, pero también a veces con una torpeza encomiable. Sentía en su ser el cansancio de haber desarrollado ese papel durante eones. Que pensarán de una manera... o de la contraria. Ni siquiera las voces críticas, ni siquiera internet y todo su potencial de fuego, eran capaces de contrarrestar el empuje que el miedo lograba despertar cuando la prensa se hacía eco fielmente de las debidas consignas que emanaban de lo alto. La propia inercia sensacionalista servía

para espolear las corrientes de opinión... Estampida. Y él era el vaquero del miedo.

Pero y ¿ahora?... el caso no había trascendido, nada había salido a la opinión pública. Aquello implicaba un profundo desconocimiento de lo que sucedía, y sobre todo, un absoluto descontrol de la situación. ¿Qué ocurría realmente? Y lo más asombroso todavía... ¿por qué mostraba una indiferencia tan absoluta, como la de un televidente que mira distraídamente la programación insulsa de media mañana, prestando cada vez menos atención? Ah... parecía que en el fondo, se trataba de volver a ver una película que tenía muy vista. Sabía de antemano cuál era el final y cómo se desarrollaba la trama. Su escepticismo anulaba toda emoción.

El doctor Pinto se le antojó a Richard como una persona elegante y sofisticada, de movimientos calculados, acento suave, mirada meliflua... como la de una gata que había tenido tiempo atrás y que le dirigía lánguidas miradas que parecían querer adivinar qué pensamientos contenían su mente. Su mano al estrecharla le resultó fría y débil, parecía que iba a deshacerse entre sus dedos gruesos y firmes, como si fuera la de una delicada señorita. Las presentaciones se hicieron fugazmente. El doctor Pinto no parecía impresionado por tener que tratar con dos agentes de la NSA, más bien se comportaba como si fuera algo habitual en su labor diaria.

Tomó asiento, cruzó sus delgadas piernas, carraspeó, y en un correcto inglés les invitó a que expusieran sus motivos.

—Sabemos que ha tenido tratos con este sujeto. Un chico, un joven ejecutivo lisboeta llamado Demian. —Kate le alargó una carpeta de cartón que el psicólogo manipuló con extraordinaria delicadeza, como si se tratara de valiosos pergaminos de la antigüedad. Su expresión imperturbable fue seguida ávidamente por Richard. Se tomó un tiempo extraordinariamente largo en inspeccionar el breve legajo. Richard sospechó que ganaba tiempo para armar mejor sus argumentos ahora que ya sabía por dónde iba a dirigirse la conversación.

—¿Y bien? —dijo al cabo de un rato tras su escrutinio.

—Necesitamos que nos de toda la información sobre su paciente.

—Señorita Riddle, no hace falta que le recuerde que eso supone una transgresión imposible de franquear para un profesional.

—Lo sabemos perfectamente. Sé además que usted ha sufrido ejemplarmente el acoso de medios de comunicación precisamente a causa de su celo profesional. —Richard enarcó las cejas. De nuevo Kate jugaba con cartas que él no tenía. «¿Estaban en el mismo equipo?»—. Sin embargo doctor, en esta ocasión se trata de algo bien diferente. No estamos hablando de inculpar a su cliente... sino todo lo contrario... de salvarlo.

—Aún así, me temo que no puedo hacer nada por ustedes. —Pareció por un momento que el semblante del doctor se alteraba. Fue una fracción de segundo, un instante fugaz, pero Richard lo percibió, y sin duda Kate también. Una expresión de temor. Hizo ademán de levantarse, pero Kate le paralizó con unas palabras.

—Sabemos que no es el primer afectado de síndrome de Cotard que trata...

El doctor Pinto suspiró, aunque su semblante impávido hacía imposible determinar que se rumiaba bajo su bruñida calva. Permanecía impertérrito. Eso sí, abandonó su ademán de incorporarse. El doctor se justificó con la voz cansina del que ha repetido muchas veces un argumento.

—Sí, el caso de aquella niña fue notable y lo reflejaron muchos medios de comunicación. Precisamente por ello puedo decirles que el tal Demian del que me hablan no fue aceptado como cliente mío porque manifestaba en apariencia procesos muy similares al de ese síndrome. Reconozco que no me sentía cómodo trabajando con él. Pero... —La voz del doctor se desvaneció en un pensamiento en el que pareció ensimismarse.

—¿Pero?...

—Él se sintió extraordinariamente abatido por ese rechazo mío...

—Eso facilita las cosas... no tiene entonces una obligación de confidencialidad.

—En principio eso parece aunque poco puedo...

—Eso hará factible que nos pueda entregar copias de su correspondencia.

En este punto tanto el doctor Pinto como Richard quedaron sorprendidos por igual. Ignoraba Richard de donde había obtenido Kate esa información, pero evidente que era certera dado el sobresalto del doctor.

—Es imposible que usted sepa eso...

—Sería imposible si no fuera por el hecho de que el mismo sujeto ha revelado la existencia de dicha correspondencia a una persona de mi confianza.

El doctor Pinto pareció derrotado por un momento, pero en un segundo recobró la compostura.

—Habré de pensarlo... con calma. Ustedes no comprenden. Se trata de una persona gravemente perturbada. Temo que si dan con ella pueda sufrir una alteración anímica importante, ¿comprenden lo que digo?, reaccionar con violencia extrema... o incluso peor, llegar al suicidio. He detectado un grado de esquizofrenia muy agudo y por otro lado... manifiesta unos síntomas extraordinarios. —El doctor Pinto había perdido un tanto de su indolencia y hablaba un tanto atropelladamente—. Ignoro cuál es la causa, pero visto que ya son varios los casos de los que he oído hablar confidencialmente a otros colegas... es algo que me inquieta enormemente. Se trata de un síndrome excepcional que tiene en la actualidad una incidencia en términos poblacionales mínima, pero en términos estadísticos se sale fuera de toda explicación. —El doctor parecía hablar para sí mismo cuando de pronto volvió a encararse con Kate—. Sin embargo no creo que sea factible lo que me piden... esto va más allá de la mera confidencialidad. A pesar de su rechazo inicial finalmente logré que accediera a mantenerme informado y yo entiendo eso como un contrato médico-paciente. Además considero que pueden poner en peligro la vida de Demian. —Parecía que había adoptado una resolución firme.

—Por supuesto doctor. No querría importunarle con este asunto. Tan sólo le rogaría que tuviera en cuenta dos circunstancias. Si queremos ayudar a Demian el

tiempo corre en su contra. —Kate bajo la vista e hizo una pausa un tanto larga que sirvió para captar la atención del doctor y del propio Richard, que no veía la hora de quedarse a solas con su colega a fin de solicitar oportunas aclaraciones. Cuando Kate alzó de nuevo la mirada esta se dirigió fría como el acero al doctor y su voz tuvo un tono imperativo y cortante solo suavizadas por la corrección con la que fueron dichas. Si le hubiera amenazado con una pistola no habría resultado menos creíble—. Por otro lado doctor, no olvide que la NSA lo sabe todo sobre usted... todo.

El apretón de manos final resultó glacial. Richard observó que las sienes sonrojadas del psicólogo delataban su ansiedad, por más que su semblante pétreo no sufriera la más mínima alteración. La mano le pareció a Richard aún más endeble que en la primera ocasión.

## Carta 1ª

Estimado Doctor Pinto.

Escribo este diario sin tener una idea clara de lo que voy a narrar.

Vivo en un completo desconcierto desde hace tiempo, incluso yo diría mucho antes que se iniciara este raro capítulo de los sueños, de esta pesadilla que ha roto mi vida en dos mitades irreconciliables, incompatibles, y que amenaza con arrastrarme a un tipo de locura impensable tan sólo unos pocos meses atrás y ante la que resisto con todas mis fuerzas. Tal vez debiera reconocer que ya me rompí años atrás... pero eso me llevaría a hablar de Clara... y no es el momento, ni corresponde.

He de reconocer que la entrevista que mantuvimos me resultó desconcertante y los días siguientes me encontré completamente abatido, sin saber a quién acudir, sin saber qué hacer. Nunca me había sentido tan aislado, completamente sólo en el mundo, desconectado de todos. Nunca había sentido tan intensamente la soledad, un naufrago solitario pese a vivir en una ciudad cosmopolita. No había nadie a quien acudir, nadie con quien hablar... sumido en una abisal desesperación. Mis amigos... me sentía incapaz de abrirles mi corazón, mostrar mis miedos, tan absurdos para alguien que no haya experimentado esto, que inmediatamente pensaría que estoy loco. Mi vida se desvanece en la nada, como arena, se me escurre entre los dedos.

Comprendo ahora lo que siente un veterano de guerra que ante el trauma de una experiencia crítica tan sólo halla consuelo en la compañía de veteranos, que como él, saben por lo que han pasado. Entre ellos sobran las explicaciones porque una simple mirada, un breve gesto, una palabra en argot, lo dice todo. En esa complicidad reside

todo... y no tengo a nadie así, por eso estoy sólo, completamente solo. A los pocos a los que he intentado abrirme ahora me rehuyen, rehúsan mi compañía, como si fuera un apestado. Los que hacía poco eran mis inseparables... ya no sigo su ritmo de vida, no soy el de antes... y por eso me abandonan. Me queda usted, doctor... y este manuscrito en el que me desahogo, me confieso, y al que confío todas mis esperanzas.

Sólo sé que en esta batalla que estaba librando no tenía con quien compartir las facetas de mi locura. Lo intenté, pero tan pronto vislumbraba un deje de incredulidad, una curiosidad por lo morboso, cualquier atisbo de duda, bastaba para cerrarme por completo, por comprender que tal vez no haya nadie en el mundo con quien pudiera hablar... o tal vez fuera que toda mi existencia estuviera asentada sobre lo frívolo y careciera de otras bases, otros argumentos, de otros valores capaces de afrontar la tormenta que se ceñía sobre mí y ser lo suficientemente valiente para contar mi verdad con serenidad y firmeza. Repaso mi vida y sólo hallo una persona que habría sido capaz de comprenderme, pero ahora no está, Clara.

Cuando recibí su inesperada llamada y... aún sin comprender del todo sus particulares razones que le llevan a relacionarnos de esta manera, he de reconocer que fue un bálsamo para mí, y después de su primer rechazo a tratar conmigo, al menos considero que este medio tal vez constituya la única válvula para desahogar mis tormentos. Pero no me demoraré más, deseo empezar mi narración cuanto antes. Intentaré no dar nada por sentado. He aquí el relato de mi locura.

Hará cosa de pocos meses la parálisis del sueño que vengo padeciendo evolucionó hacia algo inesperado e incluso, sobre todo, más desagradable ya de lo que por sí representaba esa experiencia extraña. Desconozco si la ha sufrido, aunque no dudo que tal vez ya haya consultado a expertos y se haya documentado debidamente sobre el asunto, al menos a lo que la explicación neurológica atañe. Por mi parte he de confesarle que no me extraña ahora que haya gente, que presa de un estado de agitación y nerviosismo extremo, tras un estado de *shock* producido por este fenómeno de parálisis total, halle la muerte mientras, visto desde el exterior, ajenos completamente en lo que sucede en la mente del individuo, parecía dormir plácidamente.

Soy deportista y estoy acostumbrado a hacer ejercicio extremo con cierta regularidad. Sin ánimo de presumir, en los últimos años he practicado con frecuencia deportes de alto riesgo. Reconozco que saltar desde un puente o tirarse desde un risco con un *wingsuite* para alcanzar una velocidad vertiginosa genera una suerte de adicción en el metabolismo. Se desarrolla una dependencia emocional y fisiológica de esas situaciones límite, de tal manera que tras la descarga de adrenalina y el agotamiento psicológico que genera, en poco tiempo el cuerpo te exige una descarga similar e inmediatamente se empieza a diseñar la próxima aventura, el siguiente reto. Es como el chute de un drogadicto, una verdadera e irrefrenable adicción a la cual resulta difícil negarse. En esos saltos críticos, o en cualquier otra situación de peligro

mortal, inminente, se percibe el riesgo, el miedo se puede sentir, igual que el pulso acelerado en la sien... y mil sensaciones eléctricas recorren el cuerpo. Es el estrés en estado puro. Pero este miedo al que estoy acostumbrado, esa tensión psicológica nada tiene que ver con esta nueva situación a la que me enfrento y que tiene más que ver con lo que yo denominaría «lo desconocido». Quiero decir con ello, que estando acostumbrado a situaciones tensas, no estaba ni mucho menos preparado para afrontar el terror, pues es esta la emoción ante la cual me enfrento.

De por sí se inicia el proceso de una manera antinatural... o tal vez debería referirme a ello como sobrenatural, no sé. La primera vez que me descubrí paseando por la habitación recién levantado de la cama estaba completamente convencido de que estaba despierto, extrañamente despierto, pues de alguna manera, subconsciente por supuesto, percibía que algo no iba bien. Apresurado intenté encender la luz, pero era incapaz, pese a que veía el interruptor y lo accionaba desesperado. Comprendí entonces que «yo» estaba fuera de «mi». Y esa comprensión despertó en mí un miedo cerval. Ahora entiendo la diferencia del alma y el cuerpo... no en un sentido metafísico del término, sino como la más desconcertante experiencia física. Comprendo que pueda pensar «usted estaba soñando» o «es un sueño lúcido». Me he documentado y le aseguro que no se trata de eso. Mi consciencia era total. De hecho una vez que regreso al cuerpo tardé en recuperar el control, en un verdadero ejercicio agónico de voluntad. Comprenderá que después de esta experiencia he desarrollado un miedo profundo al acto de dormir. De la misma manera que el hecho de despertar me supone un alivio penoso.

Pero deje que le explique con otras palabras. Hace años sufrí un aparatoso accidente de coche, viajando en un jeep por los andes chilenos. La pista de montaña era estrecha, y un desprendimiento de tierra provocó que cayéramos ladera abajo, hasta el fondo de un barranco. El vehículo dio varias vueltas de campana, y esos segundos que duró el percance a mí se me hicieron eternos. Fui consciente de que en cualquier momento se podía acabar todo. En cierto sentido me di por muerto. Cuando el vehículo dejó de sacudirse y quedó bocabajo sentí un alivio indescriptible... el mismo que experimenté cuando, tras la experiencia que describo, una vez despierto puedo encender la luz y comprobar que todo no había sido sino una mala experiencia. ¡Estoy vivo!

Pero para mi desgracia esta pesadilla no había hecho sino comenzar. No había sido la primera de muchas otras experiencias desagradables.

A pesar de estos sueños inéditos seguía acudiendo al trabajo y cumpliendo una jornada con su habitual rutina de oficina, almuerzo, gimnasio y algún rato para hablar con amigos, divertirme y flirtear... al menos intenté que fuera normal, y aún así recuerdo perfectamente la inquietud que me invadía cuando a media tarde llegaba a mi piso céntrico de Lisboa y en vez de sentir la habitual sensación de confort que se percibe cuando se llega al hogar, se suscitaba en mi interior el pensamiento desolador de que tal vez se repitiera la experiencia de la noche anterior. Entrar en mi dormitorio



resultaba perturbador, acostarme implicaba un sin fin de pensamientos angustiosos... mi ánimo se desmoronaba a ojos vista. De pronto el trabajo, mis amigos, Francine, todo, me parecía una realidad distante, una broma de mal gusto... algo que no era importante, sino terriblemente superficial, lejano, intrascendente. El miedo me atenazaba y se erigía en lo único que llenaba mi alma y para desatar la tormenta bastaba la mera idea de... irse a dormir. Mi sueño me amedrentaba.

Como podrá imaginarse me hice adicto al consumo de tranquilizantes y pastillas para dormir. Me convertí en un temerario alquimista de mi metabolismo, mezclando tranquilizantes y pastillas para inducir el sueño profundo. Permanecía despierto mientras mi cuerpo aguantara viendo la televisión. A menudo me dormía con ésta encendida y así mi estado físico se deterioraba, semana a semana, el agotamiento físico pugnaba con mi resistencia inconsciente a entrar en el estado de somnolencia. Ocasionalmente descansaba perfectamente, sobre todo al principio, al menos mucho mejor de lo que esperaba, y esto servía para serenarme, relajarme por unos días. Pero tarde o temprano el incidente de la parálisis volvía a repetirse... y cada vez con más frecuencia, siendo los interludios menores.

Con el tiempo la frecuencia aumentaba, ya de manera casi consecutiva y estaba llegando a un estado de agotamiento extremo. Mi trabajo se resintió enormemente, perdí capacidad de concentración y mi jefe me relegó de labores de responsabilidad. Lo cierto es que me daba igual... no me preocupaban ya ni mi nivel de ingresos ni las comisiones que dejaba de percibir al perder varias carteras significativas del bufet y dilapidé la condición privilegiada de «favorito» que hasta entonces había disfrutado en la agencia. Dejé de mirar mis extractos bancarios. Me despreocupé de mi economía. Algo impensable tan sólo unas semanas atrás en las que mi espíritu competitivo no aceptaba ir a menos y mis ganancias mensuales eran un reto que batía mes a mes, como un juego adolescente. En cierto sentido reconozco a aquellos que cuando se enfrentan a una enfermedad mortal perciben qué cosas son importantes y cuáles no. Recuerdo echar de menos a Clara con una intensidad que casi dolía. De hecho este dolor perdura aún. Sólo con ella podía compartir aquella angustia... Comprendí cuánto había estado unido a ella de una manera que nunca se ha vuelto a repetir con ninguna otra... Francine dejó de llamar cuando dejé media docena de llamadas suyas sin contestar.

Y al enfrentarme a esa angustiosa sensación de muerte en vida que estas experiencias me estaban provocando sentí un inquietante vacío dentro de mí. Abandoné inmediatamente la pasión en las ocupaciones que me habían entretenido anteriormente. Se acabó el ánimo de divertirse con amigos, viajes, todo tipo de deportes lúdicos... acudía al gimnasio con mentalidad espartana de aguantar al menos físicamente el embate que psíquicamente me estaba destrozando, pero aún así a esto también tuve que renunciar finalmente. Mi cuerpo agotado era incapaz de hacer ningún esfuerzo, mi aspecto físico se oscurecía... esa es la palabra. Las ojeras afeaban mi rostro... el desaliño me vencía pues hasta las tareas domésticas más

básica las desatendía. La disciplina con la que siempre había vivido y que siempre me había ayudado a salir adelante se quebraba como una caña incapaz de soportar el peso que se venía encima. Pasaba horas muertas sentado en el sillón del salón mirando la pared... y preguntándome ¿qué hacer?

Pero... ¿qué es lo que sucedía en esas experiencias que, por denominarlas de alguna manera, tan sólo se me ocurre catalogarlas como extrasensoriales?... ¿espirituales? Ah, esto es lo más arduo de contar. Habrá de esperar a una segunda misiva para que inicie mi verdadero relato. Me tachará de loco, demente, perturbado, pero es mi verdad... es mi locura. Cuando me arme de valor y confianza emprenderé la escritura de lo que... he vivido.

## Carta 2ª

Al fin me he armado de valor. Los sucesos vividos en los últimos días me impelen a relatar lo sucedido como, lo creo sinceramente, mi testamento y nunca mejor dicho, pues es sin duda este testimonio que dejo mi último legado y usted mi verdadero albacea. Guárdelo y proceda con él conforme le dicte su conciencia pues yo verdaderamente no sabría qué hacer con un material como este. Ciertamente creo que mis días están contados. Pero debo hacer un esfuerzo para no adelantar acontecimientos y retomar la historia por su inicio. He de contarle qué es lo que vivo durante mi parálisis del sueño. Tal vez desahogándome de esta manera encuentre una suerte de alivio.

Lo importante era que al despertar en ese estado de «fuera de mí» en el que, aunque percibía mi cuerpo y mi consciencia era completamente lúcida, aún sabiendo que estaba allí, tendido en la cama... pero erguido en medio de la habitación en una inquietante duplicidad de mí mismo, sentía una llamada. Era un deseo tabú a la vez que irresistible. La puerta de la habitación me llamaba... Más bien lo que había más allá de ella. Pero alejarme de mi cuerpo, perder el contacto visual con mi ser durmiente, mi otro yo, mi verdadero yo debería decir, al cual miraba aún lleno de estupor, me producía un profundo desasosiego, como si fuera a perderse definitivamente el contacto, como si un temerario avanzar más allá de esa linde pudiera suponer mi fin... pero no una muerte sin más, sino el perderme en un mundo desconocido, de pesadilla, pues aunque en mi cuarto me movía ya en ese estado fantasmal, por definirlo de algún modo, con cierta seguridad, todo cuanto veía o intuía más allá del mismo me parecía amenazador y peligroso. Vislumbraba a través

del ventanal de mi habitación una ciudad débilmente iluminada, cuasi evanescente, una realidad tamizada por una niebla fantasmal, que no era verdadera niebla, sino que diríase que la luz misma había perdido su poder luminoso. Las tinieblas imperaban y Lisboa semejava un desorganizado enjambre de apagadas luminarias.

Sabía que no era realmente la puerta de mi habitación la amenaza en sí, igual que de alguna manera presentía que aquella realidad que percibía no pertenecía a la realidad material que usted mismo, cuando sostiene estos folios en sus manos, percibe y siente. Sí, sabía que lo que veía era raramente diferente... y que más allá de la puerta hallaría la respuesta, la explicación... pero también una verdad, un horror, que tal vez no quisiera saber ni descubrir. Tal era la naturaleza de la llamada imperiosa a traspasar ese umbral que era a la vez antesala de un secreto prohibido.

Y con cada experiencia con cada desvelo, ese llamado resultaba más irresistible. El contorno de la puerta lucía una fantasmagórica luz que hablaba de «otro» lugar que para ser descubierto bastaba pasar bajo su dintel. No era una luz de este mundo.

Y conforme fui acostumbrándome a soportar este interminable duelo interior en el que una parte de mí se resistía intensamente a la tentación de descubrir cuanto había al «otro lado», de explorar aquel misterio de la mente o del espíritu en el que se había convertido mis sueños, una nueva vuelta de tuerca volvió a resquebrajar lo que ya de por sí era mi maltrecho ánimo. Primero tenuemente, pero cada vez con más fuerza, oía, más allá de la puerta que se había constituido en el misterio sobre el que giraba toda mi existencia y que absorbía todos mis pensamientos, un cántico lejano, coral, de un tono vibrante, acompañado de una percusión tribal, me atrevería a decir de un ritmo tan frenético que resultaba brutal, que repetía una y otra vez, con carencias distintas, en tonos diferentes y melodías siempre cambiantes, mi propio nombre. Resultaba infernal.

Me llamaban.

## Capítulo 23

Richard miraba con asombro a Kate mientras plegaba el papel de las misivas, las dos primeras que el psicólogo les había entregado sobre la marcha aquella misma tarde que ya terminaba, en Madrid. Según él eran las únicas que tenía, aunque era posible que en su residencia de Cas Cais hubiera alguna otra que hubiera llegado durante sus días de ausencia. El agente de la NSA meneaba la cabeza con gesto de incredulidad.

—No me dirás que ésta no es una misión más propia de un médico, en concreto de un loquero. Sinceramente Kate, no sé qué es lo que hacemos aquí. Ese hombre es un pobre chico, un desgraciado, que seguramente ha abusado durante demasiados años de vete a saber qué pastillas y ahora su cabeza está pagando las consecuencias.

Permanecían en la lujosa cafetería del hotel, situada en la azotea del edificio, desde la cual disfrutaban de unas espléndidas vistas del Retiro. Era un atardecer con el horizonte nuboso teñido de rojos y naranjas. Los amplios sillones, de cojines mullidos invitaban a una charla relajada e intrascendente.

—Creo que ha llegado el momento de contarte algo más que ignoras Richard. Lo que aún no sé es por dónde empezar y hasta dónde llegar.

Kate parecía nerviosa, y hasta dubitativa. Sostenía los papeles primero en una mano y después los traspasaba a la otra, como si no supiera qué hacer con ellos. Finalmente los guardó en su bolso.

—Me imagino que te guardarás esos documentos. No los harás llegar a los jefes.

Kate le miró inescrutable.

—Tal vez tus dudas tienen su origen en que no sabes a quién ser leal, a qué causa entregarte.

Richard había tenido un súbito recuerdo de la conversación de Kate semanas atrás con el padre Haggerty en el que éste le reprochaba que de alguna manera ella se mantenía entre dos aguas. Había sido una recriminación misteriosa e incomprensible pero Richard la tenía bien anotada en su memoria. Al verla en ese estado de dudas decidió utilizar esa carta sin comprometerse demasiado. Consideraba que aquella era una vía muerta, que el caso no merecía la pena verdaderamente, se sentía cansado. Todos los días había gente que se volvía loca y que se suicidaba. Antes que seguir perdiendo el tiempo era mejor arriesgar, y en cualquier caso, ya era demasiado tarde para retractarse por lo dicho.

Kate le miró furiosa por un momento, como si hubiera puesto sobre la mesa algo íntimo y secreto que odiaba mostrar en público. Pero aquel estado de ánimo duró poco y rápidamente se dominó. Volvió a su cara de póker y encendió un cigarrillo. Había poca gente en la terraza. La brisa agitaba los parasoles sevillanos que esparcidos por el local procuraban sombra y un ambiente más recogido. Después de volver a comprobar que nadie se sentaba en las inmediaciones se volvió a dirigir a Richard.

—Sí Richard —suspiró—. Este trabajo nuestro es mezquino, interesado... no está exento de traición y de usos malvados. Comprendo que todo eso cansa, agota... y hasta nos hace cínicos. Descubrimos lo peor del ser humano, o incluso cuando no es así, conseguimos romper a las personas para que se transformen en nuestros peones. No hay ideal que sobreviva a los desmanes que esta profesión nos obliga a hacer o contemplar. Por eso esta misión es realmente mucho más importante de lo que crees. —Kate dio una larga calada al cigarrillo y exhaló el humo lentamente mientras no dejaba de mirarle, pensando en cualquiera sabría qué cosas, se decía Richard—. Tú problema es que analizas los hechos desde un punto de vista superficial, en una clave que no corresponde. Estás acostumbrado a localizar espías, terroristas, delincuentes y pederastas. De todo has hecho Richard salvo enfrentarte al mal que observas. Este es tan manifiesto, es tan diáfano, que ante su descomunal tamaño y su enorme cercanía, tú, como una presa minúscula y miope, no alcanzas a distinguirlo. Pero todo ello nos lleva a una disquisición previa, algo sin lo cual tu mente llana no va a comprender la magnitud de lo que hay en juego. Para capturar al criminal primero has de comprender sus razones, su móvil.

Richard sonrió sarcásticamente. Odiaba cuando Kate le trataba de esa manera. ¿No era él mucho mayor que aquella chiquilla? ¿Cómo se arrogaba esas ínfulas y esa autoridad?

Kate percibió su enfado, pero no intentó aplacarlo.

—Existe un orden moral, Richard, natural, si lo quieres denominar así, que distingue lo bueno, de lo malo, el Bien, del Mal, de lo maligno. Estamos acostumbrados a juzgar de ordinario esto de forma circunstancial y muy superficial. Decimos que un terrorista es malvado porque está dispuesto a hacer daño. Comprendemos que en su mente se construye una forma de razonar equivocada y destructiva pero no entendemos que para él, cuanto hace, le parece correcto y justificado. A menudo simplemente trazamos una línea divisoria, esto es ilegal, luego es malo. Todo lo lícito es bueno. Pero el mal encierra una lógica poderosa que tiene un sustrato filosófico que todos compartimos, nos guste o no; Es nuestro egoísmo, el deseo de ver saciados nuestros deseos, sean del ámbito que sean, a toda costa.

Richard decidió relajarse. Apurar su copa y dejar que el sopor acallara su estado de ánimo excitado y que las explicaciones de Kate llegaran a su fin. Su rostro se suavizó, condescendiente.

—Has de comprender que el egoísmo incluso puede trascender al propio individuo. Puede desear no sólo cosas para sí mismo sino para su nación, su partido político, su tribu. En ese deseo, en esa meta, puede arrastrar a los peores males de nuestra especie a cientos de miles, a millones. Es la semilla del mal que todos guardamos en nuestro corazón. Cuando una forma de gobierno se hace más benigna, como una democracia, en el fondo lo que hacemos es suavizar las aristas de nuestros deseos, permitir que estas visiones del cómo debería organizarse nuestra sociedad, se tamicen, sean ordenadas, respetuosas con los que no piensan como uno mismo.

Después de milenios ciertas civilizaciones han logrado mejorar su convivencia a través de esta fórmula de gobierno. Es una derrota parcial del egoísmo que llevamos dentro. Es obvio que muchas sociedades no están preparadas para asumir esta fórmula benigna de ejercicio de poder porque su cultura impone visiones totalitarias que excluyen otras interpretaciones de la vida, otras visiones del todo. Y también la historia nos enseña que incluso sociedades democráticas devienen en regímenes de terror y tortura. Es la inclinación natural del hombre hacia el mal la que nos lleva a esto.

—¿A dónde quieres llegar Kate? ¿Qué es el mal entonces para ti?

—Ah... yo diría como definición aséptica, que es la tendencia a obrar conforme al propio interés sin importar el perjuicio que se pueda ocasionar en otros... la intención de hacer daño es accesoria, puede existir o no.

—Y... ¿Si yo soy egoísta pero no hago daño a nadie?, ¿soy malvado?

—Como mínimo ejerces un mal que obra sobre ti mismo. De la suma de los egoísmos individuales surge el mal mayor. El hecho de vivir para uno mismo en exclusiva impide pensar verdaderamente en los demás y el individuo se convierte en un lobo solitario... y al amparo de tu encierro el mal germina a tu alrededor puesto que no ayudas a quién podrías ayudar. —Kate bajó el tono de voz mientras hablaba. Parecía una reflexión que se había hecho a sí misma infinidad de veces.

Richard tragó saliva y suspiró, lleno de paciencia.

—¿A qué vienen estas diatribas filosóficas?

—¿No te das cuenta? Quiero hacerte comprender cuál es la naturaleza del enemigo al que nos enfrentamos. El mal absoluto. Un mal que desea imponer un orden social a costa de... tal vez un número de vidas que ni puedes imaginar...

—Sinceramente... ¿tú crees que todo esto es obra de una campaña para destruir a la humanidad, volviéndonos locos y provocando desapariciones y suicidios? ¿Uno a uno, ser humano a ser humano? Creo que, desgraciadamente, existen sistemas de eliminación mucho más eficientes, ¡como la historia y los telediarios nos demuestran cada día!

—No Richard, creo más bien que estas desapariciones son daños colaterales, que ocultan una conjura más grave y peligrosa, llevada a cabo por un grupo, una organización, en el que sacrificar a muchos o pocos les trae sin cuidado, pues para ellos su meta es mucho más importante y todo es sacrificable... incluso la humanidad entera.

—Ah... ahora ya empiezo a comprenderte. Nos enfrentamos a una especie de doctor No.

Richard rió sarcástico.

—No Richard, no me tomas en serio. Esto va mucho más allá de las conjuras a las que estás acostumbrado. De hecho... no sé muy bien hasta qué punto la NSA forma parte de la misma.

—Eso es absurdo. Jamás te habrían dejado meter las narices en algo que pudiera

perjudicarles.

—No lo entiendes Richard. La naturaleza de nuestro enemigo va más allá de siglas y países. Me temo que tenemos compañeros, jefes, cuyos objetivos no son precisamente defender a la nación norteamericana. —Kate hizo una larga pausa—. ¿Recuerdas al padre Haggerty?, ¿de Bostón? —Richard asintió. Su espalda se tensó contra el respaldo. Nunca pensó que Kate fuera a revelar aquella relación misteriosa *motu proprio*—. Es un viejo conocido mío —prosiguió—. No pareces muy sorprendido... da igual. Entre otras cosas siempre ha sido un estudioso. La historia antigua le ha fascinado. Y uno de los objetos de su estudio se corresponde con la Historia Sagrada. Según me dice, en el Génesis unos ángeles descendieron poco después de la creación, los nefilim, a fin de ayudar y orientar a la humanidad hacia el bien pues veían que el hombre erraba el camino a menudo. Pero habiéndose hecho carne rápidamente sucumbieron en sus debilidades y se doblegaron al mal, al peor mal que te puedas imaginar. Siendo de por sí más inteligentes y fuertes rápidamente se alzaron como señores de la guerra todopoderosos. Su ansia fue el sometimiento del género humano. Se convirtieron en verdaderos demonios. Eso se deduce del Génesis al menos, y aunque él comprende que todo ese libro tiene un sentido alegórico, siempre ha intentado interpretar qué sentido tenían esos versículos misteriosos. Su conclusión es que desde que un hombre acumula el poder en su persona de forma absoluta su corrupción también resulta absoluta. Y hoy por hoy la NSA es una fuente de poder absoluto... En cualquier caso, lo que siempre me ha hecho gracia de esta historia es lo que significa ese término hebreo, nefilim, que tiene mucho que ver con lo que hacemos nosotros.

—¿Y?... ¿qué significa? —inquirió Richard viendo que el silencio de Kate se prolongaba.

—Los vigilantes, Richard... Nefilim significa los que vigilan.

## Capítulo 24

Aquella noche Richard no podía conciliar el sueño. Intuía que de su conversación con Kate se había revelado mucho más de lo que parecía. Tal vez se trataran de ideas vagas, pero la sensación de que ella estaba convencida de que los designios de la NSA no eran nada claros le desalentaba.

No es que hubiera confiado ciegamente en la institución, pues ya hacía años estaba desengañado, no tanto con la agencia en sí misma, sino con muchas de las personas que la regían. La Agencia a menudo pervertía sus propios objetivos institucionales y los sacrificaba en aras de beneficios personales y políticos dirigentes sin escrúpulos. No había nada nuevo bajo el sol, ni seguramente nunca cambiaría ese *status*.

Pero Kate iba mucho más allá de esa manipulación torticera ególatra y simple que él había visto una y mil veces y que tanto había contradicho su fuero interno. Kate parecía hablar de una verdadera conjura, fraguándose en las sombras de la Agencia, una suerte de conspiración, a fin de alzarse con el poder, pero no valiéndose de una manera disimulada, discreta, sino erigiéndose tal vez en una forma de gobierno dictatorial, el poder absoluto concentrado, impúdico, el deseo de todo conquistador y visionario. Toda una conjura y una quimera. Imposible someter a una sociedad moderna a una suerte de tiranía de tal calibre. No en un país occidental al menos. No veía la manera.

Y a Richard esas le parecían ideas imposibles, dignas de una mente enferma, de esos *frikis* que buceando en internet, hallando las más disparatadas relaciones, eran capaces de construir mil teorías acerca de todo tipo de sandez. El gobierno del mundo en manos de alienígenas infiltrados, un club de millonarios determinando guerras y paces a lo largo y ancho del globo en función de su caprichosos intereses, multinacionales escondiendo a la población valiosísimas patentes que permitirían hacer de la Tierra un lugar menos contaminado y con un reparto de la riqueza justo... o los descendientes de los templarios guardando un secreto milenario. Era fácil encontrar a esos locos... Pero le costaba situar a Kate en un grupo tan insensato como aquel. Sencillamente no era posible... Pero entonces ¿qué había querido decir con su discurso sobre el mal, el poder absoluto, la corrupción del hombre...? ¿Qué hacía investigando el efecto Cotard? ¿Cómo había logrado que semejante curso de investigación no fuera descartado de entrada? Algo se le escapaba. No tenía aún toda la información. Maldijo a Kate y su secretismo. ¿Qué clase de ayuda podría brindarle si más que como a un colaborador lo trataba como a un traidor?

Richard se revolvía en la cama incapaz de dormir. Abrió la ventana y observó el Madrid nocturno. Era viernes noche y el tráfico, sin ser abundante, sí resultaba un tanto molesto. Algún motorista ocasional hacía ostentación de la capacidad de su ruidoso motor y eventualmente se veían iluminar en la avenida que se desplegaba a sus pies las parpadeantes luces azules de la policía.



¿Qué otra cosa podía hacer? Se apoyó en la baranda de la ventana y dejó que el fresco nocturno le aplacara su fiebre intelectual.

Si reconocía que aquello era una insensatez y abandonaba la investigación no sabía cómo se lo tomarían en la agencia. Una nueva insubordinación no iba a quedar bien en su currículum salpicado de notas rojas al margen. Pero sabía que él sería incapaz de una retirada así. Nada le obligaba a abandonar. Y aún peor: No había nadie esperándole fuera de sus horas de trabajo, y tampoco tenía ninguna otra ocupación que hacer. Aquello era todo cuánto tenía. Con los años su vida se había fundido con el trabajo, especialmente a partir de la marcha de Johanna, o mejor dicho, como consecuencia de la marcha de Johanna su vida era sólo el trabajo, se rectificó amargamente Richard.

Pero seguir implicaba asumir esa teoría de la conspiración. Dar crédito a unas ideas esbozadas tímidamente por Kate y que por ser obvia su resistencia, no había llegado a mostrarle del todo, igual que el jugador de póker que sabe que aún no tiene una mano ganadora y decide pasar y esperar a la siguiente ronda. Y eso que Richard había hecho un esfuerzo sobrehumano por no saltar, por no enfurecerse cómo habría sido fácil en él, cuando siente que le intentan tomar el pelo o le tratan como a un colegial. La introducción de Kate había sido burda... pero Richard se negaba a considerar a una persona tan brillante como ella tan torpe. No, sin duda iba a abordar el tema y él con su impaciencia había fastidiado la conversación. ¿Pero hacia dónde iba Kate?

Se había vuelto a tender en la cama cuando oyó un ruido de cristales rotos. Fue en la habitación de al lado... o eran sólo imaginaciones. La duda lo apartó de sus pensamientos.

Un nuevo estrépito seguido de un sonido sordo. Richard sintió una oleada de adrenalina que puso todo su cuerpo en tensión. «Algo pasa».

Corrió hacia la puerta de la habitación. El pasillo del hotel le recibió con una luz intensa. Corrió de nuevo a la puerta de la habitación colindante, la de Kate... ¡abierta! La terminó de entornar. Una luz encendida, la lámpara de la mesilla de noche tirada en el suelo. Algunas otras señales de desorden. Las sábanas arrancadas de su sitio habitual caían al otro lado de la cama. La silla del escritorio también permanecía en el suelo.

—¡Kate! —gritó Richard que no sabía qué esperaba encontrar.

La vio. Su estómago se encogió como si hubiera sufrido un fuerte puñetazo. Se quedó sin respiración y sintió una punzada en el pecho de dolor.

Kate yacía en el suelo en el otro extremo de la cama. Una mano aún permanecía asida a las sábanas que había arrastrado en su caída y la otra sostenía una pistola. Un pijama de pantalones cortos y blusa de manga igualmente corto mostraba sus miembros esbeltos y perfectos que yacían en una postura como descuidada, su piel suave y sensual para incitar a que la abrazaran. Su cabello ondulado ocultaba parcialmente su rostro, y la mirada, fija e inerte, permanecía clavada en él

fortuitamente. Un mancha de un rojo oscuro iba creciendo lentamente a la altura de su pecho. Richard no necesitó acercarse a ella para verificar que estaba muerta.

¿Quién había sido? ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué? Richard miraba incrédulo el bello semblante de Kate como si pudiera responderle y explicarle aquello. Sintió que sus ojos se humedecían pero se obligó a reaccionar. ¿El asesino estaba aún allí? No había tardado nada en presentarse en la habitación y no se había cruzado con nadie en los pasillos, ...pero no había escondites... salvo el baño.

Iba a dirigirse hacia allí cuando de pronto una silueta oscura se dibujó en la puerta. Vestido de negro, enmascarado en un pasamontaña, su aspecto era temible. Estaba armado y él no. Se tiró al suelo, junto a Kate, mientras oía tres sordos estampidos y los impactos amortiguados en la pared, sobre él, siguiendo su caída. Silenciador, pensó. Kate sostenía en su mano derecha una browning de cañón cromado que se apresuró a coger y cargar. Había sido un movimiento de décimas de segundo, instintivo. Se revolvió en el suelo y se incorporó barriendo con la mano armada toda la habitación. Pero ya no había rastro del asesino.

Saltó en pos de él. Salió tomando precauciones de la habitación, pero ya no había rastro. El pasillo iluminado parecía ahora el escenario de una película surrealista. De pronto parecía que lo habían transportado a un mundo de pesadilla del que esperaba despertar de un momento a otro. El dolor volvía a apoderarse de él y esta vez con una fuerza inverosímil.

«Es preciso hacer algo».

El ordenador de Kate estaba encendido. Pero no sabía qué buscar. Sus efectos personales, pensó acelerado. Ojeó el interior del bolso que reposaba en un silloncito junto a la ventana, revolviendo el interior sin percibir nada con claridad. Ningún objeto parecía fuera de lugar, llamativo o interesante. Volcó el interior del bolso en la cama nervioso. Un llavero, artículos de maquillaje, pañuelos de papel... una extraña llave suelta. La cogió y la apretó en su mano. Tomó la cartera y la inspeccionó pero salvo lo usual no había ningún tipo de nota, tarjeta o pista que pudiera quedarse. También había un pendrive en el bolso. Lo enchufó en el ordenador. Realizó una búsqueda somera en el disco duro... pero sin saber qué buscar y presa de los nervios era incapaz de concentrarse. Los segundos parecían horas. Decidió buscar todo tipo de documentos abiertos recientemente y selecciono los del último mes, los copió y volcó en el dispositivo de memoria. Intentó acceder a su correo personal pero se le solicitó contraseña por lo que hubo de desistir.

Registró brevemente la pequeña maleta de Kate, pero no halló nada de interés. Encontró su móvil en la cabecera de la cama. Decidió anotar las últimas llamadas efectuadas en la última semana. Eran muchas y unas cuantas tenían un destino internacional, pero el prefijo 30 ignoraba a qué país correspondía. Intentó consultar su correo a través del móvil pero se topó de nuevo con la solicitud de contraseña.

Por último se sentó abatido en la cama. Sólo quedaba una cosa por hacer. Avisar a la Agencia. Miró una vez más el cuerpo. Escultural y hermosa, parecía increíble que

nunca más pudiera volver a hablar con ella. No le parecía la mujer madura que debía ser, sino la misma jovial novata que se iniciaba en el mundo del espionaje un par de décadas. «Qué maravillosamente bien te conservas Kate».

Algo le hizo estremecerse. Se trataba de un pequeño tatuaje, muy discreto, que nunca antes había observado, pues se hallaba en la parte baja de la cintura. Tuvo que bajar ligeramente el sedoso pantaloncito de noche para observarlo por completo. Era una figura delicada y femenina, con arabescos que emulaban tallos de plantas y capullos de flor. No supo por qué, aquella figura circular le inquietó.

—Agente Richard, informe. —La voz fría al otro lado de la línea de emergencia que había marcado le devolvió a la realidad.

## Carta 3ª

Me llamaban.

Estimado doctor, he repasado el anterior correo y comprendo, que desde su punto de vista, su incredulidad ha de ser total. Le solicito encarecidamente que aborde los textos que seguirán con el espíritu más tolerante y la mente más abierta de lo que sea capaz. Mi propia salud, incluso mi propia supervivencia, presiento que dependen de este precario nexo, esta correspondencia, que mantiene una tenue llama de esperanza aún viva en mi interior. Es lo único que ilumina mi actual desesperación.

¿Qué había más allá de la puerta?

Era difícil, por no decir imposible, sustraerse al eventual traspaso de la misma. La idea me obsesionaba de día, mientras me mantenía no ya despierto, porque mi agotamiento ya me impedía mantener la lucidez propia de alguien que ha descansado, sino una especie de conciencia enfermiza y agotada y aún más de noche, pues conforme avanzaban las horas de la tarde y el cielo se oscurecía sentía que se avecinaba ese reto infernal de traspasar el umbral.

Incapaz de concentrarme a menudo eludía mis obligaciones laborales y desestimaba los avisos de mi jefe y las taimadas advertencias de mis compañeros de despacho. Me parecían absurdas y ridículas, profundamente kafkianas. Caí en una profunda apatía en la que todos mis energías se consumían en combatir aquella tentación intolerable... hasta que finalmente me armé de valor y me decidí, en mi siguiente experiencia, confiar mi suerte en pos de lo que hubiera de sucederme. Mi agotamiento me arrastraba hacia un nuevo estado de ánimo, la indolencia. Empezaba a ser preferible toda clase de males, incluso la muerte, a aquel espantoso sinvivir en el

que se habían convertido mis noches de tormento.

Y efectivamente la traspasé... y pareciéndome que todo seguía igual que antes, resultaba por entero diferente.

Me hallaba en el pasillo de mi casa, que conducía a un espacioso salón desde el cual se disfruta de unas vistas espectaculares de la ciudad con la bahía al fondo. Ahora en la oscuridad y con las persianas bajadas, la luz nocturna que se filtraba entre cortinajes y rendijas me hablaba de una noche diferente, de luces mortecinas, de una ciudad cubierta por una mortaja de silencio.

Recorrí mi casa, comprobando que por más que accionaba interruptores de nada me valía. Sin embargo sí que pude abrir la puerta principal, y descendiendo las escaleras, con una rara sensación de agilidad, vaporosa, llegué al *hall* de entrada y salí al exterior.

Como decía anteriormente, allí, en ese momento, pude constatar, que pareciendo todo semejante, sin embargo resultaba todo diferente.

Mi calle habitualmente bulliciosa incluso de noche permanecía absolutamente desierta. Debía ser una hora de madrugada y podría entenderse que a tan tempranas horas sería difícil hallar a persona alguna, pero es que tampoco se veía circular un solo vehículo en las carreteras colindantes, o en la avenida cercana, que divisaba parcialmente. Intuía un acento estático en todo cuanto observaba, como si el tiempo mismo hubiera dejado de transcurrir. El cielo nocturno estaba cubierto de un manto de nubes densas e inmóviles, que emitían un extraño resplandor, como un reflejo eléctrico, malsano, antinatural. Ahora lo describo así, aunque en un primer lugar no me inquietó. Mi espíritu se sentía agitado, aunque por otras circunstancias.

Corrí.

Corrí como pocas veces he hecho en mi vida. No sólo porque sentía un vigor extraordinario, sino que la adrenalina que me inundaba por completo me invitaba a realizar un esfuerzo atlético... y ya entonces presentía que la carrera no iba a agotarme. Sentía un poder dentro de mí, una fuerza vivificante que me hacía liviano y fuerte a la vez. No era yo y mi cuerpo, sino mi voluntad y mi deseo los que recorrían esa ciudad cementerio. Tuve que obligarme a recordar que mi cuerpo permanecía aún tendido en mi cama para poner un freno de prudencia en mi obrar.

Y no sólo era una sensación física. Mi mente se sentía extraordinariamente despierta, capaz, preclara. Tras tantos días de penosa existencia, de esconderme en mi desgracia de trabajo, amigos, pareja, sentía que todas aquellos temores habían resultado infundados y pueriles. Reí mientras corría inundado por una inesperada sensación de bienestar.

Sin embargo otros aspectos de toda aquella realidad fantasmal que empezaba a descubrir sembraban ya sus pequeñas primeras dudas sobre todo lo que me estaba aconteciendo. Me negaba a pensar en ello. Por un momento el miedo se disipaba... después de semanas interminables experimenté algo padecido al alivio.

Corrí hacia el centro de Lisboa, veloz como el mismo viento, sintiéndome tan

joven e invulnerable como probablemente nunca me había sentido. Desde una loma vi los barrios de la ciudad, iluminados por sus luminarias nocturnas como amortiguadas por un velo invisible, en una estampa hermosa pero inquietante. Ni un vehículo, ni ningún género de movimiento o persona que incitase a pensar que aquello era algo distinto a una simple naturaleza muerta, que una réplica estática de otra realidad vital y conocida. Un silencio espeso lo ocupaba todo... como si fuera completamente sordo. Ni brisa, ni animales, ni persona alguna alteraba ese estado. Es un escenario vacío, los actores se han retirado, el aforo desierto... Era un sueño, o algo parecido.

Aún así el bienestar que experimentaba se imponía a todo otro pensamiento, cuestión o interrogante que se me pudiera plantear en aquel momento. Había sido tanto el tiempo en el que había vivido en la incertidumbre y el terror cervical que, de repente, al descubrir que todo podría tratarse de una simple aventura, el bienestar que recorría las fibras más profundas de mi alma aliviaba el dolor que había parecido y de paso parecía servirme de vacuna preventiva a fin de no volver a caer en futuros estados de depresión y miedo.

Recorrí las principales avenidas de la ciudad tentado de entrar en algún establecimiento, o en el propio trabajo, o tal vez indagar en la vida de alguien, ... cualquiera, tal vez introduciéndome en su misma casa... No sólo era la cuestión de sentir una imprecisa sensación de invulnerabilidad, más característica de un superhéroe que de una persona normal como yo, sino quizás ya latía dentro de mí, el deseo imperioso de compartir aquello con alguien. Conocer a «otro» que como yo estuviera allí mismo también. Hacer las primeras preguntas... ¿sería posible que el aislamiento atroz que había parecido en los últimos meses pudiera acabar si conocía a alguien allí mismo, que como yo, había sufrido idéntico mal? Incluso mejor aún, alguien que llevara más tiempo allí, en el otro lado, y que me guiase en mis primeros pasos, que me explicara qué mundo era aquel.

Recorrí barrios enteros disfrutando de mi extraordinaria fortaleza, que me permitía correr y saltar vertiginosamente como si la gravedad terrestre estuviera menguada o como si mi propia fuerza se hubiera multiplicado milagrosamente.

Y no vi a nadie.

Un sentimiento de cierta decepción asomaba ya dentro de mí.

Grité. Deseaba hallar compañía... y el silencio me respondió tercamente.

Recordé como antes de atravesar la puerta había oído aquella inquietante cacofonía de voces discordantes pero que entonaban metódicamente mi nombre, insistentes, persuasivas... De hecho allí estaba finalmente. ¿Qué había sido de aquel coro insidioso? Lo cierto era que no me apetecía para nada averiguar qué o quiénes eran los autores de aquel cántico infernal... ahora se me antojaba más bien una alucinación.

Sin previo aviso sentí que me despertaba en mi dormitorio y la imagen de las calles de Lisboa vacías, cadavéricamente iluminadas, desérticas... abandonadas de

toda vida humana, se desvaneció en mi retina de improviso. Y en mis oídos se disolvía el efecto inquietante del silencio que había experimentado en ese otro lado, en el que mis propios pasos parecían envueltos en un mullido silencio y era reemplazado por el bullicio urbano que llegaba, amortiguado por la ventana, a mi dormitorio.

La alarma del despertador activó en ese momento la radio. En una emisora local sonaba, rabioso, un grupo de rock inglés que disipaba los malos recuerdos con su estridencia. La luz de la mañana se filtraba por entre las cortinas y me brindaba los buenos días.

Durante un tiempo recuperé mi buen humor y hasta empecé a planear mi próxima aventura deportiva.

¡Qué ingenuo!

## Capítulo 25

El regreso a casa estuvo dominado por una honda desazón.

Richard sentía en su corazón un profundo abatimiento. Las ganas de abandonarlo todo eran omnipresentes en sus pensamientos. Se diría que se encontraba frente a un acantilado en el que la idea de precipitarse al vacío le seducía poderosamente. Poner fin a todo.

La falta de Kate, para su sorpresa, le había afectado indeciblemente. Se había perdido mucho más de lo que le gustaría reconocer... incluso de lo que llegaba a comprender.

Tras el aviso a la agencia se sucedió un periodo de pesadilla. Interrogatorios de la policía nacional española. Miradas de desconfianza. Los asesores de la embajada constantemente aconsejando de una manera y de otra, tan nerviosos estaban que de haberles seguido al pie de la letra habría incurrido en multitud de penosas contradicciones. La agencia envió un par de agentes que al menos tuvieron cierta empatía con él. Hablaron poco y preguntaron lo justo. Ignoraba por completo las razones del homicidio. Todo su ímpetu por atrapar al asesino quedó ahogado en la burocracia y en las relaciones diplomáticas, contenido en los protocolos de actuación en un país extranjero y en mil impedimentos de toda índole. Como testigo no podía interrogar al personal del hotel u otros huéspedes alojados. Pasaron los días y fue como si aquello que intentaba sostener entre sus manos se convirtiera en agua y se le escurriera entre los dedos sin remisión. Se desesperó de impotencia.

Sí, era bien cierto que recordaba, ¡ahora sí lo recordaba como si estuviera escrito con su propia piel!, que Kate le había confesado que se sentía amenazada de muerte... y él no había dado pábulo a aquella advertencia, tal vez porque veía todo demasiado desfigurado y borroso o intuía en su altivez y distancia una seguridad que a la postre no era tal... en cualquier caso de aquello nada habló, y lo guardó para sí en lo más profundo de su mente, siendo consciente de que sería observado y analizado, y que cualquier carta que mostrara ahora podría volverse definitivamente en su contra. No tenía miedo, pero sabía que para jugar su mano, la venganza, si es que tal tenía sentido, habría de esperar a que la partida hubiera seguido su curso y que nadie pensara ya en él sino como en un pobre perdedor.

Al pensar sobre el peligro del que le había hablado Kate nunca había entendido el móvil y por esa razón nunca le había dado verdadera credibilidad a sus palabras. Maldecía la imprudencia de Kate, incapaz de confiar en él, no se había sincerado completamente. ¿Por qué? ¿No sabía acaso ella mejor que él mismo que su lealtad era inquebrantable, que los lazos que la unían a ella eran más firmes que los que pudiera mantener seguramente con ningún otro ser sobre la superficie del planeta? ¿Cuál era la raíz de su afecto? Ahora ya no lo sabía.

En un principio había sentido un cariño por Kate que obedecía al que se siente por un pupilo al que se le enseñan los gajes del oficio. Después ella había mostrado sus

dotes y había prosperado, dejándole a él mismo muy atrás en el escalafón, y eso le había procurado un sentimiento confuso. Envidia, orgullo, desazón en su propia capacidad al ser rebasado por su alumna a la que todos admiraban, vanidad por ser él su primer y principal instructor. Él la había forjado ¿no? Después había llegado a invertirse los papeles. Ella era su jefa. Y había cambiado, sí, seguro que sí. A veces creía que la odiaba con todo su corazón... pero esa relación de odio, como a menudo sucede en algunas parejas, de pronto se alternaba con otras que irradiaban la ternura y el cariño de cuándo la había conocido y entonces todos los malos sentimientos desaparecían como el cielo fresco y despejado tras una tormenta de verano. Eran raras las ocasiones, pero cuando Kate se sinceraba con él y recuperaba la confianza Richard se derretía por dentro. Ahora, tras su asesinato, era aquel el único y predominante sentimiento que lo embargaba. Y se sentía culpable, terriblemente culpable. ¿Cómo es que no lo había visto venir?

¡Kate era tan arrogante! No compartía información y menos dejaba entrever cualquier debilidad. Sólo en aquella rara ocasión en la que acudió a él en su apartamento de Brooklyn había mostrado esa flaqueza, como esa chiquilla asustada que ha descubierto un secreto peligroso, mucho mayor de lo que ella misma puede abarcar, y necesita desahogarse en alguien de confianza. ¿Por qué no le habría revelado aquel peligro a fin de ayudar a protegerla? Había dicho que era por su propia seguridad ¿por qué se preocupaba tanto Kate de mantenerle a salvo? ¿De qué? Ahora él estaba a salvo... ¿qué había conseguido con semejante estrategia?, se preguntaba como si acaso pudiera recriminar a Kate a esas alturas con semejante cuestión.

El entierro iba a ser en Maryland, al norte de Annapolis. Creía recordar que Kate vivía cerca de Annapolis, en una área en la que se alternaban lujosas residencias, clubs deportivos y una naturaleza verde y exuberante que invitaba a disfrutar apaciblemente de la vida. Mientras Richard recorría sus poco transitadas carreteras intentando localizar el cementerio pensaba en lo que iba a hacer tras el funeral.

Había sido incapaz de concretar ningún propósito desde hacía dos semanas. Antes de regresar de Madrid había pasado por Lisboa a recoger las nuevas cartas que Demian había remitido al psicólogo. Las había leído desapasionadamente, sin interés alguno. Las consideraba las misivas de un demente destinadas a su intérprete, esto es, su jefe de manicomio. Le costaba darles cualquier valor. Aún así las conservaba con él, junto con todo el material de la investigación, en un portfolio con el que viajaba pero al que miraba con desconfianza y en el que más de una vez había pensado en arrojar en cualquier papelera pública.

Había ojeado los documentos de Kate por encima. No había nada que revelara ningún secreto sorprendente. La desconfianza de Kate era absoluta. Era lógico que no pusiera por escrito, y menos aún en un dispositivo electrónico, cualquier cosa que pudiera ser fácilmente pirateada. De hecho se negaba a hablar con él en prácticamente cualquier sitio bajo el pretexto de ser espiados. Si no fuera por su frialdad y seguridad Richard habría pensado que estaba loca. Pero él sabía que ella



era brillante. Por otro lado nadie de la NSA le había preguntado respecto al caso. Se diría que o bien Kate no había revelado que era su persona de confianza o bien que la NSA no iba a mantener más recursos destinados a aquella investigación y que la iban a dejar morir. Le resultaba extraño ese silencio, esa falta de interés, que por otro lado, él mismo compartía.

Finalmente localizó el cementerio, un hermoso camposanto rodeado de bosques de hayas y salpicado de grandes árboles desde cuyas laderas se contemplaba un hermoso lago rodeado de los pequeños muelles propiedad en exclusiva de las residencias particulares, casas de madera de aspecto lujoso, que salpicaban la orilla. Comprobó la hora y se dio cuenta que iba a llegar tarde a los funerales.

Eran muy pocos los concurrentes. Algunos miembros de la agencia que conocía de vista. Sorprendentemente Desmond Akerman se hallaba entre los presentes. Podía inferir que entre aquellas personas no parecía encontrarse un familiar directo. Kate siempre había eludido hablar de padres, hermanos o cualquier familiar fuera el lazo que fuera. No se veía a una madre llorosa inclinada sobre el ataúd. No había niños tampoco. La docena de personas que se hallaban allí tenían un cierto aura de insensibilidad que le abarcaba a él mismo, más parecidos a notarios públicos, abogados y testaferreros, que a personas que sintieran algún género de afecto por ella.

Sin embargo sólo una persona le causó verdadera impresión hallarla en tal lugar. De hecho se trataba de quién oficiaba; el padre Haggerty.

Soplaba una brisa fresca con un aroma intenso a flúor marino que hacía culebrear la estola morada, pero que al sacerdote parecía no importarle. Mantenía la biblia abierta, pues acababa de leer un pasaje y la cerraba parsimonioso. Cuando Richard llegó discretamente y se incorporó a la reunión, el padre iniciaba su panegírico.

Resultó muy breve y alabó intensamente la persona de Kate, a la que calificó de amante de la justicia y de convicciones profundas y honradas. Reflexionó sobre la esperanza en el más allá y en el abrazo de misericordia del Padre que en ese momento acogía en su seno a aquella mujer sin igual. Richard diría que aquellas eran unas palabras pronunciadas con absoluto convencimiento, con el deseo sincero de que fueran ciertas, dichas con verdadero cariño. De improviso comprendió, conmovido, que el padre Haggerty quería a Kate de la misma manera que él mismo. Ante ese descubrimiento Richard sintió una profunda simpatía por el sacerdote y surgió el deseo de mantener una conversación en confianza con él. No se daba cuenta aún, pero en ese momento preciso resurgían en él las ganas de seguir adelante con la investigación de Kate.

## Carta 4ª

Estimado doctor, prosigo mi relato donde lo dejé.

He de comentarle a continuación que gocé durante un corto período de tiempo de un paréntesis de tranquilidad en el que mi vida pareció recobrar cierta normalidad. Aunque mi imagen estaba muy deteriorada en el trabajo daba la impresión que el orden y la rutina de antes volvían a establecerse en mi vida. Eso sí, había perdido el interés por mis aficiones de riesgo y mis aventuras extremas. Las vivencias que experimentaba en lo que denominaba «el otro lado» resultaban de por sí suficientemente estimulantes como para plantearme acudir a otro tipo de revulsivos... de hecho mi vida ordinaria palidecía ante la emoción que me despertaba descubrir las capacidades que me brindaba... la noche.

Y de hecho, es ese período de tiempo que le comento en el que no hice ningún descubrimiento ni mi curiosidad consiguió resolver ninguna de las preguntas que como podrá imaginarse acudían incesantes día y noche a mi mente. Sí, tenía una poderosa intuición de que algo estaba por llegar, y cuando digo «algo» entendía o intuía algún género de revelación que resolviera de alguna manera aquel acertijo incomprensible que estaba padeciendo. En cualquier caso estaba perdiendo el miedo y éste era sustituido por una emoción mucho más amable, la curiosidad.

Busqué en todo tipo de fuentes, relatos o episodios similares a lo que experimentaba... pero todas mis consultas derivaban hacia asuntos que poco tenían que ver con viajes astrales, sino más bien parecían referirse a otro tipo de experiencias, hipnóticas, psicodélicas... De todo cuanto investigué sólo los relatos etiquetados de viaje astral parecían mantener cierta concomitancia o coherencia con lo que yo mismo estaba viviendo... aunque no había dado con nadie que los desarrollara con la asiduidad y realismo como los que yo los experimentaba. Cuando topaba con alguien que pudiera ser un posible viajero como yo, al poco iba descubriendo incoherencias o en sus relatos sucedían cosas incompatibles con las experiencias que yo acumulaba, y entonces me daba cuenta que debían ser fruto más del deseo que de una experiencia real y que seguramente estaba perdiendo mi tiempo con un charlatán fantasioso. Algunos creo que decían la verdad, pero entonces sus testimonios resultaban muy cortos e insípidos. En su honestidad reconocían que tenían poco más que contar. Se trataban de experiencias tan breves que de ellas poco más se podía deducir. Nadie estaba sometido a esa misma frecuencia ya casi diaria, de visitar «el otro lado» como la que yo experimentaba, ni nadie tenía mi aspecto agotado y enfermizo. Estaba seguro que en cuanto topara con un alma gemela la reconocería casi inmediatamente.

Entré en contacto con un variopinto grupo de personas supuestamente entendidas en estas materias. Hube de cambiar hasta de aspecto pues mi estilo de ejecutivo o incluso de *sport* desentonaba con este género de aficionados a lo *new age*. Pero cada vez que empezaba a considerar que había alguien que conectaba conmigo llegaba una

nueva decepción. Confundían mis relatos con historias inventadas producto del consumo de alucinógenos... muchos de ellos lo hacían así de hecho. De otros descubrí que me tomaban a mis espaldas por loco o incluso peor, por mentiroso, pues hallaban en mi testimonio supuestas contradicciones o aseveraciones que resultaban chocantes con lo que ellos estimaban era ciencia asentada. Auténticos pirados.

Resulta irónico que sea yo el que diga precisamente algo así.

Mi vida en cualquier caso parecía irremisiblemente destrozada. En lo laboral mi prestigio estaba extinguido, mi papel en la oficina simbólico, incluso mi ubicación física había pasado a ser la de un pequeño y arrinconado despacho ocupado tradicionalmente por becarios. Mi capacidad de concentración en el trabajo había caído en picado y a menudo me encontraba pensando en el otro lado y lo que significaba, mi mente se quedaba en blanco constantemente, incluso a mitad de una conversación, y pronto la gente dejó de molestarme salvo que fuera imprescindible. Mi cartera de clientes se desvaneció, mordisqueada sin piedad por quienes eran mis compañeros, utilizando las tretas y artimañas que yo mismo les había enseñado. Tampoco se lo reprocho. Creo que mi apariencia física lo decía todo de mí. De ir con un traje de aspecto intachable y de no hallar mácula tras mi aseo, pasé a dejar de afeitarme con frecuencia diaria, las escasas horas de descanso real me provocaron unas ojeras de aspecto enfermizo y la falta de apetito constante menoscabó mi cuerpo y de un aspecto vigoroso y atlético pasé a otro desmejorado, en el que la ropa holgada más bien me asemejaba a alguien que vive de prestado. Me daba igual. Mi único asidero en la vida real eran estos heterogéneos grupos de fantasiosos con los que alternaba, buscando algo que ni aún ahora sabría decir qué era. Creo que me conformaba con que hubiera alguien que me escuchara con atención y no se riera delante de mí o me mirase con expresión de rechazo. Aunque en el fondo anhelaba un alma gemela... alguien que estuviera en mi mismo infierno.

Todas mis pesquisas para encontrar a «otro como yo», otro naufrago de aquella misteriosa realidad, fueron infructuosas. No había nadie, ni dormido ni despierto. Aquella era una realidad de lugares, de edificios huecos, de mobiliarios sin uso... una realidad desprovista de todo género humano. Y la constatación, noche tras noche, de esa certidumbre empezaba a pesar en mi ánimo.

Cuando el tedio parecía imponerse en mis visitas a Lisboa decidí cambiar el sentido de mis pesquisas. En vez de buscar la luz de la ciudad iluminada, decidí adentrarme en las tinieblas, y para ello emprendí el camino de los montes de Sintra, no muy lejanos, y a los cuales llegué sorprendentemente rápido, pues más que correr parecía que mis pies volaban. Desconozco de dónde o por qué surgió esta idea, tal vez por comprobar cuán lejos podía llegar, cuáles eran mis límites en aquel estado astral. Sintra es una pequeña y encantadora ciudad salpicada de palacios, castillos y un bosque de fábula del que siempre había guardado recuerdos muy gratos de mi infancia.

Ya hacía tiempo me había percatado que en aquella realidad las leyes físicas no

las experimentaba de la misma manera que en la real, tal vez porque a fin de cuentas, mi cuerpo seguía tendido en la cama de mi dormitorio y el Demian que andaba, corría y vagaba como alma en pena por aquellos lares fantasmagóricos, no era, ni más ni menos, que eso mismo, un verdadero fantasma... un espíritu errante.

Sin embargo mi decisión de explorar en otra dirección iba a romper por completo la calma y el tedio que empezaban a hacer mella en mi afán por descubrir que significaba toda aquella aventura, a la cual, por otra parte, empezaba ya a acostumbrarme. De hecho no sé si ese acontecimiento provocaría la ola de cambios que siguió a continuación.

A menudo había paseado y corrido por los bosques de Sintra por lo que los conocía bien. Sabía de su naturaleza intacta rodeada de civilización, pero aquel lugar preservado de la mano del hombre quizás ofreciera un aspecto distinto que pudiera proporcionarme las pistas que la capital no me brindaba.

Y efectivamente, tal y como imaginaba, el parque natural de Sintra representaba en aquel otro universo una fisonomía por completo diferente a la naturaleza muerta que era lo urbano, aún a pesar de sus luminarias eternamente encendidas pero mortalmente inmóviles, más parecidas a la quietud de una fotografía que a otra cosa.

El bosque era tétrico, una maraña de arboles, hayas, abedules, olmos, de troncos almohadillados de musgo, de plantas trepadoras, de líquenes colgantes, que ya de por sí le otorgaban un aspecto encantado durante el día, confiriendo esa densa y frondosa foresta un aire que cuando menos pudiera calificarse de misterioso, cuánto más sucede en ese otra circunstancia tan especial como era verlo desde ese «otro lado» al que aludo y en el que me hallaba.

Pero a la vez, de alguna manera, sentía que estaba en presencia de algo vivo, al menos tan vivo como yo. Allí percibí el primer sonido que rompía por primera vez el embrujo de aquel universo fantasmal de ese otro lado. Una simple brisa propiciaba que las ramas susurrasen, que las hojas acariciándose unas a otras, mecidas suavemente, emitieran tenues suspiros, sonidos leves pero que para mí entonaban un cántico de naturaleza... y de misterio.

Me decidí a recorrer una de las pistas forestales que ascendían hacia lo alto del cúmulo de colinas y montes sobre las que se asentaba el bosque. Sin embargo un instinto desconocido me prevenía misteriosamente para que mi presencia pasara desapercibida. Así como mientras vagaba por las calles lisboetas en busca de compañía no tenía temor de gritar a pleno pulmón en busca de quien fuera, en este nuevo lugar que visitaba apenas me atrevía a murmurarme palabras de ánimo. Algo despertaba dentro de mí una prevención indescriptible... y así, después de mucho tiempo, volvían a mi corazón temores ancestrales, el miedo a lo desconocido... o tal vez a tropezar con una verdad que era mejor no revelar. Creí en un primer momento todo este cambio, toda esta prevención tenían su origen en el hecho de haber percibido el sonido brumoso del viento que acaricia la foresta.

Pero aún a pesar de esas dudas y temores no quise caer presa de un nuevo estado

de indecisión que tan agotadores consecuencias había tenido para mí en el pasado reciente. Me decía que lo más probable es que nada hallara en aquellos montes y que el temor que infundía aquella oscuridad tétrica, aquellos ramajes inescrutables a la que mi imaginación añadía pares de ojos que me miraban con fiereza y maldad, que todo aquello era tan infundado como mis primeros miedos cuando la frontera de mis viajes inmatrimales era la propia puerta de mi habitación.

Pero para mi desgracia aquel temor innato que crecía dentro de mí no era infundado, ni mucho menos. Algo percibían mis oídos que me hizo reaccionar como una fiera salvaje, agazaparme y reptar por el suelo como el más ágil de los reptiles, pues efectivamente, a mis espaldas algo o alguien avanzaba rápidamente, oía sus pasos... pero sobre todo, y lo que era peor, oía sus voces. Porque sus voces retumbaban con un eco especial, y no era el sonido natural de la voz humana, existía cierta deformación acústica que no sabría como precisar... una extraña reverberación.

Recuerdo perfectamente que mi camino me había llevado junto a una amplia laguna artificial, cuyas orillas, despejadas, estaban alejadas del bosque en torno a una docena de metros. Yo repté hasta el lindero del bosque y me agazapé entre troncos y ramajes caídos, y me quedé tan inmóvil como algunas de las grandes piedras que salpicaban el bosque y que se me antojaban figuras humanas petrificadas en curiosas posturas de tormento.

No estaba preparado para lo que mis ojos iban a descubrir.

Dos siluetas avanzaban por el centro de la vereda. Resultaban borrosas, pero no tanto por la oscuridad, sino que se me aparecían como difusas, como el dibujante de plumilla que rasguea el papel y crea figuras, formas, relieves, sin nunca definir un perfil... un relleno sin un contorno que lo delimite. De esta forma percibía dos figuras, humanas, un hombre trajeado y una mujer de aspecto esbelto y elegante, de melena rubia recogida en una coleta. Imposible determinar sus rasgos porque la indefinición en ellos me resultaba aún mayor. Diría que se asemejaban a la imagen de un televisor que no sintoniza completamente bien la emisora y el espectador adivina más bien por el movimiento de las interferencias, lo que está viendo. En aquella atmósfera irreal tal aparición parecía contradecir la claridad de mis ideas, la nitidez de mi conciencia... me devolvían abruptamente a la sensación de pesadilla, de incredulidad... de locura. Volvía a dudar de mí mismo.

No distinguía con claridad sus palabras. Al igual que sucedía con la imagen que proyectaban, puesto que el sonido que provenía de su conversación reverberaba, su diálogo distorsionado confería una sensación maligna a lo que pudieran estar diciendo y sin ser consciente siquiera de esta idea yo ya me estremecía. Después de tanto tiempo habiendo añorado el encuentro con alguien con quien compartir mi experiencia en ese otro lado, ahora que esa posibilidad parecía factible, me acobardaba por completo, pero doctor Pinto, le aseguró que no soy hombre de arredrarse ante las dificultades... Esto me superaba.

Y sospechaba que hablaban de mí.

El hombre se refería a alguien que había abandonado por fin la ciudad y que había emprendido camino hacia el bosque, que se había escabullido entre quienes le aguardaban en las afueras, y por su forma de hablar categórica, casi violenta, me hacía pensar en mí como en una presa, más que en un amigo, y en él como en el cazador. La mujer hablaba con monosílabos, se movía con movimientos felinos y de improviso se detenía y parecía escrutar con su vista la oscuridad impenetrable del bosque como si fuera un día de sol. Me agazapé entre la hojarasca, pegado a la tierra húmeda tras un tronco caído, sintiéndome rodeado por el tacto invisible de su mirada, hundido mi rostro en el barro.

Estimado doctor, comprendo que llegado a este punto abandone la lectura de mi correspondencia, pero le ruego no lo haga, es el único cabo del que pende mi cordura.

Además, como podrá observar más adelante, mi itinerario por ese mundo no sé si onírico o espiritual o real, pues cada vez me resulta más indistinguible uno de otro, de pronto irrumpe con un giro inesperado, y mis paseos astrales devienen en algo muy diferente e inquietante, pero sin embargo igualmente perturbador. Y lo iba a descubrir muy pronto, de hecho, unos instantes después de esta escena, cuando me desperté, de nuevo, en mi habitación.

Eso se lo narraré más adelante, pues ahora necesito descansar... necesito dormir... aunque como bien sabe, cuando duermo... no descanso.

## Capítulo 26

Tras la finalización del entierro de Katherine Riddle todo el mundo se despidió rápida y discretamente, saludándose formalmente, nadie tenía ningún deseo de convertir el encuentro en un convite social. Richard junto con el sacerdote fueron los últimos en abandonar aquel escenario apacible y tranquilo sobre cuya alfombra verde habían infligido una nueva cicatriz. Ambos se buscaban.

«Deseo hablar con usted a solas, señor Jasper», le dijo el célibe mientras apoyaba su mano en su antebrazo. «Sígame con su coche, por favor».

Richard no se sintió muy sorprendido por aquella interpelación aunque pensó que debiera estarlo. Lo cierto es que tenía ganas de hablar con aquel hombre. Así que le siguió tal como le había propuesto por un corto pero serpenteante recorrido. Transitaron lánguidamente por carreteras estrechas pero bien asfaltadas, bajo la sombra de los olmos y hayas cuyas hojas chispeaban bajo los cálidos rayos del sol al son de las caricias de la brisa. Recorrieron así una decena de kilómetros por los pintorescos bosques del norte de Annapolis. En ocasiones vislumbraba las ensenadas de la cuenca del Severn, que se adentraban en tierra dibujando caprichosos fondeaderos de aguas oscuras, copadas de densos bosques y embarcaderos particulares que como una nube de alfileres se clavaban en cada rincón de sus orillas. Parecía un paisaje de cuento, tan alejado de los problemas y malestares de la vida, tan bucólico, que a Richard le parecía irreal. Fue un paseo lento que finalizó en un terraplén de grava que rodeaba el porche de una pequeña pero coqueta casa de madera cuyo frente principal, en el lado opuesto de la construcción, lindaba con las aguas de la amplia cuenca del río.

El padre Haggerty descendió primero y se adentró en la casa cuya puerta dejó abierta a modo de invitación. Cuando lo hizo Richard segundos más tarde parecía que el anfitrión se había escondido en algún sitio, pues no hallaba rastro de él.

La casa estaba decorada con sumo gusto. Muy luminosa, de muebles de madera de líneas sencillas pero con personalidad, no se definían en ningún género de decoración en particular, ni moderno, ni clásico, ni líneas de diseño ni tampoco se distinguía por un exceso de rusticidad. Era una casa de aspecto amable, que destilaba un aroma hogareño que invitaba a desear quedarse allí. Tras un breve *hall* inmediatamente se accedía a una amplia y luminosa sala de estar en la que se habían recreado diferentes ambientes. Chimenea, zona de lectura de amplios sofás, comedor cercano a una pequeña pero coqueta cocina... y todo ello gozando de un impresionante telón de fondo, un ventanal acristalado, de puertas corredizas, que permitía el disfrute visual, cual impresionante cuadro, de una pequeña orilla de cantos y un embarcadero de maderas desvaradas al cual permanecía amarrado una embarcación cubierta con un forro. El resto de las paredes contenían estantes atiborrados de libros, una exposición de armas variadas de las que resaltaba un rifle de caza y algunas armas de fuego de coleccionista que debían ser auténticas a juzgar

el desgaste de culatas e inscripciones metálicas. También había un espacio en el que figuraban media docena de espadas medievales junto a otras de aspectos muy distintos, como una impresionante cimitarra que parecía igualmente ser un objeto auténtico muy valioso o una impresionante catana de empuñadura levemente desgastada. Se hallaban limpias y en un estado de pulcritud máximo. Sobre la repisa de la chimenea una colección de monedas tanto doradas como plateadas de aspecto basto, enmarcadas en madera y cristal y sobre un fondo de terciopelo negro llamaban poderosamente la atención. Richard sin ser un experto habría dicho que se correspondían con emisiones europeas de siglos atrás. Debían tener un valor incalculable.

Repasó los estantes de la librería, acariciando distraídamente con su índice los lomos de los libros mientras recorría con la mirada algunos títulos. Ocasionalmente observaba de reojo como el padre Haggerty salía de la cocina y portaba una bandeja que llevaba a una terraza en el exterior de la casa, en una zona umbría donde sin duda planeaba tener conversación. De improviso su dedo índice tropezó con la fotografía.

Se trataba de un papel un tanto desteñido por el tiempo y por la luz del sol y estaba parcialmente oculto entre dos libros, pero sobresalía lo suficiente como para notar su contacto. Y Richard reconoció al instante la foto y la extrajo de su escondrijo. Era una imagen impresa de Kate y él mismo, el día en que ella se había graduado y ascendido como agente. Había sido el momento más dichoso de su carrera, pero contradictoriamente, también el más triste. Iba a dejar que abandonara el nido y echara a volar. Estaba orgulloso de ella, pero también triste por perderla. Era la Kate que recordaba y a la que siempre había esperado reencontrar, henchida de orgullo y de vitalidad, con una amplia sonrisa y un brazo que pasaba tras su espalda en un gesto de fraternal camaradería, efectuado en el aparcamiento de Fort Meade, camino del restaurante donde iban a celebrarlo con todo el equipo. Alguien les hizo la foto antes de subirse al coche. Eran pocas las veces que recordaba ver a Kate con una sonrisa tan espléndida. Incluso, si lo pensaba bien, de él mismo podría decir otro tanto. Aquel día... también había tenido un desencuentro con Johanna. Contaba con que les acompañaría a la celebración, pero se había ausentado de la ceremonia oficial alegando un problema banal, y más tarde tampoco hizo acto de presencia en la comida de compañeros. Johanna siempre había esquivado presentarse en cualquier acto de la NSA y particularmente ese día le resultó muy molesto a Richard. Ensombreció el ánimo durante la comida. Tras la graduación su relación con Johanna derivó hacia una situación inexplicablemente fría y tensa...

El recuerdo lo abrumó y sin ser capaz de reprimirse, dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas. Su respiración se entrecortó y una enorme pena le sobrecogió. Se quedó clavado en el sitio y perdió la cuenta del tiempo absorto en el sentimiento de pérdida. No sabía por cuál de las dos mujeres derramaba aquellas lágrimas.

El padre Haggerty que había estado observándolo desde hacía unos segundos a sus espaldas le tomó del hombro y le invitó a que le siguiera al porche junto al río



donde lo había preparado todo.

—Así que esta es la casa de Kate —dijo al fin Richard, cuando se hubo repuesto de su acceso.

El sacerdote asintió.

—Usted la conocía bien, ¿no es así?... Me gustaría saber de qué. Nunca me habló de usted... aunque la verdad, nunca me habló de nadie.

El sacerdote sonrió.

—Sí, me temo que nuestra Kate siempre fue una persona terriblemente discreta, celosa de guardar muchos secretos. Por mi parte le diré que sólo vine a saber de usted recientemente, aunque observo que se conocen de hace tiempo.

El sacerdote removi6 con su cucharilla la taza de té en la que había vertido unas cucharaditas de azúcar.

—Creo que Kate se guardaba muchas cosas para sí. Me atrevería a decir que fue una persona que sufrió mucho... Tuvo una vida en la que cargó con una pesada tarea. —El sacerdote suspiró—. Verá señor Jasper. No siempre he sido sacerdote. Podría decirse que lo mío es una vocación tardía. Antes me ocupaba de otros menesteres... pero no viene a cuento aburrirle con mi historia. Lo que sí le puedo decir es que he sido hombre de mundo. He vivido toda suerte de vicisitudes, buenos y malos tiempos... ¡qué le voy a contar! Y no me enorgullece mi pasado, se lo aseguro. Así, que aunque me vea en mi traje oscuro con alzacuello y piense que vivo en una burbuja de teologías y salmos, a salvo de las adversidades y errores, no olvide que soy tan hombre como usted y mi currículum es extenso en todos los sentidos. Le digo esto porque debido a ello entiendo perfectamente el sufrimiento con el que vivió Kate... especialmente en los últimos años. Seguramente usted debió de percibir una rigidez en su carácter, una severidad... quizás la palabra fuera...

—¿Altivez?

—Sí, encaja, aunque a mí me gustaría hablar de algo distinto... solemnidad, sí tal vez esa calificación podría servir para describirla mejor.

—Sí, coincido en que en ocasiones era insoportable y reservada.

—Claro, eso obedece a la naturaleza de su cometido. Era muy brillante. Me explicó lo de la operación Cotard... realmente un fenómeno extraordinario que sólo una persona de cualidades excepcionales podría detectar. Creo que la naturaleza de cuánto estaba observando provocaron su distanciamiento de todos y de todo. De ahí su aire mayestático. Su severidad, incluso consigo misma.

—¿Usted tenía conocimiento de la operación Cotard por otros medios?

—Sí, claro... pero no viene a cuento ahora hablar de ello. No me miré así. Soy sacerdote... y los caminos del Señor me han llevado a tener que lidiar con ese tipo de fenómenos. Muchos lo confunden con procesos de exorcismo. De ahí mi contacto con ellos... pero no quiera usted saber sobre esas cuestiones. A lo que quería referirme es que Kate descubrió algo que la situaba en una posición muy ventajosa, pero también fue la causa que provocaba su interminable agonía interna. Ella no lo

mostraba pero yo reconocía los signos en las pocas veces que traté con ella en los últimos años.

—No entiendo, ¿a qué se refiere? —inquirió Richard, comprendiendo que él no había intuido nada de todo aquello. Tan absorto en su propia desdicha que era incapaz de descubrir la de alguien con quien se codeaba y que presumía de conocer.

—Kate descubrió una verdadera conspiración maligna, señor Richard, y su tentación no era delatarla... —El padre Haggerty hizo una pausa aposta, como para que su siguiente aseveración hiciera más mella en Richard—, sino formar parte de ella. Esa posición privilegiada desde la cual descubrió la conjura y su magnitud provocaba en ella ese comportamiento altivo del que hablaba. Se protegía y encerraba su secreto aislándose del mundo. Desconfiaba de sí misma, pero no tenía fuerzas ni voluntad para delatar la conjura aún cuando una parte de ella misma sabía que era lo que debía hacer. Estaba cautiva de sí misma y de cuánto había descubierto. Aunque generalmente las personas solemos tender a hacer juicios benignos de uno mismo creo que Kate sufría porque comprendía su debilidad pero no hallaba fuerzas para vencerla.

—Kate sería incapaz de participar de algo maligno —protestó Richard—. La conozco bien. Tiene... tenía principios. —Se corrigió. Después dudó si proseguir o no pero finalmente se arriesgó a continuar—. Registré sus cosas justo después de que... No hallé nada que pudiera comprometerla. Al menos en su ordenador ni en cuánto tuve ocasión de mirar.

—¿Registró sus cosas? ¿No descubrió nada digno de reseña? —El sacerdote se incorporó un tanto hacia delante, interesado.

—Sólo dos cosas me llamaron la atención. Había hecho varias llamadas a un número telefónico en Grecia. Después averigüé que había comprado un billete para Atenas. La otra cuestión que me intriga es una llave. Parece especial... vea. —Richard rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y le enseñó una llave dorada con ribetes negros. Era sin duda para abrir una cerradura especial de seguridad. El sacerdote la miró con interés, pero se limitó a asentir silencioso. Al cabo de un rato retomó la conversación y volvió a relajarse apoyándose por completo en el respaldo de su silla de teca.

—Tiene razón en lo que dice. Tenía principios y efectivamente, fue incapaz de dar el paso. Pero no minusvalore la tentación del poder, de formar parte del mismo. Del saberse victorioso, gobernador de las gentes y los pueblos... Del control, de la capacidad de someter, de una forma absoluta. Ni siquiera me refiero a algo tan mezquino como el dinero. Esa tentación formidable la paralizó, fue incapaz de adoptar una actitud de combate, beligerante, frente al mal que descubrió. Aún así, el hecho de ser curiosa, de entrometerse más allá de donde tenía capacidad de manejar la situación, acabó costándole la vida, me temo. Es la debilidad de nuestra naturaleza. Todos nos juzgamos rectos y justos... pero cuando arrecia la verdadera tentación somos tan débiles como una brizna de hierba.

—¿De qué clase de conspiración habla? Ella siempre me habló con acertijos, con dilemas éticos y filosóficos. Nunca me concretó nada.

—Claro... eso era reflejo de sus propias dudas. Puesto que no tenía plan de acción no se atrevía a revelar nada. Temía que si le confiaba a usted cuanto sabía su naturaleza le incitaría a obrar imprudentemente, de tal manera que coartaría su libertad... su capacidad de elegir. Le podría obligar a tomar partido. Es verdad que no se unió a ellos... pero tampoco los rechazó. No lo olvide.

—¿Y aún así la asesinaron?... ¿Y quiénes son ellos? ¿Cuál es la conspiración?

El sacerdote apuró un largo trago. Richard apenas había sorbido algo cuando su taza aún humeaba para después olvidarse del todo de su infusión. El padre Haggerty miró hacia las aguas en las que pareció abismarse.

—¿Es usted creyente? —preguntó al fin.

—Si... ¡no!... ¿qué más da? ¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? —Richard sentía que iba a estallar. ¿Por qué no era capaz nadie de dar una respuesta diáfana?—, y no... no lo soy. Considero que la religión es superstición. ¿Qué clase de Dios permitiría todo el mal que hay en el mundo? Todas las desgracias, tragedias, corrupciones de la humanidad... La religión ha servido para someter pueblos por parte de los poderosos, ha provocado guerras, y en tanto la ciencia no se desarrolló servía para explicar de manera pueril el cómo y el por qué de lo que sucedía. No, no necesito creer en el más allá ni en el cielo para dormir más tranquilo, padre Haggerty. Ni siquiera para saber lo que es bueno y es malo necesito un dios. —Richard se había mostrado tal cual era. Hacía años que había dejado de acudir a oficios religiosos y conforme su cinismo había medrado en él había desaparecido de su filosofía vital cualquier consideración de índole espiritual. Era algo en lo cual rara vez pensaba, y si lo hacía no era para extraer consideraciones benignas precisamente.

—Tranquilícese por favor y disculpe mi curiosidad. Si le pregunto por ello es por ver cómo he de expresarme ante usted pues ya son muchos años ejerciendo de sacerdote y me he dado cuenta de que puedo decir las mismas cosas con palabras distintas dependiendo de quién me escucha —el sacerdote sonrió conciliador—. Respecto de la conspiración, y retomando el hilo, no puedo decirle nada porque ni yo mismo lo sé. ¿A quién se enfrenta los que luchan por el bien y la justicia? Al mal, sin duda alguna. O como nos gusta decir en nuestro gremio, al maligno. Comprendo que para usted es una respuesta etérea. Usted busca un culpable. Una persona, o una organización, que comete un delito, que representa una amenaza, alguien a quién apresar y detener. Pero me temo que en este asunto las fuerzas que están en liza le superan por completo. Verá señor Jasper. Como usted, yo tampoco siento tener un pasado inmaculado. La única diferencia entre ambos es que usted al principio tenía unos ideales y los ha perdido y a mí me ha sucedido al revés. Sí... Kate me habló en alguna ocasión de usted.

—Siempre hay alguien a quien detener. Un enemigo al que derribar —sentenció Richard que no quería perder el hilo de la conversación en el punto que más le

interesaba.

El padre Haggerty se quedó pensativo.

—Verá señor Jasper. El hombre tiene inserta en su naturaleza una inclinación hacia el mal. Es nuestro instinto de conservación, que diría un biólogo o un psicólogo, o el pecado original, que diría un teólogo. Me da igual. Lo cierto es que las personas tendemos a ser egoístas. Ese egoísmo que nos mueve a querer vivir y construir un mundo según nuestra imagen, sin importar lo que destruyamos por el camino, otras personas, la naturaleza, lo que fuera... es universal en el género humano. Sin embargo también nuestra alma siente una atracción por la bondad. Nuestra corazón reconoce en el amor una satisfacción que ninguna otra cosa puede brindar. He ahí la dualidad del hombre, y su terrible debilidad, que muchas veces hace lo que no quiere hacer. Existe un cierto equilibrio en la humanidad como conjunto. El mal de unos es contrarrestado por el bien de otros, y lentamente, a trompicones, la humanidad avanza, progresa... me gusta pensar en ello de esa manera al menos. Pero ¿qué pasaría si ese equilibrio se rompiera irremisiblemente en una dirección maligna? ¿Qué pasaría si de improviso el genio humano liberase todo su potencial intelectual y este sucumbiera irremisiblemente al lado oscuro de su naturaleza? Sería el horror... el infierno en la tierra.

—Me habla en términos metafísicos... No le entiendo. Necesito que me hable con claridad. ¿De qué estamos hablando?

—Ni yo mismo lo sé muy bien. Me explicaré mejor ¿Conoce el Génesis?

—¿El primer libro de la Biblia? Por supuesto que sé lo de Adán y Eva... y poco más. Kate me comentó que era un estudioso.

—Sí, así es... ¿Quiere otro té? Prepararé otro si le parece bien. Está refrescando y apetece algo caliente, ¿no cree? Pero tranquilícese. Si quiero otra taza es porque tengo ganas de seguir hablando.

Al poco rato el sacerdote regresó. Había encontrado unas pastas que dispuso en un pequeño plato y ofreció a Richard, que rechazó un tanto impaciente.

—Sí, efectivamente soy un estudioso del Génesis. Verá, a muchos ateos como infiero que es usted, les gusta hacer una interpretación literal de esos textos, y en consecuencia rechazan todo sentimiento religioso. Dicen... puesto que se sabe que el Universo tiene trece mil millones de años la Biblia miente; no se hizo todo en siete días. Yo prefiero entender todo el Génesis como un mito, hermoso y poético, una verdadera y profunda alegoría del Hombre, que esconde interesantes verdades de índole metafísica. No me quiero extender, pero yo siempre he considerado el pecado original como el momento en el que la conciencia del hombre primigenio adquiere la chispa de la inteligencia y la razón. Ah... en ese momento se iluminó la conciencia, el hombre dejó de ser un mero animal que vive por instinto y... ¡adquirió el don del discernimiento! ¡La libertad! Podía obrar el bien libremente... o elegir actuar mal. La biblia nos refiere ese capítulo de una forma poética e ingeniosa, la manzana del árbol del conocimiento. —El sacerdote sonrió enigmático—. ¡Una vez mordida ya nada

volvería a ser igual! Preciosa alegoría, ¿no cree? Ahí empieza la verdadera historia del hombre —suspiró—. Pero el Génesis nos cuenta muchas más cosas... Entre ellas nos habla de los Nefilim. Otra alegoría ciertamente interesante. ¿Qué clase de misterio entraña?

—¿Nefilim? Kate me comentó algo al respecto...

—Ah... es un mito extraordinario que poca gente conoce... pero está ahí. Cualquiera puede leerlo y verificarlo. Los Nefilim eran una estirpe angélica que viendo como los primeros pasos de la humanidad erraban con tanta facilidad, descendieron a la tierra adoptando forma humana, dispuestos a procurar nuestra redención... más su ingenua voluntad rápidamente se truncó. La corporeidad los hizo muy vulnerables, habían subestimado la inclinación al mal, y fueron corrompidos. Los que debían acompañar a los hombres en la búsqueda de la bondad se convirtieron en verdaderos diablos extrayendo del hombre lo peor de sí. De hecho el famoso capítulo del Diluvio y el arca de Noé tiene como finalidad arrasar la tierra para hacer sucumbir dicha estirpe angélica. Eso es algo que mucha gente desconoce. El Génesis concluye que así fue y ahí concluye su historia. ¿Eso es todo? Bueno, otro libro no sagrado bajo la fe católica pero sí para otros credos antiguos cristianos, el libro de Enoc, nos brinda otra explicación. Lo importante sin embargo es lo que subyace tras ese mito. Comprendo que estoy hablando en un plano metafísico, pero este misterio está escrito en esos términos, no lo podemos interpretar literalmente ¿verdad señor Jasper? Y la pregunta que debemos hacernos es... ¿existe una condición física o espiritual del hombre que liberada multiplica nuestra capacidad de sucumbir al mal de una forma que ni imaginamos y que en su día provocó un cataclismo como el Diluvio? ¿Es capaz el género humano de cometer un nuevo genocidio contra sí mismo empujado por su desbocado deseo egoísta de poder y ambición, hasta tal punto apasionado, que le ciega de tal manera que le impide discernir hasta las más evidentes consecuencias de sus actos malvados?

—Así que usted cree que la humanidad entera corre un peligro real de verse destruida actualmente —simplificó sardónicamente Richard.

—Sí, me temo que así es. Y no es la primera vez en la Historia. El hombre es a menudo el mayor horror para el hombre.

—Pero... ¿en qué consiste ese proceso de autodestrucción? Una guerra nuclear, un virus letal fabricado en un laboratorio, un descubrimiento nanotecnológico que arrase el mundo, las máquinas se harán con el control e intentarán eliminarnos, o quizás no haga falta esperar a ninguna de esas conjeturas y sea el cambio climático el que acabe con todos nosotros. O, espere... ¿no será ese síndrome de Cotard tras el que iba Kate? —Richard se encontraba un tanto exaltado. Las teorías de la conspiración le parecían cuestiones infantiles y absurdas.

—Ah, eso lo ignoro por completo. —El sacerdote sonrió—. Lo que sí sé es que bajo la naturaleza del mal se esconde el deseo del poder, y que este deseo ciega de forma tan absoluta que es capaz de arrastrar al hombre a los peores abismos, incluso a

aquellos desde los cuales ya no hay opción de rescate. Me temo que... esas fuerzas del pasado, esa capacidad de sucumbir al egoísmo humano de forma absoluta, están a punto de recobrar su poderío perdido.

—Y padre Haggerty —Richard intentó hablar con toda la paciencia de la que fue capaz—. ¿En qué diablos se basa para hacer semejante conjetura?

—¡Ah! —El sacerdote exclamó con una sonrisa triunfal—. En lo que me han contado las personas que sufren lo que... ustedes llaman efecto Cotard. —Después de unos segundos añadió enarcando las cejas—. Kate me habló de un diario que había encontrado en un lenguaje antiguo casi imposible de descodificar. Sin embargo un contacto suyo lo logró. Si quiere averiguar más tendrá que dar con él. Ahora además contamos con prueba adicional que resulta aún más contundente y que usted mismo puede valorar.

—¿Y esa prueba es?

—Resulta evidente. ¿Por qué cree que han asesinado a la señorita Kate?

## Capítulo 27

Richard mantenía los pies sobre la mesa de su despacho, un pequeño cubil desde cuyas ventanas observaba las copas de los árboles de los bosques de Maryland que ya empezaban a amarillear por la inminencia del otoño bajo un cielo ceniciento y encapotado.

Había dejado pasar dos horas de la mañana y ni siquiera había encendido su ordenador. El informe de cuánto había sucedido estaba entregado días atrás. Aguardaba, no sabía qué, llevando su vida ordinaria de «entre misiones». Monotonía, insulsas conversaciones con sus vecinos de despacho, un aislamiento voluntario de sus amistades con las que no quería compartir nada de cuánto había vivido, y visitas habituales al súper y a la taberna de la esquina. La pasta y el alcohol se repartían a partes iguales en su dieta. Estaba harto de eso.

Había sido un tiempo necesario para ver qué sucedía. Quién lo llamaba, qué se decía... cuál iba a ser la política oficial de la Casa.

Y no había pasado nada. Una insulsa pasividad. Ocasionalmente preguntaba por el «incidente de Madrid» del cual había sido rigurosamente apartado. No había habido ningún reproche, pero tampoco se le brindaba información alguna. De hecho no sabía ni siquiera quién se ocupaba de aquella investigación. Debía suponer que era Desmond Akerman quién había erigido ese muro de aislamiento que le asfixiaba. Pero las charlas con él confluían ante unas murallas de piedra impenetrables. «Descuida Richard, estamos en ello. Te informaremos en cuanto tengamos algo». Y respuestas parecidas acerca de los medios que se estaban movilizandando, agentes de incógnito que se estaban infiltrando —Richard no sabía dónde— etcétera. Se sentía como el padre preocupado que ha perdido a su hijo en un centro comercial y pregunta cada cinco minutos al personal de seguridad si tienen alguna noticia. Patético. Sabía que esa opacidad era la marca de la Casa. En el megacentro de la información un simple bit podría representar una ventaja crítica dentro de las pugnas secretas que allí se dilucidaban. Y los canales de información fluían de abajo a arriba, nunca al revés, como la savia bruta del árbol. No iba a ser una excepción ahora y él se encontraba fuera del circuito.

Y Richard sabía cuál debía ser su siguiente movimiento, perfectamente, como el ajedrecista que ve la jugada previa que desencadenará un jaque mate. Aún así... era una jugada arriesgada. No habría vuelta atrás.

Había hablado con «Silver», un experto en falsificación que le debía un favor, por así decir. Era su puerta trasera. Es verdad que la agencia le tenía preparadas siempre dos personalidades alternativas con toda su documentación en regla, pasaportes, tarjetas de crédito, que estaban a su disposición para cuando fuera necesario, pero no en vano había desarticulado redes de todo tipo para no darse cuenta de que podría ser interesante tener aliados que en un momento determinado le pudieran ayudar al margen de la NSA. Esa filosofía laboral la había ido adoptando con los años,

consciente de que todos allí jugaban con las cartas marcadas. En medio de una partida de tahúres no puedes dejar de tener un as en la manga, se decía. Ese aspecto él lo tenía bien cubierto.

Silver era un viejo lobo avisado, sin estudios, había trabajado en una imprenta humilde en la que desde joven había tenido que suplir con ingenio y astucia las carencias que el impresor, un empresario de escasa capacidad pero de muy buenas intenciones, y su caduca maquinaria, ostentaban. Bastaba mirar esa cara de sonrisa asimétrica y mal afeitada para no tardar en caer en la cuenta de que estabas frente a un filibustero del siglo XXI. El apodo no era casual. Había dominado tanto las artes tipográficas como el *offset*. Cuando la informática se hizo cargo del sector, Silver no tuvo problema en adaptarse al nuevo medio. A partir de ese momento, cuando ya dominaba las texturas, los gramajes del papel, la calidad de la tinta, al confluir con la capacidad digital, el diseño por ordenador y la impresión personalizada sus poderes se multiplicaron y su nombre empezó a sonar en los bajos fondos de internet como un excelente proveedor de todo tipo de documentos de apariencia indiscutiblemente original. Richard le había echado el guante, pero viendo que no era realmente un pez gordo, sino alguien que simplemente empezaba a despuntar en el mundo del hampa decidió darle una segunda oportunidad y aprovechar su potencial. Así que lo mantuvo atado en corto mientras le autorizaba trabajos de poca monta a cambio de mantenerlo informado, como el pescador que coloca una nasa y cada cierto tiempo la va a revisar a ver qué se ha colado dentro. Así había logrado atrapar a un par de capos importantes que habían hecho uso de los servicios de Silver, pero siempre manteniendo a su chivato lejos de toda sospecha. Incluso tuvo que dejar escapar algún palomo precisamente por no poder garantizar la correcta cobertura de su fuente.

Pero Silver no se alegraba precisamente de reconocer la silueta inconfundible del agente de la NSA cuando se recortaba contra la claridad exterior, más allá de la enorme puerta enrollable que era la entrada del taller. Siempre suponía un contratiempo tener que informar de los chanchullos en los que andaba metido y la intervención de Richard podía dar al traste cualquiera de sus operaciones haciéndole renunciar a algún suculento sobresueldo. El mero hecho de dejarse ver por allí era un riesgo imponderable. ¿Y si coincidía con alguien? ¿Y si alguien hacía preguntas? Resultaba muy embarazoso para él recibirle en su «trabajo». Además todo dependía de los escrúpulos con los que el agente de la NSA se hubiera levantado ese día. A veces Silver se ponía de muy mal humor, pero tenía que morderse la lengua y aguantar. Y lo peor, en ocasiones Richard se ponía pesado con lo del dinero, los gastos que estaba teniendo que afrontar de su bolsillo para seguir con su trabajo y una larga retahíla de quejas para, poco después de un par de argumentos indefendibles, verse obligado a compartir sus beneficios con el agente poniendo buena cara. Pero Silver sospechaba que todo ese dinero se dilapidaba en mala vida y temía que la pendiente cuesta abajo que había iniciado Richard le hiciera convertirse finalmente en un poli matón y chantajista. Tenía toda la pinta y no sería el primero.



Richard le invitaba a tomarse unas cervezas en una mugrienta cervecería del extrarradio de Annapolis donde se ubicaba su imprenta y allí departían, hablaban sobre lo divino y lo humano, fundamentalmente dependiendo del humor de Richard y del tiempo que tuviera disponible, y cuando menos se lo esperaba Silver, Richard le inquiría sobre como marchaban «sus asuntos».

En esta ocasión sin embargo al poco de sentarse frente a frente, con una vieja mesa forrada de formica entre ambos, Richard disparó. Necesitaba un pasaporte para él. El nombre y datos figuraban en una hoja que le pasó doblada. Silver preguntó socarronamente sobre cuánto iba a cobrar por ese trabajo pero Richard le miró con cara turbia y masculló alguna amenaza mezclada con algunos tacos bastante gruesos y algo de que debía estar contento de que no le echaran el guante encima. En unos días Richard tuvo su pasaporte impecable. Era una obra de arte, no le cabía duda alguna. Nunca había querido averiguar de dónde se proveía Silver para conseguir su material base. No le interesaba y en ese momento se alegró sobremanera de no ser el típico agente escrupuloso que habría enchironado a aquel extraordinario proveedor por una chorrada intrascendente.

Después había estado el trabajo de acceso al móvil de Kate.

Afortunadamente no tenía un código de seguridad muy complicado. Un pin de cuatro dígitos, que a base de infinidad de pruebas y periodos de bloqueo, logró desbloquear. Ese móvil fue una fuente de información breve, pero mucho más interesante. Allí figuraban las llamadas telefónicas que le habían dado la pista. Eran pocas las llamadas e ignoraba a qué nuevos misterios accedería, pero sin duda, el hecho de haber mantenido varias conversaciones con una persona que residía en Grecia y de la cual no le había costado mucho obtener una precaria información, además de los billetes de avión de ida y vuelta que Kate se había procurado con destino a Atenas y qué sí que figuraba en los documentos que había extraído de su ordenador, le mostraban que ese debía ser indefectiblemente su nuevo destino. Tal vez se tratara de un anodino caso Cotard más, pero recordaba la conversación que Kate y el padre Haggerty habían mantenido mientras él espiaba. Habían hablado de Grecia y parecía ser una fuente de valor, nada banal, todo lo contrario. Había mencionado al sacerdote ese país mientras conversaban en la casa frente al embarcadero, pero éste parecía no haberse ni inmutado. Debía ser mucho mejor actor de lo que el mismo se figuraba. Pero él era un sabueso profesional. Cuando mordía una presa no la soltaba, y esa información la tenía hincada hasta el tuétano.

Richard abandonó su despacho decidido. Sabía que a veces pensar demasiado en algo resultaba contraproducente, así que se dedicó a recordar el último partido de fútbol americano que había visto por la televisión. Había habido un *touchdown* formidable en el que el *wide-receiver* atrapa un balón en el aire y antes de caer es bloqueado por un rival que con su empuje está a punto de sacarlo del área de ensayo. Richard se deleitaba en ese recuerdo de los Jets, que finalmente habían

ganado la eliminatoria, como un antídoto contra las preocupaciones, mientras paseaba por los pasillos de Fort Meade, con una sonrisa ufana y aire campechano. «Menudo pase» se decía.

Subió un par de plantas en ascensor y cambió el ambiente. No tan cerrado, más diáfano elegante y silencioso. Nunca se había sentido cómodo en el área superior, le gustaba más su planta, el pasear de un lado a otro pudiendo llamar a voz en grito a cada secretaria o funcionario de la NSA como si estuviera en su barrio de Brooklyn saludando al tendero de ultramarinos. Repasó rápidamente lo que iba a decir pero descubrió que su actitud demasiado beligerante era errónea, «cálmate Richard, esa no es la actitud acertada».

Se maldijo. Había olvidado echarse un largo trago en la petaca que guardaba en su escritorio, una maniobra fundamental cada vez que se dirigía a las instancias elevadas de la NSA y que siempre le había dado buen resultado, al menos así se le antojaba a él. Le ayudaba a sintonizar la actitud correcta, mitad sarcasmo, mitad indiferencia. No iba en la mejor disposición de ánimo, pero qué se le iba a hacer. Lo suyo era embestir de frente.

Se encaró con la secretaria.

—Vengo a ver al jefe.

Ésta se giró para efectuar la preceptiva llamada telefónica de consulta, pero ya era demasiado tarde, Richard se había colado en el despacho sin llamar.

—¿Qué tal Des? Aquí me tienes.

El saludo de Richard era tal cual, monolítico, como el púgil que saluda al rival con los puños enguantados, lo mismo podía interpretarse como una salutación deportiva que como un «no sabes la que te espera».

Desmond gruñó. No le había gustado esa intromisión por sorpresa. La secretaria apareció demasiado tarde en el umbral de la puerta con cara de circunstancias pero Desmond hizo un gesto de «da igual» y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Richard se sentó en una de las butacas almohadilladas frente al escritorio de Desmond, cruzó las piernas y respiró hondo. Miró detenidamente a su interlocutor. Siempre le había maravillado el semblante impertérrito y anguloso de Akerman. Bien afeitado, bronceado perfecto, sin ni siquiera las marcas de las patillas de unas gafas de sol en su perfil. «Este tío debe ponerse cremas y potingues para dormir, tiene la piel de un bebé». El blanco de los ojos resaltaba en su rostro bronceado tanto como contrastaban sus grandes manos morenas con su camisa blanca. La chaqueta de la americana descansaba informalmente en uno de los sillones del despacho.

Richard se estiró un tanto, como haciendo notar que se sentía especialmente cómodo allí.

Desmond le miró fijamente. Parecía que tenía ganas de morder algo, pensó Richard. «Tiene una gran quijada, sí».

—Siempre me he preguntado Des qué coño hiciste aquella mañana que desapareciste en Granada. ¿Sabes?... por un momento pensé que habías entrado en

modo pánico. Nunca te lo había dicho, ¿verdad?

Desmond soltó una gran risotada.

—Richard, he de reconocer que siempre me haces reír. Cada vez que veo algún informe en el que apareces tengo que decir, «calma Desmond, seguro que este gilipollas no es tan cabrón y torpe como parece». ¿Sabes a lo que me refiero?, ¿verdad? Todos hemos tenido que lidiar con algún capullo que no sabe mear dentro del tiesto. Seguro que tú has tenido algún novato que instruir así, ¿verdad?

Esta vez el que se rió de buena gana fue Richard.

—Sí Desmond... y si supieras lo que va a hacer el capullo éste en cuestión...

—A ver cuéntame Richard. ¿Dónde y cómo vas a meter la pezuña ahora?

—Estoy cansado de esperar. Sé que podía irme de vacaciones y no decir nada... pero ¡qué coño!, al final os ibais a enterar, así que es mejor poner las cartas bocarriba desde ya.

—Ah... ¿así que te vas de viaje?

—Efectivamente.

—A Atenas si no me equivoco, en tres días —anticipó Desmond.

Richard rió a carcajadas.

—Ya sabes cómo nos las gastamos aquí. Estaba esperando a que dieras una explicación —comentó Desmond con cara de póker.

—Tengo una pista que obtuve de Kate. No es algo sólido... pero le oí hablar alguna vez por teléfono.

—¿Con un griego?

Richard asintió, esta vez más serio.

—¿Sabéis de quién se trata? —Richard aguzó el oído y la vista. Quería saber qué sabía Desmond.

Pero su semblante no mostró ni el más leve gesto. Pura indiferencia.

—Nada importante me temo Richard.

—¿Cuento con fondos para el viaje?

—¿De la NSA? Ni lo sueñes... Es más, si emprendes el viaje tendrás un expediente sancionador a la vuelta. Ya sabes, una suspensión de empleo y sueldo... Nada que no hayas degustado en alguna que otra ocasión... ¿quién es el fulano y por qué crees que es importante?

En ese momento Richard supo que Desmond lo ignoraba. «Bueno, he dicho jaque mate ¿no? Vamos allá».

—Merece la pena ir. Georgios Papastathopoulos es el nombre del fulano, y no me hagas caso con el apellido porque de memoria de apellidos griegos no voy bien. Ignoro todo sobre él. Pero precisamente por eso creo que es importante ir.

—¿Todo porque oíste hablar a Kate de él?

—No de él —rectifico Richard—. Con él. Espié su móvil después de la llamada y así averigüé su nombre.

—No me consta ese contacto en su agenda del móvil.

Richard se encogió de hombros. Sonrió por dentro pensando un par de insultos soeces que dirigía mentalmente a Desmond y finalizó con una sonrisa de colegial.

—Utilizó un sistema de llamadas de internet, alternativo a la telefonía móvil. Aún así lo averigüé. Tú sabes que para ese tipo de cosas soy bastante cabrón.

—Sí, bien lo sé. Kate solía mosquearse bastante contigo... aunque al final nunca tramitó ningún expediente de expulsión. Y mira que lo podía haber hecho... Yo mismo la animé.

Los dientes de Desmond lucieron en su sonrisa como los de un tiburón.

Richard se levantó de la silla y se estiró la americana. Le hizo un guiño a Desmond y se dirigió hacia la puerta.

—No lo hagas Richard. No cojas ese vuelo a Atenas. Lo lamentarás... créeme.

Pero Richard ya estaba saliendo por la puerta que no se molestó en cerrar. Había jugado sus cartas. Parecía que no había salido la cosa mal. Richard Jasper era cierto que tenía billetes para Atenas en tres días. Pero su alter ego, aquel creado por Silver, embarcaba en tan solo unas pocas horas para allá.

## Carta 5ª

Estimado doctor; escribir estas cartas supone un importante desahogo para mí. Se ha convertido en mi legado; mis últimas palabras y mi última voluntad será usted quien las recoja, sin duda. Y es que... no creo que esté próxima mi muerte, sino, más bien, creo...

No, no quiero tachar otra vez el párrafo anterior y volver a empezar esta redacción, pero esa línea discursiva que inicio, que quiero contar pero no quiero explicar, me lleva a consideraciones que usted jamás entendería y podrían alejarlo completamente de la lectura de mi misiva, algo que no desearía que ocurriera y por eso me niego a revelar mis más secretos pensamientos, al menos todavía no. Uno de los pilares que sostiene mi voluntad ahora mismo es considerar que usted sigue leyéndome, que sigue interesado por mí y que no me ha catalogado de loco peligroso o demente a desahuciar. Le ruego considere mi testimonio, aunque comprendo la dudosa credibilidad que le merece. Aunque sea a su pesar, hágalo pensando en que este relato no es sino una rara colección de dislates escritos por un enfermo terminal... pero por favor, lea mi correspondencia.

Tras el incidente del bosque de Sintra me desperté sobresaltado. Hacía tiempo que no sufría ese tipo de retorno a este lado con una sensación desagradable en la boca

del estómago, una inquietud insufrible, una mezcla de angustia y miedo imposible de quitar con cualquier tipo de medicación.

Me vestí para acudir al trabajo. Mi habitación, mi cama, representan el instrumento y el lugar donde había sufrido una tortura, y cada vez que me levanto con esas sensaciones... me inspiraban la idea de huir, de salir corriendo cuanto antes de allí y de no querer regresar jamás. Y de nuevo habían vuelto a mí el miedo y de nuevo había de lidiar con lo desconocido sin tener nada ni nadie en quien apoyarme. Al menos el contacto con la realidad de este lado, más clara y normal suponía un pasar página, un suspiro de alivio. Generalmente conforme avanzaba la mañana se disipaban las emociones negativas de la velada.

Pero ese día iba a llevarme una desagradable sorpresa. Ya cuando me dirigía en mi coche camino del centro de Lisboa había percibido en la aglomeración del tráfico algo que me parecía distinto a lo cotidiano, aunque no sabía precisar aún qué era. Yo lo atribuía a mi visión cansada, a mi ausencia de ganas de fijarme en nada pues ya mi atención y mis dotes de análisis estaban completamente exhaustas a consecuencia del continuo esfuerzo al que eran sometidos noche tras noche.

Una vez que aparqué el coche en el *parking* y salí a las calles de Lisboa cerca de la zona financiera de la ciudad, y me mezclé en el bullicio de la gente en la calle comprendí finalmente en qué consistía esa inusual percepción. Y me produjo una profunda impresión de horror.

Eran las personas.

Percibía en las personas, en sus rostros, en sus cuerpos, algo más que ellas mismas. En cierto sentido parecían transparentes, como si su piel, su carne misma, fuera levemente acristalada, como si una extraña propiedad de rayos equis se hubiera inscrito en mi visión, de tal manera que mi capacidad de percepción era distinta. No sólo veía rostros, sino como si la carne fuera traslúcida y sus prendas de vestir también, de forma que veía como a través de un velo, muy tenue, eso sí, sus esqueletos. Lo que quizás más pavor despertaba en mí era distinguir sus calaveras, sus cráneos blancos, dentados, móviles... como una diabólica caricatura de la humanidad que la revestía.

Esta percepción me dejó sin respiración cautivo de una impresión de horror que tensó todo mi cuerpo. Estar caminando entre la gente que de alguna manera a mí se me presentaban como muertos andantes, resultaba sobrecogedor. Fui incapaz de hacer mi parada habitual en el bar donde desayunaba. Habría sido una broma macabra mantener la conversación ritual del desayuno con Lucio, el dueño y camarero del O Carmo, devolver su sonrisa, seguir sus chistes, apostillar sus chascarrillos... me sentía incapaz de algo así.

En mi oficina me refugié en mi despacho e intenté mantener la compostura lo mejor que pude, pero la mañana la dejé pasar en blanco, sin apenas efectuar llamadas a clientes, sabiendo que mi rendimiento nulo acabaría por causar mi cese, pero ya aquella posibilidad me parecía una bagatela. Cada vez que alguien se presentaba en

mi despacho me resultaba realmente muy difícil no manifestar en mi rostro, en mis gestos, una expresión de repulsa, una mueca de desagrado. A menudo tardaba en responder. Ignoro qué debió de pensar Luisa, mi atractiva secretaria, pero me parecía asustada. Mi miedo era contagioso. Empecé a considerar seriamente el acudir a un centro psiquiátrico con el fin de que me internaran, que me medicaran de alguna forma que pudieran curarme, al menos, me dejaran en un estado tal de sedación que acabaran con mi sufrimiento. Debía existir algún grado de semiinconsciencia en el que pudiera refugiarme.

Cuando salía de mi pequeño cubil en el que había convertido mi despacho y en el que me sentía como una alimaña acorralada, me parecía escuchar comentarios, susurros, que hacían referencia a mí persona, como si mi oído se hubiera agudizado o mi esquizofrenia aumentado, y todos hacían alusiones a mi aspecto arruinado, a mi fisonomía desmadejada y a lo extraño que me había vuelto. Me movía como un ratón asustado rodeado de felinos, intentando pasar desapercibido, de escondrijo en escondrijo. A media mañana fue la última visita que tuve en mi despacho. Un cinturón de seguridad invisible rodeaba aquella esquina de la oficina y nadie la traspasaba, como si tuviera una enfermedad invisible y pestilente. Las secretarias derivaban mis clientes a otros compañeros. Mi carta de cese debía estar redactándose. Pero entiéndame, no me daba miedo el despido.

Me daba miedo el no tener un lugar donde ir.

Esa mañana creo que, acurrucado en mi silla, encogido como una presa atrapada, lloré como nunca lo había hecho.

Pero el día aún no había acabado.

En el estado en el que me encontraba la desesperación era la emoción predominante. Cuando una persona está sometida durante mucho tiempo a una presión tan fuerte llega un punto donde se rinde y donde todo parece darle igual... pero antes de eso ha de pasar por un lugar oscuro del alma, ha de agotar cada uno de sus últimos recursos, cada una de sus esperanzas. Una vez el hombre las agota y se rinde se llega a un estado de paz difícil de describir, se abraza la muerte... o lo que haya de ser. Y esa es la derrota última y más dolorosa... Y sería una bendición hasta que se descubren nuevos miedos. Lo sé porque lo he experimentado... créame. Varias veces. Ahora me enfrentaba a mi primera némesis.

Y yo estaba rindiéndome. Esa mañana deseaba morir, desaparecer. De hecho creo que estaba a punto de lograrlo, pues ya empezaba a atisbar ese estado de calma que sigue al que toma una resolución crucial.

Sin embargo una llamada inesperada al móvil alteró ese itinerario.

Era Luque, uno de esos amigos raros que había hecho últimamente, uno de los pocos que me había tomado más o menos en serio y al que podía considerar una persona relativamente razonable, dentro de sus rarezas. Era un dependiente treintañero de una gran cadena de electrodomésticos. Su especialidad era la informática. De hecho había iniciado estudios superiores en esa materia pero carecía

de la suficiente voluntad para centrar sus energías en una misma dirección durante el tiempo suficiente. Se distraía con facilidad con cualquier género de afición o entretenimiento y constantemente emprendía nuevas iniciativas, estudios o actividades deportivas con la misma ilusión que pondría una persona en satisfacer el anhelo de toda una vida. Sin embargo para mí lo más importante era que tras las monturas un tanto grandes de sus gafas metálicas de lentes redondas, sus ojos me miraban con sinceridad y buena intención. Era de las pocas personas con las que me había desahogado aún sabiendo que corría el riesgo, muy probable, que me considerase a partir de ese momento un chiflado... pero yo intuía que, a su modo, me creía. Me había llamado por teléfono, un tanto apresuradamente, lo notaba nervioso. Tenía una noticia excepcional. Un amigo que a su vez había oído a un conocido, sabía de alguien que contaba experiencias muy similares a las mías.

Esto fue lo que creí entender de lo que me contó por teléfono. Según me explicó cara a cara esa misma tarde, cuando nos encontramos, todo partía de un relato que había sido contado de boca en boca en varias ocasiones, con lo que podía haber sufrido mutilaciones, deformaciones, malinterpretaciones... pero con todo Luque había dejado de escucharla entre risas y bromas en una tertulia de cervecería de última hora de la jornada al comprender que era demasiada casualidad oír hablar de «el otro lado», de describir la ciudad nocturna como una fotografía más que como un paisaje real, de oír hablar de aquel extraño mundo silencioso... En ese momento al parecer cesaron las risas, cuando Luque, con rostro serio, debió de decir que él conocía un caso similar. Me imagino que el morbo sirvió para alargar la conversación, para saborear aquellos rumores con el regusto del misterio que puede esconder una historia real a la vez que absolutamente inverosímil, pero lo cierto es que Luque hizo lo posible por averiguar de dónde partía aquel otro testimonio, por saber si realmente había alguien más como yo.

Mi miedo y mi desesperación parecían haber encontrado un contrapeso, la esperanza de no ser el único.

Tal vez hubiera sido mejor rendirme en aquel momento antes que volver a desplegar las velas y emprender singladura tras aquel atisbo de tierra.

## Capítulo 28

No era la primera vez que Richard operaba en Atenas. Tenía algunos contactos oficiales a través de la embajada pero no se atrevía a dar con ellos. Había preparado el viaje durante los días de asueto que siguieron al funeral de Kate y a través de viejos compañeros de operaciones había dejado encargado el pedido del material que iba a necesitar, y que por otro lado no era excesivo. Podía haberse provisto él mismo pero como iba a estar apurado de tiempo no quería arriesgarse.

Atenas era una ciudad que no le despertaba excesiva simpatía. Pese a su mítica antigüedad no dejaba de ser una ciudad portuaria un tanto caótica, de atmósfera húmeda y ambiente ruidoso y los recuerdos asociados no eran precisamente buenos. En el centro urbano los turistas solían circular arremolinándose en bolsas de personas que ora se juntaban ora se desperdigaban, fáciles de distinguir de la población local, con la que Richard buscaba camuflarse vistiendo de forma informal y sencilla, sobre todo teniendo en cuenta que pensaba trabajar en Exarhia, un barrio humilde en el que no quería llamar la atención.

Su vuelo había llegado de madrugada y apenas había dormido unas horas en el apartamento que había alquilado y ya se había puesto en pie dispuesto a iniciar la faena.

\* \* \*

Esa misma noche tuvo lugar la acción. Llevaba horas sentado en el sillón desvencijado del apartamento, aburrido, observando fijamente un amplio monitor que se subdividía a su vez en cuatro imágenes estáticas y un tanto borrosas debido a la mala iluminación. De vez en cuando echaba mano a un sándwich de mantequilla y embutido griego que comía distraído apoyado con desidia en el respaldo del sillón. Un moscardón zumbaba molesto contra los cristales de la ventana mientras afuera el vocinglero sonido de la ciudad parecía recrudecerse antes de que la noche acabara por silenciarlo en gran medida. Ocasionalmente llegaba de las paredes de la casa vecina el griterío de una pareja que discutía con acritud y en la que ambos, hombre y mujer, parecían estar recriminándose una vida de desplantes con improperios que sonaban a muchas veces repetidos. Más allá una televisión con el sonido demasiado alto irrumpía esporádicamente con tiroteos y explosiones y se imponía sobre la cacofónica sinfonía en un breve *in crescendo* que finalizaba en un abrupto mutis.

Había sido una jornada larga de espera pero ésta parecía llegar a su final. No había oscurecido del todo y las luces del pasillo de la casa se encendieron y casi a continuación las de la sala de estar. Richard se incorporó con el cuerpo tenso.

\* \* \*



El alba clareaba el cielo de madrugada cuando Richard había iniciado su trabajo aquella misma mañana. En primer lugar había colocado un dispositivo de video frente a la puerta del apartamento que estaba vigilando. No le había costado averiguar quién era Georgios en cuestión. La NSA tenía infinidad de medios informáticos que abarcaban una gran cantidad de países, de tal manera que era capaz de salvar todo tipo de cortafuegos de infinidad de agencias gubernamentales de todo el mundo. Una cantidad ingente de ingenieros informáticos ocupaba toda su jornada laboral en tareas como aquella para que después, un agente como él, pudiera, cómodamente, acceder a todo tipo de información personal o empresarial, fuera cual fuera el sujeto en cuestión investigado. Así que no le costó mucho elaborar un informe de quién era el tal Georgios.

Y no se trataba de nadie peligroso, eso era incuestionable. Un estudiante brillante, que estaba haciendo su posgrado en griego antiguo, una carrera que en ningún momento podría catalogarse como de subversiva o amenazadora. No se trataba de una ingeniería nuclear o una carrera técnica cuyos conocimientos pudieran catalogarse de problemáticos. Por un momento temió que tal vez se tratara de un paciente afectado por el efecto Cotard cuestión que, además de decepcionarle, no habría añadido nada nuevo a la investigación. Pero Richard ojeó los correos del sujeto, verificó su activa vida en las redes sociales, sus comentarios en medios de comunicación y todo tipo de mensajes escritos en su móvil, y nada delataba ningún género de abatimiento o síntoma que mostrase lo que él ya conocía de sobra eran los indicios de la enfermedad. Nada empujaba a pensar que la vida de Georgios hubiera cambiado, que se hubiese iniciado ningún género de enfermedad mental al estilo de lo que mostraban las cartas de Demian, que delataban un avanzado proceso de esquizofrenia y que el doctor Pinto le hacía llegar con escrupulosa puntualidad y que él, por otra parte, leía por obligación pero con indiferencia. No, no se trataba del síndrome de Cotard. Y tampoco había nada sospechoso, al menos en primer término, que indicase el interés de Kate por aquella persona. Ningún comentario inducía a catalogar a aquel tipo de peligroso, pensaba Richard conforme avanzaba en su escrutinio sobre la vida digital de Georgios. Comprobó que tenía un sentido del humor superficial y hasta infantil, unos principios políticos superfluos y fáciles, y que su novia no resultaba demasiado guapa, todo a ello a juicio del agente, mientras contemplaba con hastío las fotos que se había realizado sólo o en pareja y que estaban colgadas en la red. «Pasteloso noviazgo» y «vida aburrida» fueron las palabras que le vinieron a la mente para describir cuanto veía. Sí, era cierto, pensaba y juzgaba de acuerdo a lo que sin duda correspondía una persona amargada. De hecho su vaticinio no era otro sino el de predecir que ya se ocuparía la vida de ir agriando aquel rostro de mirada clara y sonrisa cándida. Pero lo importante era que sabía que debía haber algo en la vida de aquel mequetrefe porque de otra manera no se explicaba el interés de Kate por él. Pero... ¿Qué era?

\* \* \*

El hombre que había entrado en el apartamento era joven, delgado, de pelo rizado y movimientos desgarbados. Se desprendió de una alforja que llevaba al hombro cargada con lo que parecía ser un pequeño portátil y acudió al baño. Tras un minuto largo se dirigió a la cocina y Richard pudo ver que se dedicaba a preparar un plato de pasta que iba a acompañar de una salsa boloñesa que guisaba a la par. Encendió la televisión y cambió de canal hasta dejar alguno que le interesaba. El chico no dejaba de moverse. Fue a la habitación varias veces, donde se encontraba la cuarta videocámara. Se desnudó y se puso una ropa más cómoda. Se rió mientras intercambiaba mensajes con su móvil tarea que realizaba a la vez que se ponía una camiseta. Las típicas tonterías y bromas de estudiantes, interpretó Richard, que había ojeado la correspondencia de móvil de la última semana y apenas había mensajes que pudieran calificarse de serios. Incluso parecía eludir conversaciones desde el primer momento que adquirirían tintes políticos. El perfil de Georgios era terriblemente sencillo. Su novia y su doctorado. No había más. Pura insulsez. Apenas tenía relación con su familia, del norte del país, de la cual recibía llamadas martes y sábados, con la puntualidad de un horario de trenes, en los que muy brevemente, apenas dos minutos de conversación, se despachaban los habituales mensajes de «¿todo bien?» «sí, todo bien», en ambas direcciones y se finalizaba con abrazos y buenos deseos que sonaban falsos de tanto repetirse. Tan entretenido estaba el chico con el móvil que casi se le quema la salsa en la sartén. Finalmente se sirvió un amplio plato de pasta bien guarnecido de salsa y se apoltronó en el pequeño sillón frente al televisor. Había sacado su portátil de su bolsa de cuero y lo encendió. Ocasionalmente tecleaba y parecía navegar por internet. Volvía a cambiar de cadena de nuevo. Richard se sentía mareado ante semejante inquietud audiovisual.

\* \* \*

Aquella mañana el apartamento de Georgios había quedado vacío tal y como sospechaba Richard desde muy temprano. A las siete y media había partido su inquilino dejándolo a su disposición. Aún así Richard decidió esperar antes de actuar. Siempre tenía un punto de prudencia antes de iniciar una faena, en la que sabía que era la pura adrenalina e intuición las que guiaban sus pasos, y puesto que se conocía bien, se obligaba a aguardar unos minutos, sin saber exactamente cuál podía ser la razón. Lo llamaba imponderables. Aclarar la mente y las ideas una última vez antes de saltar del trampolín. Tal vez el sujeto decidía regresar a por algo que había olvidado... tal vez un espía rival hacía acto de presencia...

Finalmente se dio el visto bueno. Abandonó su guarida y avanzó cauto hasta situarse frente a la puerta del apartamento. Era un tipo de cerradura sencillo con el

que Richard había practicado un buen rato aquella misma mañana en su propio apartamento que contaba con una similar. Contaba con un buen juego de ganzúas y no le costó vencer la resistencia que le opuso aquella débil defensa. Una vez dentro se movió con agilidad. Disponía de varias cámaras digitales wifi con batería autónoma y de tamaño diminuto. No le resultó difícil camuflarlas en diversos puntos del apartamento. Era importante cubrirlo todo, incluso el baño, pero siendo un inmueble más bien pequeño con cuatro cámaras pudo abarcar todo lo que estimó imprescindible. Las cámaras incorporaban micro, con lo que Richard tendría acceso no sólo a las imágenes, sino a las conversaciones... o hasta el más leve eructo que el sujeto en cuestión emitiese. No había estado ni diez minutos cuando abandonó el apartamento tan discretamente como había accedido a él. Antes de irse inspeccionó los enseres personales del inquilino, pero no halló nada de interés. La generación digital no dejaba notas, ni cuadernos escritos, ni documentos de interés. Todo estaba en la red. Sí. Tenía por delante un largo día de espera en el que indagar y resolver el misterio que era Georgios.

\* \* \*

La noche era cerrada ya. Georgios había dejado de prestar atención a la televisión, que seguía parpadeando ante él, y se centraba en escribir en el portátil. Se había semitumbado en el sofá, dejando colgar las piernas más allá del reposabrazos. Le resultaba imposible saber qué hacía exactamente, aunque le daba la impresión de que estaba escribiendo algo más en serio. Podía ser algo relacionado con el doctorado, pero le parecía demasiado displicente en su actitud para ser algo así. En un rincón de la sala había un pequeño escritorio en el que se acumulaban algunos libros y folios impresos y tenía pinta de ser su zona de trabajo y estudio. En cualquier caso le daba igual. Richard estaba pendiente de otras cuestiones ajenas a lo que pudiera estar escribiendo en ese preciso momento.

Todas las luces del apartamento permanecían encendidas en una evidente actitud indolente del muchacho, que obviamente no debía pagar de su bolsillo aquella factura eléctrica. En una de las cámaras vigilaba desde el pasillo común del edificio el acceso a su vivienda, que permanecía ahora que era de noche, en una permanente oscuridad. Richard activó la visión infrarroja y la dejó encendida. Así sería más fácil detectar a alguien que se acercara a realizar una visita. Porque lo cierto era que Richard esperaba que se produjera una visita.

Su conversación con Desmond había sido el día anterior. No había tardado ni dos horas en concluir la charla, abandonar el edificio y enfilarse con su coche rumbo al aeropuerto internacional de Baltimore donde debía tomar su vuelo. Iba a dejar a Desmond con un palmo de narices. Y no sólo era eso.

\* \* \*

La mañana y la tarde se le pasaron a Richard volando. Había elaborado una sucesión de estrategias desde hacía tiempo, la primera de las cuales consistía en indagar en todo género de correspondencia que hubiera mantenido con su novia y amigos comunes. Ignoraba hasta qué periodo de tiempo debía realizar su análisis, y lo que era peor, debía contar con unas herramientas de traducción precarias, pero al menos podría servirle de orientación. Hacia el mediodía, después de varias horas de intenso dolor de cabeza en el que leía frases inconexas mal traducidas, descubrió el epicentro de una serie de mensajes en los que se aludía a una aventura en la que Giorgos había participado. Al parecer había ido a Meteora acompañando a una especie de periodista o investigador, la descripción era ambigua, aunque Georgios se refería a él en ocasiones como un peligroso chiflado. Al parecer un amigo íntimo le pedía explicaciones vía chat de lo acontecido. Daba a entender que no otorgaba demasiado crédito a las aventuras que Georgios le había relatado y que él describía como una arriesgada escalada. Le habían tirado de la lengua y Georgios finalmente se había dejado querer. Después de muchas insistencias de su grupo de amigos acabó explicando que el susodicho necesitaba a un experto en griego antiguo para realizar una labor de interpretación, aunque no especificaba de qué se trataba, con lo que generaba un misterio enorme entorno al papel que el tal periodista había exigido de él. Sin decir nada Georgios conseguía adquirir un papel protagonista en aquel relato, pero se negaba a descubrir su final. Sus amigos respetaron su silencio y dejaron de insistir. En ese punto concluía todo. Fuera lo que fuera lo que había sucedido Georgios no lo comentaba vía chat, y tan súbito como se había iniciado aquella conversación vía móvil había finalizado sin más referencias. Curiosamente la novia no había estado al tanto de esa aventura, y todos sus mensajes de esas fechas adolecían de los habituales, y lo que Richard consideraba, repugnantes pasteos de enamorados. Richard se recostó de nuevo en el sillón. Había dado con el filón. Ahora bien, sabía que no sería el único.

Dejó pasar las horas en silencio y en el tedio de la espera le resultó difícil concentrarse en lo que tenía por delante. El cansancio del *jet-lag* pesaba sobre él. El dolor de la pérdida de Kate también. El recuerdo de la última imagen de Kate, tumbada en el suelo de la habitación de hotel de Madrid, permanecía imborrable en su imaginación. Era verdad que la punzada de dolor había menguado, al igual que la urgencia que imponía un omnipresente sentimiento de venganza, pero aún así, no podía evitar precipitarse en esa imagen recurrente que le perseguía cada vez que su mente se quedaba en blanco. La razón la había dilucidado hacía tiempo. Se sentía culpable, y debía volcar ese sentimiento que le causaba un remordimiento atroz en una acción, en un propósito, cuanto antes. No podría vivir con ello mucho tiempo así. Debía emprender acciones resolutivas. No podía parar. No debía detenerse.

\* \* \*

Eran tres las siluetas que se movieron por el pasillo y se plantaron en la puerta del apartamento de Georgios. No podía reconocer sus rostros, pero al menos no le sonaban conocidos. La trampa estaba tendida y la presa había caído en ella. No se habían acercado por allí en todo el día, pero la NSA disponía de medios que hacían innecesario cualquier sistema de vigilancia. Podían haber accedido a su móvil, usar su GPS, saber qué decía y dónde estaba en cada momento del día. Simplemente era cuestión de esperar a que estuviera sólo en casa para actuar. Y allí estaban.

Abrieron la puerta sigilosamente y Richard pudo ver el salto de Georgios en su asiento al descubrirlos de improviso, ocupando su sala de estar intimidatoriamente. El plato de pasta cayó al suelo mientras se puso en pie con precipitación, pero uno de los agentes le propinó un fuerte golpe en el estómago que lo derribó y lo dejó sin respiración, tendido en el mismo sillón que ocupaba momentos antes. Otro de los agentes subía ligeramente el volumen del televisor para cubrir así cualquier posible estrépito o barullo que su actuación pudiera ocasionar. El tercero había desaparecido de la escena y se limitaba a recorrer el resto del apartamento con el fin de comprobar que no había más invitados a la fiesta. Al cabo de unos segundos regresó confirmando que así era. Pero Richard, aunque oía sus voces con claridad, hubo de deducir cuanto decían por la lógica de cuanto hacían y por los gestos pues al parecer hablaban un idioma que no lograba identificar, y no era griego. En un primer momento Richard los había tomado por norteamericanos, pero bastó un escaso minuto para descartar esa opción.

Georgios se incorporó lentamente, magullado y asustado, parecía encogido sobre sí mismo, como una avecula que un cazador acabara de capturar y tuviera el ala rota. Los agentes siguieron hablando entre ellos fluidamente durante un rato, como si Georgios no importara en absoluto. Era evidente que el temor del muchacho aumentaba a tenor de como parecía encogerse sobre sí mismo. Permanecía en absoluto silencio.

—Queremos que nos hables del periodista.

Richard se extrañó que preguntara en inglés. Servía para confirmar que en cualquier caso se trataba de foráneos. En ese momento Georgios pareció sobresaltarse.

—¿Qué periodista?

Los tres hombres se miraron. Entonces uno de ellos sacudió de improviso un fuerte puñetazo en el rostro de Georgios que apenas tuvo tiempo para intentar siquiera esquivarlo. Richard pudo oír el murmullo de sus sollozos lastimeros mientras permanecía tendido en el suelo, la cabeza contra la alfombra. Cuando se reincorporó mostró que de su rostro manaba abundante sangre.

Richard estaba conmocionado. Nunca había visto a nadie de la NSA actuar de esa

manera ante un testigo claramente inofensivo. Mientras no dejaba de mirar los monitores rebuscó en su mochila la pistola reglamentaria. Iba a tener que intervenir después de todo. Nunca pensó que la cuestión llegara a tal extremo pues su impresión era más bien que el interés de la NSA en la investigación de Kate iría decayendo, que nunca necesitaría de semejante nivel de violencia. De hecho había dudado si tal vez su señuelo sirviera para algo.

Y Georgios estaba ya terriblemente asustado.

—¿Se refieren al que acompañé a Meteora? —preguntó compungido.

—Exacto —respondió uno de los agentes impertérito.

Entonces Georgios habló. Era evidente que tal era su miedo que no dejó nada en el tintero. Refirió cómo se le había presentado como un cazatesoros capaz de hacerle famoso si le ayudaba en una investigación académica, además de realizarle un pago formidable por sólo un día de trabajo. Sin embargo esa jornada había sido mucho más dura de lo previsto. Narró su ascenso a lo alto de uno de los monolitos de Meteora, de lo recóndito de aquel sitio, y de su encuentro con el ermitaño al cual aquel hombre pareció hacer las preguntas justas para que le mostrara un antiguo manuscrito. Recitó las palabras que Richard anotó mientras explicaba cómo había averiguado que pertenecían a una versión inédita del Libro de Enoch.

Richard escuchaba sorprendido por el giro que daba aquella inesperada revelación. Cuando Georgios citó las palabras que tradujo y los hombres se miraron entre sí, dejando que el final del relato muriera en un incómodo silencio. Richard no sabía qué hacer. ¿Era necesario presentarse en el piso de Georgios o el interrogatorio había finalizado ya?

—¿De qué nacionalidad era aquel hombre?

Georgios pareció vacilar.

—Era europeo... latino diría yo, porque su acento inglés era marcado. Tal vez español o italiano... no sabría decirlo.

—Después de aquello... ¿qué sucedió?, ¿dónde fuisteis?, ¿qué es lo que hicisteis aquel día?

—Aquel hombre no me explicó sus planes. Me trajo de vuelta a Atenas... yo no sé nada más de él, lo único es que... creo que iba a tomar un avión para Suiza...

—¿Ginebra? —Parecía que el agente quería que le confirmaran una sospecha.

—Sí... era un vuelo con escala en Berlín... pero estoy casi seguro de ello —antes de que los hombres pudieran pedirle explicaciones de nada Georgios suplicó—, sí... espí su cartera en un momento en el que él abandonó el coche cuando repostábamos gasolina. Fue lo único que vi, los billetes impresos. No había más.

—Su nombre.

—Alejo. Lo único que vi era ese nombre. Alejo G. Me llamó la atención ese nombre...

Los hombres parecieron mirarse entre sí.

—¿Jefe?, ¿lo has oído todo?

Richard fue consciente entonces que uno de los hombres llevaba un pinganillo en la oreja. Al parecer toda aquella conversación la habían compartido. Al cabo de un rato pareció responder un escueto «Ok». Entonces retiró levemente la cazadora para poder extraer una pistola con silenciador y descerrajó varios disparos certeros sobre Georgios que no pudo ni gemir. Antes de tocar el suelo ya estaba muerto.

Richard explotó en su sitio estupefacto mientras mascullaba mudamente «cabrones, cabrones, cabrones...».

Salió de su apartamento y descendió las escaleras. El apartamento de Georgios se encontraba justo en la planta inferior a la que él había alquilado. Dio una patada que hizo ceder la débil puerta del apartamento y entró disparando como un energúmeno. El primero que cayó fue el matón que acababa de guardar el arma y que no tuvo tiempo de desenfundar de nuevo. Al parecer los agentes habían iniciado un registro del apartamento que Richard interrumpió abruptamente. Uno de ellos se encontraba cerca de la puerta e intentó golpear a Richard pero éste lo esquivó, se abrazó a él y lo utilizó como escudo mientras intercambiaba fuego con el tercero de los agentes, que desde el fondo del pasillo apretaba el gatillo incesantemente disparando sobre él. Una de las balas perforó el pulmón del agente que retenía Richard y la bala fue a incrustarse en su hombro con fuerza minorada pero muy dolorosa. Mientras tanto Richard vaciaba su cargador como podía sobre su adversario, pero el forcejeo que mantenía le impedía apuntar con precisión. El escándalo era fenomenal.

Todo se había desencadenado en unos segundos. Finalmente su arma se quedó sin munición, al igual que la de su adversario al que Richard tenía la impresión de haber alcanzado certeramente. Cayó arrastrado por el agente que se abrazaba a él y que a pesar de estar herido mantenía una extraordinaria oposición. Soltó su arma y consiguió empujar a su adversario apartándolo de sí. Hubo un intercambio de puñetazos en el suelo. La camisa del hombre estaba empapada en sangre. Richard no sabía cómo podía defenderse con tanto vigor sufriendo una herida de bala que le atravesaba el pecho. Decidió golpear allí donde la camisa mostraba la sangre más oscura y el hombre gimió de dolor. Entonces aprovechó para extraerle el arma que aún permanecía en su cartuchera de la axila y disparar tres tiros a quemarropa.

Los otros dos adversarios yacían inmóviles en el suelo.

Richard era consciente que de una forma u otra debía abandonar aquella escena sin dejar rastro. Los segundos resultaban cruciales. Nadie debía verlo. El silencio se hizo en el apartamento pero en los colindantes se oían voces y algunos gritos. Indudablemente debían estar llamando a la policía. Se incorporó y se dirigió rápidamente a los puntos donde se encontraban las videocámaras, que retiró sin dejar rastro. Revisó las americanas y pantalones de los cadáveres, pero no halló nada que pudiera servirle.

El apartamento era un caos. Las suelas de sus zapatos estaban impregnadas de sangre, así que antes de salir se descalzó y los sostuvo en sus manos. Revisó su herida en el hombro. No era grave, aunque sangraba. La bala no había llegado a perforar la

piel aunque sí había provocado una buena herida. Miró el cadáver del muchacho griego y sintió un extraordinario malestar. «Puto plan». Extrajo de su bolsillo un mando a distancia. Había querido prever una contingencia que requiriera una maniobra de distracción, y ese era indudablemente el caso. Accionó el mando y una pequeña detonación hizo saltar el cuadro de automáticos del edificio, que inmediatamente se quedó sin luz. Aquello produjo una nueva ola de pánico. Los vecinos que habían abierto sus puertas para echar un vistazo al pasillo volvieron a encerrarse rápidamente en la seguridad de sus viviendas. Se oyeron gritos femeninos de espanto que procedían de puntos diversos de la planta. Richard aprovechó y salió al pasillo común donde reinaba una oscuridad absoluta, subió las escaleras rápidamente y se introdujo en su apartamento, cuya puerta no había cerrado por completo. Había actuado con un sigilo felino.

Revisó sus pies y manos. No había rastro de sangre. Su herida en el hombro no goteaba profusamente aunque sí supuraba. No quería dejar huellas que condujeran hasta él y se cercioró de que no había evidencias de ello.

Pero su rastro iba mucho más allá de aquel apartamento. Había viajado a Grecia con pasaporte falso. Ahora era necesario regresar a casa, justo a tiempo para, una vez informado oficialmente de la muerte de Georgios, cancelar el vuelo que había reservado con su verdadera identidad con destino final en Atenas y que había servido de señuelo para Desmond. Debía estudiar perfectamente su coartada. Su móvil habría estado sin dar señales de vida, sospechosamente quieto sobre su mesita de noche en su piso de Brooklyn. Sólo una buena escenificación podía justificarla. Debía cogerse una cogorza de campeonato en cuanto tocara tierra que explicara el haber quedado K. O. durante un par de días. No sería la primera vez y no llamaría la atención, al menos no en su expediente. Se duchó rápidamente mientras oía las sirenas de policía y ambulancias acercándose ruidosamente al barrio. Se frotaba el hombro dolorido y limpiaba la herida de la cual ahora parecía manar más sangre. De todo cuanto había oído un nombre se había clavado en su mente como la esquirla de grava que se cuele dentro del zapato y resulta inesperadamente molesta al caminar. «Alejo». Ese nombre le resultaba conocido siendo extraordinariamente raro. Nunca lo había escuchado antes... salvo a Kate, en una ocasión, cuando se había referido a un misterioso colaborador de Silicon Valley que le estaba ayudando a descifrar el código Voynich.

Cerró el grifó. Suspiró. Había iniciado su partida de ajedrez con Desmond.

«¿Por qué eras tú Desmond, el que estaba al otro lado de la línea de esos matones, no?».



## Carta 6ª

Sí, tal vez habría sido mejor dejar las cosas como estaban, dejarme ahogar en aquel universo de misterio, absolutamente incomprensible... dejar que mi esquizofrenia o mi mente delirante naufragase... Rendirse era descansar.

Pero había surgido aquella llama de esperanza. Luque era mi salvavidas. Y lo peor de recuperar la esperanza es que también rescatas el miedo y el temor de la desesperanza. El camino del dolor se desanda y puede volverse a recorrer de nuevo, con toda la hiel virgen, como si fuera la primera vez.

Al día siguiente dejé de acudir al trabajo. Creo que lo iban a agradecer en la oficina y quedé temprano con Luque, en el barrio Alto, el verdadero corazón popular de Lisboa.

Las referencias que había conseguido eran un tanto vagas. Se trataba de una chica joven, una dependienta de una tienda de ropa, un comercio minorista enclavado en una de las típicas calles en cuesta del barrio, rodeada de casas con las tradicionales cerámicas lisboetas un tanto desportilladas, de calzada estrecha y sinuosa.

La propietaria nos atendió no demasiado amablemente. Una señora cincuentona, que regentaba un comercio en declive, con escasas visitas diarias y aspecto descuidado, más destinado a dar una ocupación a la titular del negocio que a ser una fuente de ingresos, pero nosotros no éramos las parroquianas habituales del lugar y en cuanto preguntamos por Rosinha nos puso cara de desagrado. Suponíamos una visita molesta. Resultó una conversación infructuosa, pero lo poco que dijo sirvió para corroborar las referencias de Luque.

Rosinha había estado comportándose de una manera extraña hasta unos días atrás, que empezó a ausentarse del trabajo sin mediar palabra. En suma, era una desagradecida, y aunque podía colegirse del mezquino lenguaje con el que se expresaba su jefa que a menudo cobraba tarde y mal, según decía, tener trabajo ya era de por sí un valor seguro en los difíciles tiempos que corrían y no se merecía ese comportamiento. Aún así se alegraba que hubiera desaparecido de su vista. Se había vuelto extraordinariamente introvertida y reservada y ahuyentaba a la clientela. «Una chica que va a acabar mal», decía intercalando dicho comentario cada poco.

No consiguieron su domicilio porque la señora decía que era información reservada y los datos del contrato no podía divulgarlos, pero Luque y yo estuvimos de acuerdo en que lo más probable era que ni tuviera contrato ni la mujer supiera tal dirección.

Saliendo a la calle recuerdo sentir un mareo intenso. Debí apoyarme en la pared. Un sudor frío y un fuerte malestar provocaron que me doblara sobre mí mismo y quedara de cuclillas, apoyado en la pared, sintiendo en mi piel el tibio sol del mediodía. Luque me miraba preocupado.

Ciertamente era un día primaveral, de cielo azul, despejado, intenso. Las coloridas casas del barrio, pintadas de color pastel debían ofrecerme una visión

agradable. El tranvía amarillo traqueteaba en un cruce cercano, seguido de la pertinente cola de turismos que circulaban pacientes tras él. Sin embargo estas estampas que debieran ser vivamente abigarradas me resultaban anodinas, aburridas... los colores los percibía más borrosos, menos nítidos, más grises. El día se me antojaba antinaturalmente sombrío. Lentamente iba perdiendo la percepción del color.

La realidad resultaba sibilina... pero, aún peor, las personas se hacían fantasmagóricas... y este descubrimiento o esa sensación me habían provocado un ataque de pánico. A medida que avanzaba el día la gente iba perdiendo su corporeidad, percibía a lo lejos siluetas y sombras, más que figuras definidas, y cuanto más me acercaba a ellas, antes de descubrir su aspecto físico percibía otras características, en ciertos casos luminosas, y en la mayoría... tenebrosas. Pero no es el momento de detenernos en esos síntomas.

Mi empeño era Rosinha. No quería pensar en otra cosa ni sentir un deseo distinto que ese, y aunque tenía motivos más que suficientes para alarmarme por cómo iba cambiando todo cuanto percibía en «este lado de la realidad» no quería alarmar a mi amigo descubriéndole lo que mis ojos veían, porque intuía que si le revelaba cuanto estaba sufriendo me abandonaría en el acto o llamaría a una unidad médica inmediatamente.

Una de las pocas cosas que deducimos de la conversación con la comerciante fue que la tal Rosinha tenía un novio, un repartidor de pizzas que a menudo se dejaba caer por la tienda entre reparto y reparto y que la señora se veía obligada a ahuyentar pues sentenciaba con resentimiento que distraía a Rosinha de las labores que pudiera tener encomendadas. En suma, era un chico con un *piercing* en la nariz del que ignoraba el nombre, aunque sabía que trabajaba en una pizzería no muy lejana. Hacia allí nos encaminamos.

Luque me miraba preocupado. Apenas me sentía con ánimos de mantener una conversación con él, pero tampoco quería que me abandonara, al menos aún. Él había llevado el peso de la conversación en la tienda. Mi malestar y mi propia inseguridad hacían que la simple labor de comunicarme con otra persona resultara ardua.

Sentados en la pizzería invité a Luque a almorzar aunque fui casi incapaz de consumir media docena de bocados y tragar algo de agua. Habíamos preguntado por el chico en cuestión y rápidamente los compañeros nos dijeron que se trataba sin duda de Bento y que no tardaría en aparecer. Mientras yo tomaba asiento Luque quedó hablando con un par de repartidores que aguardaban a que se llenara su maletero de cartones con viandas para partir. Después me explicó que él mismo había hecho sus pinitos como repartidor tiempo atrás y que aprovechando su experiencia había trabado confianza con los chicos del local. Así se enteró que el tal Bento no era un repartidor cualquiera. También trapicheaba con hierba y ya había estado en la cárcel una corta temporada. Si ejercía de repartidor era porque necesitaba una coartada para blanquear sus ingresos extraoficiales, pues al parecer conducía un

deportivo y presumía de un nivel de vida que no era propio de una persona desocupada ni tampoco de un simple motorista de los recados. Saltaba a la vista que Luque no era policía ni nada por el estilo, y obviamente no le contaron este resumen tal cual explícitamente lo escribo aquí, sino que más bien por los comentarios, las miradas y gestos, Luque dedujo el perfil de nuestro Bento.

El tal muchacho se incorporó tarde al trabajo, recibiendo una agria mirada del encargado que pareció no importarle en absoluto. En cuanto un compañero le indicó que queríamos hablar con él se nos acercó con desparpajo y mirada desconfiada. Era un joven veinteañero, de complexión delgada y caminar flexible y nervioso. Sus ojos parecían incapaces de fijarse en un punto por más de un par de segundos y sus manos jugueteaban inquietas con el móvil.

No nos saludó. Simplemente hizo una mueca del estilo ¿qué quieren de mí?, y se sentó junto a nosotros sin más.

Cuando le explicamos que buscábamos a Rosinha pareció relajarse. El encargado le llamó de mala gana, con un acento lisboeta marcado, pero él respondió aún de peor manera, con un acento de desdén y peores tacos, haciendo que toda la clientela del local mirase hacia nosotros consternada.

En esta ocasión fui yo el que tomo el hilo de la conversación. Le expliqué que por lo que me habían comentado creía tener una enfermedad similar a la que pudiera estar experimentando Rosinha... tal vez pudiera ser muy importante que ambos entráramos en contacto.

Bento pareció dudar si confiar en nosotros o no. Más que hablar miraba indeciso hacia las motocicletas, como pensando si no sería mejor volver al trabajo y olvidarse de la conversación en ese punto. Finalmente extrajo un bolígrafo del bolsillo trasero de su vaquero y anotó en una servilleta una dirección.

—Hace un par de semanas que cortamos. Rosinha estaba rarísima. No me quería ver ni decirme nada. Estaba psicótica. Esa es su dirección... miren a ver. No sé nada de ella.

Y se levantó de la mesa gesticulando hacia su encargado que no paraba de hacerle muecas diversas, señalando el reloj de pulsera y moviendo los brazos en un ademán de «movimiento, movimiento» a lo que Bento respondió en un murmullo sordo una infinidad de improperios indistinguibles, pero probablemente más que obscenos.

En ese momento me sentía morir. Pero sacando fuerzas de flaqueza le rogué a Luque que me acompañara hasta la susodicha dirección. No quería posponer la indagación de esa pista ni un minuto más. Luque me observaba serio, a saber qué ideas le rondaban. Constantemente me hablaba de la necesidad de ir a casa a descansar, pues me veía con muy mal aspecto... pero yo insistía que era cuestión de vida o muerte. Reflejado en un espejo del local que abarcaba todo un lateral vi mi rostro extraordinariamente pálido y mis ojos con una extraña chispa de vida. Mi reflejo me inquietó.

Sí, era cuestión de vida o muerte, nunca mejor dicho.

## Carta 7ª

Estimado doctor, hay ocasiones en la vida que se nos antojan especialmente dramáticas en las que ansiamos descubrir que estamos en una pesadilla, en la que nos decimos, «esto no me puede estar pasando». Más de una vez había experimentado la angustia de ese deseo, pero en esos momentos de penoso malestar, en el que nos dirigíamos en taxi a la dirección que nos había facilitado Bento fue una de las más intensos. El encuentro con una persona que estuviera pasando por lo mismo despertaba en mí muchas esperanzas, y por esa misma razón, mi corazón se inundaba de miedo. Después de tantos meses de agonía, descubrir un atisbo de luz, dar pábulo a la esperanza significaba abandonar el refugio de la desesperación y volver a hacerme de carne y hueso... volver a sufrir otra vez desde el principio. Subir a lo alto de la torre para volverse a arrojar al vacío.

Porque en el fondo de mí sospechaba que no existía cura para mi mal, que no había tratamiento, no había escapatoria ni solución. Esa funesta aprensión me mantenía abatido mientras Luque parloteaba conmigo dándome ánimos ocasionales y alternaba ufano con el taxista sobre fútbol o cualquier otro tema intrascendente, como si aquella burda maniobra de distracción fuera capaz de aliviar en algo mi tortura. Yo observaba sus quijadas moverse con cada risa y cada broma y me sentía aterido, pero cuando Luque se volvía hacia mí para decirme algo y observaba tras sus gafas y bajo los rasgos de su rostro las marcas abruptas y las líneas siniestras de su cráneo, las profundas cuencas oculares de su calavera, a duras penas me sentía con ánimos de replicar nada.

Rosinha vivía con sus padres en una humilde casa del barrio de Alfama, situada en una callejuela estrecha y abrupta que descendía hacia la costa, impregnada de aire marino y de ventanas salpicadas de variopintas coladas.

Nos abrió la que debía ser su madre, una mujer sesentona, de pelo canoso recogido en un moño y a la que interrumpimos en plena labor doméstica pues vestía un amplio delantal de diseño tradicional. Cuando preguntamos por Rosinha su rostro demudó, pues inicialmente parecía una mujer abatida, pero tras la presentación de Luque, un tanto abrupta pero efectiva, pareció cobrar mucho interés por nuestra visita y se decidió a dejarnos entrar.

Se trataba de una casa vetusta, de interruptores y lámparas de los años cuarenta y de mobiliario que no quedaba a la zaga. Incluso una radiogramola ocupaba gran parte del salón, los sillones lucían pequeños bordados decorativos en los reposabrazos, había juegos de mesillas de té, vitrinas con porcelanas, y algunos óleos bucólicos e incluso sendos daguerrotipos decimonónicos con retratos de familiares. Pero aquella lámpara de araña deslucida del centro del cuarto, aquel mobiliario no antiguo, sino viejo, hablaban más de decrepitud que de señorío.

No tenía nada bueno que decirnos. Nos preguntó por Rosinha insistentemente. Al principio no comprendíamos el malentendido puesto que éramos nosotros los que

preguntábamos por ella. Finalmente se hizo la luz. Rosinha había desaparecido una semana atrás sin dejar rastro y su madre mantenía la esperanza de que alguien pudiera dar con ella o al menos traerle alguna noticia. Acababa de sufrir una dura decepción y durante un rato quedó muda, con la mirada perdida, como ida, en estado de postración. Tal como mi hondo pesimismo había pronosticado no salía nada nuevo de aquella pesquisa, al menos nada tranquilizador.

La pobre mujer finalmente reaccionó, se echó a llorar y tomando un pañuelo que mantenía en un bolsillo del pantalón se enjuagó las lágrimas una y otra vez. Luque se sentó a su lado e intentó consolarla mientras yo cerraba los ojos e intentaba dominar el vértigo.

Poco a poco fuimos coligiendo la historia de la muchacha.

Era un calco de la mía... hasta cierto punto.

Todo se había iniciado con los capítulos ya vistos de la parálisis del sueño. Al principio todo habían sido anécdotas, un glosario de historias que daban pie a debates, chanzas y bromas entre amigos y familia. Sin embargo el humor de Rosinha se fue ensombreciendo paulatinamente. En este punto la madre achacaba buena parte de la culpa al novio que se había echado en los últimos meses. Había estado en la cárcel por drogas y alguna vez la había sorprendido fumando hierba en su habitación. Los policías dijeron que su consumo estaba asociado a trastornos psicóticos y que no les extrañaba que esa alteración del comportamiento tuviera algo que ver con eso, sobre todo dependiendo de la calidad de las drogas que manejaran. Deduje que la policía no había puesto demasiado interés en la desaparición de la chica, se veía claramente que tenían sus propias hipótesis. La palabra «droga» parecía amparar cualquier conducta rara, incluida la de volverse completamente retraída, ausentarse del trabajo, y finalmente desaparecer. Y a su vez también permitía a la policía relajar su actitud y descartar otras hipótesis más sombrías como secuestro o asesinato.

¿Desaparecer? ¿No era esa una palabra recurrente que me asaltaba insistentemente? Pero, ¿cómo podía desaparecer una persona sin dejar rastro, y más aún considerando ese estado de agotamiento, de falta de iniciativa, de más bien dejarse llevar?

Una palpitación sacudió mi cuerpo al comprender. Tal vez desaparecer significaba suicidarse... dejarse caer al mar, en un lóbrego muelle, en la oscuridad, con el afán de hundirse hasta el profundo lecho marino, de tirarse del puente 25 de abril a las aguas del Tajo y acabar con todo, de consumir voluntariamente el último aliento y no querer volver a respirar... en suma, poner fin a la pesadilla.

Pero la idea del suicidio... no estaba en mi mente. ¿Tal vez lo estaría más adelante? Me inquieté al observar que no me parecía una idea absolutamente descabellada.

Insistí en preguntar a la mujer cuánto tiempo llevaba Rosinha en ese estado antes de desaparecer y me respondió que apenas un par de meses. Me quedé sorprendido. Yo creía llevar un proceso mucho más largo, al menos cuatro, y todavía me mantenía

en pie. Esperaba encontrar a alguien más veterano que yo... y cuando lo hallaba, resulta que los papeles estaban invertidos.

Luque consolaba a la buena señora pues cada vez que yo retomaba el tema y le hacía una pregunta sobre su hija, tras responderme, se echaba a llorar, así que él desviaba la conversación hacia los asuntos más inverosímiles, el tiempo, una fotografía familiar, un cuadro o la radiogramola... que la madre de Rosinha se veía obligada a atender y responder por cortesía, hasta que yo recuperaba fuerzas, se me ocurría una nueva pregunta, y se iniciaba de nuevo la letanía de lamentos, consuelos y conversación insustancial.

Finalmente me mantuve en silencio un largo rato. No se me ocurría qué más cosas preguntar, salvo el adentrarme en cuestiones más espinosas, pues no me veía preguntando a la madre por «el otro lado» sin empezar a parecer yo mismo un loco. Finalmente con la boca seca me aventuré a inquirir por aquellas cuestiones y una vez rompí el hielo me resultó más fácil. Esta vez Luque era el que permanecía callado por completo, creo que por primera vez empezaba a considerar que quizás no estaba junto a un fulano que deliraba. Me pareció asustado por vez primera desde que nos conocíamos.

La madre de Rosinha, no recuerdo el nombre, inicialmente reaccionó con perplejidad cuando abordé la cuestión, pero poco a poco ganó confianza y se aventuró a contarnos los «sueños» de su hija. Se ve que era algo que no había contado a nadie, y sospecho que la policía no había dado mucho pie a escuchar ese tipo de relatos. Describió un mundo completamente similar a mi «otro lado». Escenas estáticas de la ciudad, sin vida, sin sonido... largos paseos a ninguna parte, como del miedo se va pasando a la tranquilidad... Hasta que finalmente conoció a alguien que la alteró por completo. Un tal Nefilim. A partir de ese momento una extraña locura se apoderó de ella pues parecía constantemente aterrorizada y no quería dormir. El novio la dejó plantada y a partir de entonces se sumió en una profunda depresión. Muchos, incluidos familiares, la daban por loca; repetía en una constante reiteración que todos estábamos muertos. En este punto me miró fijamente un largo rato para decirme muy seriamente: «Usted tiene la misma mirada y el mismo aspecto de ella».

Y la señora prorrumpió en un llanto más amargo de todos cuantos habíamos presenciado y que Luque apenas pudo ayudar a contener con palabras de consuelo, tomándole de la mano mientras ella rompía a llorar una y otra vez en una interminable rosario de sollozos.

La conversación, por más que me pareciera imprescindible continuar, había finalizado.

¿A quién había conocido Rosinha? ¿Se había suicidado finalmente, como sospechaba la policía?

Sólo tenía ganas de llegar a casa y tomar mis habituales pastillas para el sueño... y también un par de tranquilizantes.

## Carta 8ª

Tras salir de la casa de la madre de Rosinha nos encaminamos en dirección al domicilio de Luque. Cerca había dejado mi coche. Había anochecido ya y de camino paramos a tomar una cerveza en la Rua Augusta. Estábamos en el corazón de la Baixa y las calles estaban animadas de gente, los edificios señoriales de la magnífica calle comercial, iluminados por las farolas de época, acentuaba su aire romántico, pero a mí aquel escenario de anochecer me empezaba a recordar vagamente a la imagen fantasmal del otro lado. Ni el bullicio ni la gente lograban apartar de mí un no se qué del aire estático que yo percibía en mis viajes astrales, pues finalmente había decidido aceptar que aquellas aventuras extraordinarias solo podían encajar con esa denominación.

Luque se mostraba muy excitado. A veces soltaba risotadas y otras veces prorrumpía en exclamaciones, del estilo «esto es increíble».

Nos introdujimos en una atiborrada cervecería y pedimos sendas jarras de cerveza, y no es que estuviera especialmente inclinado a beber alcohol, de hecho me resultaba insoportable desde que todo este episodio se había iniciado, pero lo cierto es que sentía una sed insoportable, tal vez derivaba de la ansiedad con la que había vivido las últimas veinticuatro horas. Tras un largo trago logré que Luque se tranquilizara y me empezara a explicar el porqué de su alteración.

«Es inaudito lo que ha dicho en relación a quién dice haber conocido en el otro lado» fue su comentario inicial. No entendí a qué se refería.

«Los nefilim, Demian, los nefilim» me repuso con sonrisa nerviosa. Yo aludí al tal nombre, pero él comprendió de inmediato mi error. Me explicó que no se trataba del nombre de una persona, sino de un ser mitológico. Aquello supuso un jarro de agua fría para mis expectativas. Me parecía que de improviso el relato de Rosinha se alejaba años luz del mío y que aunque aparentemente pudieran haber parecido anécdotas similares, aquella discrepancia rompía por completo el hechizo. Tuve ganas de irme de inmediato, pero Luque me retenía, y con toda la calma que podía imprimir a lo que contaba, me relató lo siguiente.

He de decir de antemano que apenas prestaba atención, puesto que ya me había enrocado en posición defensiva. Demasiadas historias raras y personajes extravagantes había conocido en los últimos tiempos para tener que sufrir una nueva decepción justo en ese momento. Al escucharle me parecía rememorar cien relatos inverosímiles que ya había oído pacientemente a otros tanto lunáticos que había conocido en los dos últimos meses.

Al parecer el origen de los tal llamados nefilim se remonta a tiempos remotos, bíblicos, y la leyenda establece, según el Antiguo Testamento, que en los primeros días, una vez que la descendencia de Adán y Eva se había esparcido por el mundo, que viendo los ángeles el mal camino que tomaban aquellas criaturas terrestres, optaron por acudir en su auxilio, vigilar y velar por su bienestar, especialmente el

moral, y en suma, ayudar a la humanidad. Pero erraron al calcular sus fuerzas y la debilidad que acarrea el ser carnal, y tan pronto asumieron corporeidad sucumbieron a todo tipo de perversiones y pecados. Los ángeles buenos, empujados por un afán noble, se corrompieron y devinieron rápidamente en diablos. Dios, para corregir estos desmanes y empezar de nuevo, encadenó a estos nefilim de tal manera que quedaron retenidos, y envió el Diluvio de Noé para exterminar su descendencia.

Finalmente Luque calló. Me explicó que este era el núcleo duro de la historia, pero que existían multitud de interpretaciones arbitrarias. No era su tema, pues a él le gustaban más teorías de la conspiración o las abducciones alienígenas. Siempre sospeché que el interés que despertaba en él se debiera a sus expectativas de confirmar alguna teoría suya, bien en relación a experimentos secretos desarrollados por los gobiernos más poderosos del mundo, bien a que estaba sufriendo un verdadero encuentro en la tercera fase que yo mismo aún ignoraba, motivo por el cual me había insistido contumazmente en que acudiera a una sesión de hipnosis que pudiera revelar algo en esa línea.

Sin embargo conforme observaba mi rostro absolutamente indiferente y decepcionado por la mencionada historia él mismo fue apagando su entusiasmo y terminamos una segunda ronda estando más tiempo callados que conversando.

«Estamos todos muertos».

Fué algo que dije casi involuntariamente, en un murmullo inaudible. Me empezaba a resultar casi hasta familiar el ver a través de las personas, el distinguir sus esqueletos moviéndose, sus mandíbulas dentadas batiéndose al reír, hablando, se antojaba una farsa sarcástica y cruel, pero a medida que me acostumbraba a ella la asimilaba, la asumía como algo verdadero y no como una trampa de mi psique, y consecuencia de esa asunción emergía aquella sentencia emitida casi sin reflexionar. Era algo que sentía.

Luque me miró asombrado. Ambos comprendimos que esa aseveración tan misteriosa e irracional era la misma que había relatado la madre de Rosinha. Aquello me llevó de bruces al relato de la muchacha... pero seguía pareciéndome inverosímil el giro que había tomado la historia, siempre que hiciera caso a lo que contaba Luque.

«Creo que te equivocas», le dije, «seguramente la madre escuchó un nombre, similar a ese que tu citas, pero una persona a fin de cuentas... En mis viajes no hay seres mitológicos ni nada parecido». Aquella aseveración contundente y dicha con un mal humor que saturaba mi ser pareció que ponía fin al debate. Luque no tenía más argumentos, y seguramente viendo mi estado, comprendió que no resultaba conveniente mantener una discusión conmigo. Sí, parecía una coincidencia... hasta que se llegaba a ese punto, a partir del cual entendía yo que las historias tomaban caminos divergentes. Luque callaba.

Volvía a estar solo.

Siempre lo había estado.



## Capítulo 29

Richard introdujo la llave en la puerta y la giró. La cerradura cedió silenciosa y suavemente. Los pestillos se corrieron, el picaporte giró y la puerta se deslizó sobre sus goznes engrasados sin siquiera emitir un suspiro. Un penetrante olor a madera y bosque le trajo recuerdos de unas pocas semanas atrás, cuando había descubierto esa casa en compañía del padre Haggerty, tras el funeral de Kate. Aquel pensamiento le produjo una sensación agrídulce. Se sentía como si estuviese realizando una acción sacrílega. Registrar el hogar secreto de Katherine sin su consentimiento, aunque fuera por una buena causa, le provocaba un raro malestar. Sabía de sus reservas, de sus extraordinarias precauciones, y a pesar de que no compartía su secretismo y cerrazón a la hora de compartir información, comprendía que era una cautela y una forma de ser que en el fondo, y más que le pesara, respetaba. Ahora se iba a hacer añicos aquella urna de cristal que escondía a saber qué misterios, y le dolía obrar de esa manera. «Ojalá pudiera ser de otro modo».

Richard había regresado de incógnito de Atenas unos días atrás. Tal y como sospechaba su ausencia no había pasado desapercibida. Tenía multitud de llamadas en su móvil. Lo habían intentado localizar un sin fin de veces, pero a todos los efectos no había abandonado el país. Era necesario ahora construir una historia relativamente creíble, así que sin pasar por su casa siquiera, dejó el equipaje en una consigna anónima y tomó el coche alquilado unos días atrás y se dirigió hacia Deal Island, también conocida como la isla del diablo, en el condado de Sommerset, en la bahía de Chesapeake, un remoto pueblecito costero en el que había alquilado anónimamente una casita con vistas y una pequeña lancha. Su plan era muy sencillo. Llegar al *delirium tremens* hasta el momento en el que algún vecino molesto se viera en la obligación de llamar a la policía o a una ambulancia y finalizar así su periodo de misteriosa desaparición. Seguramente la incidencia no pasaría desapercibida a Desmond y sería una manera sencilla de alejar sus sospechas sobre él, si las hubiera, por lo acontecido en Grecia.

Richard había comprobado que la dirección de la casa de Maryland que era residencia de Kate no figuraba en ninguna base de datos de la NSA. Aquel era pues su más seguro refugio. El hecho de que portara el juego de llaves consigo en el momento de su muerte significaba que era verdaderamente su residencia, o al menos, la que estaba habitando en ese momento. Encendió las luces. Todo se hallaba tan en orden y acogedor como cuando había estado semanas atrás con el padre Haggerty. Se preguntó si éste habría pasado por la casa a fin de llevar a cabo las mismas indagaciones que él. Apagó varias luces y se sirvió una copa de whisky de una discreto mueble bar de la sala de estar. Con la única iluminación de la lámpara de pie, y sentado en el amplio sofá con vistas a la bahía, Richard se quedó pensativo en ese

ambiente relajado y ausente, tan aparentemente aislado de la realidad y de los tumultos del mundo. «¿Y tú Kate, qué hacías aquí?».

No había tardado mucho en desencadenarse los acontecimientos esperados. Richard no había dejado de beber desde que aterrizó en el JFK. Mientras un taxi le llevaba al parking donde había dejado su vehículo alquilado días atrás, iba pensando en su plan de acción. Tan pronto se puso a conducir en dirección sur rumbo a su casita alquilada empezó a echar cortos tragos a la botella que llevaba camuflada en su respectiva bolsa de papel. Cuando llegó a Deal Island ya estaba más que entonado. De las pocas cosas que descargó del coche la más pesada era la que contenía su arsenal de botellas de alcohol. Lo cierto era, que aunque le pesara reconocerlo, cada cierto tiempo necesitaba una larga sesión de abuso de alcohol. No creía que fuera bueno, ni saludable, y prefería no pensar en el hecho de que tal vez estuviera abismándose en un hoyo de alcoholismo del que tal vez le costaría salir. Lo único cierto es que aquella era su válvula de escape. Cuando la mierda parecía que le iba a asfixiar una buena botella de alta graduación era su único y fiel aliado que le permitía volver a sacar la cabeza fuera del agua y respirar, aunque sólo fuera una bocanada de aire más. Y ya eran muchos los días que llevaba sin apenas respirar. Lo de Kate, junto con los acontecimientos de Atenas y la confirmación de sus sospechas sobre Desmond, hacían que ni siquiera su cinismo sulfhídrico fuera capaz de digerir aquello. Casi con desesperación abrió la primera botella y bebió a morros directamente del cuello de cristal.

Dejó pasar largos minutos mientras dejaba que aquel ambiente de orden, de antigüedades acumuladas en estantes y repisas, con exquisito gusto, con abandonado cálculo, le hablaran de Kate. Esa atracción por la historia le fascinaba a Richard, pues nunca la habría adivinado. Tampoco se la imaginaba en aquel lugar tan recluso y solitario. Nada invitaba a pensar en una vida familiar. Sin haber recorrido la casa por completo se adivinaba que aquello era cien por cien Kate. No había nada que le incitara a pensar que allí se compartían dos vidas. La elegancia femenina rezumaba de aquel lugar, un discreto orden que no implicaba obsesión, pero sí pulcritud, cultura, historia...

Richard se dejó adormilar mientras el recuerdo de Kate se imponía sobre todos sus pensamientos como rindiéndolo un secreto homenaje que sirviera al menos de reparación por aquella violación de su sancta sanctorum.

Finalmente decidió ponerse manos a la acción. Empezó a registrar sistemáticamente la casa, pero sin dejar nada desordenado. Estaba imbuido de un ceremonioso espíritu de meticulosidad, como un sacerdote que reviste de gravedad todo cuanto emprende. Primero recorrió las partes de la casa que hasta la fecha no había visitado. La casa era pequeña. Contaba con un garaje trastero situado en un lateral, que se hallaba muy ordenado. Un pequeño armario con algunas herramientas,

una bicicleta de *cross* apoyada en la pared, algunas cajas con enseres y libros llenos de polvo apilados en una esquina. Una escalera colgaba de la pared junto con algunos útiles de jardinería. El resto del edificio contaba con una planta alta donde se encontraba un amplio dormitorio con unas vistas fantásticas a la bahía y que finalizaba en un pequeño balcón pero muy coqueto y bien aprovechado. La habitación no tenía ningún interés para Richard dado que en sus armarios y cómoda sólo halló ropa, alguna de la cual reconoció haber visto lucir a Kate. La terraza invitaba a tomarse un descanso. Si no hubiera sido por el fresco de la noche seguramente Richard habría elegido detenerse un rato, tendido en la tumbona y disfrutando del cielo estrellado y sin luna que surgía misterioso y sugerente desde la fronda de los bosques circundantes. Aún permanecía el malestar de la resaca y la idea de hacer un paréntesis se antojaba una tentación difícil de resistir.

Su vuelta al trabajo había resultado anodina y había pasado tan desapercibida como esperaba. Algunas notas, llamadas intrascendentes y ningún trabajo concreto. No le requerían en ningún sitio particular. A menudo la burocracia es lenta y la pérdida de Kate le había dejado descolocado, como una ficha apartada del tablero y que ya no se podrá reincorporar hasta que una nueva partida diera comienzo. Richard aprovechó esa primera jornada para hacerse notar, llamar a la gente a viva voz desde su despacho, contar chistes picantes cada vez que se cruzaba con alguien que se llevara bien, e intentar pillar los últimos chismes en la cafetería de la planta. Era una manera de compensar su inexplicable ausencia durante un par de días. Nadie parecía haberle echado en falta. También fue así como se enteró de que no había habido bajas en la agencia últimamente, y menos en Europa, una noticia que en cierto sentido le alegraba... aunque dejaba una incógnita sin aclarar que le inquietaba. ¿Quiénes eran entonces los agentes que había abatido en Atenas?

Junto al dormitorio había un pequeño despacho. En esta ocasión la ventana daba hacia la carretera y a la explanada de grava por donde se accedía a la casa. Se trataba de un lugar de trabajo, práctico y reducido. Richard encendió el portátil que se encontraba sobre la mesa y se sentó frente a él. Mientras arrancaba inspeccionó la cajonera que se situaba a su lado. Kate era ordenada y metódica, pero en ninguno de los cajones encontró documento alguno. En los estantes sí que había algunos papeles desordenados, notas, correspondencia variada, números de teléfono. Los ojeó metódicamente, pero si había alguna información de interés, no supo distinguirla.

El ordenador estaba limpio, no le costó comprobarlo. Si Kate lo había utilizado alguna vez no había dejado huella alguna en él. Ni historiales, ni documentos borrados, siquiera elaborados. Richard llevaba siempre consigo un pendrive en el que el equipo informático le había surtido de diferentes programas de rastreo, un pequeño arsenal hacker de fácil uso. Todos dieron resultados nulos. No había basura bajo la alfombra.

Richard se dejó caer hacia atrás en la silla giratoria y el respaldo cedió lo suficiente para tomar una postura más cómoda. Todos los secretos de Kate habían desaparecido con ella. Cerró los ojos y dejó que la silla le meciera un tanto, en un balanceo que le relajaba. Intentaba evitar que la crispación le dominara. Ignoraba cómo, pero su intuición le decía que estaba viendo algo importante a lo que no prestaba atención. Volvió a revisar visualmente aquel pequeño cubículo. No había escondites, todos los armarios estaban convenientemente registrados. Los escasos documentos y papeles leídos y releídos.

Junto a los estantes en una de las estrechas paredes del cuarto, figuraba una hilera vertical de fotos antiguas. Las había mirado de reojo, pero ahora, mientras basculaba en la silla empezó a prestarles mayor atención. De pronto sintió que la sangre se agolpaba a la cabeza pues no daba crédito a lo que estaba viendo. Se trataba de una de las fotos, parecía antigua, a juzgar por el aspecto del papel y los personajes, dos damas, que figuraban en ella, en trajes de época, al igual que los paseantes que se veían a su alrededor, en una clara estampa de principios de siglo xx. La torre Eiffel se distinguía, borrosa, como fondo de la escena.

Lo que le había alarmado y llamado poderosamente la atención eran los rostros de dichas damas. Resultaban inconfundibles... y perturbadoras. Se trataba de Kate... y de Johanna. Si no eran ellas, el parecido era formidable. En el reverso de la foto una curiosa dedicatoria autógrafa: «Para ti».

## Carta 9ª

Aquella misma noche en la que había conversado con Luque sobre los nefilim, mi deambular astral resultó ser completamente diferente. Ignoro aún qué proceso había derivado hacia el cambio, la verdad es que hubo de transcurrir cierto tiempo antes de apercibirme de la situación, pues todo había cambiado en el «otro lado», hasta tal punto, que parecía «éste».

Salí de mi apartamento como otras noches e inmediatamente me di cuenta de que había tráfico y algunos caminantes nocturnos. Los semáforos oscilaban con el viento mientras lucían alternativamente sus colores, alguna lejana sirena de policía arrastrando su aullante cadencia en la lejanía, los árboles agitaban sus ramas con cada sople de viento... incluso sentía la frescura nocturna en mi piel. Llegué a considerar que estaba en «este» lado especialmente cuando pasé junto a una pareja de novios besándose en un coche aislado.

Tal vez, pensé, mis sentidos me estuvieran engañando y que no se trataba de mi habitual paseo astral, dada la normalidad con la cual creía percibir cuanto me rodeaba, pero de improviso percibí algo sorprendente. Acababa de pasar junto a la luna de una gran exposición comercial de vehículos, y estaba viendo reflejado en ella los vehículos ocasionales que transitaban la avenida arbolada por la que paseaba, con sus faros encendidos rasgando esporádicamente la oscuridad. Sin embargo yo no podía percibirme de ninguna forma. Era una especie de hálito fantasmal, invisible... inexistente.

Nunca antes había reparado en tal cosa. El hecho de no ver a nadie ni percibir movimiento alguno en mi entorno me hacía considerar tal sitio, «el otro lado» como un lugar irreal, imposible, onírico. Pero ahora se me antojaba por completo real. De improviso sentí un acaloramiento, como si realmente fuera mi cuerpo el que, víctima de la agitación, se viera sometido a esa nueva presión, a esa circunstancia tan perturbadora. Aún así mantenía la lucidez. Mis ideas y mis pensamientos resultaban nítidos, claros... incluso más concisos que en la realidad, pues me sentía físicamente más descansado, extraordinariamente activo, pero sobre todo y comparándolo con mi embotamiento mental del día, mis ideas fluían veloces y mi discernimiento era absoluto.

Paseé hasta el centro de Lisboa, podría decirse, que hasta saboreando la nueva situación. Los cambios sucedían tan rápido... Consideraba en ese paseo si lo que había decidido unas horas antes tan sólo, justo antes de acostarme, resultaba tan razonable, y esto era el propósito de acudir a un centro psiquiátrico y hacer lo posible para que me medicaran. Comprendía en los niveles más básicos ciertas cuestiones de psiquiatría pues a raíz de todos estos capítulos había indagado por mi cuenta, y era consciente que no podía encasillarme en ningún tipo de enfermedad mental conocida, al menos de las habituales. No hallaba en la esquizofrenia los rasgos ni los síntomas que coincidieran con los míos. Aquella realidad sobrenatural, por calificarla de alguna manera, no podía significarse como un capítulo de ese trastorno. Tampoco tenía indicios de ser un brote psicótico de cualquier género, o trastornos de la personalidad, o catalogarse de bipolaridad... Quizás lo que más me inclinó a considerar que no se trataba de un trastorno mental fue la propia reacción suya, doctor Pinto, cuándo me recibió. En seguida percibí en usted que sabía algo que no me iba a revelar. Bajo su inexpresividad y su silencio reconocí apenas vedada una emoción, que me intranquilizó al principio, pero más tarde, después de haberse negado tan categóricamente a atenderme, cuando me sugirió este medio de comunicación, comprendí que su miedo —pues tal era la emoción que le reconocí— significaba que de alguna manera, usted ya sabía a qué nos enfrentábamos.

Si he callado hasta ahora este convencimiento ha sido porque prefería saber que usted estaba ahí, cerca de mí, de alguna manera. Ahora revelo esta certeza mía, que considero seguro no alterará nuestra relación. En todo caso sigo confiando plenamente en su discreción y consejo.

Ahora bien, mi aventura nocturna no había terminado. De hecho podría decirse que ni tan siquiera había comenzado.

Había elegido pasear por las mismas calles por las que había deambulado junto con Luque tan sólo unas horas atrás. Quería comparar las sensaciones, flotar entre la gente, disfrutando, si tal cosa era posible, de mi aparente incorporeidad, aunque no ingravidez ni otras muchas cosas que uno pudiera asociar a ese estadio fantasmal que operaba en mí durante mis viajes astrales.

A esas horas nocturnas el tránsito de gente era muy escaso. Algunos locales nocturnos permanecían abiertos, y algún grupo de gente se movía aquí y allá, como aisladas gotas de agua de una salpicadura. Por esta razón, en esa relativa tranquilidad, me resultó especialmente llamativo que alguien me mirara.

No podía tratarse de una casualidad. Mientras yo avanzaba lentamente un individuo, sentado en una escalinata de un portal, con apariencia de mendigo, me seguía con la vista cuando sabía perfectamente que tal cosa era imposible. Ya hacía rato había intentado comunicarme con personas, y mi voz no les resultaba audible, y por más que gesticulara ante su rostro actuaban como si no existiese... seguían con sus conversaciones, o su mirar taciturno, según el caso, pero si realmente me veían u oían habría de decir que todos ellos serían consumadísimos actores pues ni se inmutaban ante mí. En este caso, sin embargo, en el que paseaba tranquilo e indiferente, sumido en mis pensamientos, aquella sensación de ser repentinamente visible para alguien despertó mi temor.

Ignoro por qué mecanismo se activaron todas las alarmas en mi interior. Lejos de sentir curiosidad o de plantearme que tal vez ese «otro» al que podía tal vez comunicar, que tal vez tuviera algo que decirme, o fuera otro desafortunado como yo en aquel universo incomprensible y astral, cuando tenía tan a mano hallar respuestas, lo que surgía en mi razonar era una clara alarma, un instinto de conservación crecido, mucho más fuerte que toda capacidad de deducción o de desarrollar un pensamiento lógico, como aquel que es tímido compulsivamente y su primera reacción ante cualquier circunstancia es la huida, así reaccioné yo en primer lugar. Y es que doctor, debe entender que llevaba ya demasiado tiempo sufriendo sobresaltos por lo que había adoptado una actitud de cautela ante cualquier hecho nuevo.

Habría de decirse en primer término que aquel individuo, pues era un hombre, parecía un tanto anciano, aunque según le vi erguirse, aparentaba ser fornido y tener una complexión imponente. Cabello y barba gris, mirada penetrante, quizás fueron esos los rasgos que quedaron grabados en mi memoria. Al incorporarse ondeó una vieja capa que le confería un aspecto de amenazador, como una vela de navío henchida de golpe por el viento.

Se desarrolló entonces una breve persecución. Yo aceleré el paso, discretamente, pues antes más bien parecía estar dejándome llevar como el que mira escaparates sin ningún fin aparente, y ahora emprendía camino como el que llega tarde a un sitio. El hombre empezó a seguirme sin ningún género de dudas, así que yo doblé una esquina

y eché a correr tan pronto desaparecí de su campo de visión, silencioso como el mismo viento. Intenté llegar lo más raudo posible a la siguiente esquina a fin de doblar nuevamente y evitar ser visto, pero no lo logré. Con el rabillo del ojo percibí que el hombre alzaba su mano, se dirigía hacia mí, diciéndome algo.

Pero mi instinto me dominaba. Eché a correr hacia una nueva intersección y nuevamente giré en la esquina, en esta ocasión en la dirección contraria. Ahora estaba seguro que no había sido descubierto, pero aún así seguí veloz mi carrera de huida, zigzagueando por las calles, urdiendo una travesía enredada y caótica. Me sentía intranquilo y aquella era una manera de sosegarme, seguramente porque evitaba considerar todo cuanto implicaba ese descubrimiento. Mientras corriera estaba a salvo... pero...

Si aquel hombre me podía ver... tal vez habría más que pudieran hacerlo. ¿Era realmente bueno o malo que tal cosa sucediera?

Faltaba poco para averiguarlo.

## Capítulo 30

Los recursos y la capacidad de la NSA para recabar información era ingente. Bien lo sabía Richard, que cada vez que surgía la necesidad de obtener información respecto de alguien la avalancha de datos que recibía le desbordaba hasta tal punto que a veces resultaba difícil atar siquiera un cabo.

En principio para recabar dichos expedientes había de seguirse un procedimiento administrativo, aburrido y complejo, cargado de papeleos burócratas y de pertinentes autorizaciones, por lo que un agente de campo como él tuviera acceso a la ficha de un ciudadano determinado de Estados Unidos era un engorro. Eso era en la teoría, claro está. En la práctica hacía tiempo que Richard había aprendido a sortear los complejos vericuetos que imponía el protocolo y atajar por lo sano. El medio era sencillo y universal, y funcionaba a las mil maravillas, siempre que el colaborador con el que hubiera de contar no fuera un verdadero capullo, según Richard. Se trataba de la conocida ley del «hoy por mí, mañana por ti» y al cual se prestaban una buena suma de conocidos de Richard en la NSA. De esta guisa emprendió el agente la búsqueda de la pista con la que había topado en Grecia; el misterioso Alejo. Y la información que le suministraron se la proporcionó un veterano estegoanalista, Peter Bradford, un treintañero que a los seis años ya hacía sus pinitos con BASIC, y resultó, como era habitual, ingente.

Había pensado inicialmente que sería en la casa de Kate donde tal vez pudiera encontrar un arsenal de información, un lugar donde la agente archivara sus indagaciones... un diario, un bloc de notas, un listín telefónico. Era improbable, y así en efecto fue el caso. El despacho de Kate en la NSA era terreno vedado. Desde el primer día había sido herméticamente clausurado y precintado. Toda la información que había entre sus cuatro paredes confiscada y al poco tiempo ya tenía nuevo inquilino con mobiliario y equipo informático nuevo. La sombra de Kate en la NSA se difuminaba.

Richard había tenido suerte con el nombre de su investigado. En todo el denominado Silicon Valley sólo había una persona con ese nombre y al poco tiempo contaba con una serie de carpetas informáticas en el escritorio de su ordenador con información sobre el sujeto protagonista. Abordar el estudio de semejante expediente sin orden ni concierto podía resultar completamente desalentador para un novato. Richard había aprendido los trucos del oficio de los compañeros de oficina más veteranos hacía tiempo. Los agentes de campo eran claramente minusvalorados por la mayoría de criptoanalistas, «ratas de oficina» que decía Richard, y miraban a muchos por encima del hombro, especialmente a los que no dominaban las artes de la información digital o aquellos otros analistas que eran incapaces de descubrir en cualquier mensaje todo aquello que no fuera estrictamente lo «visible» puesto que ellos eran los reyes del mambo, aquellos que descubrían lo oculto en lo evidente. Richard se sentía como un anfibio, un animal que no ha evolucionado lo suficiente



como para caminar completamente en tierra firme. Sus capacidades eran limitadas, pero al menos, sabía defenderse. Todo cuanto había hecho, dicho, escrito, leído... el sujeto de la investigación a través de dispositivos electrónicos, sistemas de comunicaciones, internet, redes sociales... todo estaba registrado y guardado... en una simple carpeta que tenía dispuesta en el centro del escritorio de su ordenador y que ocupaba varios gigas de memoria. Y debía centrarse en su estudio. Quería centrarse en eso a toda costa antes que su mente derivase en otros pensamientos, en las más extrañas ideas que aquella foto encontrada en el apartamento de Kate podían sugerir y que a él se le antojaban tan imposibles como la misma evidencia de la imagen.

Alejo Garci, era un español afincado en California desde hacía más de una década. Había llegado con una beca procedente de la Universidad Complutense de Madrid. Su especialidad había sido criptografía, en la que había destacado, y gracias a la cual no le costó optar a empleos excelentemente remunerados en varias empresas de prestigio del ramo de la informática. La encriptación es una técnica cada día más imprescindible en todo tipo de campos y eso le había permitido moverse con la ligereza de un mono que salta de liana en liana según le conviene, y así prosperar, de empresa en empresa, ascendiendo de escalafón y obteniendo mejores peculios. El currículum profesional era excelente y Richard comprendió que sin duda superaba a la inmensa mayoría de sus burócratas compañeros de la agencia. Alejo se había casado con una californiana a los dos años de llegar a Estados Unidos, también licenciada en informática aunque no con una carrera tan brillante, y las rápidas salidas profesionales a las que optó le permitieron permanecer en el país con los pertinentes permisos. No obstante en la actualidad Alejo no estaba en Estados Unidos. Había partido rumbo a Grecia hacía un mes. Su paradero actual, según constaba en la ficha gps de su móvil, era sin embargo Ginebra. Rastreando los movimientos de las últimas semanas Alejo había frecuentado las dependencias del CERN. Ignoraba Richard qué relación podría tener esto con la encriptación. Ninguno de sus correos hacía alusión a ningún tipo de colaboración con esa institución.

Sin embargo los correos relativamente recientes le aportaron un sorprendente descubrimiento. Alejo se había topado con el síndrome Cotard inesperadamente. De hecho, no él, sino su mujer. Había sucedido un año atrás. Richard no pudo evitar que su corazón se contrajera al seguir el crecimiento de la desesperación que se traducía en cada uno de los correos que dirigía a familiares y amigos y en los que informaba de cómo evolucionaba su mujer. Sintió que debía dejar estar aquella historia. Tenía toda la pinta de ser un caso Cotard más. Pero el recuerdo de lo acontecido en Grecia le empujó a continuar.

Ningún correo iba dirigido a Kate. Era raro. ¿Cómo se habían conocido? ¿Habría sido siempre a través de contactos telefónicos? Pero tampoco había llamadas telefónicas que le hicieran sospechar que ese había sido el medio de contacto. Cualquiera de los medios utilizados habría dejado huella... a no ser que Kate se

ocupara eficientemente de borrar todo rastro.

Richard efectuó una búsqueda con el nombre de Katherine en los correos de esa época y... ¡bingo! Era cierto que no aparecía la correspondencia directa con Kate, había sido minuciosamente eliminada al parecer, pero Alejo sí hablaba de ella indirectamente con un familiar. Le explicaba que estaba en tratos con una agente de la NSA a la que estaba ayudando a descifrar el código Voynich. Richard sintió que el pulso se aceleraba al descubrir este texto:

«A raíz del contacto que surgió con la agente que os he nombrado, cuando Paula enfermó, ha surgido una colaboración muy interesante e inesperada. Recuerdas que hemos hablado más de una vez de esas pesadillas terribles que sufre, en las que se ve vagando por una realidad alternativa y siniestra. Bien, en esa realidad ha descubierto una serie de documentos incomprensibles, y como te relaté en su día, hemos seguido un riguroso proceso por el que Paula memoriza dichos textos, con su curiosa grafía, y una vez despierta los reproduce con la mayor exactitud posible. He puesto a Laura a trabajar en ello y estoy seguro que tarde o temprano hallará la solución. Me resulta sorprendente lo difícil que está resultando hallar respuesta a este misterio, pero imagínate mi sorpresa cuando Katherine me explicó que dicho idioma que estaba investigando tenía exactamente la misma grafía que el código Voynich, un código que ni las mejores supercomputadoras de la NSA han logrado romper. De todas formas estoy seguro de que Laura podrá con él. Confío en que resolviendo ese misterio pueda servir para aclarar el misterioso mal de Paula».

Ese texto había sobrevivido al compulsivo control de Kate que no quería dejar huellas tras de sí... o tal vez había sido una fuga de información de la sección de la NSA que acaparaba aquella investigación. Richard no lo podía saber, pero se alegraba de comprobar que efectivamente, ese era el Alejo al que debía seguir.

Los correos más recientes eran más escasos. Paula había acabado desapareciendo de una forma misteriosa, que dejó a Alejo sumido en una profunda desesperación, a tenor de cuanto podía ver a través de mensajes, correos, conversaciones de voz. Richard se sentía enfermar reproduciendo aquel drama en su despacho. Afortunadamente tenía su petaca de oficina para ir tirando. No soportaba sentirse mal, prefería el alegre sopor de un trago a cualquier sentimiento amargo.

Después de la desaparición de Paula parece que llegó un profundo silencio de comunicación. Pocas llamadas a familiares. Ningún viaje. Escasísimos correos y una baja laboral. Alejo se había encerrado en sí mismo.

Sus búsquedas de internet resultaban caóticas, turbias, oscuras. De improviso se había sumergido en un universo atávico, de mitología, conspiración, alienación. Todo tipo de páginas suministrando las más fantásticas interpretaciones de la realidad se hicieron sus habituales webs de consulta. Pero Alejo era un lector, nunca interactuaba, ni escribía, ni preguntaba. Así hasta que topó de improviso con el proyecto CAIN. De pronto, de un día a otro, sus búsquedas esotéricas finalizaron, su interés por interpretaciones surrealistas de la realidad finalizaron, y toda su capacidad

e interés se catapultó en una única dirección. Parecía que estaba siguiendo los pasos de un loco que de improviso, tras haber sufrido una serie de capítulos de fantasiosas personalidades, fija su mente en la más absurda idea de una forma paranoica, el CERN.

Lo cierto era que aquello explicaba su actual ubicación en Ginebra, aunque era imposible saber por qué. El proyecto CAIN era un experimento programado para el LHC, en gran colisionador de hadrones, y su explicación divulgativa que le resultó fácil de hallar en la página oficial del organismo de investigación resultaba absolutamente incomprensible para Richard, un negado para asuntos científicos desde la época del instituto. Lo único que entendía era que se trataba de un experimento largamente esperado por la comunidad científica y que había requerido de sucesivas reformas y puestas a punto del acelerador a fin de soportar las increíbles potencias energéticas requeridas para dicho experimento.

Richard ignoraba hasta qué punto tenía ventaja sobre Desmond, pero intuía que las intenciones de éste para con el tal Alejo no eran nada buenas. Por otro lado Kate había definido al criptólogo como colaborador, por lo que se le antojaba perentorio aproximarse a él a fin de esclarecer la investigación de Kate. Deducía por la información que contaba Desmond que iniciarían su búsqueda partiendo de una premisa equívoca. Las últimas palabras de Georgios harían que orientasen sus esfuerzos hacia países europeos, nunca se les ocurriría indagar en casa, al menos inicialmente. Pero tarde o temprano hallarían a un pasajero de avión con ese nombre que había transitado por Grecia proveniente de San Diego y no tardarían en atar cabos. Descubierta su identidad llegar a Ginebra sería una cuestión inmediata. No sabía si disponía de un par de días de ventaja o tan sólo unas horas. Decidió utilizar de nuevo su segunda identidad. Debía partir para Suiza cuanto antes.

## Carta 10ª

El despertar del día siguiente al de experimentar los cambios en el «otro lado» fue especialmente lento, me sentía amodorrado, como el que ha pasado la noche en vela. Así como mientras desarrollaba mis aventuras astrales me sentía ligero y despejado de mente, en cuanto despertaba mi pensamiento parecía obtuso, mi visión borrosa, me costaba concentrarme e incluso las emociones se me antojaban opresivas. Ignoro por qué esto es así, y si tal cosa tuviera que ver con algún género de trastorno específico, pero he llegado a la conclusión que es en el otro lado donde me siento más...

persona, sí, tal vez fuera esa la palabra, mientras que en éste el agotamiento, el estado casi enfermizo que experimento, me supone un severo trastorno, todo lo percibo como a través de una cortina de muselina, incluso las ideas resultan difíciles de expresar. Me siento lento, espeso.

Decidí firmemente recluirme en mi casa por unos días. En ambas esferas vitales en las que alternaba mi existencia se habían convertido en ambientes hostiles y extraños. No sabía ya cuál de ellos me inspiraba mayor temor.

Se sucedieron entonces los días y las noches, sumido yo en un estado de semiinconsciencia favorecido por todo tipo de medicación que había logrado a través de amigos o conocidos de médicos, en el que se mezclaban a partes dispares tranquilizantes y pastillas para el sueño, algunas bastante potentes, que en suma lograban mantenerme la mayor parte del tiempo en un estado de aturdimiento. Es posible que soñara, pues recuerdo vagamente tener muchas pesadillas, irreales, pero con un elemento común. Yo huía porque era perseguido, y acababa refugiándome en las más variopintas madrigueras. Una fábrica abandonada, los sótanos de un edificio ruinoso de oficinas, una vieja estación de ferrocarril, las ruinas de una ciudad bombardeada... cada uno de estos escenarios irreales repetía un mismo argumento y un mismo miedo, el de ser encontrado. Huía de quienes me perseguían... pero no sabía por qué lo hacían ni de quiénes se trataba.

Pero no quiero aburrirle con diatribas y lamentos. Quería contarle especialmente lo que sucedió finalmente el día que mi conciencia se impuso, debido fundamentalmente a que mi medicación se agotaba y su efecto de sedación finalizaba.

Luque me había llamado insistentemente durante aquel periodo de delirio en el que me había sumido voluntariamente, pero no tenía ganas de hablar con él. Me envió algún correo en el que, excitado, elaboraba complejas teorías conspiranoicas en las que cuadraba mi experiencia con las más variopintas elucubraciones extraídas de internet. Pero yo no quería hablar porque me iba a resultar incómodo mantener una conversación con él, agitado y con mil ideas por hora como era habitual en Luque, yo poco tendría que decir, pues consideraba que sería un grave error manifestarle al completo mis experiencias con lo que nada me apetecía escuchar una tras otra aquel mejunje teórico. La idea de estar escuchando invenciones que yo descartaría de entrada me resultaba insoportable. Me daban ganas de simplificar toda mi historia y reconocerle, casi a gritos, que efectivamente, me había vuelto completamente loco. Lo cierto es que sus llamadas fueron menguando, y de ser insistentes y con mucha frecuencia, pasaron a ser intermitentes hasta que llegó el día en que dejé de recibirlas.

Así pues permanecí en mi piso, el cual, todo sea dicho de paso, reflejaba en todo la desidia y el desorden que ya imperaban por completo en mi vida. Ropa sucia sin lavar, acumulada en los más diversos rincones de la casa, comidas a medio acabar abandonadas allí donde se me terminó el apetito, muchas de ellas aún en los cartones de sus envases de comida rápida, polvo y pelusas en los rincones de cada cuarto... y todo género de inverosímiles manifestaciones del desafecto con el que cuidaba todo

cuanto me pertenecía. Pero sencillamente me hallaba sin fuerzas ni ánimos para emprender cualquier género de actividad que implicase orden o disciplina. Mis prioridades como podrá comprender, eran otras.

Difícil expresar lo que sentía. Creo que el estupor ante mi propio comportamiento me mantenía en un estado de autoobservación cuando alcanzaba la suficiente lucidez. Aún no comprendía por qué me había conducido de forma tan miedosa ante la aparición del hombre que sin duda alguna me veía. Recordaba igualmente el capítulo del bosque de Sintra. Había sido un suceso aislado que me había producido mucho temor, pero que en cierto sentido había sido olvidado. Era incapaz de pensar poco más que en el presente. Al recordarlo supuse que instintivamente había elegido huir. ¿Qué intenciones tendría aquel hombre? ¿Quién sería? ¿Otro como yo?

Esas preguntas me desasosegaban, aunque el agotamiento era tan grande que mi inquietud no era mucha. No podía pasarme toda la eternidad huyendo, había de saber... debería averiguar algo.

Y decidí que ya era hora de enfrentarme a lo que hubiera de descubrir. Si quería vivir no podía permanecer en aquel estado mucho más tiempo. Mirarme en el espejo era ya de por sí insoportable. Mi cuerpo estaba consumido, mi mirada parecía la de un espectro. Daba igual si mi vida concluía ya de cualquier manera. Al menos quería formular mis preguntas antes de que todo acabara. Asumí mi vida pasada como algo irrecuperable, casi como si fuera algo soñado que jamás existió. Sólo existía aquella irrealidad.

Recuerdo perfectamente que decidí esto sentado en el sofá de mi habitación. Las cortinas aún dejaban entrever la luz cálida del sol de media tarde cuando me erguí sobre la cama y avancé unos pasos para contemplar la avenida en la que residía desde la altura de mi vivienda. Después me observé a mí mismo... a mi yo verdadero, que reposaba tranquilo e inofensivo entre las sábanas de la cama. Al parecer estaba en el «otro lado». Me había acostumbrado a verme a mí mismo cada noche antes de partir, pero nunca había sido una visión con tanta nitidez como en ese momento. Y entonces ese cuerpo mío que descansaba en la cama desapareció... y a partir de ese momento ya fui incapaz de diferenciar en qué lado me hallaba, y así me sucede hasta la fecha, ignorando si tal es realidad o tal es el otro lado... y si esta misma misiva que estoy escribiendo lo es en una realidad imposible de percibir para usted doctor Pinto, o por el contrario, aún estoy entre los vivos... pues es verdad que un hondo convencimiento ha tomado fuerza en mí y del cual ya no puedo deshacerme, y este no es otro sino la idea de que mis días de vida hace tiempo finalizaron.

¿Qué clase de trastorno es este, doctor?

## Capítulo 31

A Richard le resultaba evidente que Alejo había variado su táctica y se había vuelto extraordinariamente precavido. Llegado a Suiza pudo comprobar que el señuelo del móvil había desaparecido de escena. O bien Alejo había sido neutralizado por Desmond y sus hombres —Richard se resistía a considerar que fuera la NSA la que obraba oficialmente—, o bien había decidido tomar medidas consciente de que tal vez pudiera ser seguido. Richard se aferraba a esa posibilidad como un clavo ardiendo, además de que las pistas con las que contaba indicaban que la realidad se decantaba por esa opción con más fuerza.

La residencia de Alejo había sido una casa terrera en las afueras de Ginebra, en una zona lujosa, de mansiones señoriales que contaban con amplios jardines y huertos. En su caso se trataba de una gran casona de tres plantas de altura que figuraba en las guías como una *bed and breakfast* que por las fotos mostradas en las páginas de internet ofrecían un ambiente hogareño, cálido y familiar, con un gran porche en la entrada y tejados inclinados de pizarra negra. La casa estaba rodeada por una amplia franja de césped que se extendía en un cuadrado de más de cien metros de lado, y que en alguna de sus partes contaba con manzanos e incluso una zona vallada donde pastaba un pony. Pero Alejo ya no se encontraba allí. Según la dueña de la casa, una señora canosa de cabellera ahuecada y gafas de concha, a la que Richard no le costó convencer de que se trataba de un viejo amigo, se había ido un par de días antes. «Sin previo aviso canceló la cuenta, y se fue» decía la señora con una expresión un tanto estupefacta. Richard sabía algo más. También había dejado de usar el móvil y el acceso a todas sus cuentas de correo, tarjetas bancarias y cualquier dispositivo, aplicación o identidad de internet que pudiera servir para localizarle. Alejo se había vuelto invisible. Richard era consciente que un programador especializado en encriptación debiera ser un experto en la materia y si quería pasar desapercibido nadie mejor que él para saber por qué medios podía ser detectado. Adentrados en el siglo XXI casi cualquier acción que implicara un dispositivo digital podría resultar un formidable chivato.

Y cuando llevaba un día completo en Ginebra sin saber qué hacer, llegó el aviso. Su contacto en la NSA, Peter, el compañero de agencia que le suministraba información fresca sobre Alejo conforme tenía alguna novedad, le advirtió que el expediente en cuestión acababa de ser señalado como de acceso restringido. Imposible seguir informando. Además se había activado un aviso de la interpol en referencia a ese mismo sujeto como sospechoso de un asesinato. Richard comprendió que era en ese momento cuando habían reparado en la identidad real del hombre de Grecia, y eso implicaba que Alejo les había tomado la delantera y se les había escabullido como un pez que se lleva el cebo sin morder el anzuelo. ¿Cómo lo había intuido? Por ese lado Richard se sentía tranquilo. Alejo era un profesional y si no

quería dejarse atrapar la NSA lo iba a tener muy difícil. También le parecía que formaba parte de dicho supuesto el que le colgasen un crimen para así facilitar la colaboración de las diferentes policías nacionales europeas. Le habían puesto la soga al cuello y ahora empezaban a apretar.

Ginebra es una ciudad tranquila y agradable, a orillas del lago Laussane, se prestaba a realizar largos paseos en los que descansaba la mente mirando las aguas del lago o el inmenso surtidor de agua que adornaba la ciudad, paseos que a Richard se le antojaban antipáticos, pero eran cuánto podía hacer para no sumirse en la desesperación de la inacción. Estaba tan acostumbrado a recibir órdenes que aquel papel de ser su propio director a veces sentía que le venía grande. Su trabajo en la agencia tras la muerte de Kate había quedado en suspenso. Parecía que nadie se estaba ocupando de él, y tampoco Richard había mostrado ningún interés por adquirir nuevo destino. Aquella ambigüedad le venía muy bien. Era evidente que nadie lo consideraba peligroso ni digno de consideración, para Desmond seguramente él no era sino un alcohólico fracasado que había sido incapaz de progresar en su carrera. La verdad era que le importaba un comino lo que pensara Desmond de él. Su único temor era que le requirieran. Tendría que inventarse una coartada sobre la marcha, pero no quería ni pensar en ello.

Y por otro lado la tentación de un trago se le hacía a veces insufrible, pero comprendía que ahora no era el momento. No podía perder tres días sumido en uno de sus *deliriums tremens* purgativos en los que conseguía dejar el contador de su mente a cero, llegar al olvido total, la muerte del dolor por la muerte en el alcohol.

Se sentaba en alguna de las cafeterías de la cité, el espléndido centro histórico de la ciudad, de calles estrechas, con terrazas que copaban algunos de los callejones aquí y allá, o en las terrazas de la espléndida plaza de la Catedral, y desde su poltrona cualquiera que fuese, dejaba pasar las horas mientras observaba el lento pulso urbano de la ciudad aburguesada. Al ritmo lento de cafés y *sandwichs*, iba madurando su plan bajo el sol de primavera.

Pero su mente a menudo se entretenía en ideas que no quería ni ver. Con cierta frecuencia acudía a su imaginación la misteriosa fotografía de Kate y Johanna, una imagen que le causaba un profundo malestar y una grave jaqueca. La intentaba evitar a toda costa y pretendía centrarse en el objetivo de hallar Alejo, como al perro de presa que le muestran algo para oler y se lanza en pos de ese rastro. Richard no quería entretenerse con otras ideas que le distrajesen de su meta. Temía enormemente la distracción, y sabía bien que aquella foto implicaba un abismo de dispersión, de preguntas sin respuesta que fácilmente podrían conducirle al enojo, y del enojo a la ira... y la ira la apagaba bien sabía cómo. No quería llegar a ello.

Tomaba sedantes para dormir, pero aún así, en el sopor de la noche previo al sueño su mente se sumergía en aquel abismo que evitaba, y se preguntaba qué significaba aquello. Ambas se conocían, pero jamás una había hablado de la otra. Siempre se habían evitado. Kate jamás aceptó una visita a su domicilio particular.

Johanna no participaba de la vida profesional de Richard, ni siquiera en actos públicos o celebraciones de cualquier género de puertas abiertas que llevara a cabo la NSA. Sabía por la conversación con el padre Haggerty que Kate había tenido otras identidades en su pasado, así que a lo mejor a Johanna el nombre de Katherine, que Richard tantas veces habría mencionado en casa, no significaba nada. «En cualquier caso... era imposible que ella supiera...». Y ese pensamiento que se perdía en el silencio le torturaba.

Pero lo más inquietante de todo, esa foto... ¿era tan antigua como parecía?

Era preciso atraer a Alejo, inducirle a colaborar con él. Si lo había sido de Kate, bien podría ser su aliado, aunque sus activos eran sin duda muy inferiores a los que su colega de la NSA podría proporcionar al criptógrafo. Carecía de la información e influencias de ella, de sus medios, resortes, contactos... de hecho él mismo no comprendía en qué consistía la batalla que se estaba librando. ¿Qué intereses representaba cada uno de los agentes de esa trama? Intuía que Desmond representaba el papel malvado, pero no sabía si sus intereses eran los de la nación americana o estaban corrompidos por los habituales intereses de lobbies multimillonarios que deformaban los principios de una agencia gubernamental. No sería la primera vez. Ignoraba el bando mismo de Kate. Las palabras del padre Haggerty que se referían a su ambigüedad las mantenía muy presentes. Aún así se fiaba de sus palabras. Ella sabía cómo era él y había acudido cuando había necesitado confiar en alguien. ¿Lo había manipulado? Podría ser, y esa sensación lo enervaba. Deseaba haber dicho tantas cosas a Kate, pero su prudencia se lo había impedido. Esperando que llegara la oportunidad, la partida había acabado para ella de improviso. Y ahora no sabía cuál era su posición en el tablero, en qué bando se encontraba, qué partido tomar... y qué debería ofrecer a Alejo. Tan sólo su fuerza, su instinto, sus conocimientos, en suma, su protección. Habría de ser una partida de póker descubierto. Todas las cartas boca arriba... menos una.

La NSA no tenía propiamente ninguna delegación en Suiza, pero como cualquier otro organismo gubernamental, podía disponer libremente de las instalaciones consulares o de embajada de Estados Unidos. Sin embargo Richard sabía que en un dispositivo tan turbio como el que se estaba desplegando era más que factible que montaran una casa franca donde poder organizar la operación de detención y retención del sospechoso. En este caso además se trataba de un ciudadano español, porque aunque fuera residente en Norteamérica y casado con una norteamericana no había solicitado la doble nacionalidad, así que el arresto presumiblemente, a fin de evitar las complejidades de la burocracia diplomática española y suiza, se llevaría a cabo en secreto. En otras palabras, se trataría de un secuestro en toda regla. Richard conocía los procedimientos porque había intervenido en operaciones similares incluso sobre suelo de países aliados en más de una ocasión.

La sede central del CERN no está lejos de Ginebra, así que Richard decidió darse



un paseo, acercándose hasta allí en tranvía, ostentando un mapa de Ginebra en la mano y el móvil en la otra, disparando fotos con cierta frecuencia. Se topó con la enorme esfera frente a la fachada principal del centro, que tenía el rimbombante nombre de El Globo de la Ciencia y la Innovación. El edificio principal de recepción sin embargo era mucho más discreto, y en él se adentró Richard en busca de información. Acabó realizando una visita guiada donde se explicaba la historia y el funcionamiento básico del CERN, quedó impresionado con algunas de las estructuras mastodónticas usadas como detectores, y la longitud del acelerador propiamente dicho, veintisiete kilómetros de circunferencia a doscientos metros de profundidad. A pesar de la sencillez de las explicaciones Richard se sentía despistado. La guía que le acompañaba, a él y a un reducido número de visitantes, se esforzaba para hacerse entender usando un manido repertorio de ejemplos y paralelismos, pero Richard estaba sólo atento a una palabra que en ningún momento fue pronunciada. Cuando acabando la visita se dirigió a la joven guía a fin de preguntarle por el experimento CAIN, ésta le respondió que no estaba al tanto de los proyectos del CERN, pero que terminada la visita le acompañaría hasta que una persona que le instruiría al respecto. Y así fue. Una vez en la puerta principal la guía le dirigió hacia una encargada, una mujer de color que vestía vaqueros y camisa blanca, joven y de pelo rizado, que muy eficientemente le explicó en dónde podría hallar información, en el edificio 513 se encontraba el equipo científico que lo desarrollaba. Inmediatamente le mostró un plano en dónde figuraba la pequeña ciudad que era el CERN, un laberinto de edificios numerados de una forma absolutamente arbitraria a la que Richard fue incapaz de hallar lógica alguna. El edificio en cuestión se hallaba en el otro extremo de las instalaciones y Richard se encontró vagando por entre edificios de oficinas, naves de aspecto industrial, parkings de coches, y barracones que parecían sacados de una obra, un tanto desengañado por el aspecto prosaico y mezquino que tenía un lugar que al evocarlo inspiraba tanto glamur científico. Sin embargo en uno de los recodos se encontró con la vista de una larga carretera salpicado de arboles, cual mojones, a cuyo fondo la excelsa vista del Mont Blanc resultaba imponente. El paisaje casi le sacó de sus pensamientos la pregunta que se estaba formulando ¿pero qué diablos pintaba Alejo en un lugar cómo aquel?

Entonces recibió el aviso en el móvil. Un mensaje acaba de entrar. Su operación se ponía en marcha.

## Carta 11<sup>a</sup>

Abandoné el apartamento de día. Era una mañana encapotada y gris, con una ligera llovizna que humedecía la acera y la calzada, y que sentía en mi rostro refrescante. Un viento del norte frío había bajado las temperaturas ostensiblemente y yo iba embutido en mi gabardina.

Comprobé que me percibía reflejado en los espejos y escaparates del camino y que cuando detuve a un transeúnte para preguntar la hora éste me respondió educadamente. Me planteé reencontrarme con el viejo vagabundo que me había detectado en mi último paseo astral. Sabía que en sí mismo era un propósito descabellado, pero era la única idea razonable que se me ocurría. Confiaba en que su aspecto completamente distintivo me ayudara a localizarlo si aún pululaba por las céntricas calles de Lisboa.

Debía tratarse de una mañana de domingo, porque el bullicio era menos considerable del habitual. Grupos de turistas paseaban presididos por su pertinente guía de paraguas llamativo, algunos otros lo hacían con sus planos en la mano, y muchos ciudadanos paseaban relajadamente o descansaban en las diversas terrazas abiertas, resguardados bajo impermeables o abrigos. El ambiente era tranquilo y nada amenazador en cuanto a hechos objetivos, pero sin embargo yo, por la razón de haber estado tanto tiempo encerrado en mi piso y haberme habituado a la relativa seguridad de aquellas cuatro paredes, me sentía como un antílope solitario pastando en la sabana sabiéndose acechado por una manada de leones.

Decidí sentarme a tomar algo muy cerca de donde había tenido mi encuentro reciente con el que ahora consideraba mi futuro interlocutor. Desde mi asiento, oculto por un periódico que mantenía desplegado y unas gafas de sol, espiaba discretamente a cuantos paseaban.

Observaba a las personas, que según mi visión eran sombrías representaciones de lo que debía ser una figura humana. Percibía de alguna manera su energía, su oscuridad, su vida, su mortalidad. Imposible describir esa realidad de pesadilla que tanto me alteraba, tanto que incluso estimé la posibilidad de tapar mis ojos y actuar como un ciego. Pero esa burda estratagema no iba a lograr que olvidara lo que ya sabía y la desestimé.

Pasaron las horas y yo fui relajándome en mi silla. Incluso después del café inicial me animé a pedirme una cerveza fría. Fue al concluir su primer trago cuando mis ojos dieron con ella.

Se trataba de una mujer aún joven de aspecto, aunque algo en sus rasgos me incitaba a pensar que era mayor de lo que aparentaba. Quizás sus movimientos, su compostura. Vestía un traje color perla ceñido pero elegante, le confería un aspecto ejecutivo, aunque se desenvolvía más bien como un agente de seguridad. Su rostro estaba parcialmente oculto por unas amplias gafas de sol a la moda, y el pelo rubio lo llevaba recogido en una coleta que iba y venía al son de sus constantes giros de cabeza. Paseaba de un lado a otro con nervio. Avanzaba hasta llegar a la intersección, oteaba ambas calles transversales y regresaba sobre sus pasos. Parecía estar buscando

a alguien... y se coordinaba vía móvil seguramente como mínimo con una persona más, pues de vez en cuando le veía mover los labios, como si hablara en susurros, y en su oreja izquierda llevaba un dispositivo inalámbrico de comunicaciones.

Se preguntará por qué me fijé en ella. No era por su aspecto ni su comportamiento. Constantemente se ve gente en la calle haciendo cosas que no comprendemos, yendo y viniendo, a la que no prestamos ninguna atención. Sin embargo yo percibí algo que despertó mi interés. Esta mujer, a diferencia de todos cuanto antes había visto desde hacía tiempo, no traslucía sus rasgos esqueléticos. Era el primer ser humano en mucho tiempo al que veía tal cual debía ser.

¿El primero?

Me sorprendí pensando esto, pero no pude evitar recordar al vagabundo de semanas atrás del cual había huido despavorido. Recordé sus ojos que me veían, sus rasgos sucios y su expresión extraña mientras me llamaba. Eran igualmente unos rasgos definidos, sin transparencia de ninguna clase. De pronto la consciencia de ese hecho, que había quedado oculta por el miedo que me había invadido al darme cuenta de que me reconocía como alguien especial, se me hizo clara. Y al comprender esto también entendía que al igual que aquel extraño vagabundo había reparado fácilmente en mí, es posible que aquella mujer también lo hiciera.

Me armé de valor.

Se presentaba la ocasión que había aguardado. Nada me impedía ponerme en pie, avanzar a su encuentro, hablar... y ver qué sucedía.

Pero sin embargo no hice eso. También es cierto que en esta ocasión no huí, aunque sentía unas ganas casi imposibles de resistir por emprender la retirada. En su lugar levanté el periódico que sostenía entre mis manos y oculté buena parte de mi rostro entre el papel escrito y las gafas de sol, de tal manera que si nuestras miradas se cruzaran no tuviera ocasión de percibir que yo era diferente al resto. Me sentía pétreo, asustado, como un conejo agazapado en su pequeña madriguera mientras oye al zorro rondar.

Esta situación se prolongó bastante tiempo. Quizás no fueran más que unos diez minutos, pero sentía una presión enorme en el pecho. Viví aquellos instantes con una intensidad brutal, pensando constantemente qué iba a hacer, pero siendo incapaz de decidir ni determinarme por nada. Estaba mentalmente paralizado.

Finalmente se precipitó la solución. La mujer emprendió un ligero trote calle arriba y yo sin pensármelo dos veces hice otro tanto antes que desapareciera de mi vista. Parecía que de pronto fuera consciente de que llegaba tarde a un sitio y se apresurase. Se veía que era ágil y estaba en forma y que su calzado de goma, aunque elegante y con poco tacón, le permitía trotar sin problemas.

Mantuvo la carrera toda la manzana hasta que al llegar a la esquina se detuvo y oteó nuevamente en todas direcciones menos en la mía. Yo me introduje en una pastelería de aspecto clásico y de paredes salpicadas de litografías de Toulouse Lautrec que imprimían al local un carácter parisino de inicio de siglo xx, y espí sus

movimientos a través de las cristaleras biseladas del interior mientras simulaba entretenerme en los expositores de tartas. Mantuve esta vigilancia lejana aún a riesgo de perderla completamente de vista, pues se le notaba inquieta, en tensión, y si emprendía de nuevo la marcha en cualquier dirección podría resultarme muy difícil seguirla. A esas horas no abundaba la gente en las calles por lo que también existía el riesgo de ser descubierto con facilidad. Secretamente albergaba la esperanza de que mi persecución resultara fallida.

Volvió a hablar por el móvil, un diminuto aparato en la oreja indicaba que se trataba sin duda de eso, pues le vi mover los labios, hablando aparentemente sola. Se comunicaba con alguien, y tras finalizar la conversación emprendió camino de nuevo.

Seguí tras ella.

Esta vez su paso fue veloz, pero no llegó a trotar. Dejé que me sacara una considerable ventaja.

Avanzamos por una amplia avenida arbolada, la avenida de la libertad, y dejamos atrás la soleada plaza de los Restaruradores, pues se había abierto un claro en el cielo y el sol bañaba caldeaba la espaciosa plaza. No existiendo apenas obstáculos a la vista donde ocultarse yo había dejado mucha ventaja a mi perseguida dada la poca gente que transitaba por allí y lo llamativo que resultaba seguir tan abiertamente la estela de sus pasos.

Pero la sombría avenida por la que seguimos en la que alternaban algunos paseantes me permitió recortar la distancia sin resultar tan llamativo. En cualquier caso la mujer avanzaba resuelta hacia delante sin volver la vista atrás.

De improviso descubrí que hacía un ademán, una señal, sin duda hacia alguien con el que se coordinaba, no muy alejado de ella. Era una señal de índole militar. La interpreté como que debía seguir adelante, en la misma dirección que ella. Me dio la impresión, que más tarde confirmé, de que seguían a alguien.

Doblaron a la derecha, por una calle estrecha pero que permitía coches aparcados a ambos lados de la calzada. Un hombre acompañaba a la mujer, iba unos metros por delante. Al igual que ella tenía un porte atlético pero elegante. Vestido con un impecable traje azul marino, pelo corto y gafas de sol y un cierto aire marcial que encajaba perfectamente con el de su compañera.

A paso vivo llegaron a una calle estrecha y empinada. Se trataba de la calzada do Lavra, donde está uno de los funiculares más antiguos de Lisboa, pero que en aquel momento no estaba en servicio. Ambos echaron a correr, y me pareció distinguir una cincuentena de metros más arriba, a alguien que subía penosa pero rápidamente la cuesta. Se trataba sin duda de una persecución de la cual yo era un espectador excepcional. Era un lugar estrecho, sinuoso, en aquella hora cercana al mediodía, completamente desierta, en la que mis pasos caso de encaminarme ruidosamente tras ellos llamarían sin duda la atención.

Debí de esperar a perderlos de vista y que ampliaran mi ventaja antes de emprender la persecución.

La subida me dejó sin aliento. Mientras ascendía por la sinuosa travesía en la que la calzada estrecha estaba rasgada por los metales paralelos de las vías del funicular, iba ganando en mí una impresión de desaliento. Intuía que había perdido la pista. Al llegar a lo alto me encontré en medio de una calle estrecha pero completamente vacía en ambas direcciones. Un silencio mortal reinaba en aquella vía.

Creí distinguir un ruido de voces y tras él me encaminé. Doblé un recodo y nada. Una calle vacía... y de pronto un grito. Era de una mujer, probablemente joven... y había sonado unos metros delante de mí, en el interior de una casona de piedra de aspecto vetusto y cuya verja de acceso, una herrumbrenta puerta verde, se hallaba abierta. Iba a emprender el camino con cautela en esa dirección pero de improviso salió el hombre que había seguido a la calle.

En un primer momento no me vio, porque dirigió su mirada en la otra dirección. Sin duda alguna me habría visto en cuanto hubiera girado el cuello en sentido contrario, pues era evidente que su intención era verificar si aquel grito había despertado la curiosidad de alguien, pero de improviso sentí que tiraban de mi camisa violentamente, con fuerza, sacándome abruptamente de la escena.

Fue así como conocí a Tronar.

## Capítulo 32

Al norte de Ginebra, adentrándose en Francia, una serie de cordilleras montañosas se suceden hacia el norte como pliegues de una ola que se va mitigando hasta, finalmente, desparramarse en la cuenca del Seone, el lugar donde los Alpes pierden sus fuerzas hasta desvanecerse en las llanuras francesas. A los pies de una de esas cordilleras se emplaza la tranquila aldea de Villeneuve, que descansa a los pies de un denso bosque, tan tranquilo como inaccesible, pues sólo senderos y terrosas pistas de montaña lo horadan. Según pudo comprobar Richard en su móvil, el destino que fijaba su objetivo se hallaba en medio de aquella espesura.

El mensaje le había llegado a mediodía, así que Richard pudo aprovechar toda la tarde para pertrecharse conforme los útiles que consideraba iba a necesitar, y fue de compras a diversos establecimientos especializados de Ginebra dispuesto a proveerse de cuánto carecía o estimaba oportuno para desarrollar su plan. Un contacto de la Casa le había informado de pisos francos que estuvieran en activo en ese momento en Europa. Al descubrir que, efectivamente había uno cerca de Ginebra, intuyó que había dado en la diana. Otra cosa era saber si los agentes que iban a hacer uso de la misma eran de la organización, o trabajaban para otros intereses ajenos, como había deducido de lo acontecido en Atenas.

En cierto sentido aquella ubicación le había pillado desprevenido. Estaba más preparado para dirigirse hacia un enclave más urbano, que implicara otro tipo de aproximación y vigilancia, conforme a los usos habituales de la agencia. Aquel destino en mitad de la naturaleza supondría que la misión cobraba un aspecto más militar, aunque probablemente la naturaleza de la acción que pensaba desarrollar le viniera bien un sitio aislado como aquel. «Todo entraña riesgos», concluyó para sí pragmático. Tuvo tiempo de preparar concienzudamente la aproximación antes de que anocheciera y poco después de las ocho tomó su coche de alquiler y se dirigió hacia Villeneuve. Una extraña sensación lo embargaba. Diría que era una intranquilidad desconocida, que no sabría describir. Nunca había sentido ese raro nerviosismo. Pensó irónico que tal vez fuera la falta de alcohol en sangre.

El trayecto resultó sencillo y breve. El pueblecito era pequeño, tranquilo, y no consistía sino en una pequeña aglomeración de viviendas a la vera de sendas carreteras comarcales que se cruzaban. Richard siguió las instrucciones del GPS del automóvil para llegar al lugar que había especificado. El camino se convirtió en una pista forestal, más estrecha, que ascendía entre sinuosas curvas, y las casas quedaron atrás. Richard circulaba en absoluta oscuridad en medio del bosque sin ninguna luz de referencia salvo la de los propios faros del vehículo.

La voz sonora del GPS fue advirtiéndole progresivamente que se aproximaba a su destino. Finalmente Richard buscó un sitio donde dejar el coche estacionado, no sin maniobrar primero para dejarlo dirigido en el sentido por el que había llegado hasta allí.

Vestía ropas negras y un pasamontañas que sólo se enfundó cuando se adentró en la oscuridad del bosque. Sobre el mismo se colocó un dispositivo de visión nocturna, pues la noche era sin luna de momento y él quería contar con todas las ventajas y precauciones. Con el GPS marcó una ruta a través de la foresta y en ella se adentró tan cauto y silencioso como le era posible. Había estacionado a más de tres kilómetros de su objetivo y Richard confiaba en que no tuviera tropiezos en hallar la casa. Temía que el regreso al vehículo fuera un tanto precipitado, así que marcó su ubicación en el aparato a fin de utilizarlo conforme lo requirieran las circunstancias. Confiar en la orientación en la oscuridad era una insensatez y una pérdida segura. Mientras avanzaba despacio y con todo género de precauciones para que sus pasos no resultaran audibles por encima de los sonidos de la naturaleza nocturna, sentía que su corazón latía extraordinariamente rápido. Nunca había sentido tal descarga de adrenalina. ¿Qué le sucedía?

Distinguió la pequeña casa de montaña mucho antes de llegar a ella. La casa contaba con distintos puntos de luz en su perímetro, aunque de muy débil magnitud. Frenó el paso y empezó a avanzar mucho más lentamente, buscando la presencia de cualquier tipo de medida de seguridad, pero no se veía a nada ni a nadie. Algunas de las ventanas del interior de la vivienda permanecían iluminadas. Habría de acercarse a ellas para verificar a qué se enfrentaba.

Se arrastró por tierra, avanzando lentamente. Le pareció que había transcurrido más de una hora desde que había distinguido las luces de la casa por primera vez hasta que llegó junto al claro del bosque donde se enclavaba la vivienda. Se trataba más bien de una cabaña de madera de aspecto rústico y encantador. Bien podría tratarse de una vivienda para turismo rural que se había alquilado para otros efectos.

Dejó que transcurriera otra hora larga mientras rodeaba la casa. Se cercioró de que un lateral completo de la vivienda mantenía la iluminación apagada y que por aquel lado existía un camino de acceso a la casa en la que había dos impresionantes 4x4 estacionados. Aprovechó para dejar una bolsa que había preparado en la zona oscura en la parte del bosque que colindaba con los vehículos. Allí se encontraba su señuelo. Regresó, con tantas precauciones como pudo, a su primera posición, donde dejó igualmente parte de su equipo, incluida la visión nocturna, pues no quería ningún género de estorbos a partir de entonces, y desde allí progresó muy lentamente en dirección perpendicular a la fachada. Siempre mantenía presente cuál sería su ruta de escape como si se tratara del norte de una brújula.

Después se deslizó, pegado a la pared, hacia una de las ventanas iluminadas. Su corazón latía desbocado. Un nerviosismo desconocido lo inundaba. Richard no había experimentado nunca algo parecido. No recordaba ninguna misión en la que hubiera participado tanto como operativo como coordinador, en la que los nervios le hubieran jugado una mala pasada. Y de pronto lo comprendió... Era esa una ocasión única. Estaba completamente sólo. Sabía lo que iba a hacer y no tenía ningún género de respaldo detrás. No había cobertura, ni compañeros a los que reclamar ayuda.

Tampoco contaba con superioridad táctica, ni mucho menos podría disponer de la ingente cantidad de medios de la NSA que era capaz de desplegar, hasta el punto de casi poder adivinar lo que estaban pensando cada uno de los operativos enemigos. Todo eso se había desvanecido, y en lugar de ello estaba él... sólo. De hecho, sólo el pensar contra qué se estaba enfrentando le hacía sentirse infinitesimalmente pequeño. Una hormiga contra un elefante. Era aquello, esa situación en la que jamás, incluso en sus momentos de más cruda rebeldía, había siquiera soñado verse envuelto, lo que su subconsciente martilleaba en su mente sin piedad y lo que le alteraba. El subconsciente trabajando a toda máquina. El miedo a un combate tan absolutamente desigual. Pero Richard también comprendía que no había marcha atrás. Su suerte estaba echada desde que en Tokyo se había saltado las directrices y había enervado a Kate hablándole de un tal Cotard. O tal vez habría de remontarse al capítulo de su vida en la que Johanna desapareció y él se volvió agrio y desconfiado, y ya nunca supo atenerse a las normas y la disciplina. Daba igual. Suspiró. Todo ese relampagueo de pensamientos había durado un instante.

Ocasionalmente, a través de los visillos de las ventanas, se dibujaba la silueta de una persona que iba de un lado a otro, pero desde su posición era imposible saber si se trataba siempre de la misma.

Cuando llegó junto a la pared de la cabaña se irguió, con la espalda contra la madera, y pegado a la misma, se aventuró a echar un vistazo al interior de la casa. A través de la cortina la visión resultaba un tanto borrosa, pero tenía la certeza casi absoluta de que no podría ser visto dada la oscuridad del exterior.

La vivienda tenía en su interior todo el aspecto de una casa de alta montaña alpina. Chimenea de piedra, moquetas sobre un suelo de parquet, abundante decoración en paredes con cuadros de paisajes montañosos, la inevitable cabeza de ciervo abarcando gran parte de una de las paredes con su cornamenta, librerías con objetos decorativos, diversos sofás y un tresillo creando un agradable ambiente de sala de estar, una amplia y pulida columna de madera en el centro de la habitación que ejercía de elemento separador de la zona de estar de la del comedor, que a su vez lindaba con una cocina que permanecía en penumbras, y todo ello contaba con iluminación indirecta a través de lámparas de pantalla de sobremesa situadas junto a sillones y colocadas sobre distintas mesitas auxiliares, y una de pie, que conferían a la escena un ambiente hogareño y confortable.

Sin embargo lo que vio Richard distaba mucho de ser la convencional reunión familiar o de amigos de fin de semana. En una de las sillas de madera del comedor permanecía maniatado con dos bridas que mantenían cada brazo asido a sendos reposabrazos de la silla, un hombre al que sin duda habían sometido a algún género de interrogatorio violento. Richard reconocía de inmediato los síntomas característicos. La cabeza abatida hacia un lado, el cuerpo flácido, el rostro amoratado. Vestía ropa convencional pero su aspecto era desmañado. El hombre tenía una barba corta y pelo moreno. «Así que eres tú», se dijo Richard.



Junto a él había dos carceleros. Uno permanecía sentado mirándolo, mientras su brazo descansaba sobre la mesa y sus dedos tamborileaban en compás de espera. El otro andaba ocasionalmente de un lado a otro mientras mantenía una conversación telefónica. No sabía si no comprendía la conversación por no oírle con nitidez o por que hablaban un idioma desconocido. Había una cuestión de la cual Richard no tenía duda; aquellos hombres liquidarían a su prisionero tan pronto hubieran terminado el interrogatorio. Su sistema de intervención brutal era similar al que había sido testigo en Atenas. Se convenció a sí mismo sobre la idoneidad del plan que había trazado y se conminó a actuar sin tardanza.

Miró el reloj. Cerca de la una de la madrugada. Era buen momento para que comenzara la fiesta.

El bosque emitía un murmullo de sonidos. El permanente serrar de los grillos, los ocasionales ululares de búhos, y el zumbido de otros insectos que subía y bajaba de intensidad conforme las instrucciones de un invisible director de orquesta, pero en medio de esos sonidos naturales a los que uno con el tiempo llegaba a acostumbrarse de tal manera que la mente parecía capaz de poder desconectarlos y transformarlos en silencio, sonó la melodía aguda e inconfundible de la llamada de un teléfono móvil. La llamada pitó tres veces y Richard sintió que su cuerpo se llenaba de adrenalina. Tomó la pistola que incorporaba silenciador y se dirigió hacia la esquina de la casa que lindaba con la puerta principal de acceso.

Tal y como esperaba hubo agitación dentro de la casa. De pronto la conversación cesó y la puerta principal se abrió con cautela. Uno de los hombres, pistola en mano, se dirigió resueltamente hacia el lugar dónde presumiblemente había sonado la melodía, cerca de los vehículos. Un haz de luz de una potente linterna que portaba en la mano izquierda barría el claro e intentaba adentrarse en el bosque sin conseguirlo satisfactoriamente. Ocasionalmente preguntaba en francés si había alguien por allí. Su colega se mantenía ojo avizor en la puerta, con un arma, una pistola, en ristre, pero pegada al cuerpo, sin hacer ostentación de la misma. Tenía un walki en la mano y realizó una llamada. Richard se convenció de que no entendía nada de lo que decía. No sabía en qué idioma hablaban. Alguien respondió secamente y se hizo el silencio. Aquello había sido un aviso pidiendo refuerzos. Tal vez hubiera más hombres en las inmediaciones.

De improvisó se oyó una explosión. Richard supo entonces que el hombre había encontrado la bolsa que había dejado con el móvil que él mismo había activado, y que al abrirla explosionó la granada que había dejado en su interior. En el instante de la explosión sucedieron varias cosas. Richard salió de su escondite y disparó a bocajarro al hombre que permanecía en la puerta, el cual cayó al suelo sin saber qué había sucedido. También se oyeron voces a lo lejos. Richard se percató de que debía haber algún género de patrulla alrededor de la casa en un perímetro bastante amplio. Sólo tendría unos segundos.

Entró en la cabaña con la pistola por delante, apuntando en cualquier dirección

que se le antojara podía surgir alguien armado, pero no sucedió tal cosa. Con un cuchillo que extrajo de su funda del muslo cortó las bridas que mantenían sujeto al prisionero, y éste, que se había espabilado con la explosión, comprendió al instante que acudían en su rescate. Richard no tuvo que decir nada para que el hombre adivinara lo que se esperaba de él. Se puso en pie con ánimo de seguirle y salvar su vida.

En el exterior aún no se veía a nadie, pero era factible que estuvieran a punto de llegar. Echaron a correr por el claro en la dirección por la que Richard había llegado. Aprovechó para recoger su equipo, se puso la mochila al hombro sin dejar de correr y se quedó con el GPS en una mano y el arma en la otra. Aquellos segundos eran clave. Oyó ruido de pisadas, afortunadamente eran sobre grava, lo que indicaba que sus adversarios llegaban por el otro lado de la casa, donde se encontraban los vehículos, y no podrían verlos. Las voces y exclamaciones denotaban que habían hallado a sus compañeros y se daban cuenta de que su preso se había evadido, sin duda alguna, con ayuda exterior.

La carrera por el bosque resultó incómoda y accidentada. Ocasionalmente Richard obligaba a detenerse a su compañero y con las gafas de visión nocturna oteaba el trayecto que acababan de realizar para verificar si eran seguidos o no. Con alarma comprobó que efectivamente estaban siguiendo su rastro. Lejos aún, pero veloces, tres hombres se dirigían hacia ellos. Demasiados para hacerles frentes él solo. Era preciso llegar al coche cuanto antes.

La carrera continuó por un tiempo que le pareció eterno. Varias veces cayó al suelo, resbalando sobre rocas o tropezando con ramas. El otro hombre al que había liberado ralentizaba la huida. Se veía que era de complexión atlética, pero la paliza que había recibido era evidente que había mermado sus facultades. Avanzaba torpemente, sin llegar nunca a correr, sino sólo dando torpes zancadas que en ocasiones le hacían perder el equilibrio. En un momento determinado el zumbido de varios proyectiles aletearon junto a ellos, haciendo saltar en astillas la madera de los árboles próximos con un chasquido seco y amenazador. Richard se felicitó de que aquellos hombres sólo portaran pistolas. Si hubieran tenido algún género de rifle serían sin duda hombres muertos.

La distancia entre ambos grupos se recortaba. De los cien metros iniciales con los que Richard calculaba que habían contado en un principio, ahora tan sólo les debían restar unos cincuenta metros de separación. Pero cincuenta metros en un bosque tan espeso e impracticable seguían siendo una buena distancia, y acertar a un blanco móvil y de noche con pistola era una tarea bastante difícil.

Pero Richard no quería correr más riesgos. Sabía que para llegar al coche le restaban quinientos metros en línea recta, pero al ritmo que llevaban sería imposible lograrlo sin que antes sus perseguidores les dieran caza. Optó por cambiar la ruta. Su carrera les había llevado a una hondonada, un pequeño barranco serpenteante, cuyas paredes les habían quitado de la vista momentáneamente a sus perseguidores.

Siguiendo el cauce del riachuelo podrían tal vez dar esquinazo a aquellos hombres, o al menos, aumentar la ventaja que tenían sobre ellos. Echaron a correr en esa nueva dirección, jadeantes y agotados, a veces se veían obligados a realizar complicados descensos por saltos de agua de dos o tres metros de altura. Richard sintió que sus esperanzas renacían. Diría que había dejado de oír las voces a sus espaldas. Estaban ganando ventaja de nuevo, sí, pero el vehículo que aseguraba su escapatoria estaba cada vez más lejos.

Se colocó de nuevo las gafas de visión nocturna y comprobó que no veía rastro de sus adversarios. Aprovecharon para descansar unos segundos y reponerse un tanto. Su compañero de fuga le miraba fijamente, mientras su respiración se hacía más lenta y profunda, pero Richard era incapaz de reconocer ninguna emoción en su expresión. Le habría gustado detectar algún género de reconocimiento. No todos los días uno tira su vida por la borda para rescatar a alguien y que encima no te den las gracias.

Minutos más tarde llegaban al camino que había utilizado Richard para acceder a la montaña y en el que debía estar estacionado su vehículo de alquiler. Sabía que éste se encontraba camino arriba, según el GPS a más de medio kilómetro, y que los agentes que le habían perseguido era probable que hubieran dado con él. También era cosa segura que habrían pedido refuerzos. Tarde o temprano aquello iba a ser un hervidero de gente armada y más valía no quedarse mucho tiempo allí para comprobarlo.

Corrieron hacia el pueblo. Por el camino era mucho más fácil avanzar, y las constantes curvas hacían imposible tener una línea de visión muy larga, con lo cual quedaban amparados caso de que sus perseguidores emprendieran el camino descendiendo hacia ellos.

Richard se imaginaba la concatenación de sucesos a partir de ese momento. Era muy probable que rastrearán la pista del automóvil abandonado en la pista forestal y eso les llevaría casi inmediatamente a su identidad falsa, con lo cual todo lo relacionado con Robert Atkinson, el nombre de dicha identidad que había sido proporcionada por Silver, y que también le había servido para viajar, pasar aduanas y registrarse en hoteles y demás, quedaba en entredicho. Que pudieran vincularlo con él era harina de otro costal. Sin embargo Richard ya había previsto esa eventualidad. Tenía una casa alquilada en las afueras de Ginebra y se las había apañado para dar de palabra sus datos personales, con lo que había conseguido evitar cualquier género de control que la poderosa NSA pudiera rastrear. A Richard solo le preocupaba una cosa. Un equipo de drones que peinaran desde el aire la zona con infrarrojos. Pero sabía que había contado con el factor sorpresa, y sobre todo, que la NSA, o quienes fueran, estaban reteniendo a un prisionero del que estaban prácticamente seguros que nadie acudiría al rescate. No estaban haciendo una labor de seguimiento ni de vigilancia. Les había pillado a contrapié, con la guardia baja.

Unas luces de vehículos, dos, serpenteaban camino arriba. Un poco más allá de ellos se veían cercanas las luces de Villeneuve, brillando tenuemente, absortas a todo

el drama que se desarrollaba tan cerca.

Richard tomó del codo a su compañero y lo empujó de nuevo hacia el bosque, en donde se tendieron tras unos espesos matorrales. Sintieron pasar los vehículos a toda velocidad, salpicando de grava los márgenes del camino y derrapando violentamente en cada curva. Un tercer vehículo se había quedado en el pueblo como retén y sus luces aún se mantenían encendidas iluminando parte del camino. Richard confirmó sus previsiones de que se estaba desplegando un equipo completo.

No tenía tiempo que perder.

Avanzó por el bosque buscando un promontorio desde el que dominara con claridad la posición del vehículo. La halló junto a un caserón de apariencia abandonada que se encontraba en mitad de un claro del bosque, y cuyas lindes del sur coincidían con la ubicación del vehículo que permanecía detenido en medio del camino.

Se agazaparon tras un muro de piedra y Richard se desembarazó de su mochila. Rápidamente la abrió y montó mecánicamente un rifle de asalto con mira telescópica y visión nocturna ante la atónita mirada del hombre que había rescatado.

Se incorporó y se apoyó en la piedra. Activó el dispositivo. Dos hombres patrullaban el inicio del camino. Uno de ellos mantenía un walki en la mano. El otro se encontraba unos diez metros a su derecha y llevaba un dispositivo de visión nocturna con el que oteaba el bosque, e incluso se adentraba en él.

El agente del walki fue el primero en caer. Su compañero ni siquiera se dio cuenta de que era el segundo de la lista. Cuando recibió el impacto de la bala en el pecho cayó sordamente sobre el suelo del bosque.

Richard desarmó el rifle y procedió a guardarlo de nuevo en su mochila, con gestos mecánicos y rápidos, mientras se preguntaba qué diablos estaba haciendo.

Ambos echaron entonces a correr hacia el coche.

## Carta 12<sup>a</sup>

Me arrastraron, me empujaron, con una fuerza y seguridad formidable. Me metieron en el interior de un portal, oscuro y fresco, que cruzamos rápidamente mientras yo percibía una especie de sombra todopoderosa que me arrastraba en volandas, hasta llegar a un patio interior de una gran casona antigua. Corrimos oblicuamente cruzándolo hasta llegar a una desvencijada puerta de madera, mal pintada y que apenas giraba sobre sus goznes. Avanzamos a trompicones entre

enseres desordenados. Salimos a una calle estrecha y serpenteamos entre callejones y pasillos umbríos flanqueados de viviendas. Me golpeé con lo que parecía ser una carretilla antigua olvidada que en la precipitación de la carrera fui incapaz de esquivar y que armó gran estrépito al caer. De nuevo llegamos a otro patio interior, esta vez mucho más pequeño, y corriendo pegados a la pared hallamos una puerta pequeña, abierta, que parecía dar acceso a unas escaleras de un edificio de viviendas, de no más de tres plantas. Se respiraba un aire lóbrego y mohoso. Todo tenía un aspecto descuidado y viejo y lo que en otro tiempo podría haber sido una magnífica escalera, ahora el oxido, los azulejos rotos y los cristales de las ventanas sucias desdecían del pasado esplendor y hablaban de mucho tiempo de abandono. Mi secuestrador me instó a permanecer en silencio, mientras cerraba con sumo cuidado la puerta por la que nos habíamos introducido y la bloqueaba con un pestillo.

Me parecían excesivas todas aquellas precauciones, puesto que estaba prácticamente seguro que si su objetivo era que el hombre del traje no nos hubiera visto eso lo daba yo por descontado, y en cualquier caso se me antojaría imposible que hubiera sido capaz de seguimos a través de aquel laberinto de corredores y patios y callejas que habíamos seguido. Apenas podía respirar por el esfuerzo.

Mi captor era sin duda al que yo denominaba vagabundo en mi correspondencia anterior. Su aspecto no era tan desaliñado como yo recordaba. Ni su barba era tan larga, ni su rostro estaba tan sucio ni sus ropas eran tan desharrapadas. Eso sí, llevaba un amplio capote sin cerrar y de ahí la impresión que había tenido en su momento de lucir una capa. Sin duda se trataba de un personaje peculiar, que me miraba intensamente, como si con su pensamiento quisiera incrustarme una idea en mi mente. Me chistaba constantemente, cada vez que intentaba protestar o alegar algo por su manera de proceder, y así lograba él que yo permaneciera quieto y en silencio. Y, aunque tenía ganas de protestar, intuía que su conducta obraba en mi interés y mi espíritu se iba serenando. Había cesado ya toda violencia contra mí, pues al principio me había zarandeado como un saco, tan débil y ligero era ya mi cuerpo, que no le había supuesto mucho esfuerzo arrastrarme en pos de él sin que yo apenas pudiera impedirlo.

No había pasado ni dos minutos cuando acurrucados bajo el hueco de la escalera en la que nos habíamos escondido vimos pasar, a través de la ventana de aquel portal, la silueta de un hombre que recorría el patio interior por el que habíamos accedido a aquel inmueble. El hombre era sin duda al que yo antes había seguido, pues acercó su rostro al cristal polvoriento y sucio de la ventana e intento vislumbrar el interior. Distinguí sus gafas de sol, su peinado impecable, su rostro de rasgos marcados y expresión impasible. Tanto yo como mi captor nos acurrucamos en la sombra de nuestro escondrijo y dejamos pasar el tiempo sin siquiera respirar. La puerta cerrada le impidió acceder al interior del portal pese a que lo intentó. Oímos pasos tenues y lentos, que se alejaban, sin duda comprobando cada una de las puertas y escondrijos que pudiera ofrecer aquel patio.

Pasaron unos largos minutos antes de que nos moviéramos. Estaba contagiado por el espíritu de cautela de aquel hombre. No me parecía tan mayor como en un principio, y aunque debía superar los sesenta años se desenvolvía con agilidad y soltura. Se acercó a la ventana y de cuclillas oteó el patio. No dijo nada y volvió a nuestro rincón, sentándose y mirándome fijamente, con un esbozo de sonrisa flotando en sus labios. Parecía un Robinson Crusoe, que después de permanecer meses aislado en una isla desierta, encuentra a su Viernes.

Mis nervios empezaban a templarse. Eran tantas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza que no sabía realmente por dónde empezar.

—Nada podemos hacer ya por ella —murmuró finalmente aquel hombre.

No respondí a sus palabras. Ignoraba a qué se refería pero intuía que era la chica a la que habían seguido los que a su vez yo había perseguido.

—Tienes aspecto de estar asustado... pero aún veo que te queda alguna fuerza. Alguna esperanza nos resta por tanto.

De nuevo me quedé en silencio. Era como si fuera incapaz de articular palabra alguna.

Una intuición se abrió paso dentro de mí.

—La chica... ¿quién era?

El hombre calló y me miró en silencio.

—¿Era Rosinha...? —me aventuré a preguntar.

Sin decir palabra asintió ligeramente, inexpresivo. La respuesta me incitó una multitud de preguntas, especialmente a lo que estaba relacionado con aquella chica y sobre todo, a la persona que tenía frente a mí, pero intuía que aquel hombre no tenía ganas de hablar mucho.

—¿Quién eres? —Alcancé a preguntar al cabo de un rato.

—Soy Tronar.

Su respuesta tenía un tono de autoridad que imponía respeto. Aunque me habló en un susurro su voz bronca me asustó. Parecía que su nombre debía decirlo todo de él, o al menos yo saberlo, y su respuesta categórica hacía superfluo insistir en ello. Me miró de nuevo fijamente. Sus ojos chispeantes me asustaron.

Pensé que se trataba de un loco, alguien como yo que tal vez atravesara aquellos estados de delirio a los que me había acostumbrado. En cualquier caso al menos sentí un cierto alivio. No era el único. Aunque no sabía si el estado demencial de aquel hombre podría convertirlo en un peligro para mí, intuía, que al menos de momento, tal no era así. Pero lo cierto es que su actitud y su forma de obrar me intimidaban y no me sentía con ánimos de iniciar una conversación. No sabía si estaba secuestrado o me estaba salvando la vida.

Oscurecía. Ocasionalmente la escalera de madera crepitaba. Se oían esporádicos chirridos, que me ponían tenso, hasta que finalmente me fui acostumbrando al particular latido de aquella vetusta estructura. Las sombras de los cuarterones de la ventana se deslizaban lentos sobre el suelo conforme al transcurrir de los minutos y

las horas, arrancando el débil haz de luz destellos aquí y allá del polvo en suspensión. En aquel largo periodo ambos nos habíamos acomodado en la mejor postura que permitía nuestra precaria guarida.

—No sabrás nada de lo que sucede... ni siquiera por qué te está pasando esto a ti.

Al fin había sido él el que había iniciado la conversación. No sabía si afirmaba o preguntaba. Por alguna razón no me sentía con fuerzas para decir nada. Me fijé que su voz resultaba inusualmente áspera, quebrada.

Asentí.

—Leí un informe sobre ti. Cuando todo esto empezó a sucederte... hoy en día todo se averigua. Ya sabes, internet.

—¿Internet? —Enarqué las cejas. Ignoraba por completo a qué se refería.

—Sí, da igual eso ahora. Lo importante es que ambos nos podemos ayudar.

—¿Tú estás sufriendo este mismo trastorno que yo?, ¿éstas alucinaciones?

—¿Alucinaciones?, ¿es así como denominas a todo cuánto percibes?... Bien, me parece bien... tal vez por eso no hayas perdido por completo la razón. La mayoría no aguantan mucho... antes de desaparecer para siempre...

—¿Desaparecer?, ¿te refieres a morir?

—No, digo desaparecidos... en fin... no me interpretes al pie de la letra. No me atrevería a decirte que es lo que sucede exactamente. Me imagino que habrá de todo...

—Eso quiere decir... ¿voy a morir? —insistía en ese mismo punto obstinadamente.

—Por supuesto —el rostro de Tronar se iluminó radiante de pronto— todos lo hacemos... todos lo haréis, quiero decir... bueno yo también claro. ¿Qué tiene eso de especial? Ah, comprendo que hayas vivido pensando en que la vida no tiene fin... es el mal de nuestro tiempo... pero muchacho, créeme, todos morimos —me miró otra vez insistente, con los ojos abiertos como platos como si observara un raro espécimen en peligro de extinción.

—Por supuesto que sé que todos morimos... pero yo hace pocos meses llevaba una vida normal. Jamás había oído hablar de nada parecido a esto que estoy viviendo ahora. Estoy desesperado y casi deseando morir... si no fuera porque todo esto me asusta incluso más que la misma muerte. Estoy loco, ¿no? No sé lo que pasa por mi cerebro... no entiendo nada. —Mi voz resultaba incluso más expresiva que el discurso propiamente dicho. Me sentía abatido, rendido.

—Ah, por supuesto, haces bien, así haces bien... nadie debe desear morir... No, eso jamás. No, rendirse no está bien, por muy cansado que uno esté. Y tampoco estás loco... al menos no lo parece, de momento. No parece que digas ninguna locura. Simplemente tratas de asimilar... algo que no puede asimilarse.

Dejamos que pasara un largo rato sin retomar la palabra. Un gesto de Tronar con la mano me lo impedía. Reflexionaba y no quería ser molestado. Permanecía con los ojos cerrados y el semblante inesperadamente relajado. Al final, cuando ya era de

noche, inició de nuevo la conversación.

—Joven... he de pedirte algo... pero no sé cómo llegar a ti. Conozco a muchos como tú. Muchos que han vivido la vida alegremente y que finalmente fueron arrancados de su existencia entretenida y alegre y comprendieron que todo esto tiene un fin. Es de hecho habitual... aunque no de esta manera obviamente. Una enfermedad, un accidente, un desastre económico... y de pronto despiertas en una pesadilla, ¿no es verdad? Cuántas veces lo he visto... —El hombre murmuraba, casi hablando para sí—. Es un duro golpe, la verdad. Pero has de sobreponerte... es imprescindible... como te digo, creo que necesitaré tu ayuda. Eso ha de bastarte para que no desespere... tener un objetivo, tener fe. Todo tiene un sentido, créeme.

—Pero... ¿tú puedes explicarme lo que me sucede?, ¿qué trastorno es el que padezco?, ¿tú lo sufres igualmente?... —Estaba convencido que se trataba de un loco del mismo calibre que yo, o incluso peor a tenor de lo que decía. Tal vez llevara años sufriendo mis mismas alucinaciones.

—Ah... muchas preguntas y muy pocas respuestas te voy a dar. ¿Si lo sufro como tú?... tal vez, es posible, aunque yo claro... lo interpreto seguramente de una forma muy distinta a la tuya. —Me miró extrañamente, enarcando las cejas, como si fuera un bicho raro—. Sí, es una maldición, ¿verdad? ¿Sueño o vivo? ¿Es esto real o un delirio de mi mente? Parece una endiablada tragedia Shakesperiana. —El hombre rió satisfecho—. Tú eres un ser racional, del siglo XXI, un mundo globalizado que dicen. Tú crees en todo lo que puedes tocar y ver... y de repente empiezas a experimentar algo muy distinto a lo ordinario... tu cabeza no tiene explicación para lo que es de índole, digamos, sobrenatural, por ponerle un nombre, y no me mires así, aprende. Te enfrentas a un precipicio que de solo pensar en ello te produce un vértigo terrible. Me imagino que estarás deseando que un médico te recete unas pastillas para que te cure tu mal ¿no? —En este punto Tronar me miró sonriente como si fuera un chiquillo al que le ofrece un caramelo—. Sí, unas pastillas milagrosas, sí. —Después de una de sus interminables pausas prosiguió. La sonrisa desapareció de su expresión—. Es curiosa la naturaleza del hombre. Estamos hechos para trascender, para mirar más allá de uno mismo... a pesar de nuestro instinto animal que nos guía a la autoconservación, a transmitir nuestros genes, a procurar nuestro propio bienestar, en nosotros subyace una misteriosa e infinitamente contradictoria ambición, que nubla a los psicólogos y científicos que estudian el alma humana por cuanto les resulta incomprensible dados sus planteamientos. Al hombre se le engatusa fácilmente con grandes ideas, con grandes ambiciones... ideología, religión, nación, ¡sentimientos! ... cuando se presenta ante el hombre una meta que está más allá de sí mismo, con qué facilidad deja de lado sus propios intereses y afronta los sufrimientos que le va a acarrear ese nuevo objetivo vital, y hasta los justifica, con tal de ver cumplidas esas otras ambiciones mayores. ¿Dónde queda ese instinto de conservación, esa prioridad por uno mismo y su descendencia? Esos afanes de los que te hablo son más poderosos que el propio instinto de supervivencia... muchísimo más. Son capaces de



arrastrarnos a la guerra y a los peores abismos que imaginarse pueda. ¿Cómo explicará eso la teoría de la evolución? Seguro que lo hace no obstante... —Me guiñó un ojo—. ¡Da igual! Lo cierto es que cuando un hombre se deja llevar por ese sentido trascendente se libera... se libera de sí mismo, y en cierto sentido, es una paz ¿verdad? Esa paz a veces es un espejismo que nos destruye, como la mosca antes de quedar atrapada en la tela de la araña o la mariposa nocturna atraída por una vela ardiente. Por eso las grandes corrientes ideológicas que prometen el paraíso en la tierra triunfan... porque tocan nuestra naturaleza íntima, ese «más allá del yo», y así se originan muchas veces conflictos y guerras, la gran paradoja... para llegar al paraíso siempre hay que liberarse de opresores, incluso matar —la voz de Tronar se hizo un susurro—. Pero ay, también están los que son incapaces de usar esta capacidad... los que viven exclusivamente para sí mismos. Terrible dicotomía, ¿no es verdad? Estos otros van contra natura y viven cada vez más insatisfechos, cuanto más alimentan su propio egoísmo mayores exigencias presenta éste a continuación, pues con poco nos contentamos... somos verdaderamente insaciables, y necesitamos más y más... el hombre se consume en sí mismo... podría decirse, hasta desaparecer por completo en la nada. ¿Te sientes desaparecer Demian? —Su mirada volvió a clavarse en mí—. Parece una metáfora, ¿verdad?... El hombre vive sobre un fiel invisible, y basta que se desequilibre un poco hacia un lado para caer en el abismo. Ah, sí, a pesar de todo lo dicho, se debe trascender muchacho porque de lo contrario nos consumimos como una vela que agota su cera. La cuestión es... saber elegir, ser esclavo de uno mismo, ser esclavo de un ideal que puede ser vil o engañoso.

—Pero... ¿qué tiene que ver esto conmigo?... por favor, explícame que es todo esto —le supliqué, pero él me respondió con una mirada furibunda y un nuevo arrebato que cambió su faz por completo. Me llené de terror al pensar que Tronar no era sino un lunático lleno de ideas incomprensibles o descabelladas.

—¿No lo entiendes?, ah... pero no, aún no puedes entender nada. ¿No sabes lo que es una metáfora? Has de seguirme primero. ¡Vámonos! ¡Sígueme!

## Capítulo 33

El hombre no había dicho palabra desde que llegaron al piso franco.

La huída a partir del momento en que tomaron el coche de los agentes de la NSA había sido sencilla. Richard había elaborado un sofisticado plan de aproximación a su nuevo escondite, lo único que había cambiado había sido el transporte de la primera etapa. Para ello había seguido una red de carreteras comarcales que finalizó en Ginebra. Allí abandonaron el vehículo no sin antes obligar a su compañero a cambiarse completamente de ropas, Richard sospechaba que tuviera inserto cualquier género de microchip, y se dirigieron a un *parking* en donde contaba con un transporte alternativo. Pero en esta ocasión no se trataba de otro coche de alquiler, sino de uno robado en el vecindario en el que se encontraba su vivienda de incógnito, una zona residencial de las afueras de la ciudad, donde resultaba fácil aparcar y apenas había tráfico. Se trataba de un utilitario modesto que Richard había verificado llevaba días sin moverse, así que dedujo que era muy probable que si desaparecía unas horas su propietario ni lo percibiese.

La casa se erguía pequeña y coqueta en un barrio tranquilo, situado junto a un espeso bosquecillo, una franja longitudinal de verdor, Nan de Grebattes, rodeada por un lado por una serie de edificios de apartamentos de escasa altura, y por el otro, de una pintoresca urbanización de chalets unifamiliares, pareados, y pequeños bloques de adosados. Contaba con un pequeño huerto en su parte delantera, y colindaba con el espeso jardín de un chalet de espléndida presencia en su parte trasera. El lugar resultaba aislado y apacible. Richard estacionó exactamente en el mismo punto que lo había sustraído sin que aparentemente nadie diera voz de alarma. En la madrugada todas las casas permanecían en absoluto silencio. Un perro que ladraba frenético en lontananza era el único sonido que rompía el hechizo de aquella calma.

Sólo tuvieron que andar cien metros hasta llegar a su refugio.

Richard había preparado café caliente. Ambos estaban ateridos por el frío y la humedad del bosque y poderse sentar en un cómodo sofá e ingerir una bebida caliente era cuanto le pedía el cuerpo y se imaginó que otro tanto le sucedía a su interlocutor.

—Así que tú eres Alejo. —Inició abruptamente Richard.

El otro hombre asintió, pero no parecía sorprendido. Estaba claro que lo habían interrogado duramente y si no estaba entrenado para aguantar la hostilidad y la violencia de un interrogatorio lo más probable es que hubiera acabado respondiendo a todo.

—Katherine me habló de ti —sentenció.

—¿Tú eres Richard Jasper?

Richard se sorprendió al verse así interpelado. Retuvo la taza de café a media altura interrumpiendo su recorrido hacia la mesa donde la iba a dejar.

—¿Eres la única ayuda con la que voy a contar? ¿Dónde está Katherine? Siempre

confié en que contaría con su ayuda... Entiendo que debe haber más operativos. Hace falta un equipo, un pelotón... algún cuerpo de operaciones especiales... —Alejo parecía que iba cobrando ánimo conforme hablaba, pero también iba cayendo en una especie de estado frenético, nervioso—. Es imprescindible actuar ya, sin falta. ¿Dónde está Katherine? —insistió vehemente—. Debo hablar con ella inmediatamente... ¡Por Dios! ¿No sabe de lo que estamos hablando? ¿Por qué me mira sin decir nada?

Alejo hablaba sin interrupción mientras Richard escuchaba impertérrito. Alejo parecía más una persona esquizofrénica que un criptólogo. ¿Era aquel hombre en el que había confiado Katherine? Esperaba no haberse equivocado.

—Kate está muerta.

Las palabras sentaron a Alejo como si le hubieran inyectado un potente tranquilizante. Suspiró y se quedó sin habla, llevándose las manos a la cabeza, musitaba palabras que no llegaba a concluir y que Richard no entendía. Parpadeó varias veces, a la vez que parecía tomar aire, para iniciar un nuevo discurso pero finalmente desistió. Se derrengó en el sofá, dejando que sus músculos se relajaran. Su rostro también se distendió, como si hubiera hecho un acto de aceptación fatal, de tranquila desesperación.

—Necesito que me cuente todo lo que sabe —dijo lacónico Richard.

El hombre le miró desconcertado.

—Pensé que usted estaba ya al tanto de todo... pensé que la agente Katherine le tendría informado... —De pronto Alejo se alarmó de nuevo—. ¿Cómo se que usted no es uno de ellos y que esto no es sino un engaño para sonsacarme todo cuanto sé?

Richard suspiró y después apuró el resto de la taza.

—¿Quiere más? —preguntó indolente—. Estos suizos saben hacer estas cosas, hay que reconocerlo.

Alejo le miraba tenso, todavía esperaba su respuesta.

Richard se sirvió una nueva taza y añadió azúcar, que removió parsimonioso con una cucharilla de metal que tintineaba irritantemente a juzgar la impaciencia de Alejo.

—Verás, acabo de jugarme el pellejo para rescatarte. Es muy probable que mis días en la NSA estén agotados... incluso mi misma vida. Estoy aquí porque quiero averiguar por qué mataron a mi compañera, porque intuyo que existe una conspiración dentro de mi propia Agencia y quiero saber quiénes la dirigen y qué es lo que pretenden. Espero sinceramente que tú puedas darme respuestas porque ya han muerto varias personas para que yo pudiera llegar a ti.

Alejo fijó sus ojos castaños de mirada intensa en los de Richard, que sintió como si le taladraran el pensamiento.

—¿Qué sabes de mi? ¿Qué sabes del evento?

—Sé que colaborabas en la decodificación del código Voynich. Sospecho que tu mujer sufrió algo que denominamos en la Agencia «Efecto Cotard» y que finalmente

desapareció. Pero antes de ello en sus sueños ella descubrió un código que coincide con textos que conocemos como el manuscrito Voynich. Creo que intentabas descifrarlo cuando Kate me comentó de tu existencia. Me habló de algo temible que se preparaba, «un evento», me dijo. Sé que estuviste en Atenas, pero ignoro el por qué. Lo único que puedo decirte es que un guía que tuviste allí, un chico llamado Georgios, fue asesinado por los mismos que te persiguen.

Alejo maldijo. Se notaba que lamentaba la pérdida de aquella vida. Sus puños se crisparon.

—Kate sabía cosas que le conté, pero no todas. Perdí contacto con ella hace un par de meses. Me imagino que fue... al ser asesinada. Por otro lado exigía unos canales de comunicación muy seguros. No siempre podíamos comunicarnos y no llegué a contarle todo cuanto había descubierto. Además, el contenido de cuánto debía comunicarle... era demasiado truculento para simplemente narrarlo en un mensaje. Necesitaba hablar con ella vis a vis.

—Pues ahora me tienes a mí.

Alejo se encaró con Richard, pues había bajado la vista mientras recapitulaba.

—El código Voynich no es un código humano. Es una lengua distinta a todo cuanto existe y por eso las bases que se han utilizado para descifrarlo han fracasado una tras otra. Se dio la casualidad de que mi mujer, a través de aquellos misteriosos sueños... o pesadillas... lo descubrió. Al principio pensábamos que se trataba de un simple acertijo, pero conforme empeoraba su estado el reto de descifrarlo se me antojaba imprescindible. Si aquello era una lengua real significaba que mi mujer no estaba loca. De lo contrario su sufrimiento habría sido completamente estéril... y su muerte inútil. Cuando desapareció y la agente Katherine llamó a mi puerta surgió la existencia del manuscrito Voynich, con el que a mí jamás se me habría ocurrido vincular las señas que me había transmitido Paula.

Alejo se puso en pie, nervioso, empezó a pasear de un lado a otro de la sala de estar. Prosiguió.

—Aquel descubrimiento me impactó. Había estado de baja laboral y me hallaba sumido en una profunda depresión. No sólo era que había perdido a mi mujer... era el cómo había sucedido. La había visto desintegrarse delante de mí... y después se había apartado, convirtiéndose en una sombra triste y apagada de sí misma hasta que... No se puede imaginar lo que es eso. Y de repente su compañera me ofrecía una explicación plausible. Mis dudas sobre la integridad de Paula, sobre su veracidad, desaparecían y se convertía en una prioridad justificar su pérdida. Por ello me volqué en uno de los proyectos en los que estaba trabajando en Milton & Associates, una compañía puntera en criptoanálisis con muchos contratos en Defensa. Teníamos un ordenador cuántico, prácticamente una IA entre manos... y Laura, como la llamamos, fue capaz de desentrañar el código. Obviamente lo rompió sólo para mí. Fue un proyecto que sólo la agente Katherine y yo conocíamos.

—¿Y qué decían los códigos?

—Los que descubrió mi mujer eran antiguos textos sagrados. En algunos de ellos establecimos vínculos con la cábala judía... otros eran absurdos... proféticos, oscuros, indescifrables en sí mismos. Como cuartetas de Nostradamus, uno podía interpretar lo que quisiera. Y todo giraba en torno a un manuscrito oculto en Meteora, Grecia. Sin embargo un buen día todo cambió. Katherine consiguió otro manuscrito Voynich, otro original, pero esta vez de nuestro tiempo. Eran notas de un plan, una sofisticada conjura terrorista... no, esa es una palabra ingenua y pueril en relación a lo que se pretende y da pie a equívocos... y lo que pretende esa gente es desencadenar el apocalipsis... erradicar al hombre de la Tierra. Generar un evento que lo destruya todo. Es el mal absoluto. Y el epicentro de dicha detonación está aquí, en Ginebra, en el CERN.

—Pero... ¿tal cosa es posible? No existe tecnología capaz de algo así.

—Se equivoca... se equivoca. Yo al principio tampoco daba crédito alguno a esto... ningún crédito, ha de creerme. Pero las piezas fueron encajando. Descubrí el proyecto CAIN, donde existe una fuerte controversia científica sobre su idoneidad. Me aproximé a los principales valedores y críticos de dichos experimentos. Con uno de ellos llegué a entrevistarme, un tío huraño y megalómano, pero un científico de prestigio con un alto cargo en el instituyo Max Planck, el doctor Stephanek. Pero fue asesinado pocas horas después de verse conmigo. Me había confesado que iba a hacer públicas sus objeciones a dicho experimento. Tenía una certidumbre alta de que con las ingentes cantidades de energía previstas sería capaz de provocar la colisión de microagujeros negros en una cantidad tan masiva que podría eventualmente colapsar la Tierra... aniquilarla.

Richard suspiró. Debía hacer un esfuerzo por creer a aquel hombre. Recordaba que la acusación de asesinato que pesaba sobre Alejo era precisamente la de aquel científico alemán que acababa de citar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Parece un mal argumento de una película de James Bond. ¿Quiénes son los malos aquí?

—Ah... esto resultó lo más desconcertante. Tal como le dije, la única evidencia de las lecturas que obtuve de mi mujer hacían referencia a un manuscrito oculto en las montañas de Meteora, un legajo con siglos de antigüedad, escrito en griego antiguo, que delataba una errata en la traducción del libro de Enoc, la continuación del Génesis. La única copia fiel era ese pergamino que había estado a salvo de las vicisitudes desde la Historia durante milenios. Te cito; Genesis seis, uno, cuatro; «Cuando los hombres se fueron multiplicando sobre la tierra y engendraron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas del hombre eran bellas, escogieron algunas como esposas y se las llevaron». Aquí es notable reseñar un aspecto, la palabra empleada originalmente en hebreo para referirse a esos Hijos de Dios es nefilim, y es notable porque existe otro texto antiguo, el libro de Enoc, que hace varias referencias explícitas al origen de los nefilim.

Alejo volvió a sentarse, tenso, las manos sujetas entre sí y los codos sobre los

muslos, el cuerpo echado hacia delante, proseguía su explicación.

—El libro de Enoc es un libro sagrado para algunas tradiciones cristianas. Enoc era el padre de Noé, y narra lo que antecedió al Diluvio. De hecho las desventuras que provocaron los nefilim son la causa de esa catástrofe. Los nefilim aquí son interpretados como los Vigilantes, aquellos ángeles que debían cuidar de la Humanidad. Sin embargo fracasaron en su misión por su propia debilidad. El libro de Enoc explica con detalle como ayudaron a la Humanidad en su progreso hacia el mal; enseñaron la metalurgia para fabricar espadas, a las mujeres la cosmética para prostituirse, y además... hechicería y brujería, y todo tipo de perversiones. Y Dios envió el Diluvio para acabar con ellos y mantener su promesa, citada en el capítulo catorce, Enoc les dice cuando ellos suplicaron perdón: «Vigilantes, yo escribía vuestra petición y en una visión se me reveló que nunca os será concedida y que habrá juicio por decisión y decreto contra vosotros y que a partir de ahora no volveréis al cielo, y por todas las épocas no subiréis» y también dice «Los espíritus del cielo tienen su casa en el cielo y los espíritus de la tierra que fueron engendrados sobre la tierra tiene su casa en la tierra. Y los espíritus de los Nefilim, que afligen, oprimen, invaden, combaten, destruyen sobre la tierra y causan penalidades, ellos, aunque no comen tienen hambre y sed y causan daños, estos espíritus se levantarán contra los hijos de los hombres y contra las mujeres porque de ellos proceden». Verdaderamente profético. Sin embargo parecía que el libro de Enoc había sentenciado a la extinción a dicha estirpe de Vigilantes tras el Diluvio bíblico. Pero en los textos de Meteora que encontré daban una pista acerca del verdadero final de los Nefilim. No todos fueron extintos. Sobrevivieron y permanecieron entre los hombres fomentando el odio y la destrucción, como una verdadera maldición. Tal es lo que descubrí en Meteora y que confirmé posteriormente a través del diario encontrado en Brasil que Katherine me envió. Son ellos nuestros adversarios... son ellos los que pretender destruirnos por completo.

Alejo parecía recitar los textos de memoria, enfebrecido, como el que ha descubierto un tesoro pirata en lo más profundo de una gruta y desentraña su descubrimiento lleno de orgullo y emoción. Parecía que con cada palabra ponía el alma, latía su propio espíritu en aquella narración. Era un creyente. Su fe en cuanto narraba era total. Estaba verdaderamente convencido de cuanto decía. Richard lo miraba escéptico.

Y Alejo se dio cuenta. De pronto calló y toda su tensión desapareció. Se rendía a la evidencia de que jamás lograría convencer a nadie de su fantasía. Su mirada se dulcificó. Su acceso de histeria menguó y desapareció por completo. Su voz ahora era suave y pausada.

—No lo puedes comprender. No has vivido lo que yo. Ver que tu ser más querido se desvanece en la locura... pero que en esa locura se encuentra un misterio que sólo el superordenador más avanzado del mundo puede desvelar... y que lo que descifra encaja con otros textos reales, con un lenguaje que ya estaba aquí, entre nosotros. ¡La

locura no era tal! No te has encontrado en la misma posición que yo, en la que eres testigo de que esa realidad onírica, esos sueños enajenantes, no pertenecen a una mente perturbada, sino a un ser que sufre pero que mantiene su cordura íntegra... Ah, descubrir eso es terrible, ¡ese dolor!

Los ojos de Alejo se humedecieron.

Agitó la cabeza, negando, y después se hundió en un profundo mutismo. Le rogó a Richard que apagara las luces y así lo hizo.

Richard paseó por la casa en penumbras, asomándose a las ventanas de diferentes habitaciones, oteando el vecindario plácido y ordenado, en el que todo fluía sin sobresaltos, al margen de los conflictos del mundo, ajenos a conspiraciones, guerras, genocidios. Diría que las siluetas de aquellas casas, de las faroles y árboles de la calle, de los bancos y papeleras, parecían un escenario de cartón piedra que mantenía la ilusión de un engaño, de una vida fácil y sin sufrimiento, pero que tras la tramoya latían infinidad de desgracias, de vidas sin sentido, como la suya misma, atrapada en una realidad incomprensible e intrascendente. ¿Todo para qué?

Su frente permanecía arrugada, sus pensamientos arreciaban en multitud de direcciones en una tormenta interior que le provocaba náusea y pesar. Se increpaba su ímpetu suicida. Había hecho algo más que quemar las naves. Se daba cuenta de que aquel asunto le superaba. Había estado en compañía de personas que consideraba cuerdas en primer término, como Kate o ese mismo Alejo, pero sus relatos, su teoría conspiranoica, le parecía absurda, completamente fuera de lugar. Lo había sacrificado todo embistiendo a la NSA en un arrebató infantil de resentimiento. ¿Resentimiento contra qué o quién?

No sabía decirlo. Sí... su vida se torció y todo empezó a ir rematadamente mal. Johanna... había sido la piedra en su camino. Tropezó con ella, y al traspies siguió una caída, el alcohol, y después siguieron otras... su cinismo, su corazón de piedra, su resquemor y descreimiento... Se había convertido en un auténtico cabrón, temido por compañeros, indomable e ingobernable. Ahora acababa de rematar su epitafio con aquella maniobra disparatada que difícilmente lograría encubrir. Demasiados días perdido y sin estar localizable despertarían sospechas. Muchas evidencias en el campo de juego le señalarían sin piedad. Atar cabos era fácil. Darían con él y sería hombre muerto... o peor aún, interrogado hasta que no quedara ni una palabra por decir, su traición absurda serviría para cubrir el último saldo de la cuenta que restaba por pagar, su vida.

La sala de estar albergaba un mueble bar. Un botella de ron, llena hasta la mitad, parecía una tentación irresistible en un momento tan malo. Pero Richard soportó su embestida. Si había de morir al menos quería mirar a los ojos a la muerte y sentirse pleno de lucidez en ese instante final. Su sien palpitaba enfebrecida y sus ojos miraban turbios. Su única salida parecía consistir en arrojarse en aquel abismo de locura, arrojarse en vida en el foso de su tumba y esperar que las paladas del enterrador le cubrieran lo más rápidamente posible.

Una idea palpitaba en su sien como una obsesión desesperada. «Es preciso olvidar para volver a empezar».

## Carta 13<sup>a</sup>

Tronar no me permitió regresar a mi domicilio. En vez de ello me instó con una autoridad que no podía eludir, a seguirlo.

Ignoro si era por pura debilidad que no me atrevía a oponerme, o porque pensaba que a través de él resolvería los misterios de aquella existencia de pesadilla... o porque necesitaba confiar en alguien. Tal vez fueran una mezcla de todos esos sentimientos e intuiciones, el temor, la curiosidad, la confianza... los que me empujaban a obedecerle ciegamente, sin discusión me entregaba a su voluntad. De alguna manera percibía que él, en su locura, sabía más que yo. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquel entresueño? ¿En qué lado nos encontrábamos? ¿Despertaría de nuevo una mañana más en mi habitación siendo todo aquello una ilusión?

Caí en la cuenta de que yo ya empezaba a ser un desaparecido. Había roto los lazos hacia tiempo de mis amistades habituales, empezando por aquella frívola relación con Francesca la cual ambos sabíamos que no iba a traducirse en nada duradero. Habían bastado no más de media docena de llamadas sin responder para que no volviera a insistir. «Mensaje captado» es lo que seguramente pensaba ella. Una manera fácil y rápida de liquidar un affaire. En el trabajo había desaparecido y no me había molestado en mantener ningún contacto en pie. Ni siquiera tenía mi móvil. Incluso entre mis nuevas amistades los vínculos los había dejado evaporarse y lo mismo que un día había sido alguien, en unos pocos días me había vuelto a convertir en nadie. Luque había recibido a cambio de todo su interés por mí ni una sola llamada de respuesta. Se habría cansado de mi abandono. Absorto en el hundimiento de mi vida había mirado hacia el fondo de las aguas abisales en las que me sumergía en vez de alzar la vista y agarrarme a las manos que se me tendían.

Y ahora, al parecer, abandonaba mi domicilio y todo cuanto yo mismo era o representaba.

Tronar me condujo a lo que debía ser su hogar. Se trataba de un ático en lo alto de una casa antigua, sin ascensor, de escalera vecinal estrecha e incómoda situado en pleno barrio de Alfama, que dominaba un pequeño laberinto de edificios arracimados en callejuelas retorcidas y al que seguramente me resultaría imposible volver a llegar caso de tener hacerlo por mis propios medios.



Según comprobé a la mañana siguiente se trataba de un pequeño apartamento muy soleado. Tras las cortinas sencillas de las ventanas se divisaba una espléndida vista de la bahía, una bella estampa con el mar azul intenso más allá de tejas y coladas tendidas, y el cielo inmaculado surcado puntualmente por las gaviotas que iban y venían raudas e indolentes. El bullicio de las callejas circundantes llegaba amortiguado por los edificios tan cercanos unos a otros que parecían que sus habitantes forzosamente habían de compartir su intimidad. Voces de vecinas, saludos de parroquianos y alguna motocicleta que petardeaba molesta completaban aquel ambiente casi pueblerino y familiar.

El apartamento era sencillo. Un diván viejo, un catre en una esquina del salón y una puerta que conducía a la única habitación privada de la casa y que dejaba adivinar una cama ancha y desvencijada con un cabecero de arabescos dorados muy pasado de moda. En una esquina del salón una cocinilla cutre y un conjunto de mesa de madera y sillas con clase anunciaba lo que debía ser el salón comedor. No había electrodoméstico alguno y salvo algún utensilio de cocina de peltre no se veía nada más. El suelo era de madera, ocultado parcialmente por una polvorienta alfombra persa, y sus tablones que ya se encontraban en mal estado habían perdido el ras de tiempos pasados.

Y también había un piano. De hecho fue eso lo que me despertó.

Se trataba de un piano de pared de palisandro. Tronar interpretaba una melodía clásica con una fluidez profesional. Después supe que se trataba del Claro de luna de Debussy, pero en aquel momento aquel sonido me pareció angelical y obró en mí como un bálsamo. Ignoro por qué, pero dejé que mis ojos llorasen mientras acurrucado en el diván, dudaba entre moverme y romper el hechizo, o seguir disfrutando de un sentimiento de paz y refugio que hacía tiempo no conocía. Opté por esto último y permanecí quieto, con los ojos cerrados, vibrando con la pieza.

Finalmente Tronar acabó su interpretación y permaneció unos momentos quieto, la cabeza gacha, como reflexionando sobre lo que acababa de tocar.

Cuando se dirigió hacia mí su rostro parecía más dulce que la víspera.

—¿Qué tal te encuentras Demian?

Oír mi nombre supuso una sacudida. Quise averiguar cómo lo sabía... pero recordé que él ya había vaticinado que conocía mi historia. ¿Cómo era posible? ¿Había dicho algo de internet? Pero yo no era un personaje notable, ni muchísimo menos mi enfermedad podía haber tenido ningún género de trascendencia en la red.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquirí. Yo, desconfiado, nada había dicho de mí aún, de eso estaba seguro.

—Ya te lo dije. Vengo de muy lejos... buscando tu ayuda.

—¿Mi ayuda? No estoy en condiciones de ayudar. Mi vida entera se ha venido abajo. Estoy destruido. Carezco de medios... he abandonado mi trabajo... mi salud está destrozada. Sufro alucinaciones. Ignoro si ha sido algún tipo de sustancia que he consumido sin saberlo... o porque pago los excesos de otros tiempos... pero padezco

constantes y permanentes alucinaciones. Creo que deberían ingresarme en un hospital. Cuando he estado sólo he llegado a estar perfectamente convencido de que... de que...

Tronar me instó a que siguiera porque a mí me resultaba difícil pronunciar aquellas palabras. Finalmente lo hice.

—... de que estaba muerto. De que no soy sino un alma en pena que permanece en este mundo vagando, invisible, sufriendo, pagando por mis culpas... —concluí en un melodramático suspiro.

—Una especie de purgatorio cristiano, un alma en pena.

—Bufff... no sé, supongo que algo así. No me digas que se trata de eso... —casi pregunté incrédulo.

Tronar rió primero y después me miró con aire divertido mientras tocaba con facilidad unos arpegios traviesos en el piano.

—No... no creo que se trate de algo así, desde luego... aunque, no hay manera de saberlo ¿no?

—Ah, creo que sabes mucho más de lo que me dices. Te escondes en evasivas. Pensé que tal vez tú sabrías decirme el por qué de todo esto.

—Vaya... eso es justamente algo que ignoro. A veces yo tampoco sé si dar gracias o maldecir por lo que me sucede. Pero... volvamos a tu pregunta original. ¿Cómo he sabido de ti? —Y terminó su pregunta ejecutando un armonioso glissando en el piano tras el cual se volvió hacia mí.

Le miré expectante.

—Habrás oído hablar de la NSA. La agencia de información... y espionaje por excelencia, de Estados Unidos. Al parecer están preocupados. Desde hace unos años han constatando que está desapareciendo gente en todo el mundo. Es un proceso lento, pero constante. No conocen la historia al completo, pero lo cierto es que es algo que sucede desde hace tiempo... mucho tiempo.

Tronar suspiró y volvió a interpretar el Claro de Luna mientras me explicaba la historia. Mi historia, tal y como la veo ahora.

No sé cómo, pero se mostraba muy seguro al respecto, porque a menudo le interrumpía para hacer preguntas y confirmar que no había oído mal cuanto me explicaba. Aquello en parte me tranquilizó, pero sólo en parte. Él me respondía con paciencia y tono ecuánime, como el maestro que repite una lección simple a su alumno más lento.

Al parecer la NSA había descubierto algo que siempre ha sucedido. Determinadas personas desaparecen sin dejar rastro. Suponen un pequeño porcentaje del total de casos denunciados, porque la mayoría acaban siendo reencontradas en poco tiempo. Algunas otras habían huido de su vida pasada y son descubiertas al cabo de tiempo, mucho o poco tiempo, pero reaparecen... otras también son recuperadas, pero muertas, han sido asesinadas o han sufrido un accidente fatal, de todo hay. Aún así siempre queda un pequeño margen sin explicar y que nunca se esclarece. Los

familiares y seres queridos sufren en silencio el misterio de la desaparición con un dolor diferente y dispar, fruto de la ignorancia, temiéndose un desenlace fatal unos días, sufriendo un sentimiento de traición y abandono otros.

Lo significativo era que la investigación de la NSA había encontrado un curioso patrón en estas desapariciones. Muchas estaban ligadas a una misteriosa enfermedad psicológica, escasamente documentada y poco estudiada que manifestaban aquellos que desaparecían por completo. El síndrome de Cotard. Y yo que manifestaba claramente los síntomas que describe la enfermedad conforme me explicó Tronar, había sido preseleccionado por la NSA para su estudio al parecer unas cuantas semanas atrás. No me quiso decir cómo había llegado a él ese conocimiento porque lo que sí me aseguró es que él no pertenecía a dicha organización.

Sin embargo la NSA se encontró con un problema adicional. No contaban con él. Tronar acababa de sacarme del tablero de juego, por lo que la NSA no podría seguir mis pasos.

En ese punto inquirí si aquella pareja a la que había seguido pertenecían a dicha organización, cosa que yo ya daba por hecho, pero Tronar lo negó.

—Si hubieran sido como dices, tú los habrías reconocido ¿verdad?

Me quedé sin respiración.

—Es verdad.

Había olvidado cómo percibía a la generalidad de la gente, su estado de semitransparencia, su aspecto etéreo, frágil, mortal... en cambio eso no me sucedía con aquella extraña pareja... ¡ni con Tronar! Comprendí que era aquella visión de él, completa, coherente, la que me trasmitía una sensación de normalidad que me incitaba a confiar en él y a no querer separarme de su lado. La cordura parecía regresar a mí con cada minuto que trascurría.

—¿Por qué te puedo ver bien a ti y no al resto de la gente? ¿Por qué esa pareja a la cuál seguía las veía perfectamente normal, a diferencia del resto de los mortales?

Tronar sonrió y pareció a punto de responderme, pero calló.

—Hay explicaciones que más que una ayuda pueden suponer un lastre. Basta con que sepas que... sobre esta Tierra caminan hombres cuya naturaleza los hace muy... muy especiales. También te diré que por una razón que desconozco, existen personas que dada su particular estadio espiritual son capaces de moverse en un plano diferente del real, y debido a ello y a como cambia su percepción del mundo, son capaces de reconocerlos. De ahí tu importancia para mí... porque puedes hacer lo que yo no puedo. Y no te es conveniente de momento saber determinadas cosas adicionales Demian. Como te digo, has de ayudarme a salvar... a mucha gente.

—¿Qué pasaría si me niego? —respondí retador.

—Demian, tu salvación depende de ello.

## Capítulo 34

Los pasos de los dos hombres resonaban en la grava con un crepitar fúnebre a los oídos del agente de la NSA. El corazón le latía desacompañado a Richard. De nuevo, una extraña emoción desconocida le embargaba, como el explorador que está descubriendo nuevos parajes por los que nadie nunca se ha adentrado y se enfrenta a peligros ignotos. No tenía cobertura alguna, no sabía cómo iba a acabar aquello, y si su insana sed de venganza y curiosidad sería finalmente saciada o acabaría pagando cara su osadía. Todo aquello le resultaba desagradable. No sabía por qué razón, pero aquel silencio del bosque, junto al sonido de sus propias pisadas, le recordaba una etapa de su propia vida, de un pasado que bien podría ser remoto, andando por un camino de grava que producía un sonido similar al ser pisado. Era como un *deja vu*, un saber que siempre había estado allí mismo, en ese bosque, en ese camino, al final del cual todo habría de ser resuelto, la ecuación despejada, la verdad revelada.

Una profunda desazón lo acompañaba en ese recorrido que no quería completar y que despertaba en él una premonición de desastre. ¿Podría evitar seguir matando para resolver aquel problema o era ya una espiral de vértigo y violencia en la que se había sumido imposible de detener?

Junto a él, su misterioso acompañante no mostraba género alguno de duda. Su decisión resultaba tan firme como fanático era su aspecto y determinación. Andaba con brío y nervio. Sentía envidia de la fantástica fe que irradiaba aquel hombre. Fe en su misión, en cuánto debía hacerse, en cuánto creía. «Una conspiración para acabar con el mundo, ¡válgame el cielo!» se decía entre divertido y asombrado Richard que consideraba todo aquel escenario como el propio de una pesadilla. Si no hubiera asesinado a personas en el ínterin seguramente tendría suficiente humor como para reírse de sí mismo.

El camino de grava conducía a lo que debía ser una casa de montaña, enclavada en un bosque solitario no muy lejos de Ginebra pero ya en territorio francés. Alejo había averiguado que en esa casa Bernaille, el jefe científico que dirigía el proyecto CAIN, mantenía un romance con una de sus ayudantes. Consideraba que era el mejor lugar para iniciar su plan para desbaratar la maquinación apocalíptica. Para desplazarse hasta allí habían empleado el mismo vehículo sustraído del vecindario de la víspera. Lo habían camuflado en el interior del bosque un par de kilómetros más atrás. No querían llamar la atención.

El cielo azul del atardecer mostraba en el horizonte destellos de naranja y rojo allí donde la luz del sol era desgajada por jirones de lejanas nubes que actuaban como un caprichoso prisma de la naturaleza.

Ocasionalmente Richard miraba hacia atrás. Era para comprobar si se acercaba algún vehículo, aunque también, en cierto sentido, aquel gesto podía significar mucho más. Suponía echar un vistazo a su posible senda de escape. Contemplar el pasado que lo había conducido hasta ese punto. ¿En qué momento había tomado una decisión

equivocada? ¿Se podría bajar de aquel tren en el que se había subido y al que no sabía dónde le llevaba? Resultaba tan incierto lo que se atisbaba por delante que una parte de sí deseaba esquivar todo aquello. «La felicidad está en la ignorancia de la verdad, ya lo decía Kant...» pensó taciturno. «No, ¡soy un bulldog!, nunca suelto un hueso cuando lo muerdo. Esa es mi desgracia» sentenció.

El lujoso chalet que se había mantenido oculto por la espesa arboleda apareció de improviso tras un recodo del camino. De cristalerías amplias, fachada de lajas de piedra y con tejados inclinados, lucía contrastes que deslumbraban por su diseño. Contaba con un porche de arquitectura llamativa que daba la bienvenida a los que llegaban a la morada por el camino de grava. Un pequeño 4x4 que permanecía aparcado en el exterior, en un pequeño claro, anunciaba que probablemente había alguien en el interior. Esta impresión la confirmaba una luz tamizada por una cortina en una de las ventanas de la casona.

—Ese no es el coche de Bernaille, sino el de su amante —informó Alejo escuetamente—. Se trata de una mujer de su equipo de investigación.

Richard asintió, echó mano de su pistola con gesto cansado y llamó a la puerta golpeando con la culata.

Durante unos segundos nada se oyó. Finalmente unos pasos en el interior avisaron que alguien se disponía a abrirles.

Y efectivamente, la puerta se abrió de improviso, y antes de que Richard pudiera decir palabra alguna sintió como si le hubieran golpeado en el pecho y se hubiera quedado sin respiración. Ante él se encontraba tan atractiva y deslumbrante como él recordaba, Johanna... su Johanna.

La impresión que sufrió Johanna a su vez debió de resultar muy similar, pues apenas murmuró un «Richard, ¿eres tú?» prácticamente inaudible. Su expresión se atemorizó al comprobar que su exmarido portaba una pistola. Fue Alejo el que se hizo cargo de la situación viendo el desconcierto de ambos.

Minutos más tarde, tanto Johanna como Richard, permanecían sentados en la sala de estar en un confortable y mullido sillón en forma de esquinera, aún mudos de asombro mientras Alejo era el que hacía las preguntas.

—Estamos al tanto de lo que se pretende con CAIN. —sentenciaba—. ¿Dónde está Bernaille? ¿Cuándo regresará? —Eran preguntas que había realizado varias veces pero a las que ni Johanna ni Richard prestaban atención. Finalmente Johanna reaccionó.

—Pero Richard... ¿quién es este hombre con el que has venido? Parece que está completamente ido... es un loco.

Richard aún mantenía la pistola en la mano, que descansaba flácida sobre el almohadillado cojín del sofá. Diríase que el giro de los acontecimientos lo había dejado anonadado. No sabía cómo abordar la situación.

—¿Qué diablos haces aquí Johanna? —dijo al fin, con voz cansada. Aquella era

una dificultad inesperada que ensombrecía aún más el ánimo con el que estaba abordando aquella aventura disparatada.

La mujer le miró con asombro.

—Soy física de partículas... ¿recuerdas?

Mientras hablaba sacudió ligeramente la cabeza y su melena rubia ondeó grácilmente. Un gesto que Richard tenía grabado en su memoria... aunque en su caso lo asociaba a las ocasiones en las que la había hecho reír. Era tan fácil.

Johanna seguía resistiendo el paso de los años con extraordinaria desenvoltura. Ninguna arruga deterioraba aún su semblante, su expresión resultaba extraordinariamente juvenil, tanto que Richard se preguntaba si su añoranza estaba tergiversando lo que sus ojos realmente veían, si sus recuerdos engañaban a sus sentidos.

—Sigues sin responder a mi pregunta.

—Me contrataron hace años. Había una plaza vacante y yo reunía los requisitos. El doctor Bernaille tuvo a bien contratarme...

—¿Y por eso te fuiste entonces? ¿Sin decir nada? ¿Ni una puta explicación? — Eran preguntas pero imbuidas de tono acusador, de recriminación y rabia.

La respuesta de Johanna resultó extraordinariamente dura y anuló la furia de su contrincante.

—No. Me fui por tu lío con la agente... Katherine, creo que se llamaba. —Había un deje de desprecio en aquella revelación. La mirada de Johanna se perdió, a través del ventanal, en el infinito.

Richard resopló y dejó caer su cabeza en el respaldo de su asiento.

Sí... había sido una aventura pasajera. Era un recuerdo que evitaba traer a su pensamiento. Una verdad que le humillaba, le causaba desazón y dolor. No quería ni pensar en ello. Lo evitaba a toda costa... bebiendo habitualmente. «¿Habrà alguna botella por aquí? ¡Cielo santo! ¡Lo sabía!». Aquella revelación era un golpe, pero también un alivio. Al fin sabía las razones, el motivo... todo su sufrimiento tenía ahora una explicación. El culpable, sí, finalmente él mismo era el culpable de su desgracia... la duda que tanto le había atosigado en los últimos años era sustituida por un nuevo escenario, como si de una escena de teatro se tratara. ¿Cómo era posible que hubiera esquivado ese pensamiento durante tanto tiempo? ¿Lo sabía verdaderamente... pero también lo había apartado por completo de sí hasta olvidarlo? Ahora quedaba por saber si esa nueva verdad sería tanto o más hiriente que lo que había quedado atrás. No pudo evitar recordarlo todo otra vez.

Kate era un discípula juvenil y encantadora, y la tenía siempre tan cerca... habían intimado tanto que nunca supo cómo sucedió realmente. Demasiadas guardias nocturnas juntos. Muchos viajes en el que había tanto que compartir... Esa cercanía física había desencadenado una atracción animal que Richard no pudo controlar. Fue superior a él. Y tan pronto sucedió se acabó. Él amaba a Johanna, de eso estaba seguro. A partir de entonces había quedado en relación a Kate un hondo sentimiento

de culpa pero también de resentimiento. Con el paso del tiempo había llegado a la conclusión de que Kate lo había manipulado en aquella aventura pasajera, pero nunca comprendió para qué, cuál era el motivo. Él no era nadie que le pudiera ayudar en su meteórico camino de ascenso. El caso es que cuando Kate obtuvo la licenciatura su historia se acabó abruptamente. Cuando volvieron a trabajar juntos, codo con codo, al cabo de un par de años, Kate le trataba como un subalterno más con el que no tenía ninguna consideración especial, si acaso al contrario. Aquello le había enfurecido siempre, a partes iguales, tanto su desconsideración para con él, como el hecho de verse supeditado a la que había sido su alumna y amante.

Pero... ¿cómo era posible que Johanna lo hubiera averiguado? Ella desapareció mucho tiempo después de aquello. Salvo que siempre lo hubiera sabido... y preparase concienzudamente su marcha.

—Pero... ¿por qué no dijiste nada? Eso fue algo que sucedió y terminó. —Iba a confesar que él realmente la amaba, que no había dejado de pensar en ella ni un instante desde entonces... pero aquellas ideas aún siendo ciertas le parecían patéticas de tan sólo pensar en pronunciarlas, más aún si debían ser escuchadas por un incómodo desconocido. Decidió cambiar de tercio antes de dejarse de llevar de una inservible melancolía o rabia, no sabía cuál de aquellos sentimientos iba a acabar por dominarlo—. El caso es que no estamos aquí por eso, Johanna. Este hombre sostiene que tras el experimento que estáis desarrollando se esconde un atentado de proporciones apocalípticas... —Todo el estudiado interrogatorio que pensaba haber desarrollado con Bernaille se había ido al garete visto a quién tenía en frente.

Johanna sonrió primero y después dejó oír una sonora carcajada que se prolongó unos segundos.

—¿Este lunático dices?

—Soy criptólogo. Especialista en criptoanálisis. —Saltó Alejo con rabia, molesto por el giro que estaba tomando la situación—. He descifrado vuestro código y leído el libro de Manacupuru que Kate me proporcionó. Sé lo que tenéis entre manos. —El rostro de Alejo estaba crispado por la furia. Richard pensó que estaba a punto de pegar a Johanna. Si hubiera estado armado parecería dispuesto a utilizar su arma.

—Pues permítame decirle que sus conjeturas parecen las de un loco —repuso Johanna con sorna, muy dueña de sí misma y no mostrando ninguna señal en su comportamiento o en su voz que indicase que se sentía verdaderamente amenazada.

—Sé que uno de vosotros tuvo que acabar con la vida del profesor Stephanek. Él estaba dispuesto a denunciar los riesgos que entraña CAIN —acusó Alejo convencido de lo que decía.

—CAIN no entraña riesgo alguno. Menuda conjetura disparatada. Siempre hay locos que están pronosticando el apocalipsis con los experimentos del CERN... esta es una locura más. Aquel estúpido doctor alemán estaba enredado en sus ecuaciones de tal forma que no las entendía ni él mismo. Siento su muerte de veras. Lo que no comprendo sinceramente, Richard, es que pintas tú en todo esto. A fin de cuentas

siempre pensé que eras un hombre con los pies en la tierra. Por un momento creí que venías aquí en plan exmarido celoso dispuesto a tomarse venganza, y me asustaste, pero ya ves... que ya estaba al tanto yo de antemano de tus infidelidades... Si quieres pegar a alguien por tus desgracias empieza por ti mismo...

—¿Por qué no pediste el divorcio entonces? Desaparecer sin más... ¿es eso correcto? —Richard se maldijo por haber retomado el tema otra vez. Era superior a sus fuerzas. Si no estuviera Alejo presente podría hablar con entera libertad sobre esa cuestión... no de aquella sandez apocalíptica.

Johanna sonrió borrando todo el enfado de su rostro. Todo el encanto de su semblante juvenil pareció cautivarle de nuevo... y esa sensación le hizo daño. Sabía que ya todo había terminado con ella y evocar su amor le produjo un hondo sentimiento de culpa. La pregunta quedó sin respuesta, en el aire.

Alejo le hizo señas a Richard para que se acercara a parlamentar con él en privado. Se alejaron unos metros hacia la chimenea central que pendía del centro de la sala de estar, mientras Johanna permanecía en silencio con la mirada clavada en el paisaje del bosque, que próximo al anochecer, resultaba en aquellas circunstancias inquietante.

—No vamos a conseguir que confiese de esta manera...

—¿Qué quieres?, ¿que torture a mi exmujer? —Richard preguntó con sorna mientras arqueaba una ceja. La situación le resultaba endiabladamente cómica.

Alejo resopló y empezó a andar por la amplia sala de estar, nervioso, de un lado para otro mientras musitaba «no me gusta esto» y Richard se alegró de no haberle proporcionado finalmente un arma. Dudaba de su proceder precipitado.

Permaneció impasible, de pie, observando la escena que a él se le antojaba por completo surrealista. Si no hubiera leído el expediente completo de aquel hombre diría que se encontraba en compañía de un lunático y no de un avezado ingeniero. Pero al pensar en Kate... comprendía que ella era lo suficientemente lista para que aquel estropicio en el que se había embarullado tuviera cimientos sólidos. De lo contrario más valía que le tragara la tierra.

El sonido áspero de la grava al ser aplastada anunciaba que un vehículo acababa de llegar. El motor se apagó, la portezuela se abre y se cierra... unos pasos y la puerta principal de la casa se abre. Acaba de llegar el doctor Bernaille que en un primer término al contemplar a los recién llegados, pensando que se trata de amigos de su amante, les sonríe. Pero un segundo más tarde la pistola, que Richard sostiene con desgana, borra por completo esa expresión de su semblante.

—Elsa, querida... ¿quiénes son tus amigos? —Su semblante y su tono de voz denotaban cierta sorpresa y molestia a la vez. Aquella era su casa privada, un sitio donde habían convenido no recibir nunca a nadie—. Usted... a usted le conozco... es el molesto periodista sensacionalista que ha intentado tergiversar mis palabras... —Mostró un mohín de desagrado.

—No soy un periodista —terció abruptamente Alejo—. Soy criptoanalista, vengo



de Silicon Valley, de una empresa que está desarrollando el primer ordenador cuántico con capital privado... Y he logrado traducir su código.

—¿Nuestro código? ¿De qué habla este hombre?

Richard sonrió. La escena empezaba a parecerle simpática.

—Me da igual cómo actúen... Una agente de la NSA consiguió un manuscrito, que junto con documentos que obtuvo mi mujer, indican que a través del experimento CAIN que pretenden llevar a término próximamente se provocará un evento apocalíptico.

—Usted está loco...

—En absoluto... Salvo que una alta ejecutiva de la NSA que perdió la vida seguramente por facilitarme esa información fuera otra persona fuera de sus cabales.

—Pero... ¿de dónde procedía esa información? —inquirió Bernaille que no daba crédito a cuanto escuchaba.

Alejo se desesperaba.

—Nunca lo llegamos a saber del todo. Se trataba seguramente de un renegado que llevaba años huyendo de sus correligionarios. Según el manuscrito que resultó ser un diario, había permanecido oculto en varias islas del Caribe, pero lo descubrieron en Granada a finales de los ochenta. Tuvo que huir al continente sudamericano, donde permaneció oculto durante años en las selvas amazónicas, hasta que reapareció brevemente hace poco tiempo, para posteriormente desaparecer por completo, según el testimonio del equipo médico que le atendió. Dejó tras él un manuscrito indescifrable... escrito en el mismo idioma que el código Voynich, y lo recuperó la agente asesinada. Fue nuestra máquina del laboratorio de Milton & Associates quien descifró el idioma y la conjura.

—Pero es absurdo... —terció el doctor Bernaille, que se llevaba las manos a la cabeza— ¿me habla de que ese proyecto se estaba gestando hace décadas?... Pero lo cierto es que el proyecto CAIN se inició hace relativamente pocos años... apenas cinco —Bernaille miró hacia Johanna, que para él resultaba ser Elsa, buscando con sus ojos su ratificación.

—¿De quién fue la idea de dicho proyecto? ¿Fue suya, doctor Bernaille...?, ¿acaso un colaborador?

—Bueno... la verdad... —El rostro de Bernaille se iba acalorando—, no entiendo qué importancia tiene eso... ¿de quién iba a ser la idea?, ¿seguramente mía!

—No me sirve la palabra «seguramente» —cortó despectivamente Richard—. Dígame quién sugirió ese proyecto.

Bernaille suspiró y se sentó en una silla del comedor. Parecía abatido.

—Bueno, hace unos años teníamos varios proyectos entre manos. De pronto en una reunión del equipo nos fuimos acalorando debatiendo propuestas que resultaran prometedoras. Estábamos cansados de realizar pruebas convencionales tendentes a verificar teorías de forma metódica... algo, ni demasiado apasionante, ni que proporciona réditos de ninguna clase. Queríamos... algo de fama, algo rompedor. La

idea de CAIN, acrónimo de *Central Amplifier Inductor Nucleus*, no es sino la de amplificar la ya de por sí vasta potencia magnética del acelerador mejorando los inductores... era una inversión no demasiado cuantiosa pero que multiplicaba los gigaelectrovoltios del acelerador de una manera notable. La propuesta triunfó en el Consejo y se aprobó. Hoy día las nuevas bobinas están ya instaladas... el experimento está a punto y esto nos colocará en unos niveles inimaginables de potencia hace unos años... —Bernaille agitó la cabeza—, la idea surgió entre todos, pero reconozco que hubo una persona que nos inspiró, y que aún lo sigue haciendo... Elsa. No sé qué haríamos sin ella —dijo mirando hacia Johanna.

—¿Elsa? —preguntó Alejo irónico—. Su nombre es Johanna... así es al menos como la conoce este hombre, Richard, su exmarido.

Richard se dejó caer en el asiento. De pronto encajaban varias piezas en su puzle.

—¿Por qué dices eso cariño? —interrumpió Johanna un tanto molesta—. Me atribuyes siempre méritos que no son míos.

—Es que no veo que tiene de malo ser una persona creativa y con iniciativa como tú. Siempre me he llevado yo los méritos. La idea surgió entre todos pero sin ti... habría sido imposible. Y dicho esto y aclarado ese punto no veo qué problema existe... Aquí no hay ninguna conjura para destruir nada. Punto y final. —El doctor Bernaille sacudió la cabeza, intentando aclarar el embrollo—. Y no entiendo a qué vienen ahora estos que te llaman... ¿Johanna?... ¿qué significa esto?

—¿No se da cuenta? —Alejo casi gritaba—. Está siendo manipulado por esta mujer. ¿No se percató de que el doctor Stephanek intentó avisarle de que sus cálculos eran erróneos? ¿De lo que puede suceder si se activan colisiones de partículas a esos niveles de energía?

—Pero demostramos que sus cálculos eran incompletos... Se rebatieron perfectamente —alegó el francés.

—No, los últimos que presentó se quedaron sin refutar... ¡y cuando él pretendía presentarlos a la comunidad científica fue asesinado!

—¿Me está usted acusando de asesinato? —gritó furibundo Bernaille que estaba rojo como la grana.

—A usted seguramente no, cretino... pero alguien que está impulsando ese experimento desde tiempo atrás seguro que sí.

Richard, que contemplaba la escena desde el sillón atendía cómo proseguía el intercambio de gritos sin saber cómo detenerlo ni qué partido tomar. De pronto una imagen retornaba una y otra vez a su mente, ocupando por completo sus pensamientos. Sabía que debía centrarse en CAIN, en evitar el evento que se preparaba, en comprender quienes y por qué pretendían desencadenar una destrucción absoluta... pero aún con todo, aquello le parecía tan incomprensible como surrealista. Se encontraba absolutamente incapacitado para abarcar un problema de dimensiones tan amplias y que incomprensiblemente le parecía nimio. Sin embargo un pequeño dilema particular pero omnipresente ocupaba toda su mente hasta el punto de causarle

malestar. Su mente estaba fija en otra cosa. Bloqueado.

—Pero Johanna —dijo finalmente en un susurro, dirigiéndose a la mujer que tenía junto a sí, en el sillón—, ¿desde hace cuanto tiempo conocías a Kate? —La imagen de dos jóvenes que se parecían extraordinariamente a ambas mujeres y impreso en papel baritado que había sustraído de casa de Kate se hacía insoportable y hería su mente como una idea lacerante. Mientras le preguntaba le enseñó la foto de París de principios de siglo xx a Johanna, que ni se inmutó. De hecho, respondió con otra pregunta.

—¿Qué es lo que pretendes demostrar, Richard?

Éste comprendió que nada iba a sacar de aquella conversación irreal, y se incorporó. Su rostro y su voz expresaban firmeza. Su hastío había finalizado y había sido sustituido por una determinación. Si había llegado tan lejos lo único que restaba era completar el camino emprendido.

—Basta ya. Hemos de seguir adelante con el plan. No hay vuelta atrás posible. No a estas alturas. —Sentenció Richard lóbregamente. Pensaba en sí mismo.

## Carta 14

Tronar me aseguró repetidamente que debía relajarme. El viaje en tren iba a ser largo, y aunque él de entrada prefería viajar en clase turista yo deseaba hacerlo de la manera más discreta y cómoda posible. Rápidamente le convencí de tomar el tren nocturno que partiendo de Lisboa y pasando por Coimbra y Salamanca finalizaba en Hendaya, punto a partir del cual podíamos seguir la ruta que él me proponía con otras líneas ferroviarias y en servicios nocturnos con camarotes privados, que sin ser una maravilla permitían mucha mayor reserva, cuestión que para mí era crucial. No soportaba la idea de cruzar la mirada con nadie... salvo con él.

Partimos un atardecer, dejando atrás una ajetreada y vistosa Estación de Oriente, cuyas cúpulas vertebradas, iluminadas y flamantes, creaban una exuberante sensación de fuegos de artificio nocturno. La ciudad fue quedando atrás con su vacuo resplandor reflejado en el cielo y en la primera oscuridad de la noche pude despedirme de los últimos reflejos de las aguas del Tajo que se vislumbraban ocasionalmente a nuestra derecha. Aquel discurrir de paisajes nocturnos, de barrios iluminados y zonas industriales alternadas con parajes de absoluta oscuridad en las que vagamente se distinguían árboles, campos de labranza, bosques y la orografía de colinas suaves, pueblos y pequeñas ciudades que ocasionalmente resplandecían

fugazmente en el horizonte para volver a fundir el ventanal en un negro impenetrable, todo ello me hacía pensar en mi propia vida. Las luces se apagaban para sumirse en la oscuridad, en una sensación de paso, como un parpadeo, en el que lo visto rápidamente se convierte en un recuerdo de refulgencias ambarinos e insonoras del cual uno acaba dudando si alguna vez existieron realmente. Aquella enfermedad o proceso de degeneración mental que padecía, fuera lo que fuere, me había arrancado de la vida y me habían arrojado a un misterioso e incomprensible viaje. Todo cuanto veía en mi vida se asemejaba al pasajero que ve los cambiantes paisajes nocturnos a través de un cristal; inescrutables, misteriosos e inasibles.

Reflexionaba sobre las palabras que me habían empujado a emprender el tal viaje. Comprendía que mi necesidad era estar acompañado por aquel misterioso hombre, al cual percibía entero, sin mácula de degeneración, sin la inquietante visión de su estructura ósea, de sus cuencas oculares, de la mandíbula dentada de su calavera. Esa normalidad me resultaba queridísima y pacificadora. Era una luz de esperanza a la cual me arrimaba a fin de que pudiera acabar iluminando por completo mi vida, espantando las sombras y los temores de cuánto había vivido. Sin embargo su comportamiento extraño y sus palabras incomprensibles sembraban dudas. ¿Ayudar yo? Si mi situación era claramente desesperada. Hasta hacía poco tiempo estaba considerando el final de mi existencia como un verdadero alivio. ¿Qué clase de auxilio podría ofrecer yo a nadie? Ni mental... ni mucho menos físico. Mi cuerpo consumido era incapaz de ningún esfuerzo, mi voluntad debilitada era imposible que sostuviera el más mínimo propósito. Me sentía quebrado, completamente roto, como un juguete inservible.

Y Tronar no quería decirme nada de cuanto esperaba de mí. Por más que preguntaba parecía ignorarme por completo. Tan pronto descubrió su litera se apoltronó y cayó en un profundo sueño del que salió al cabo de un par de horas con ganas de conversación, más bien diría de monologar, pues cómodamente tumbado, ignorante si yo escuchaba atento o cerraba mis ojos y mis oídos a sus elucubraciones, pero en absoluto dispuesto a abordar ningún tema que pudiera incumbirme a mi persona, disertó sobre cuánto se le pasaba por la mente. Filosofó largamente sobre el amor y el egoísmo, la felicidad y la desdicha, e incluso en un alarde de querer hablar de lo divino y lo humano, me preguntó sobre la inmortalidad.

—Porque tú, Demian, si pudieras... ¿querrías ser inmortal? No tendrías así miedo a la muerte... al menos es lo que uno piensa cuando se desea algo en apariencia tan fantasioso. Aunque bien pensado, la inmortalidad no supondría ser absolutamente eterno. Por supuesto podrías morir por una enfermedad, o un accidente... Me refiero entonces a una relativa longevidad, en la que si nada se tuerce, tu vida fuera... mmm... casi eterna. Fíjate que te digo entonces una inmortalidad mortal —soltó una pequeña carcajada en ese punto divertido por la paradoja que estaba argumentando—, y en ese caso, aunque pudieras vivir mucho, también es cierto que podrías morir. ¿Qué crees que sucedería? ¿Te cansarías de la vida y te suicidarías? ¿Te protegerías

contra la muerte y te volverías una persona absolutamente miedosa de todo encerrada en lo alto de una torre de marfil?

Yo, sin quererlo, al escuchar semejantes palabras, reflexionaba sobre mi vida anterior, tan amante de los riesgos y de las emociones fuertes nunca había sentido miedo a la vida, tal vez porque todo me había sonreído. Me parecía ahora aquel bienestar un sentimiento lejano y hasta poco deseable. Después de lo que estaba viviendo sabía que esa existencia, caso de regresar, no podría aliviar el miedo al sufrimiento que padecía. Si toda aquella pesadilla terminara... ¿qué volvería a hacer en la vida? La conversación de Tronar me producía inquietud por aquellas consideraciones que se despertaban dentro de mí, porque de una manera u otra, el aceptar que todo aquello podía terminar en algún momento significaba reavivar el fuego de la esperanza otra vez, con todo su dolor y amargura.

—Hay quien dice que si viviéramos eternamente —decía Tronar— todos acabaríamos suicidándonos, que eso es solo una cuestión de tiempo. Tarde o temprano todos nos cansamos de todo, y así hartos, aburridos, por mucho éxito y dinero que tengamos, caemos en la desesperación del aburrimiento. Ya nada nos puede entretener ni llenar. ¿No crees? ¿Por qué crees que tantos famosos ricos consumen sus vidas rápidamente, como en una carrera desesperada por llegar a un sitio? ¿No crees que la eternidad acabaría por destruir nuestra cordura y que la sed insaciable que padecemos, la trascendencia de la cuál te hablaba ayer, nos empujaría a cometer los peores errores?

La voz de Tronar me martilleaba con estas y otras consideraciones que me obligaban por un instante a pensar en algo que rehuía. ¿Qué sería de mí en el futuro?, ¿qué secuelas dejaría en mí esa experiencia?... si es que aquella pesadilla concluía algún día, si es que no estaba ya completamente loco de atar sin cura posible. Le rogué que se callara.

—La ambición nos empujaría a querer obtener con el tiempo mayores logros, Demian. El tiempo nos daría a todos la oportunidad de alcanzar nuestros sueños, y una vez alcanzados a erigir nuevas metas y emprender nuevos esfuerzos para llegar a ellas. Sería una historia sin fin. La mortalidad atrapa a muchos en ese juego sin haber tenido tiempo de descubrir que a la postre ese truco de trileros que el destino nos tiende no es sino una añagaza, un simple ardid pueril que el hombre en su falta de perspectiva e insensatez es incapaz de comprender. Una vida se hace corta para entender las reglas del juego, siempre lo he pensado. La inmortalidad debería acabar revelándonos que toda lucha es estéril... no toda, tal vez, pero sí la gran mayoría de las cosas que perseguimos. Y aún así, me temo, que muchos insatisfechos perseguirían metas aún más inalcanzables... excéntricas... perturbadas, y por su ambición sin medida se volverían terriblemente peligrosos para todo el género humano. No tenemos solución —Tronar suspiró pensativo y se quedó callado largo rato con esa consideración.

Pasó un tiempo tumbado en su litera sin mediar palabra mientras el traqueteo del

vagón me invitaba a relajarme, a intentar olvidarlo todo, como un proceso hipnótico y mecánico capaz de desarticular las piezas de mi cerebro, y de tal manera desarmado, mi mente quedara en blanco. Tal vez así, al amanecer del nuevo día, todo volvería a una normalidad sin miedos ni sorpresas, mi mente cuerda, mi visión curada. ¿Qué haría entonces si eso fuera así? ¿Regresaría a mi oficina con ánimo de recuperar las cuentas robadas por mis compañeros? ¿Llamaría a Francine y retomaría la relación dónde la habíamos dejado? ¿Consultaría con Joaquim el calendario para ver en qué fechas nos cuadraba bien emprender la aventura más pintoresca que pudiera imaginarse? Imposible contener la avalancha de preguntas que Tronar había logrado despertar en mí.

El tren se detenía. Llegábamos a la primea escala del trayecto. Coimbra. Me quedé dormido unas horas en las que no soñé nada, fue un descanso absolutamente reparador. Fue Tronar el que me despertó. Tenía gran interés en abordar un asunto conmigo. Parecía alterado.

—Verás Demian, —me dijo con semblante serio—. No te he contado la naturaleza de la misión que deberás acometer cuando llegues a tu destino. Es imprescindible que ayudes a una persona en cuanto se ha propuesto. Es más débil de lo que cree... y no lo sabe.

—¿Ayudar yo? —le dije— ¿Has visto el estado en el que me encuentro? —le pregunté lastimeramente, en un tono y con una actitud de derrota tan profunda que aún ahora, cuando escribo con más tranquilidad, me avergüenza. Creo que quería implorarle que se quedara conmigo, que haría cuanto quisiese pero siempre que contara con su compañía.

—Mucha gente va a depender de ti en estos días. Me temo que se está tramando una conjura terrible y tú... tú tienes la posibilidad de reconocer a cuantos están involucrados en ella, por eso confío en ti.

—¿Reconocer?, ¿a qué te refieres?

—Demian, ignoro cuál es la causa de esa realidad diferente que percibes. Pero lo que sí sé decirte es por qué a mí y a determinadas personas las observas con un aspecto entero, sin corrupción... con normalidad, en tanto que en el resto percibes un halo de mortalidad, de podredumbre...

—Explícate.

—Habrás de hacer una consideración que te parecerá absurda e increíble.

Y así fue. Tronar me confesó lo que él calificaba de verdadero y que por mi parte inmediatamente tildé de locura descabellada que no merece la pena ser tenida en consideración, ni perder el tiempo siquiera en transcribirla en este documento, pues daría pie a que piense, estimado doctor Pinto, que por un momento di pábulo a semejante fantasía. Comprendí que estaba en presencia de un loco, de un fanático tal vez, en peor estado que el que escribe estas líneas. No podría explicar por qué me inspiraba un hondo sentimiento de confianza, pero su relato fantasioso me resultó tan increíble que no entiendo como no pudo comprender por mi semblante que no creía

ni una sola de sus palabras. Tal vez mi rostro demacrado ocultaba el estupor que debía reflejar al escucharle.

Cuando terminó de explicarse y de exponer su plan me dejó sumido en mis pensamientos, con los cuales volví a quedarme relajado en un apacible sueño. Parecía que el reposo que había hallado mi cuerpo había sido tan reparador que éste ahora se aferraba al descanso de tal manera que tan pronto Tronar me expresó sus ideas volví a sumirme en el sueño del cual él me había sacado. Al despertar descubrí que ya era de día y el tren se había detenido. Estaba en Hendaya, completamente sólo, porque de Tronar no había ni rastro.

Suspiré sentado en mi butaca. Un hondo sentimiento de miedo me invadía y me mantenía paralizado en mi asiento. ¿Qué hacer ahora?

## Capítulo 35

Utilizaron el amplio vehículo del doctor para desplazarse hasta el CERN. Habían esperado a la madrugada iniciar su plan; infiltrarse en el acelerador y destruir los componentes del CAIN. El doctor se había vuelto extremadamente nervioso conforme Alejo explicó los detalles y fue necesario, además de maniatarlo con bridas, al igual que se hizo con Johanna, ponerle cinta de embalar en la boca a fin de evitar que pudiera dar la voz de alerta. La posibilidad de verse involucrado en un sabotaje que pudiera perjudicar al preciso acelerador alarmó extraordinariamente al científico. Por otro lado Johanna sobrellevaba la situación con una ecuanimidad no exenta de indiferencia. Richard en cierto sentido se sentía decepcionado con su actitud.

Las instalaciones del CERN permanecían iluminadas aunque el edificio de oficinas que alojaba el despacho del doctor estaba al completo oscuro. Ocasionalmente Bernaille y su equipo habían trabajado contrarreloj hasta elevadas horas de la madrugada cuando alguno de sus proyectos subvencionados debían estar listos dentro de plazos de ejecución establecidos. En esas ocasiones daba igual cuánto se hubiera esforzado el equipo durante el curso, siempre parecía que el tiempo era insuficiente y había que echar noches y tener los programas de cálculo funcionando las veinticuatro horas. Cuando llegaron frente al control de seguridad Richard había advertido a ambos científicos que caso que hicieran algo inusual lo pagarían caro. Pero sus amenazas resultaban poco creíbles. El hecho de ser Johanna la persona que llevaba sujeta como rehén anulaba toda su capacidad de violencia. Todo habría de realizarse de la manera más torpe y vulnerable que imaginarse pudiera. Richard maldijo su suerte.

Llegaron al edificio que albergaba las oficinas del equipo de Bernaille, en medio del conglomerado de edificaciones caóticas que constituía el núcleo de trabajo científico del CERN. Con el guardia de seguridad obraron con rapidez. Tan pronto salió de su mostrador a pedirles su credencial Richard le encañonó con su pistola y Alejo lo desarmó y lo amordazó, dejándolo oculto en el cuarto de servicio. Accedieron al despacho de Bernaille y se hicieron con las credenciales de él y de Johanna, imprescindibles para acceder al corazón del CERN.

Se dirigieron en coche hacia el acceso del acelerador que se encontraba a unos kilómetros de allí. La noche era cerrada. Richard sentía las pulsaciones del corazón en la sien. Sentía que la fiebre enturbiaba sus pensamientos.

El acceso al CERN resultaba más arduo. Un túnel de veintisiete kilómetros a cien metros de profundidad. Sólo había cuatro puntos por donde se podía entrar a la red de túneles. Richard estaba convencido de que no iba ser tan fácil como dar un paseo junto a un edificio buscando puntos débiles. Los accesos eran mucho más restringidos y los controles habrían de ser seguramente mayores. No temía hacer uso de la violencia, pero no quería que ésta se le fuera de las manos y se echara todo a perder. Lo que le preocupaba era lo que les depararía el interior del acelerador. ¿Qué debían



dañar? ¿Destruir la inversión más cara de la historia de la ciencia? Sonreía ante semejante disparate. De Bernaille y Johanna dependería esa cuestión. Llevaba explosivos suficientes y si no le indicaban cómo proceder quirúrgicamente recaería sobre ellos en última instancia aquel desenlace disparatado. Bernaille no podía pronunciar palabra pero su rostro permanecía congestionado, enrojecido. Parecía a punto de sufrir un ataque.

Aparcaron junto al acceso principal del acelerador. Un edificio de varias plantas que según les había explicado el doctor, era hueco. En su interior se albergaban varias instalaciones que suministraban recursos al acelerador, además de los principales ascensores y montacargas.

Decidió que si se acercaban al puesto del vigilante con dos personas con las manos atadas y una de ellas amordazadas levantaría de inmediato sospechas. Así que liberó a sus cautivos.

—Bien, Alejo y yo nos disponemos a entrar en ese edificio y a inutilizar su experimento CAIN. Lo podemos hacer con su ayuda o solos... claro está que caso de proceder de esta guisa podríamos provocar un auténtico desbarajuste... ¿comprenden no?

El doctor Bernaille parecía absolutamente trastornado. No sabía qué decir.

—Vea, vea, buen doctor... en esta mochila llevo suficiente C4 para dejar el acelerador hecho papilla —con estas palabras le fallaron las piernas al científico. Johanna seguía sin apenas inmutarse, como si aquellas amenazas le resultaran infantiles e inútiles.

—Por favor... por favor... no pueden hacer eso...

La mente del prestigioso científico se debatía en un duelo terrible. Renunciar al proyecto que podría catapultarlo a la fama le dolía en el alma... pero asumir el deshonor de haber permitido que destruyeran una parte sensible del acelerador resultaba aún más inconcebible. Sentía que se desmayaba.

—No... por favor... por favor... —Era todo cuanto podía decir. Era presa de un ataque de histeria.

—Vamos allá. Sigamos adelante con este maldito circo —resolvió Richard.

Avanzaron resueltos hacia la entrada principal que permitía acceder al subterráneo donde se alberga el acelerador directamente. Richard era consciente de lo heterogéneo del grupo. Se puso una de las tarjetas de identificación que correspondía a la de Bernaille. Simplemente necesitaba crear algo de confusión que le permitiera obrar con los guardias. Johanna caminaba junto a él con una sonrisa en los labios y aire resuelto. Richard diría que aquella situación le divertía y que a pesar de las apariencias era ella la que dominaba la situación. Por contra, el doctor Bernaille era un pez dando sus últimas bocanadas fuera de la pecera. Alejo cerraba la marcha con su habitual rictus de severidad.

Llegaron a la puerta de acceso y tras ella un guardia se dispuso a tomar nota de los visitantes. Todos trataron de hablar a la vez, por lo que el guardia, un hombre de

color de gruesa cintura y mirada bonachona, abrió los ojos intentando aclarar qué sucedía, pero entonces ya era demasiado tarde para él. Richard lo redujo con facilidad. En menos de un minuto estaba completamente maniatado y amordazado, oculto en uno de los recovecos del amplio *hall* de entrada.

Richard miró en derredor. Más bien se parecía aquello a un amplio hangar, en el que diversa maquinaria, pero sobre todo conductos de ventilación y líneas de suministros y comunicaciones se entremezclaban en caóticas tuberías y cuadros de mandos. Intuyó que debía haber varios montacargas y ascensores y hacia uno de ellos se dirigieron.

—Pónganse el casco... el casco... —titubeaba el doctor Bernaille.

Richard y Alejo se miraron entre sí y consintieron sin mediar palabra. Con el casco rojo de visitantes llamarían menos la atención.

El montacargas descendió lentamente hacia las profundidades. Mientras tanto Richard silbaba una tonadilla que parecía tener la virtud de crispar por completo los ánimos del científico. Finalmente Johanna le dirigió un breve reproche a Richard y éste se calló. «Es como en los viejos tiempos», se dijo sarcástico el agente.

El montacargas sufrió una sacudida al detenerse. Richard abrió las puertas de rejilla y se asomó al exterior. Un pasillo de blancas paredes y abovedado les invitaba a seguir adelante. Así lo hicieron y en breve llegaron a una inmenso hangar, de casi una decena de pisos de altura, en el que se encontraba el principal detector del complejo, un gigantesco octaedro en el que se embocaban infinidad de cables y sensores como si de un enorme sumidero se tratara, y todo ello cubierto de andamios doquiera uno dirigiera la mirada. «El corazón de la bestia», pensó Richard. No se veía a ningún operario a aquellas horas de la madrugada.

—¿Y aquí qué hacemos? —inquirió Richard mientras golpeaba la bolsa de explosivos que portaba.

Bernaille tartamudeaba y su tez había palidecido hasta ser cadavérica.

—Si me siguen... podemos... podemos llegar a la sala de control del dispositivo CAIN...

Les condujo por varios túneles estrechos, pintados de blanco, que a Richard se le antojaron laberínticos. Finalmente dieron con el conducto principal del acelerador al lado del cual había un espacioso andén por el cual caminaron hasta desviarse nuevamente en una bifurcación que le condujo directamente a una amplia puerta de metal, pesada y gruesa. En letras negras sobre el fondo amarillo con el que estaba pintada figuraba el acrónimo que buscaban: C.A.I.N., y debajo, Sala de control. Tras ella se abría un recinto espacioso con algunas terminales de ordenador que permanecían encendidas.

—Todo lo que destruyan será repuesto... tarde o temprano... —murmuró intentando ser amenazador el doctor. Su acento francés hacía que su inglés resultara un tanto cómico.

—Si, ya... —respondió despótico Richard, que parecía ansioso de terminar el

trabajo.

Alejo sin embargo tenía ganas de desahogarse.

—Sí, por supuesto. Esto va a ser un retraso, claro... pero mientras tanto si no es usted habrá otras personas más honestas que revisarán los cálculos y valorarán los riesgos de que ésta iniciativa se lleve adelante. Ya me ocuparé yo personalmente de que esto sea así.

Richard contemplaba los paneles de cables y los servidores informáticos que había en el cuarto. Realmente no iba a ser difícil convertir aquello en un amasijo...

Pero su pensamiento se interrumpió abruptamente. Un pesado golpe en la nuca lo derribó y le hizo caer sobre sus manos y rodillas al suelo. Sintió que todo le daba vueltas y la vista parecía ir y venir, quedándose por segundos completamente ciego. La tentación era dejarse sumir en un apacible sopor parecía irresistible. Simplemente debía dejarse llevar. Era tan fácil ceder al malestar y a la debilidad que le dominaban y tenderse sobre el pavimento...

Finalmente optó por mantenerse a cuatro patas antes que derrengarse en el suelo. Oía un murmullo de voces indescifrables. Apenas tenía equilibrio y tendió una mano hacia delante buscando algo sobre lo que tantear y apoyarse. A duras penas lo logró, junto a lo que parecía ser un armario de metal, contra el que dejó caer su espalda. Varias figuras se movían en la sala en el que se encontraban pero aún le resultaba imposible identificarlas. Una voz extrañamente familiar se sobreponía a las restantes y le obligaba a hacer el esfuerzo de ponerle nombre, de identificarla. «¡Desmond!». Las fuerzas le fallaron y su espalda se deslizó hacia un lado. Le costó un esfuerzo indecible recuperar la verticalidad. Con los ojos cerrados, confiaba que aquel mareo remitiera pronto. Por un momento había temido que le habían endosado un balazo.

Johanna y Desmond cuchicheaban. Tendido a su lado se encontraban Alejo, parecía inconsciente, y Bernaille, que le miraba con cara de estupor.

—... es precipitado Desmond... pero podemos intentarlo ahora... —murmuraba Johanna. La imagen era borrosa. Richard veía doble cuando abrió sus párpados, pero al menos las voces las distinguía con completa nitidez. Su mano palpó sangre, pero dada su visión borrosa tuvo que hacer un gran esfuerzo para interpretar lo que veía. Buscó desorientado su procedencia. Estimó que era de Alejo. Su rostro con los ojos cerrados no revelaba nada. Parecía que respiraba.

—Ha de hacerse —sentenció tajante Desmond—. Ah... mira quién tenemos aquí. El incompetente de Richard. ¿Así que has sido tú el que ha estado poniéndonos la zancadilla en Villeneuve? Debí imaginármelo. Pero claro, pensé que estarías en uno de tus habituales *deliriums tremens*. Valiente pero tonto e ingenuo, sí.

—¿Qué es lo que pretendéis?... ¿por qué?

—Ah Richard, por favor... ahora no pienso responder tus estúpidas preguntas...

—¿Matasteis a Kate? —Richard hablaba entre suspiros, pensaba que iba a vomitar. Las fuerzas se le iban.

—Por supuesto. Johanna se ocupó de ello... siempre ha sido muy celosa.

Richard gimió.

—Estúpido. ¿Por qué has tenido que decírselo? —protestó Johanna. Su expresión enfadada y severa le resultó a Richard irreconocible.

—Ah... ¿esperabas a decírselo en una cena romántica de reconciliación? ¡Venga! No tenemos tiempo que perder. Ya que estamos aquí vamos a desencadenar el Armagedón.

Junto con Desmond había un par de hombres que se habían sentado en las consolas y operaban con ellas ágilmente. El sonido de los teclados y el deslizamiento del ratón lo percibía Richard, mezclado con el zumbido de los equipos que tenía cerca de sí. No podía creer que no pudiera evitar el desastre... pero estaba sin fuerzas.

—¿Qué pretendéis? ¿Destruir el mundo?... ¿el apocalipsis?

Desmond rió.

—Sí, Johanna me ha contado vuestra estúpida elucubración de crear un agujero negro que engulla al planeta... —volvió a reír mientras apoyaba sus manos en la cintura—. Por favor Richard, y ¿qué crees que quedaría para nosotros? No somos tan estúpidos... En el fondo, te diré lo que pretendemos... es algo bueno, muy bueno Richard... se puede decir que consiste básicamente en dar otra oportunidad a la Humanidad... Todavía puedes apuntarte con nosotros... si eres capaz de recuperar tu cabeza de idiota claro...

—¿Qué significa...?

Pero la pregunta de Richard no pudo concluirse. Estaba perdiendo sangre y apenas tenía fuerzas.

—Señor... —Uno de los operarios llamaba a Desmond—, el sistema falla.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oye... en principio todo es correcto, pero en cuanto tramitamos la orden de ejecución aparece un mensaje de error.

—¡No puede ser! —exclamó Johanna—. Ayer mismo verificamos todo y era correcto. Sólo faltaba ejecutar... pero no había ningún impedimento...

Desmond abrió los paneles de la sala de mando y aulló. Richard vislumbró, sintiendo que estaba a punto de desmayarse, cables arrancados, conexiones destrozadas... paneles electrónicos partidos... alguien se había adelantado a ellos en su labor de sabotaje. «Mierda, ¡todo para nada!... es mi sino».

Aún así no pensaba conformarse. Reunió el resto de sus fuerzas y erguiéndose bruscamente arremetió contra Desmond, que no se esperaba el ataque pues aún estaba evaluando los destrozos que tenía ante sí. Tras la embestida ambos rodaron por el suelo. El ruido metálico del arma de Desmond rodando fue cuanto le bastó a Richard percibir para alargar la mano en la dirección correcta y hacerse con ella.

—Pagaréis por esto —dijo lleno de rabia en tanto apuntaba hacia sus oponentes, aunque lo cierto sus fuerzas parecía que ya no daban para mucho más. Si iba a disparar debía hacerlo rápido, antes de perder el sentido. Estaría acabado si caía.

«Johanna puede ser la primera en probar el plomo...».

Lentamente se incorporó, apoyándose contra la pared, mientras Desmond, Johanna y otros dos operarios que no había visto anteriormente con claridad se le quedaban mirando atónitos.

Johanna avanzó con calma hacia él...

—Richard... Richard... —pronunció su nombre con suavidad... con la misma ternura de siempre que él tanto echaba de menos—. ¿Tienes la fotografía que me enseñaste esta tarde? Me gustaría que la mirases con calma... hay algo que debes recordar...

Richard le miró extrañado.

Esa foto... tenía algo que le hería la vista, que le atravesaba el pensamiento como una lanza ardiente. ¿Por qué debía mirarla ahora? No supo muy bien la causa, pero le hizo caso.

Sí, era una foto tomada a principios de siglo xx. Johanna y Kate, jóvenes, como ahora mismo veía a Johanna, como siempre recordaba haber visto a Katherine, ambas en París, la torre Eiffel al fondo y un tranvía abarrotado de gente en un plano intermedio. Salvo las dos figuras femeninas con vestidos largos y elegantes, con sendos tocados adornados con plumas, estilo charleston, el resto estaba ligeramente difuminado y borroso.

—Quiero que recuerdes... ¿Quién hizo esa foto?

Richard suspiró... se quedaba sin aliento, pero un pensamiento lleno de luz y dolor se abría paso en su mente.

—Nooo... —gimió en un susurro inaudible— no puede ser... no puede ser...

Quería olvidar... siempre quería haber olvidado... de hecho parecía haberlo logrado. Pero ellos no lo habían permitido. Lo había deseado con toda la fuerza de su alma. Ahora recordaba. Quería haber pasado página de aquella maldición... Y no lo iba a lograr jamás. Esa certidumbre le hirió de tal manera que sintió una profunda opresión en el pecho.

—Sí... es verdad —prosiguió Johanna con una voz dulce como sólo la de ella era capaz de vibrar—. Sólo que tú estabas cansado de la lucha, de las guerras, de nuestro papel de guías... y te rendiste. Quisiste ser un alma mortal, tener una existencia finita... y al desearlo olvidaste todo cuánto habías sido. Pero nosotros nunca te dejamos sólo... tarde o temprano habrías de regresar. No podía ser de otro modo, Richard. ¿Te das cuenta de que era un error, verdad?

Richard se dejó caer en el suelo mientras soltaba el arma y sus ojos se llenaban de lágrimas. En un fogonazo de entendimiento comprendió como Katherine había estado cerca de él, velando su decisión, protegiéndole, siendo tan reacia a confesar nada... mientras que Johanna le había empujado hacia la NSA, a hacer su trabajo de Vigilante, a volver... ella y Desmond tras de él, como buitres, esperando...

Él había hecho esa fotografía... él era uno de ellos.

## Carta 15

Estimado Doctor Pinto.

Durante estas semanas ha sido el confidente de mis desvaríos. ¿He llegado a curarme? Tal vez sea algo imposible ya para mí. He de decirle que han sucedido muchas cosas desde mi carta anterior. En primer lugar habría de reconocer que en determinados aspectos creo que estaba equivocado. La presencia de Tronar, ese hombre misterioso, loco... pero a la vez extraordinario, marcó por completo mi manera de contemplar el mundo.

Ha de entender que me pidió que hiciera algo en lo cual no creía, pero no existiendo ninguna otra opción para mí, consideré que tal vez si seguía su descabellado plan, tal vez tuviera ocasión de topar de nuevo con él, y... dado que su presencia parecía obrar un beneficio de paz y serenidad en mi espíritu, tenía en mucho valor la influencia que inexplicablemente había ejercido sobre mí... una misteriosa ascendencia, sin duda.

Así que seguí mi viaje rumbo a Ginebra, pues era en esta ciudad donde debería desarrollar mi misión. He de insistir nuevamente que en mi ánimo para nada se encontraba secundar la iniciativa que este hombre me había marcado. Pero era la única pista de la que disponía, así que al menos debía seguir el juego hasta tener una nueva oportunidad de comprender algo.

Hacía pocos años había frecuentado esta ciudad, por lo que no me resultaba difícil desenvolverme en ella. Mi carácter taciturno y aspecto enfermo era si acaso la única cualidad con la que llamaba la atención de la gente. Mi francés siempre ha sido excelente así que no tuve problemas en seguir el plan establecido, que tenía como premisa más inquietante el realizar una visita guiada al CERN, instalaciones dentro de las cuales debía ocultarme a fin de cumplir mi extraño objetivo.

Esto se me antojaba como una cuestión imposible pero puesto que quería saber no me arredré y haciendo acopio de valor secundé el plan previsto por Tronar, siempre con el convencimiento firme de que sería incapaz de completarlo habida cuenta de que no hallaba en él ningún sentido. Pero... ¿qué tenía sentido para mí desde hacía mucho tiempo?

Lo más difícil era confundirse con un grupo de jóvenes doctorados que tuvieran el privilegio especial de visitar las instalaciones principales, allí dónde se encuentra el acelerador propiamente dicho. Había averiguado que estas visitas se realizaban con cierta frecuencia. Mi alojamiento, en una residencia cercana habitualmente utilizado por este tipo de colectivos llegados de muy diferentes partes del mundo, formaba parte del plan, y finalmente se demostró que la idea era buena. Cuando localicé a un grupo que se organizaba para la visita me infiltré entre ellos. Confluían doctorados portugueses, italianos y alemanes que no se conocían entre sí. Mi aspecto callado y taciturno a punto estuvo de costarme ser descubierto, pero supe sacar fuerzas de flaqueza y mi tapadera surtió efecto. Cuando nos hundimos bajo tierra en aquel

descenso en montacargas creí enfermar.

No me resultó difícil escabullirme del grupo. Los pasillos eran estrechos y al guía le resultaba imposible tenernos a todos controlados en todo momento. Incluso en las salas más amplias permanecíamos todos apretujados.

Debía buscar una pequeña sala de operaciones denominada CAIN. Es un acrónimo del que no sabía nada. Mi objetivo era llevar a cabo una misión de sabotaje. Era imprescindible retrasar el experimento ligado a aquel nombre. Vuelvo a repetir, estaba convencido de que no iba a realizar dicha labor. No quería ser un simple esbirro al servicio de unos intereses desconocidos. Me parecía un disparate. Sin embargo quería saber por qué. Así que siguiendo las instrucciones de Tronar me dirigí a la sala, que no tardé en localizar, y decidí esconderme entre los servidores eléctricos. Había echado un vistazo a las terminales informáticas, pero resultaban completamente ininteligibles para mí, así que consideré aguardar a ver qué sucedía antes de tomar partido.

Inesperadamente aparecieron dos personas a las que apenas podía ver desde mi escondite. Lleno de estupor, a ambas las reconocí inmediatamente. Se trataban de las mismas que habían protagonizado la persecución en Lisboa días atrás. Vestían ahora de manera informal. La mujer, muy atractiva, parecía encontrarse en su medio habitual, dado la soltura con la que hablaba. Se sentó en una de las terminales y le explicó los preparativos del experimento al hombre con solvencia. Éste atendía rígido y severo las explicaciones que recibía. ¿Qué hacían allí ahora? Hablaban del experimento, sí, pero no entendía su terminología científica. La mujer insistía en que todos los problemas estaban resueltos satisfactoriamente. En un momento determinado hicieron una pausa y cambiaron de tema. Se refirieron a una persona que estaba tratando de boicotear su experimento. Pensé inmediatamente que se referían a mí, pero después el hilo de la conversación dio a entender que tenían cautivo a su agresor y lo iban a interrogar.

Finalmente hablaron de las consecuencias de lo que CAIN iba a provocar... y entonces comprendí las palabras de Tronar. Realmente se trataba de una amenaza mundial. Se referían a ello como el «evento» y según entendí su efecto iba a resultar devastador... Me costó asimilarlo. A tenor de las valoraciones que hicieron se trataba de un verdadero genocidio.

Llegó un científico. La conversación se interrumpió y el primer hombre se marchó. La mujer mantuvo una conversación intrascendente, mintiendo respecto del hombre que se había marchado diciendo que se trataba de una visita que nada tenía que ver con el experimento, y despachó al científico con cierto desdén, aduciendo que estaba muy ocupada, pese que éste trató de abrazarla y besarla. Se ve que debían ser amantes pero que la mujer no estaba muy satisfecha con el dominio de quién parecía ser su superior científico.

Horas más tarde, estando ya sólo en la instalación, de madrugada y no sin haber sufrido un mar de dudas y altibajos, realicé mi labor de sabotaje tan bien como supe

utilizando un pesado martillo con el que me había hecho durante mi paseo por el interior. Para salir de las instalaciones debí de armarme de paciencia y esperar a que un nuevo grupo de visitantes de casco rojo iniciaran el recorrido informativo por las instalaciones. Infiltrado entre ellos, pocas horas más tarde, volví a ver la luz del sol.

Viví unos días ansiosos pendientes de si mi acto tenía repercusiones de algún género, pero no vi ninguna noticia en prensa, y cuando me acerqué al CERN a indagar como mero turista, parecía que todo estaba en orden y en funcionamiento. No volví a saber nada del mencionado proyecto CAIN hasta que semanas más tarde, navegando en internet, descubrí una breve nota del organismo en la que comunicaba escuetamente la cancelación de dicho proyecto a causa de ciertos errores de cálculo detectados que podrían haber provocado daños en el acelerador. Aquello me tranquilizó doblemente. Mi labor no había sido un sabotaje inicuo... si acaso todo lo contrario.

Nunca más volví a saber de aquellos siniestros personajes de Lisboa.

No he vuelto a saber nada de Tronar.

¿Qué hacer con mi vida ahora?

Sí sé lo que no haré. Volver a mis ocupaciones de antes.

Anheló el sosiego y la paz. Mi alma está quebrada por el sufrimiento y mi vida rota. Buscaré allí donde ésta se pueda regenerar. A todos los efectos el antiguo Demian está muerto... o mejor sería decir, desaparecido.

Recuerdo un sitio al que mi imaginación acude solicita en los ratos que me quedo quieto, mirando a través de una ventana, o escuchando una simple sonata de piano. Allá, en Lisboa, un hogar para niños huérfanos al que, de universitario, acudía ocasionalmente con mi novia a echar una mano...

Se despide de usted afectuosamente.

Demian.



## Capítulo 36

El parque público del centro de Boston era uno de los parajes de la ciudad que más le gustaba frecuentar al padre Haggerty en sus raros momentos de asueto. Una visita le había conducido al centro de la ciudad y dado que tenía libertad para establecer su próxima cita, había decidido convocarla en aquel agradable lugar público. Había llegado con tiempo por lo que decidió tomarse un almuerzo frugal a la sombra de los espesos sauces que allí abundaban, era un día veraniego muy soleado, y sentado en un banco de madera observaba el lago surcado ocasionalmente por coloridos grupos de turistas, que embarcados en pequeños *batteau mouche*, realizaban un recorrido típico por los rincones más pintorescos del parque. Con parsimonia extrajo la hamburguesa de su bolsa de papel y fue alternando sus pequeños bocados con escuetos tragos de agua fresca de una botella que también llevaba consigo.

La algarabía de niños jugando y familias que paseaban dejaba ocasionalmente algún minuto de silencio en el que el sacerdote reflexionaba serenamente. De vez en cuando miraba la hora en un viejo reloj de pulsera, cromado en oro y de correa de piel ya muy desgastada, delatando que el encuentro que esperaba lo consideraba importante y despertaba en él cierto nerviosismo. Entre la arboleda vislumbraba algunos de los edificios públicos que rodeaban el parque, pero prestaba especial atención al sendero que más directamente provenía de la Biblioteca Estatal. De allí habría de venir seguramente su interlocutor.

No era una entrevista especialmente cómoda. El padre Haggerty no la deseaba en absoluto de hecho, pero era necesaria... imprescindible.

Finalmente un hombre trajeado de oscuro, de corbata azul marina y aspecto impecable tomó asiento frente a él, en un banco que se disponía a menos de dos metros, flanqueando la otra orilla del sendero. Se miraron sin inmutarse durante lo que parecieron largos segundos. Aquel hombre de tez bronceada, de movimientos resueltos, aunque maduro, mantenía aún un aspecto lozano. El sacerdote se pasó la mano sobre su pelo a fin de ordenar algunos mechones que la brisa había despeinado. A diferencia de él, aquel hombre tenía el pelo corto, de aspecto casi militar, sus rasgos faciales resultaban duros e inexpresivos. No era difícil deducir que se encontraba enfadado.

—¿Así que al final te saliste con la tuya eh? —inquirió finalmente, a guisa de saludo. El sacerdote ladeó el rostro e hizo una mueca como queriéndole dar la razón pero sin hacer ningún tipo de gesto que pudiera interpretarse como una provocación. Una especie de «así son las cosas, así han resultado...».

—Johanna ya me avisó de que habías vestido los hábitos... ¿por cuánto tiempo... Tronar?

—Eso no depende de mí... Desmond.

Desmond sonrió.

—¿Cómo sabías lo de Ginebra?... bah... da igual, prefiero que no me lo digas... me lo imagino. Sé que Kate te pasaba información.

Se inició un incómodo silencio.

—¿Era realmente necesario acabar con Katherine? —Era una de las preguntas que el sacerdote quería hacer. Su semblante se endureció.

—Ah... eso diría que fue una cuestión personal... de Johanna. Antes eran buenas amigas... ya sabes, pero Katherine comenzó a alejarse hace tiempo... tal vez tú fueras una mala influencia para ella. Y no permitimos traiciones... y no se adhirió al plan así que la mantuvimos al margen... Kate estaba levantando la liebre y fue advertida de lo que ocurriría si no cejaba en su empeño. Además cometió aquel desliz con Richard, que Johana no toleró. Apenas pude contenerla. Ya sabes cómo es. Por mi parte no creo en la piedad, es una debilidad que no pienso consentirme. —Desmond suspiró y se inclinó hacia delante—. Creo que al final has metido la pata... viejo. No pretendíamos nada verdaderamente malo, ¿sabes? —explicó mientras dejaba de fijar su mirada en el sacerdote y la dirigía hacia el lago.

—Sí, vosotros nunca pretendéis nada verdaderamente malo... pero tras todas vuestras acciones siempre hay un reguero de muertes, guerras, destrucción...

—Nuestra labor es... guiar... conducir... evitar el caos, solo que en ocasiones evitar un mal mayor requiere un mal menor...

—Y ¿en esta ocasión qué es lo que pretendíais evitar?

—Ah, Tronar... tu idealismo y tu ingenuidad van a la par. ¿Es que no ves cómo va el mundo? Se dirige hacia el precipicio. ¿No lees las noticias? ¿No tienes la sensación...?, no, «sensación» esa es una palabra mal empleada... ¿no tienes la «certeza» de que algo terrible va a terminar por ocurrir? Créeme. Estamos bien informados, es sólo cuestión de tiempo que suceda lo peor... la humanidad avanza hacia el abismo... este bienestar que nos rodea, esta aparente calma que percibes aquí... esas familias que pasean, esos turistas que toman fotos... todos ellos ignoran lo que está por venir...

—Y según tú ¿qué crees que va a suceder?

—Ah... da igual si es una cosa u otra. La civilización humana se yergue sobre un precario equilibrio que cada día es más inestable. Es una pirámide invertida en la que poco a poco se añaden escalones más estrechos y endebles en su base. La tecnología, a cada año que transcurre, da más posibilidades para que un grupo humano, un grupo fanático, da igual cuál sea la razón, sea capaz de cualquier tropelía. Biotecnología, nanotecnología, inteligencia artificial... es una gran caja de Pandora que la humanidad manipula frenéticamente inconsciente de lo que hallará en su interior. —Desmond hizo una pausa y su rostro se ensombreció—. Hace años perdimos el control de varias armas nucleares, ¿sabes Tronar? En el mundo existen ya demasiadas potencias nucleares. Pero muchos son países con economías de pies de barro donde impera la corrupción y la burocracia. Sabemos que varias de ellas han ido a parar a grupos militares de muy dudosa fiabilidad. Lo que nos preocupa son aquellas otras

que ni tenemos idea de quiénes son sus poseedores. ¿Te das cuenta de lo que digo? ¿Estamos en paz? ¡No! Estamos en guerra...

Desmond hizo una pausa forzosa en mitad de su discurso enardecido. Una pareja de novios tomados de la mano pasaba en ese momento entre ambos interrumpiendo la conversación.

—Siempre la humanidad ha estado en guerra —prosiguió el sacerdote—, y en gran parte gracias a vosotros y vuestros ardides. Con el pretexto de buscar lo mejor para la humanidad habéis levantado líderes, creado revoluciones que después, cuando se os han ido de las manos, habéis descabezado o convertido en contrarrevoluciones, siempre acompañado del pertinente baño de sangre. ¿Vigilantes? Más bien deberían habernos denominado Verdugos, a tenor del papel que hemos desempeñado. Vergüenza me da nuestra labor.

—Sí, tú eres uno de esos arrepentidos que nos deshonra...

—Bueno, yo prefiero verlo de otra manera Desmond... ¿o debería citarte por tu nombre... Shamsiel? —Los ojos de Desmond brillaron provocadores al oír ese apelativo—. Siempre pensando en el bien de la Humanidad... ¿qué iba a ser está vez? ¿Cuál era el alarde en vuestra estrategia de intentar gobernar al hombre como si de ganado que dirigís al matadero se tratase?

Desmond apretó la mandíbula.

—Pretendíamos una gran implosión electromagnética de alcance mundial... algo capaz de devolver a la humanidad a la edad preindustrial. Todo circuito electrónico o eléctrico habría quedado completamente destruido en un sólo instante. En un segundo la tecnología habría sido borrada de la faz de la Tierra. Una manera burda pero eficaz de ganar tiempo e intentar articular otro tipo de sociedad... con otros valores... Habríamos destruido toda capacidad nuclear mundial... entre otras cosas...

—¿Vosotros?, ¿valores? Pero si lo único que adoráis es el poder, el puro poder. ¿Cuántos muertos habría causado vuestro plan? Decenas de miles... millones... Habría sido el colapso, el caos, la anarquía... Y eso sólo en el primer instante... ¿Cuántos millones no habrían podido sobrevivir a un cambio como el que propugnabais? ¿No habría sobrevenido una época de tinieblas tras semejante retroceso?... La civilización actual descansa sobre una tecnología muy desarrollada, comunicaciones, transporte, productividad agroalimentaria... Eliminar esa tecnología de golpe supondría acabar seguramente con cientos de millones, tal vez miles de millones de personas en pocos años... Sería un holocausto...

—Sí, ese es el precio, el sacrificio que debe pagarse. El poder lo requiere, y llegará el día en el que establezcamos un gobierno del que emane justicia e igualdad, Tronar. —Por un momento el semblante de Desmond se suavizó—. Con una nueva humanidad que resulte de ese caos. Tarde o temprano lo lograremos puesto que es la única opción.

—Ah... vuestros daños colaterales... Me imagino que todos aquellos que por una razón o por otra descubrían vuestra actividad eran igualmente... «sacrificados». ¿Qué

hacéis con los que sufrían la parálisis del sueño y de alguna manera descubrían nuestra existencia? ¿Llevarlos a un estado de miedo, de psicosis absoluta hasta que los aniquiláis? ¿O provocáis su suicidio?... ¿Era ese vuestro medio de deshaceros de aquellos que podían ser un estorbo?

Desmond ladeó la cabeza, como con desprecio.

—El síndrome de Cotard, sí, son los síntomas que provocamos en aquellos que tenían la habilidad de descubrirnos. Nuestra presencia en el plano astral tiene esa consecuencia... ese efecto... Tronar.

—¿Ese efecto? Lo dices como si fuera algo inevitable. Y sé que eso no es necesariamente así por propia experiencia. Sois los domadores del miedo... azuzando a la humanidad hacia donde os interesa —sentenció—. Disfrutáis con ello. ¿Qué es una vida humana para vosotros? —El sacerdote volvió a tomar la palabra, reprendiendo a su antagonista con fiereza mientras le apuntaba con el índice—. Un mero ladrillo con el que pretendéis erigir vuestro gran monumento al Poder. —Esta vez el rostro del padre Haggerty no se mantuvo sereno, sino que pareció escupir las palabras con desprecio.

—Sabes que lo podemos conseguir —Desmond sin embargo había recuperado su compostura tranquila—, que pese a todo, la humanidad con sus caídas y nosotros con nuestros errores, hemos hecho cosas buenas... ¿De verdad confías en dejarlos solos? ¿No ves cómo son tan fáciles de manipular, que cualquier líder sin escrúpulos agitando un trapo pintarrajeado con un par de colores es capaz de enardecer a las masas y arrastrarlas tras de sí?... Sin nosotros serían como ovejas sin pastor, que guiadas por el más incompetente de sus líderes, se precipitarían al abismo.

—Ah, después de todos estos siglos Desmond sólo confío en una cosa... en la bondad del corazón humano. —El semblante del padre Haggerty pareció dulcificarse—. No, no confío en los atajos, ni sobre todo en esa máxima vuestra de que el fin justifica los medios. Sólo hay una verdad que permite al hombre avanzar verdaderamente, es la fuerza del amor, la trascendencia, Desmond.

—¡Amor! ¡Trascendencia! —Desmond pareció que esas palabras le ultrajaban a tenor del asco con la que las remedó—. Mira todos esos fanáticos que están dispuestos a inmolarsse por una fe, por una revolución, por una causa mayor... y al final ¿qué? La trascendencia de la que hablas es la verdadera maldición de la naturaleza humana. En la oscuridad en la que vive el hombre... ¿dónde crees que les lleva esa capacidad de abrazarse a una causa, a una fe, a un ideal?, ¿por qué crees que urdimos el proyecto CAIN? Precisamente por el fanatismo que provoca en el hombre su naturaleza que tú llamas trascendente.

—Sí... verdaderamente es así. Es la paradoja del hombre. En su libertad puede hacer mal uso del mayor poder que le ha sido dado... ¿pero sabes Desmond? Mientras yo esté aquí haré lo posible para que, para bien o para mal, el hombre siga disponiendo de esa libertad... de ir más allá de su limitado egoísmo... o no, de equivocarse... o acertar. Desconfío de nuestro papel. —El sacerdote meneó la cabeza,

como negando e hizo una pausa sumiéndose en sus pensamientos. Desmond aguardó a que retomara la palabra. Finalmente se cruzaron sus miradas. Parecía que el padre Haggerty le suplicaba cuando retomó la conversación—. Hemos olvidado lo que vinimos hacer aquí. Hemos olvidado quienes somos. Hemos olvidado el propósito. Debemos apartarnos. Sólo nos resta una acción: expiar nuestra culpa.

Desmond se echó para atrás en su banco y desplegó los brazos a cada lado del respaldo. La misma postura inicial. Su mirada reflejaba desprecio.

—Durante años, siglos, diría yo, te admiré Tronar. Pero te juro que no te comprendía. Ahora tal vez sí. Eres débil... y patético. Desperdicias tus dones, te escondes tras un alzacuellos y una mirada bondadosa.

—No me comprendes porque la rabia fluye por tus venas. En cambio mi corazón late en paz. Ojalá algún día lo entiendas...

—No te preocupes. Eso jamás sucederá.

Y dicho esto se levantó enérgicamente, se colocó unas gafas de sol que acentuaban sus rasgos severos y siguió su camino. Varios hombres igualmente trajeados le esperaban algo más allá. La comitiva desapareció entre el bullicio de niños y los grupos de paseantes.

El padre Haggerty acabó la botella de agua de un trago.

Tenía la boca seca.

Decidió, que después de todo, seguía siendo un hermoso día.

## Agradecimientos

Este libro seguramente no se encontraría entre sus manos si no hubiera contado con la colaboración de ciertas personas para mí muy apreciadas.

Thérésa G. que en su ardua labor de revisión aportó su silenciosa sabiduría.

Mi editora, Rachel Berry, que se tomó grandes molestias y mucho interés en apoyar este proyecto.

Julian Pursew, mi agente, cuyos juicios certeros siempre me hacen poner los pies en la tierra.

Y por supuesto, a usted, amable lector, sin cuya participación y lectura estas páginas carecerían de todo sentido.